MEMORIAS DE UNA CORTESANA

# DEL MISMO AUTOR

## PUBLICADAS POR RENACIMIENTO

### NOVELAS DE «LA SEGUNDA ÉPOCA»

El otro (2.ª edición). *Novela* ..... ..... 3,50
La opinión ajena. *Novela*..... 3,50
El misterio de un hombre pequeñito. *Novela*.. ..... 3,50
La cita (edición popular)..... 1,00

### OBRAS COMPLETAS DE «LA PRIMERA ÉPOCA»

*Única edición refundida de las siguientes novelas á 2 pesetas volumen.*

I.—El seductor.
II.—Sobre el abismo.
III.—Punto-Negro.
IV.—Duelo á muerte.
V y VI.—Memorias de una cortesana.
VII.—Tik-Nay (el payaso inimitable).
VIII.—Incesto.
IX.—Loca de amor.
X.—La enferma.
XI.—El secreto—Semana de Pasión.—Cara-Triste.—El lacayo.
XII.—Bodas trágicas—La Quimera. — Amar á oscuras.—La estatua.
XIII.—De carne y hueso.
XIV.—Horas crueles.
XV.—Impresiones de Arte.

LS
2232

EDUARDO ZAMACOIS

OBRAS COMPLETAS

TOMO V

# MEMORIAS DE UNA CORTESANA

PRIMERA PARTE (a)

ÚNICA EDICIÓN REFUNDIDA POR EL AUTOR

152426
27/9/19

RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID
1917

ES PROPIEDAD

Imprenta Renacimiento, San Marcos, 42.—Teléfono 4.967.

# ADVERTENCIA

Ya nadie recuerda á Isabel Ortego. No lo extraño. El esplendor de las cortesanas, como la boga de los actores, aunque deslumbrante, es movedizo y efímero.

Conocí á Isabel hace bastantes años; me presentó á ella un amigo. Isabel llegaba entonces al ocaso de su segunda juventud; veo su tersa frente cortada por un pliegue vertical; sus ojos grandes y verdes constelados de puntitos grises y glaucos, que daban á sus pupilas el borroso color de la ceniza; de las cenizas tristes, eternamente frías; su nariz larga y recta, su boca de finos labios, su rostro enérgico, empalidecido por el negro brillante de los cabellos; y su cuerpo alto, robusto y magnífico, cuyas actitudes tenían, más que la frívola elegancia moderna, la reposada majestad de las estatuas... Mucho tiempo después volvimos á vernos: me pareció vieja; su rostro con-

servaba atrayente y dominadora expresión, pero la boca era más triste y el desencanto amortiguaba el brillo de los ojos; sus trajes ricos, deslucidos y anticuados, acusaban pobreza. Isabel habló de su vida sin alegría y sin despecho, resignadamente, como de algo fatal y previsto; aquello era astro que declina, fuente que se seca, filón que se agota. En el espacio de tres ó cuatro años la vi diferentes veces y siempre más vencida, más rota, más pequeña, y era que, aun sin moverse, se alejaba.

Una noche me rogó que fuese á visitarla.

—Vaya usted; yo, como he vivido tanto, conservo muchos recuerdos; hablaremos... Acaso pueda usted aprovechar para sus libros algo de esta entrevista.

Fuí; Isabel Ortego vivía en los barrios bajos; esos barrios madrileños con callejuelas revueltas como los hilos de una maraña, y hasta las cuales no desciende el sol. El cuarto de Isabel era interior; una especie de guardilla con dos ventanas á un patio estrecho y profundo, con muros verdosos como las paredes de los pozos abandonados. Los suelos estaban desnudos; los muebles eran pocos y viejos, y por sus heridas asomaba el pelote; un ambiente helado pesaba sobre las habitaciones vacías; en las paredes amarilleaban algunos retratos que, por lo antiguos, debían de ser de personas ya muertas.

La conversación de Isabel Ortego fué interesante; hablaba mucho y bien, interpolando en sus recuerdos anécdotas y lances por todo extremo pintores-

cos; bajo el casco de sus blancos cabellos, la fértil lámpara de su pensamiento ardía sin desmayos. Rápidamente evocó el espejismo de sus triunfos, ya muy lejanos; luego explicó por qué deseaba verme.

—Desde hace años—dijo—distraigo el fastidio de vivir sola escribiendo mis "Memorias"; es lo único, enteramente mío, que me resta, y no quiero que estos tesoros de experiencia se pierdan; mis "Memorias" son largas, y en ellas hay páginas alegres, capítulos tristes, pasiones, ingratitudes, egoísmos, crímenes..., toda esa repugnante bazofia, en fin, de confusos afectos que rellenan la vida, y que sólo pudo conocer quien, como yo, habita esta guardilla después de haber dormido con un rey... Usted las repasará y, si son buenas, publíquelas; me siento enferma, y por pronto que ese libro aparezca, nunca será antes de que mi historia termine.

—¿Y publicando esas "Memorias"—repuse—no molestaremos á nadie?

Sonrió tristemente.

—A nadie; soy la última oveja de un gran rebaño que ya duerme en paz.

Me fuí llevándome el manuscrito que, con ligeras correcciones, publico á continuación; mucho después, y por la novelesca casualidad que conocerá quien siga leyendo hasta el fin, supe que Isabel Ortego había muerto.

Isabel fué buena, y, si cometió errores, lo hizo inconscientemente, mas no por criminal inclinación de su índole; su vida fué una dilapidación de favores,

de caricias, de socorros pecuniarios que repartía con imprevisora prodigalidad; quien supo arruinar á muchos, se dejaba explotar por todos: parientes y amigos; las campanas de la iglesia que su caridad levantó en un pueblo no doblaron por ella, y como nadie reclamó su cuerpo, aquel cuerpo adorable que costó vidas y ganó millones, su cadáver fué echado á la fosa donde los desheredados, malos ó buenos, se pudren juntos. Yo, que estudié de cerca los méritos de su alma, perdoné sus culpas; perdónalas tú también, lector humano, por lo mucho que amó...

# MEMORIAS DE UNA CORTESANA

## I

*Madrid, 18 octubre...*

Habito un piso segundo de la calle del Caballero de Gracia, cerca del Hotel de Roma, y en la misma acera. Mi casa es un hermoso cuarto con suelos de madera encerada, gabinete rojo, salón azul, cuarto de baño, alcobas estucadas para la servidumbre, luz eléctrica, pasillos con zócalos de nogal, calefacción, ascensor y escalerilla de servicio. Cuando aprecio estos lujos y recuerdo que tengo á mis órdenes dos criadas, un lacayo encargado de servir la mesa y abrir la puerta y un landó que viene á buscarme todas las tardes, me siento superior á la generalidad de las mujeres.

Desde hace seis meses soy querida de don Felipe Reina, vizconde del Pretil, de quien hablaré más

adelante, tan pronto como haya metido entre renglones lo mucho que, á pesar de mi juventud, he visto y vivido.

Tengo veintinueve años, y, por lo que varios peritos en psicologías femeninas me han dicho, las confesiones perfectamente francas del espejo y lo poco que fué enseñándome la asidua lectura de algunas obras científicas y de no pocas novelas, me creo capaz de abocetar mi retrato físico, y aun mi silueta moral, con bastante exactitud. Soy alta y gallarda, y desde que el marqués de Lágaro se suicidó por mí, visto de negro: negros son mis vestidos, mis sombreros, mis corsés; negros también mis abanicos de pluma y los caballos de mi landó; esto ha creado á mi alrededor una leyenda romántica que no me perjudica, y hasta me llaman "la dama negra" muchos pisaverdes mentecatos que llegaron á ver de cerca el color de mis camisas. Mis manos y mis pies son pequeños, mi talle largo, breve la cintura, y las caderas y el seno tan ampulosos y exquisitamente modelados, que más de un amante suspicaz no quiso creer completamente míos hasta después de bien vistos y tocados. Mi cabeza, que el pintor italiano Richardi puso sobre los hombros de Aquiles, en su cuadro "La muerte de Patroclo", merece descripción más minuciosa, porque el semblante, según dicen psicólogos respetables, es parodia, reflejo ó fiel trasunto del espíritu; y así el lector reflexivo acaso llegue á penetrar las honduras de mi alma; alma á ratos ardiente, á veces rabelesiana y escéptica, ora rectilínea

y dulce, ora desordenada y bohemia, que ni yo misma entiendo.

Mis cabellos, de un negro intenso y brillante, los he llevado partidos siempre al lado izquierdo, formando dos crenchas desiguales que cubren mis orejas completamente, y se recogen atrás, sobre la nuca, bajo una media luna de brillantes y rubíes, sea cual fuere la moda de peinado imperante; en mi frente, de una amplitud y desembarazo masculinos, las pícaras preocupaciones, á las cuales quiero inútilmente sustraerme, van pintando un pliegue vertical que, según Felipe, es la rúbrica ó sello que autoriza y da valimiento y carácter definitivos al poema elocuente de mi rostro; mis ojos son grandes, de un color ceniciento, que los hace refulgentes en los momentos de cólera como la bruñida lengua de las espadas. Muchas veces, sentada ante el espejo de un armario y con la cara cerca del cristal, procuré traducir la verdadera expresión de mis ojos. ¿Qué dicen? ¿Cuál es el genuino oriente del espíritu en ellos pintado? Sobre el globo blanco y húmedo, los iris acribillados de puntitos grises verdean, y su verdor es tan pálido y tan numerosos los borroncillos acerados que por ellos espolvoreó el capricho, que la coloración cenicienta prevalece y hace de mis ojos los más raros, fieros y parladores, que ni yo, ni nadie, recuerda haber visto; en su centro, las pupilas negrísimas arden y fulguran cual si brillasen con luz propia. Ante el misterio de estos ojos mis amantes quedaron suspensos muchas horas, buscando su enigma; por ellos sé

las conexiones invariables que ligan su compleja coloración á los diversos momentos de mi espíritu; si me entusiasmo, la noche luminosa de la pupila crece, invadiendo el iris, espantando las salpicaduras grises y glaucas, agoreras de malas pasiones, dando á la mirada expresión inteligente y sin doblez; por el contrario, cuando me irrito, la pupila se encoge, multiplícanse los borroncillos cenicientos y la mirada se torna fría y metálica; y en los dulces momentos de soledad y ensueño, cuando soy muy feliz escuchando una melodía ó abandono mi cabeza despeinada sobre un pecho varonil, surge el color verde, un color verde oscuro que da á mis ojos el aspecto temeroso que tienen los remansos profundos de los ríos bajo el follaje susurrante de los sauces...

Para hablar de los demás detalles fisonómicos, echaré el paso largo: mi rostro es ovalado, la nariz recta y larga; la boca, grande y de labios finos, es catarata copiosa de risas; los dientes son blancos, pequeñines y primorosamente plantados sobre las rojas encías; en el lado derecho del cuello, debajo de la oreja, tengo un lunar; mis pies primorosos constituyen mi mayor orgullo...

Mas, ¿á qué vienen estos pormenores, cuando la pintura detallista me aburre...?

Hablaré de mis ojos, que son mi alma, mi pobre alma que quiere y sueña, odia y ama, y que, según las circunstancias, es inocente ó perversa, sin que nada explique el laberíntico enredijo de sus afectos. Yo, que nunca fuí madre y comprendo los trabajos

y suciedades que acarrea la crianza de los niños, me fino y desperezco por el hijo de mi lavandera, desde que un día restregó contra mis labios perfumados su baboso hociquillo; lo que me induce á creer que mi corazón y mi matriz se entienden muy mal. Las contradicciones de esta laya podrían contarse por docenas; así, yo, que sería capaz de llorar ante un nido de gorrioncillos abandonados, no temblé al disparar un pistoletazo contra cierto inglés que me aburría; y esta misma hetera, que tanto gasta y que tantos millones ha derrochado neciamente, suele envidiar la suerte de las mujeres campesinas, que entregan por las noches el placer de su cuerpo al hombre amado, á quien durante el día dieron su trabajo, bregando junto á él en la era ó sobre el surco. Lo que sí puedo afirmar con absoluta seguridad es que mis deseos son tanto más cariñosos, conciliadores y puros, cuanto más honradamente me abismo en los mares sin playas del recuerdo; de donde concluyo que mis ojos, cuando fuí niña, hubieron de ser verdes, perfectamente verdes, como la esperanza sin jirones de la inocencia, hasta que los combates de la vida los endureció, acerándolos, como metaliza y endurece las almas. ¡Oh! ¡Quién pudiera volver á mis pobres ojos, que todo lo han visto, el verdor de los campos; de los campos honrados, con sus fieles amores, sus días de sol, sus colchones de paja, por donde el adulterio no pasa casi nunca...!

Mas no hablemos de esto, pues el ambiente que me rodea no me desagrada completamente; hay al-

mas nebulosas, tristes, llenas de calofríos y de incertidumbres, que parecen orientadas al Norte; otras, en cambio, lo están al Mediodía, y todo es en ellas luz y calor; mi alma forma en el número de estas voluntades privilegiadas; mi gran arte ha consistido, desde que recibí el primer desengaño, en conformarme alegremente con todo.

El espíritu regocijado y mundano que presidió el ornato de mi casa contrasta poderosamente con mi carácter sentimental y el severo color negro de mis vestidos; no hablaré del recibimiento, adornado por un gran espejo, bajo el cual, y dentro de un rectángulo de azulejos, lleno de tierra, crecen dos palmeras enanas; ni de los pasillos, tapizados de papel color azul oscuro, que escorza fuertemente las suaves curvas de las divinidades paganas que adornan los ángulos; ni del cuarto de baño, con suelo tapizado de hule y espejos que multiplican la imagen de mi cuerpo; ni del salón azul, donde los divinos genios de Beethoven y Schubert duermen entre las cuerdas horizontales de un piano de cola; pero sí me detendré en el gabinete, tapizado de rojo, con sus blandas alfombras que acarician los pies, sus jugueteros cargados de figulinas y de retratos, y su chimenea, con su reloj de bronce y sus leños crujientes, que ayudan á soñar; y en la espaciosa alcoba, donde mis bellezas de cortesana sentaron su trono.

Está separado el dormitorio del gabinete por una columna que forma dos arcos artísticamente cubiertos por largos cortinajes de terciopelo carmesí, que

barren el suelo como la cola majestuosa de los hábitos sacerdotales; en medio de la habitación está el lecho, profundo y blando, cubierto por una sobrecama de encajes; encima de él, bajo la corona del mosquitero, luce una luz eléctrica; un diván sin respaldo, colocado ante un espejo, donde puedo verme fácilmente desde la cama, ocupa el principal testero de la habitación.

Es la mía una alcoba quimérica como una vista de acuario; por las paredes estucadas, y entre los repliegues de la seda roja que cubre el techo, puse lamparillas eléctricas con formas de lagartos y de diminutas tortugas, que parecen moverse entre las hojas de una flora fantástica; en un ángulo, á los pies del lecho, sobre una columna de mármol, hay un ibis de cristal, dormido sobre una pata, y dentro del cual arde otro pequeño foco eléctrico. Muchas noches, el vizconde del Pretil y yo nos divertimos en dejar el dormitorio completamente á oscuras para ir encendiendo, mediante un sencillo mecanismo de llaves, las diferentes luces; de pronto surge en la sombra el ibis, que el espejo reproduce, con sus largas patas y su pico bermejo; después se ilumina un grupo de lirios, entre los cuales, y suspendido del techo por un hilillo invisible, parece aletear un moscardón, rojo como un coágulo de sangre; y sucesivamente van surgiendo las perezosas tortugas con sus chatas cabezas animadas por dos ojuelos sangrientos de rubíes, y los sigilosos lagartos, deslizando sus cuerpos verdes bajo flores monstruosas, y, cuando todas las luces están

encendidas, el dormitorio, aunque muy iluminado, aparece bañado en resplandor lechoso y cálido, que favorece la satinada blancura de mi piel.

Seis meses hace que duermo en esta habitación; ¿tendré bien estudiados y conocidos todos sus secretos...? El ibis, con su pico rojo y su blanco plumaje, aterciopela las pomposidades de mi cuerpo desnudo; la verdosa coloración de los lagartos le da las brillantes y pulidas apariencias del jaspe, y frialdad marmórea la blanca luz de los lirios; el encendido moscardón, que aletea ante ellos, pinta sobre mis carnes vetas sangrientas que excitan los deseos crueles... Un hombre pasaría cuatro noches consecutivas en este santuario, y siempre creería hallarse con una mujer distinta; porque el tacto es esclavo de la vista, y donde ésta vacila aquél se turba. Felipe dice que soy una mujer extraña, y yo así lo pienso; más que en mi propia belleza, cifro mi orgullo en la desequilibrada originalidad de mi alcoba; durante el día todo en ella es corriente y vulgar; pero de noche el techo parece crecer y las paredes alejarse unas de otras, dando á la habitación dimensiones inmensas; y son extraordinarios, cual visiones del opio, los melancólicos lirios de velada luz, el ibis, inmóvil sobre su pedestal, los lagartos que parecen agarrarse al compacto estuco levantando las cabezas ligeramente como escuchando algo lejano... En un ángulo, bajo una cortina, está la puertecilla del cuartito ropero donde me lavo.

Tales son mis dos habitaciones favoritas: alegres,

coquetonas, ventiladas, con muebles cómodos que emperezan el cuerpo y empujan la imaginación suavemente hacia los bosques del ensueño. Todo ríe en ellas: las figulinas de que los jugueteros están repletos, los cuadros, la máscara que abre su desquijarada bocaza de clown sobre la cornisa de un armario. Las imágenes místicas fueron suprimidas; me repugnan: las Vírgenes, con sus pálidos rostros transidos de dolor, y los Cristos exangües, sólo sirven para recordar que la injusticia y crueldad humanas triunfan siempre.

En mis horas de soledad, especialmente si es invierno, el gabinete constituye mi refugio favorito: la chimenea ayuda á soñar; el vaivén sempiterno del reloj colocado sobre ella y el chisporroteo de la leña que arde en el hogar, producen insensiblemente la evocación de lo pasado; evocación que suele obtener prodigiosa exactitud, pues los fenómenos imaginativos y ópticos se parecen, y así como los edificios vistos á distancia se aprecian mejor que de cerca, de igual modo los recuerdos, considerados desde lejos, se recomponen con más precisión y justeza.

Delante de esa chimenea, donde mi galbana andaluza me permite vivir horas incontables de sabrosa pasividad, fué donde concebí la idea de escribir mis "Memorias". Creo que la autobiografía es la labor predilecta de los escritores perezosos: la novela y la literatura teatral, aun en sus manifestaciones más modestas, fatigan la imaginativa con la creación incesante de personajes y de fábulas; como agotan

igualmente la voluntad esos graves libros de controversia enderezados á convencer y allegar partidarios en pro de una doctrina ó tendencia; mientras que la autobiografía, especialmente si no hay penas irremediables que llorar, refresca el espíritu con el murmullo de las brisas, ha tiempo calladas, que orearon la infancia, esponjándolo, reverdeciéndolo, como planta que de pronto recibiese sobre sus hojas, tostadas por el sol, llovizna bienhechora: el recuerdo es una burleta que la memoria hace al tiempo, contradiciéndole, venciendo el curso, siempre filante, de su corriente, retrotrayendo lo pretérito; es una especie de rumiación espiritual que nos permite recomponer sensaciones mal digeridas; un recurso, un pobre recurso, que el Destino otorga para dar movimiento y actualidad aparentes á lo muerto, alargando así el espejismo de una vida demasiado breve. Porque, descontando las horas que pasamos durmiendo, y que no vivimos, porque el sueño es un ensayo de la muerte, y aquellas que malgastamos desempeñando los mil menudos quehaceres que fatigan y abochornan el espíritu, ¿qué quedaría de nosotros si, según vamos entrando en el mañana, fuésemos perdiendo la memoria de lo que éramos ayer...?

Sentada en un sillón voluptuoso y blando como una caricia, y con los pies apoyados sobre los morillos del hogar, he aprovechado mis soledades resucitando lo cristalizado, lo eternamente inmóvil, y los callados diálogos de mi pensamiento formaban con el fuego que cruje una melopea extraña que favorecía

la evocación. Como en mi elegante chimenea de cortesana, los leños chisporroteaban bajo la ancha campana de la cocina paterna: he oído el "ritornelo" melancólico y dulce de viejas tonadillas infantiles, y escuchado la canción de una fuente que con su curso entristecía el ánimo de las solteras soñadoras, y disfrutado de nuevo el penetrante aroma de un rosal que crecía agarrándose á las grietas y salientes de un viejo paredón, y que probablemente ya se habrá secado...

Sí, recordemos: los recuerdos son como brazos que nos levantan del suelo y que nos mecen; entre ellos nos reconocemos pequeñines y débiles; ¡y es tan dulce sentirse niña de cuando en cuando...!

*22 octubre.*

Al hablar de mí y de mi casa, no dije nada de Totó; Totó es un gato negro, de piel fina y lustrosa; un excelente compañero que me conoció pobre, y bajo cuyos ojos amarillos han pasado todos mis amantes: á Totó le quiero y le respeto; es un sér superior, perezoso y altivo: nunca cazó un ratón, contenido por el ímprobo trabajo de alargar la garra; quien una vez le molestó, no espere recibir en el cuello el cosquilleo de sus bigotes perfumados. Además, Totó es psicólogo; la experiencia me ha probado que los hombres de quien él huye y desconfía, no son buenos.

Esta mañana madrugué, pensando ir á casa de mi amiga Leonarda Cadenas para llevarla á dar un paseo en coche por los alrededores del Hipódromo. Con este propósito me bañé inmediatamente luego de levantarme, y almorcé temprano. A los postres llegó Felipe Reina, el viejo y cariñoso amo, que subvenciona abundantemente todas mis necesidades, y tiene por ello derecho pleno sobre mí.

—¿Dónde vas?—preguntó.

—A casa de Leonarda.

—¿Tan temprano?

—El coche vendrá á buscarme á las dos.

—¡Bah...! ¿Qué importa? Que espere.

Felipe, con sus cabellos blancos y su rostro afeitado, me inspira un cariño perfectamente filial; pero tan valedero y legítimo, que ni por asomo mi independiente condición piensa rebelarse contra el dulce yugo de sus blanduras. Su suave protesta, por tanto, fué orden para mí. Ibsen llamó á los lupanares "casas de muñecas". Las mujeres, en efecto, somos verdaderas muñecas: una superfluidad social, un recreo, un juguete lujoso. ¿Qué vale nuestra voluntad luego de vendida por dinero ó á trueque de una bendición...? Disfrutando por anticipado las higiénicas impresiones de un buen día de sol, nos vestimos, nos cubrimos el seno de encajes, nos rizamos el pelo..., y el amante ó el marido llegan de pronto, y con dos zarpazos nos despeinan y nos desnudan, deshaciendo en un santiamén lo que compusimos á fuerza de coquetería y de paciencia.

Esto me sucedió con Felipe; vino á verme á las dos menos cuarto, y no sabía cómo entretener los setenta y cinco minutos que faltaban hasta las tres.

—A esa hora—dijo—me iré; están esperándome en Bolsa.

—¿Y mi paseo?

—Lo retrasas un poquito ó lo aplazas para otro día.

Sus viejos ojos me miraban llenos de dulzura, humedecidos por una caballeresca emoción de súplica. Mi obligación era complacerle, y cumplí mi deber, divirtiéndole, cual si hubiese estado aguardando impaciente su visita: ejecuté al piano una melodía de Schubert, cerré herméticamente las ventanas, corrí los cortinajes y fuí encendiendo paulatinamente las luces de la alcoba; luego me desnudé, y por entre los negros encajes de mi bata las blancuras lapidarias del seno aparecieron.

Cuando se marchó eran las cuatro; ¿dónde ir á esa hora...? Ordené á Fabián que despidiese el coche, y me puse á escribir: Totó, acurrucado sobre la mesa, cerca del tintero, observa el nervioso garabateo de mi pluma; y observa atentamente, como acechando el momento en que deslice su nombre en mis "Memorias"...

Nací cerca de Sevilla, en un pueblecito situado á la derecha mano de la carretera que conduce desde la capital á las ruinas de Itálica, y tan cerca del Guadalquivir, que algunas de sus casas se retratan tembleteando sobre el ingrato cristal del río. A mi padre

le llamaban don Miguel, y era un hombretón de nariz aguileña y torvo mirar, con grandes mechones de pelo rubio que le cubrían las sienes y la frente: trataba en caballos, y tenía merecida fama de guapo; hablaba poco, no se quitaba nunca el ancho sombrero; un chirlo que cortaba su boca oblicuamente de derecha á izquierda endurecía su rostro. Mi madre era pequeña y morena, y, como buena andaluza, extremadamente tolerante y cariñosa para sus hijos: jamás supe cómo ella y mi padre se conocieron, ni si su matrimonio saldó alguna deuda de honor; lo cierto es que en aquel hogar la voluntad del hombre era omnipotente, y que mi madre, lejos de reclamar sus derechos y los motivos que indudablemente tenía para rebelarse contra muchos atropellos y desafueros, temblaba ante su marido como rama rota bajo la presión flageladora del viento. Fuimos dos hermanas; la menor se llamaba Milagro, y como era siete años más joven que yo, me acostumbré á ejercitar sobre ella la desdeñosa autoridad con que tratan á las niñas pequeñas las zagalonas que ya empiezan á mirarse de reojo en los espejos.

Las imágenes que conservo de aquellos tiempos son incompletas: recuerdo vagamente el aspecto de mi casa, con su salón rodeado de viejos muebles y presidido por una Virgen metida en un fanal, y la cocina, grande y oscura, bajo cuya ancha campana se reunían todas las nôches el aparcero, su mujer y sus cuatro hijos, que volvían del campo con la cara y los brazos renegridos por el sol y la hoz ó el ras-

trillo en la mano: después llegaba mi padre, haciendo sonar contra el suelo sus espuelas de plata, y se sentaba á la derecha del hogar, lanzando un suspiro de gigante cansado: luego cogía á mi hermana, sentándola en sus rodillas, permaneciendo inmóvil, absorto ante los leños que ardían: nadie hablaba sin permiso suyo; yo misma no me atrevía á desplegar los labios, y aun me parece ver su enérgico perfil recortándose sobre el muro...

Como mi padre no tenía tiempo para gobernarme y mi pobre madre jamás supo imponer su voluntad, llegué á los ocho años sin saber leer ni escribir, corriendo tras las gavillas de segadores y al encuentro de la diligencia, que dos veces por semana venía de la capital, y siendo ducha, como un salvaje, en el primitivo arte de coger nidos y cazar pajarillos con trampas que yo misma inventaba.

Recuerdo que todo me maravillaba y que los incidentes más nimios seducían mi atención: en la iglesia pasaba muchas horas, sumida en el fresco misterio de sus naves oscuras; además, un prurito insaciable de amor inundaba mi alma; ponía cariño en las personas, en los objetos, en los árboles, en los caminos; más de una vez, recorriendo el pueblo, interrumpí mi paseo, fluctuando entre dos calles que me eran igualmente simpáticas. Las flores, especialmente, me embriagaban con su aroma y la coloración intensa de sus pétalos; las creía inteligentes, buenas y capaces de comprenderme, y, como la desdichada heroína de Sudermann, "los zarzales de rosas me

parecían princesas encantadas; los tornasoles, sacerdotes revestidos de hábito talar, y las dalias vírgenes, polacas con papalinas rojas..." Las flores eran amigas mías: sólo ellas conocían mis pequeñas cuitas, recibiendo las revelaciones que yo las confiaba á media voz; luego me aconsejaban, y yo parecía libar sus palabras acercando á sus cálices perfumados mis labios rojos. También adoraba mis ojos y mis pies, sobre todo mis pies, que lavaba con agua de Colonia... Por las tardes, cansada de cazar grillos y de correr bajo el sol de la era, volvía á mi casa, y era taladrante y dulcísima la emoción de frescura y de paz que experimentaba al penetrar en la amplia cocina, donde mis padres y mi hermanita Milagro me esperaban; era una impresión que recuerdo vagamente, y que más tarde, á pesar de haber vivido en hoteles lindísimos, no he vuelto á sentir. Al verme, mi padre fruncía el entrecejo con un gesto amenazador, en él habitual, aunque estuviese de buen temple; me atraía hacia sí, me colocaba entre sus rodillas, me besaba la frente...

—Esta chiquilla—decía—es una bestezuela; ni sabe leer, ni aprenderá nunca..., y como yo no tengo tiempo de habérmelas con ella...

Examinaba mis vestidos, hallándome siempre sobradamente rota y sucia: mis ropitas estaban jironadas, mis pantorrillitas acribilladas á arañazos, los zapatos no me duraban ocho días. Mi pobre madre, sintiendo la alusión mortificante que estas observaciones envolvían para ella, se disculpaba asegurando

que yo nací voluntariosa, independiente y vagabunda por temperamento, y que nadie podría enderezarme por buen camino. Entonces mi padre hablaba de Rosario, una hermana suya casada con un esterero que vivía en Sevilla: era necesario enviarme con ellos; en la capital había buenos colegios, y el ejemplo de otras niñas y la falta de libertad me volverían juiciosa. Oyéndole, mi madre quedaba triste, temblando ante la idea de verme partir; y yo experimentaba una emoción ambigua de pesadumbre y contento, representándome las magnificencias de aquella gran ciudad desconocida, cuya Giralda surgía gallarda bajo el cielo azul, sobre una línea ondulante de blancos tejados.

Por fin, mi padre, que logró hacer negocios de cuantía por las ferias de Carmona y Mairena, pudo reunir algún dinero y enviarme á Sevilla.

Mi tía Rosario era una pobre mujer, deformada y embrutecida por los partos y la crianza de seis hijos, todos varones y mayores que yo: su marido, aunque siempre fué trabajador y bueno, se había entregado á la bebida desde que perdió una niña de mi edad, en quien adoraba, y raros eran los días en que no se emborrachaba: afortunadamente, su embriaguez era mansa, dándole por enternecerse y lagrimear por todo. Entretanto, la miseria asolaba aquel hogar, y aunque la pobre Rosario, llena de valor, trabajaba heroicamente, los modestos beneficios de la estererría no bastaban á calmar la sed de mi tío Francisco, borracho y llorón.

Mi llegada fué para aquella desventurada familia como salutífera lluvia de oro, y las setenta y cinco pesetas que mi padre pagaba mensualmente por mi hospedaje y manutención, copiosa fuente de prosperidades y bienandanzas. Desde el primer momento quedé instalada en la mejor habitación de la casa: un gabinetito con una ventana enrejada abierta sobre la vieja plaza del Pozo Santo. A la mañana siguiente, Rosario me acompañó al colegio, situado en la calle de Viriato, vacilante y callada como un callejón morisco. Entonces tenía yo diez años.

Al verme en los bancos de la escuela codeándome con niñas mucho menores que yo, sentí la vergüenza de mi ignorancia, y me dediqué al estudio con provechoso frenesí: tres días me bastaron para conocer las letras, otros tres para unirlas; á la semana siguiente ya formaba palabras, comprendiendo los sencillos conceptos en ellas expresados, y pocos meses después mis padres recibían una carta escrita de mi puño y letra, que les llenó de orgullo y ufanía y que hicieron correr de mano en mano por todo el pueblo.

Las distinciones que mis profesores me dispensaban, las maternales solicitudes de Rosario, que avergonzaba á mis primos presentándome á ellos como espejo de aplicación, intachable conducta y limpieza; las ternuras de mi buen tío Francisco, cuyas borracheras le hacían descubrir, sin duda, ciertas semejanzas entre yo y su hija muerta, y el respetuoso cariño con que mis padres me trataban, contribuye-

ron á fortificar la honrada orientación de mi espíritu.

Aquel verano regresé al pueblo, donde debía descansar desde el quince de julio al día primero de septiembre, en que las clases se reanudaban.

¡Y qué triste me pareció todo...!

Los ocho ó nueve meses vividos en Sevilla habían bastado para variar mi carácter y mis gustos completamente: mi casa, con su salón presidido por la Virgen, metida en un fanal, y su amplia cocina de campana, me pareció miserable y pequeña; más pequeña que antes; las flores no me decían nada; mi corazón sufrió el desamparo de los campos; un silencio siniestro gravitaba sobre las calles polvorientas, con sus pobrísimas viviendas herméticamente cerradas, reverberando al sol: las chiquillas que antes correteaban conmigo por la carretera al encuentro de la diligencia, cohibidas ante mis trajecillos nuevos, me miraban desde lejos con recelo y respeto, como á señorita á quien ya no podían tutear, y como yo no hice nada por atraerlas, continuaron alejándose, con lo que su pequeñez y mi orgullosa tiesura crecieron; mi madre empleaba conmigo deferencias á que yo no estaba acostumbrada, y hasta mi padre, á despecho de su natural brusco y bastote, me dedicaba miramientos y finezas que jamás usó ni aun con su misma mujer. Indudablemente, yo era un ser extraordinario, nacido allí milagrosamente, y á quien su familia respetaba, reconociéndole de superior estirpe. Me hablaban de todo, concediéndome beligerancia para emitir mi opinión, aun acerca de lo

más reservado y difícil. Una tarde, mi buena madre estuvo enseñándome cuantos recuerdos conservaba de mí: el primer babero, el primer gorrito, los primeros vestidos, los primeros zapatitos sin tacón y gastados por la punta; yo lo examinaba todo atenta, como mujer hecha que va acostumbrándose á poner cierta distancia entre los diversos momentos de la vida.

Terminadas las vacaciones regresé á Sevilla, donde á los rápidos triunfos obtenidos el curso anterior añadí otros señaladísimos. Es en extremo curioso y digno de observación ese fenómeno en virtud del cual suele oscurecerse con la edad el pensamiento de los niños precoces y cobrar luz y brío maravillosos las facultades de los que parecían tontos ó alocados. A esto achaco el crecimiento rapidísimo que mi inteligencia obtuvo tras su largo despertar. La fiebre de saber que perdió á Fausto me dominaba; los libros ejercían sobre mí la atracción fascinadora que poco antes me inspiraron los juguetes, y leí ávidamente cuantos pude haber á mano. ¡Qué hechizo...! Las novelas hablaban de pasiones que la conciencia comenzaba á columbrar vagamente; la historia me enseñó que la Humanidad es muy vieja, é incontable el número de sus crímenes, y la geografía abrió á mi imaginación las inmensidades sin dique del espacio. Una serenidad de juicio, impropia de mis pocos años, me permitía apreciar el alcance de tantas y tan diversas lecturas: con los novelistas modernos descendí al fondo del

espíritu, acompañándoles en sus difíciles elucubraciones y pareciéndome siempre que mucho les quedaba inadvertido y que yo hubiese podido decir algo más; con los historiadores evoqué lo pasado, llegando al corazón de la India con Alejandro y estremeciéndome de gozo cuando la Pitonisa de Delfos, empujada violentamente hacia el trípode sagrado por el vencedor de Darío, exclamó, ¡ella, que simbolizaba el Destino...!: "¡Hijo mío, nada puede resistirte...!"; y triunfé con César en Farsalia, y asistí en Waterlóo al primer paso definitivo dado por la raza latina hacia su ocaso; y por los geógrafos conocí la mecánica de los mundos y la fuerza que mantiene esos globos resplandecientes sobre la inmensidad del negro vacío...

Mientras el espíritu desenvolvía sus extraordinarias cualidades de asimilación, mis manos trabajaban inútilmente por acostumbrarse al manejo del bastidor y de la aguja; para estas delicadas labores de mi sexo me faltaban la paciencia y la vista; me pinchaba los dedos, creía con los hombres que esos quehaceres femeninos son pasatiempos propios de niñas ó de mujeres inferiores, y es porque mi almita, aunque pequeña, era de macho.

Aquel verano mi pueblo me pareció más insoportable que otras veces, con sus calles sin empedrar y cubiertas de polvo, y sus palmeras, cabeceando desmayadamente sobre los bardales de las huertas: ni los cloqueos de las gallinas que mi madre criaba en el corral, ni el murmullo de la fuente que antaño

me hacía soñar, ni las alquerías blanqueando sobre el verde tapete de los campos, ni el lejano horizonte formando una línea incierta como las pintadas por los muchachos con un carbón á lo largo de las paredes..., nada bastó á suscitar en mí emociones poéticas; y era que mi espíritu de niña había muerto y el mundo me cautivaba ya, como atraen desde lejos los grandes planetas...

De vuelta en Sevilla, supe por Rosario las largas ilusiones que su hermano tenía puestas en mí.

—Tu padre—dijo—te destina á señorita: quiere que aprendas á tocar el piano y á parlar francés.

Esto acabó de trastornarme; me vi encumbrada, triunfando en el teatro ó viajando por Europa, casada con un millonario...; no sé qué diabólico espejismo pasó ante mis ojos ni qué disparatadas ambiciones me asaltaron; pero desde luego codicié un porvenir enteramente distinto al que, por mi condición humilde y extremada pobreza, debía aspirar.

Nada diré de los dos monótonos años que siguieron á lo que bien puedo llamar descubrimiento ó revelación de mi destino: baste saber que trabajé mucho, aprendiendo el francés en poco tiempo, y que los "seis estudios" de Liszt no me asustaban. De mis codiciosos proyectos hablaba alguna vez que otra con mi tía, aunque de modo vago, temiendo la pareciesen excesivos; y más claramente con mi amiguita Gabriela Izquierdo, una trianera muy linda y muy buena, hija de un boticario que vivía á la entrada del Puente. Gabriela, aunque de tempera-

mento sentimental, era, como yo, ambiciosa y visionaria, y hubiera dado risa y pena conocer los disparatados elementos que apercibíamos para levantar nuestra juventud naciente. De tarde en tarde iba á mi pueblo, adonde nada que no fuese el cariño á mis padres me atraía, y en el cual llegué á conocerme completamente aislada y forastera.

A los catorce años yo era casi tan alta como ahora y tenía una voluntad varonil, y ojos y morbideces que llamaban la atención. Comenzaba septiembre. Una tarde, volviendo del colegio con Rosario, noté que un militar, moreno y apuesto, vestido con el brillante uniforme de los húsares, nos seguía: al andar, sus espuelas sonaban rítmicamente sobre el embaldosado de la calle desierta.

—Ese viene por ti—dijo mi tía.

Sentí que mis mejillas se arrebolaban y que algo vivo, con vida independiente de la mía, me rebrincaba dentro del pecho. Al entrar en mi casa volví rápidamente la cabeza, queriendo dar á mi cortejador una esperanza..., y él sonrió. A la mañana siguiente, estando en el colegio, recibí una carta suya, declarándose enamorado de mí y resuelto á casarse tan pronto como yo tuviese de ello voluntad; al otro día recibí una segunda carta pidiéndome una cita, favor que yo no tuve valor de negarle...

Se llamaba Eduardo Olmedo, y puedo asegurar, ahora que conozco muy de cerca á los hombres, que aquél sumaba cuantas seducciones debe reunir el más temible Napoleón de voluntades: belleza física,

imaginación pintoresca y ardiente, verbo fácil, pasión en el gesto y esa voz opaca que tan poderosa dulzura presta á los juramentos: me adoraba, me lo decía balbuceando, las manos trémulas, la voz velada por un suspiro... A una mujer experta, la hubiese convencido; á mí, soñadora inocente, me volvió loca...; á la noche siguiente, ya nos tuteábamos; cuarenta y ocho horas después, yo, fuera de mí, asomaba el rostro por entre los barrotes de la reja, recibiendo sobre los labios los primeros besos. Recuerdo que, luego de besarme, enloquecido por la presa que codiciaba ardientemente, me mordió los labios.

—¡Me has lastimado!—dije.

Eduardo se echó á reir.

—¿Por qué haces eso?—añadí ofendida.

—Porque me gustas...

Contestó ingenuamente; luego he sabido que mi pregunta no tenía otra contestación: todos los hombres vigorosos son algo sadistas, y el mordisco es la expresión rudimentaria de ese instinto cruel.

Pasaron los días y llegó el mes de octubre, con sus noches claras y tibias, que dejaban mi reja perdida en sombras. Aquellas entrevistas las aprovechaba Olmedo hábilmente, describiendo un porvenir cuajado de placeres, divertimientos y viajes á remotos países; y como el miserable advertía la irresistible fascinación que tales conversaciones ejercían en mí, abusaba de ellas, asegurando que los ascensos en su carrera no le importaban, pues no tenía

familia y sus rentas bastaban cumplidamente á sufragar aquellos caprichos. Yo le escuchaba absorta, suspensa de sus labios, viendo en él uno de esos héroes novelescos que juzgan llana y hacedera la empresa más difícil, y á quienes las groseras vulgaridades de la vida no preocupan.

Aunque yo abría mi ventana en silencio y Eduardo iba á verme mucho después de cerrados los portales, no tardó mi tía en descubrirnos: al principio no puso mala cara; pero viendo que yo no conocía de mi novio otras intimidades que los inocentes pormenores que él quiso confiarme, empezó á dudar, hallándome demasiado niña y sin razón para un hombre que parecía sobradamente ducho y curtido. Al ver que Rosario se negaba á protegerme, rechacé su autoridad; ella, entonces, me amenazó con decírselo todo á mi padre; pero aquella conminación, lejos de arredrarme, me sublevó más aún, sugiriéndome una protesta violentísima que descubría cuán honda era ya la malhadada pasión que me animaba. Después de aquel tropiezo hubo varios días de calma, durante los cuales Rosario pareció olvidarse de mí. Luego supe que esa tregua ó armisticio lo aprovechó para discutir con su marido lo que debían hacer, sosteniendo ella que mis amores implicaban para todos un grave peligro; pero el tío Francisco, borracho y pusilánime, votó en contra, temiendo que mi padre me llevase consigo y perder la pensión de que venían disfrutando; mi tía vaciló y dióse por conforme, y su vacilación fué, seguramente, lo que

me perdió, empujándome hacia estos mares, no discutiré si buenos ó malos, por donde hoy navego.

Pero Rosario era buena, y al fin su primera resolución y su instinto naturalmente honrado prevalecieron sobre los motivos egoístas que hasta allí la habían contenido, y sin otros ambages que los pobrísimos que su tacaño entendimiento la sugiriese, informó á su hermano de cuanto pasaba. La escena entre mi padre y yo fué borrascosa, y considerando inútiles cuantas marrullerías empleé para seducirle y atraerle á mi causa, rompí á llorar; él se mantuvo inflexible; dijo que yo era todavía demasiado niña para unir mi suerte á la de ningún hombre; que él necesitaba disfrutar algunos años de mi compañía antes de elegirme dueño, y que estaba resuelto á volverme al pueblo ó á meterme en un convento si me atrevía á insurreccionarme contra su autoridad. Yo, sabiéndole capaz de llegar con la mano adonde ponía la intención, preferí callar. Al día siguiente, mi padre averiguó, no sé cómo, dónde vivía Olmedo, y habló con él. Eduardo, que era taimado y apreció desde las primeras palabras el temple del individuo con quien tenía que habérselas, mostróse razonable y conciliador, recibió á mi padre amablemente, reconoció con él mi extremada juventud y cuán justos eran sus deseos de retenerme á su lado algunos años más, y concluyó prometiendo renunciar á mí. Yo, que conozco bien la índole hidalga de mi padre, estoy cierta de que, al separarse de Olmedo, iba pesaroso de haberle tratado con excesiva dureza...

Aquella misma noche, según costumbre, Eduardo fué á verme.

—Vengo á despedirme de ti—exclamó alargándome la mano; una mano trémula y fría.

Me sentí morir.

—¿Qué dices?—sollocé apretando los dientes para contener un grito.

—Tu padre—repuso—se opone á nuestras relaciones, y es imposible que sigamos viéndonos. Mañana mismo huyo de aquí; si quieres seguirme, ven; iremos á Madrid; allí nos casaremos. Te doy cuarenta y ocho horas para pensarlo.

Se marchó dejándome sumida en un abismo de vacilaciones y espantosas angustias: terminado el plazo, Eduardo Olmedo volvió: al verle comencé á temblar; era seductor, fascinante, irresistible como Alejandro, arrancando por la fuerza un aplauso al Destino.

—¿Qué hay?—preguntó.

No tuve fuerzas para defenderme contra el hechizo sobrehumano de aquella voz que temía no volver á escuchar.

—Lo que quieras—repuse.

—¿Puedes salir?

—Sí.

—Pues... no lo pienses más. Vámonos.

Sus ojos ardían en la sombra como brasas.

—¿Cómo?—exclamé—. ¿Así, sin otro equipaje que lo puesto?

—¿Para qué más...?

No contesté; estaba loca. A la noche siguiente Olmedo y yo salíamos hacia Madrid por la vieja estación de Córdoba.

Hice mal, lo comprendo; pero también creo que, antes que censuras, merezco disculpas y perdón. He rodado por el fango; no importa: las mujeres no caeríamos nunca tan bajo si los hombres traidores no nos empujasen muy fuerte...

*24 octubre.*

Han pasado catorce años desde aquella noche que abrió en mi memoria surco hondo y terrible. Al principio tuve miedo de que nos sorprendiesen. Eduardo también parecía preocupado, aunque hacía esfuerzos continuos para serenarse y no aumentar mis inquietudes. Ibamos solos en un coche que luego supe era de primera clase: yo, que ignoraba lo que fuese un vagón, paseaba de un lado á otro la mirada interrogadora de mis ojos maravillados; todo parecía admirable á mi candidez: la lucecilla de aceite que ardía parpadeando en un globo de cristal; las paredes y los asientos acolchonados, con brazos movibles que permitían trocar en lecho reparador de fuerzas el mullido diván; las redes destinadas á la colocación de equipajes; las cortinillas blancas resbalando sobre cordones de seda... Cuando el tren salía de agujas, comenzaron á alarmarme los estremecimientos del coche y su velocidad siempre creciente. Olmedo me contemplaba sonriendo; en su

rostro cetrino, de moro, sus ojos y sus dientes brillaban. Abrí una ventanilla y quise asomarme; mas tuve que retroceder asustada por la feroz ventolera que el tren levantaba; bajo la dudosa luz cernida de las estrellas veía pasar pequeñas estaciones con ventanas iluminadas, casitas blanqueando allá lejos, en la extensión sombría de los recuestos, árboles sembrados en las laderas de cerros que repentinamente parecían deshacerse, trocándose en valles ó en cuencas profundas sobre los cuales la locomotora dejaba flotando jirones filamentosos de blanco humo. Miré á Eduardo.

—Esto—dije—corre más que la diligencia.

—Infinitamente más.

—¿Y no se cansa la máquina?

—No, mientras haya carbón.

El candor infantil de mis preguntas debía espolear su lujuria de lobo viejo, porque la risa parecía haberse cristalizado en sus labios inmóviles, y sus ojos se abrillantaron. De pronto se abrió la portezuela del lado opuesto al que yo ocupaba y apareció el revisor, que examinó y picó nuestros billetes; luego desapareció hundiéndose en la sombra; vi su gorra galoneada bajar, ocultándose tras la portezuela que se cerraba; lancé un pequeño grito.

—¿Se caerá?—dije.

Olmedo me tranquilizó con un movimiento negativo de cabeza y vino á sentarse á mi lado, cogiéndome la cabeza entre sus manos y besándome largamente sobre las sienes. Pregunté:

—¿Cuándo llegamos á Madrid?

—Mañana temprano.

—¿Y el tren seguirá corriendo siempre con esta velocidad?

—Siempre.

Volvía á sentirme niña; á pesar de mis lecturas parecíame imposible que el mundo fuese tran grande y que para atravesar España, aquel pedacito de tierra que aparece en las cartas geográficas pintado de amarillo, se necesitasen tantas horas. Me levanté queriendo abismar mis miradas en el raudo desfile de los campos; Olmedo se levantó también y sus brazos rodearon mi cintura; sobre mi espalda latía presuroso su corazón; sus labios rozaban mi nuca, produciéndome estremecimientos incomprensibles de calor y de frío.

—¿Me quieres?—preguntó.

No respondí; estaba suspensa: en mi alma, trastornada por un aluvión de emociones nuevas, batallaban sordamente mi cariño al ayer y la emoción del desconocido porvenir que iba acercándose: era una inquietud física y moral á la vez, que oprimía la garganta y pesaba sobre el estómago: poco antes todo me sonreía; amiguitas, familia, profesores; todos eran á defenderme y ensalzarme, y, aunque no fuese completamente feliz, sentía el alegre reposo de los mansos que viven al amparo de la ley; mientras que desde aquel momento todo iba á ser para mí incertidumbre y lucha: padecía, pues, el aturdimiento del que pasa bruscamente de la luz á la

sombra, del silencio que provoca el ensueño al estrépito ensordecedor de la batalla. Recordé á mi tía; luego á mis padres... "¡Cuánto habrán llorado...!", murmuré. Luego la voz marrullera de la juventud fué echando sobre el remordimiento el sedante de la ilusión. "Pero ahora es de noche—pensé—, y estarán durmiendo; ahora no sufren..."

Olmedo interrumpió mi soliloquio, murmurando:

—Ven.

Cogió mi barbilla, inclinándome la cabeza hacia atrás; procuré en vano desasirme; la presión de sus brazos era tan vigorosa que, bajo ellos, mi pobre cuerpo vacilaba.

—¿No te acuerdas?—prosiguió—. Estás sola conmigo... ¡por fin...! ¡Hacía tanto tiempo que deseaba tenerte así...!

Sus palabras me despertaron; entonces yo desconocía lo que más tarde la experiencia me demostró harto bien; y es que el egoísmo rige las conciencias y gobierna el mundo, que nadie se mueve sin esperanzas de cobrar ventajosamente las molestias que á su pereza proporciona aquella acción, y que, según esta ley tan humana, Olmedo no hubiera asumido la grave responsabilidad de robarme, sin la ilusión de hallar en el goce inmediato de mi cuerpo premio cumplido á su hazaña; mi niñez vivía completamente ajena á tales miserias; los besos del seductor no habían despertado jamás en mí la menor emoción voluptuosa; le quería espiritualmente, como imagino que debe ser el verdadero cariño, aunque nadie me

haya querido así, y si me dejaba besar de él era porque la superior clarividencia que el Destino otorgó á las mujeres inteligentes me decía que, sin el poderoso cebo de aquellas concesiones, Olmedo me hubiera abandonado. Viéndome á solas con él, no pensé que era novio mío, sino una especie de hermano mayor ó de camarada, que nada podía intentar contra mí. Por eso sus palabras insinuantes, sus caricias, me llenaron de espanto.

—Déjame—balbuceé—, déjame...

—¿Por qué...?

Me había obligado á sentarme, permaneciendo en pie delante de mí, con una rodilla sobre el asiento, y, cogiéndome por los hombros, me empujaba suavemente hacia atrás con delicadezas espantosas de verdugo bien educado.

—Déjame—repetí.

—Te quiero.

—Yo también.

—Te idolatro...

—Sí, pero... más adelante..., en Madrid..., cuando estemos casados...

Hablaba maquinalmente, prometiendo algo que no comprendía aún.

—Entonces también—contestó derribándome—; ahora y entonces..., siempre, á todas horas... ¡Si la eternidad, con no tener medida, la estimo pequeña para amarte...!

Fuí suya una vez..., muchas..., siempre que quiso, sin que mi cuerpo, magullado, rendido á la vergüen-

za y al sueño, pensara en defenderse; y él no me dejaba, ni daba tregua á su amorosa fiebre, cual si previendo que habíamos de separarnos muy pronto, quisiera sentir de una vez la hartura de todos mis encantos.

Hubo momentos en que, extrañando mi pasividad, preguntó alarmado:

—¿Qué tienes...? ¿Te sientes mal...?

Se levantó, descorriendo la cortinilla azul que cubría la luz. Yo entreabrí los párpados que el cansancio y las lágrimas iban hinchando.

—No—murmuré—; estoy bien...

Por su frente el sudor corría copiosamente en hilillos plateados. Entonces volvió á abrazarme, besándome, palpándome, sin saciarse nunca; me poseyó unas veces sentándome en sus rodillas, otras derribándome sobre los asientos, y también de pie, empujándome contra las ventanillas, como queriendo lanzarme de cabeza hacia aquellos abismos sin fin que pasaban bajo los estribos del tren; yo, presa del vértigo, me abandonaba inerte.

Fué una noche terrible, que ha dejado en mi memoria la impresión confusa de esas horas monstruosas que forja el pincel quimerista de la calentura.

Eran las diez de la mañana cuando llegamos á Madrid; yo temblaba de frío y de rubor bajo mi trajecillo de percal; llovía; el vaho de nuestras respiraciones y las gotas de lluvia habían empañado los cristales de las ventanillas. La máquina entró en agujas, y momentos después se detenía bajo la elevadí-

sima bóveda de la estación. Un mozo abrió la portezuela, ofreciéndose á llevar nuestro equipaje; tras él vi varios hombres y mujeres que nos inspeccionaban con ojos penetrantes, que luego miraban á otra parte, buscando, sin duda, algún viajero que no había llegado. Olmedo cogió su maleta y saltó al andén, dándome luego la mano para ayudarme á bajar.

—Aunque nadie sabe que llego hoy —dijo—, puede haber aquí alguien que me conozca. Sígueme.

Obedecí, reconociéndome enteramente perdida y á merced suya; era mi guía, mi arrimo, mi sol... Atravesé la multitud de viajeros que obstruía el andén, recibiendo empujones y codazos, con la vista fija en el suelo, bamboleándome sobre mis piernas débiles; algunas mujeres me miraban curiosamente, atraídas por mi juventud y la pobreza de mi traje; después mi vergüenza y confusión crecieron al advertir que llevaba la falda rota y los cabellos en completo desorden.

Al fin Eduardo y yo nos reunimos en un coche, á cuyo conductor dió mi amante el número de cierta casa de huéspedes que él conocía en la calle de la Montera. Olmedo, que parecía preocupado, me miraba con ojos tristísimos, como quien se despide de algo muy agradable; sin duda aquella noche, que fué para mí de cruel martirio, le había parecido demasiado corta.

—¿Qué tienes?—le pregunté emocionada.

—Nada, cansancio; ganas de dormir.

Yo también me caía de sueño, y cerré los párpados, la cabeza apoyada en un ángulo del coche.

En la casa de huéspedes nos recibió un viejecillo barbiblanco y simpático, á quien Olmedo me presentó como esposa suya, y que nos condujo á un gabinete con alcoba donde había dos lechos. Al llegar noté que Eduardo dejaba su maleta en el recibimiento; fué un detalle cuya alevosa importancia no comprendí hasta después. Cuando el hospedero se marchó pregunté á Olmedo:

—¿No te acuestas?

—En seguida; pero antes voy á escribir una carta.

Me arrojé vestida sobre una de las camas, y le sentí ir y venir por la estancia, buscando algo; luego sentarse. Iba á preguntarle cómo viviendo solo y teniendo casa propia me había llevado á una de huéspedes; pero el sueño me paralizaba el entendimiento y la lengua, y me quedé dormida.

Dormí todo el día, más de ocho horas; cuando me desperté ya era de noche; por la ventana del gabinete penetraba el rojizo resplandor de los faroles; la cama frontera á la mía estaba intacta, por donde colegí que Eduardo no se había acostado; le llamé; nadie respondió; en las profundidades de la casa resonaban ruidos de voces y de platos.—"Estará comiendo"—pensé—. Levantéme y fuí á apoyar la frente sobre los cristales de la ventana. Continuaba lloviendo; del cielo plomizo se destacaba la mole sombría de una iglesia, que luego supe que era la de

San Luis; por la calle discurría una masa movediza y oscura de paraguas abiertos. Mi soledad y las tinieblas que envolvían la habitación me asustaron, y no sabiendo á quién llamar, oprimí un timbre. A la presión de mi dedo respondió, desde muy lejos, una vibración metálica, sostenida y aguda; transcurrió medio minuto; una criada se presentó.

—¿Llama la señora?

—Sí—repuse, procurando dar firmeza á mi voz—; he llamado; traiga usted una luz.

Saludó y se fué, deslizándose calladamente sobre el suelo alfombrado; después reapareció, trayendo una vela en una palmatoria de bronce.

—¿A qué hora se cena aquí?—pregunté.

—A las ocho; ahora, precisamente, la mayor parte de los huéspedes están cenando.

Iba á interrogarle por Eduardo y me callé, contenida no sé por qué inexplicable presentimiento. Ella dijo:

—¿Es usted andaluza, señora?

—Sí.

—¿De Córdoba, tal vez?

—No, de Sevilla.

—¡Ah! Yo en Córdoba tengo un hermano...

Me miraba de un modo extraño, con mirada compasiva, irritante. La ausencia de Olmedo volvió á preocuparme.

—¿Y el señor que vino esta mañana conmigo—dije—, está comiendo?

—No, señora. Ese caballero salió de aquí muy

temprano; creo que no volverá...; me parece que se llevó su equipaje...

¡Cómo recuerdo aquel horrible momento...! La visión confusa y siniestra de cuanto iba á sucederme cabalgó ante mis ojos; sentí frío, calor, deseos de morder, brincando hacia adelante, rompiéndolo todo; y ganas de morir allí mismo, llorando de bruces contra el suelo. Pero inmediatamente mi esperanza se rehizo, sofocando á la duda. ¡No, yo no estaba sola; era imposible que Olmedo me hubiese abandonado...! Y, á pesar de mi inocencia, contuve mi dolor, temiendo que la sirvienta hubiese penetrado más de lo justo en mi conciencia.

—Llame usted al amo—dije para cortar la conversación.

Vi reaparecer al simpático viejecillo que horas antes me recibió, con su barba blanca y sus ojos bondadosos que inspiraban confianza. También don Cleto, que así se llamaba el hospedero, parecía mirarme con ojos apiadados. A mis preguntas contestó categóricamente; pero con voz suave, como esos ancianos médicos que acarician á los niños mientras les operan. Por él supe que Eduardo Olmedo, á quien don Cleto sólo de vista conocía, se había marchado, tan pronto como me vió dormida, llevándose su maleta.

—Yo—agregó el hospedero—, como sabía que usted quedaba aquí, nada le dije.

Luego agregó:

—¿Tiene usted dinero?

—No, señor.

—¿Y ropa?

—Tampoco...

Iba á seguir interrogándome, pero se contuvo, vacilante. Estábamos de pie, en medio del gabinete mal alumbrado por la vela que ardía sobre una cómoda. Yo temblaba; sentía que no tenía derecho á estar allí, y que el suelo y las paredes y los muebles de aquella habitación mercenaria, que no había pagado, me despedían. Todo oscilaba á mi alrededor. Don Cleto, animado por mi inferioridad, aventuró algunas preguntas.

—¿Qué edad tiene usted?

—Voy á cumplir quince años.

—¿Hace mucho que conoce usted á ese señor... Olmedo...?

—Poco más de un mes.

Estas dos respuestas, llenas de franqueza, eran una historia.

—Vamos..., sí..., comprendo—exclamó don Cleto—; ese caballero la ha engañado, sacándola de su casa, prometiendo casarse con usted... ¡El lance no es nuevo...!

La indiferencia con que pronunció estas palabras arrancaron á mis pobres ojos copioso llanto. Preguntóme don Cleto si yo conocía en Madrid á alguien, y como mi contestación fuese negativa, dijo que lo mejor que podía hacer era escribir á mi familia, mostrándome arrepentida de lo hecho y rogando viniesen á buscarme.

—Los padres—concluyó bonachonamente el hospedero—perdonan siempre.

Pero la idea de aquella humillación sublevó cuantas energías quedaban en mi alma, descubriéndome tesoros de valor que me reanimaron, secando mis lágrimas.

—¡Nunca!—dije—. Antes que implorar la protección de aquellos que ultrajé, prefiero sucumbir. Si necesita usted esta habitación, me iré inmediatamente, por ahí, á cualquier parte; si, por el contrario, quiere usted darme hospitalidad hasta mañana y algo de comer, habrá usted hecho una caridad que no olvidaré nunca.

Estaba dispuesta á morir. Don Cleto, condolido de mi desamparo, me aseguró que podía vivir allí los días que quisiese y que estaba dispuesto á favorecerme en cuanto pudiera. Luego se fué para decir que me sirviesen de cenar.

Comí maquinalmente, obligada por un apetito devorador que se imponía á mi pena, sumida en esta postración estúpida de los dolores inmensos. Buscando en mi memoria una luz ó guía que me llevase á seguro puerto, recordé que una condiscípula mía, llamada Ramoncita Castillo, me habló reiteradas veces de una hermana suya casada con un barbero residente en Madrid, calle de los Reyes...

La comida, al reanimar mis fuerzas, me devolvió el valor temerario de la esperanza; luego de dar algunos paseos por el gabinete, me acerqué á la ventana, contemplando aquellos millares de transeuntes

que iban y venían paseando sus negras siluetas ante los escaparates iluminados de las tiendas; después me acosté. La seguridad de que muy pronto iba á tener una amiga confortaba mi ánimo; además, abrigaba el secreto presentimiento de que Eduardo Olmedo volvería... No obstante estas ilusiones, pasé una malísima noche y varias veces desperté llorando, pareciéndome que alguien me ahogaba, poniéndome una mano sobre el corazón.

Al día siguiente madrugué, arreglé mis cabellos lo mejor que supe, recosí mi falda y, después de informarme vagamente por don Cleto del rumbo que debía seguir para llegar á la calle de los Reyes, salí de la casa. Bajé la escalera lentamente, tiritando bajo mi vestidillo de percal, arrugado y sucio; en el zaguán tropecé con dos jóvenes: parecían estudiantes; uno de ellos me dijo que tenía los ojos muy bonitos; el otro me pellizcó en un brazo. Ya en la calle, eché hacia la derecha, subiendo la cuesta; no llovía, pero el suelo estaba cubierto de un barro que se adhería á los pies; del cielo plomizo se destacaban las casas con sus negros aleros desiguales y sus fachadas de cuatro y cinco pisos acribilladas de balcones incontables; en el aire flotaba una niebla densa, especie de llovizna finísima que humedecía mis cabellos. A mi lado pasaban mujeres plebeyas y hombres mal vestidos que murmuraban á mi oído piropos groseros; yo caminaba como una inconsciente, admirando el aspecto abigarrado y pobre de aquel pueblo y la compleja arquitectura de los edificios, tan diferente

de la arquitectura andaluza que me era familiar.

En la red de San Luis me detuve á ver funcionar una manga de riego; era un procedimiento que yo desconocía y que me maravilló; el agua, al caer, describía una media elipse argentina que pintaba un arco iris en el espacio. Luego me acerqué á un guardia municipal, preguntándole por la calle de los Reyes.

—¡Uf! — exclamó —. Eso está muy lejos. Pero, en fin... Siga usted por la calle de Jacometrezo, tuerce después usted á la derecha, en seguida de frente..., luego á la derecha otra vez..., siempre á la derecha...

Continué mi camino acobardada al verme tan sola y con tanto frío, vagando al acaso por las calles, oscuras, angostas y tortuosas, como intestinos retorcidos de un pueblo inmenso. Eran las nueve de la mañana; las porteras sacudían los zaguanes, los dependientes de comercio limpiaban con un trapo húmedo el cristal de los escaparates; ante las tiendas recién abiertas flotaba el aire malsano de las habitaciones que estuvieron muchas horas cerradas. Volví á perderme; había dejado atrás varias esquinas y no recordaba por cuál de ellas debí doblar; entonces interrogué á dos individuos que pasaban, los cuales, advirtiendo mi acento provinciano, lejos de responder á mi pregunta comenzaron á embromarme, ridiculizando mi vestido y haciéndome proposiciones indecorosas. Proseguí mi camino rápidamente, huyendo el contacto de aquella multitud obscena y soez que deprime á los débiles, y sintiendo el vacío

terrible, siempre creciente, de mi aislamiento y poquedad. Una mujer que vendía café y buñuelos me orientó.

—Siga usted por ahí. Después, á la derecha... Luego, vuelva usted á preguntar.

Así, yendo de unos en otros y habiendo servido de diversión á varios chuscos que me indicaron direcciones contrarias á la que necesitaba seguir, llegué, por fin, á la calle de los Reyes. En el reloj de la Universidad iban á dar las doce. Mis piernas frías temblaban de extenuación bajo la falda salpicada de fango, mis pies estaban yertos, los cabellos, humedecidos por la fina llovizna que flotaba en el aire, se adherían á mi frente; la debilidad, relajando la tonicidad de los nervios, alejaba del cerebro las sensaciones, imponiéndome la ilusión de que todo era pálido y confuso, y que los ruidos venían de muy lejos; á mi alrededor flotaba el horror del vacío... Me detuve un momento, apoyándome contra la pared del Instituto Cisneros, buscando un estímulo á mi heroísmo en el sostén que aquella mole inconsciente me prestaba. Pero aún quedaba lo más difícil por hacer: buscar la barbería, presentarme, explicar mi desgracia, conmover el corazón de los desconocidos que me recibiesen...

Avancé leyendo cuantos rótulos había sobre las puertas de las tiendas, mientras bajaba la pendiente que forma la calle en su segunda mitad, desde la plaza del conde de Toreno á la de Leganitos. Aquello era interminable: un instante tuve la idea

de retroceder: yo estaba loca ó soñando; el paso que intentaba era ridículo; Olmedo me quería; acaso estuviese esperándome...; y me palpé, asegurándome de ser yo, efectivamente, quien así hablaba... Pero me rehice y seguí adelante. A la derecha, pasada una casa de préstamos, había una barbería económica, con su puerta de cristales cubierta por cortinillas blancas y dos bacías de bronce que el viento columpiaba al extremo de dos varillas metálicas. Sobre los cristales del modestísimo establecimiento una mano inhábil había escrito en letras rojas: "Se afeita ó corta el pelo á quince céntimos. Se extraen muelas y raigones. Se aplican sanguijuelas."

Indudablemente, era allí. Pero, ¿y si me equivocaba?

Bruscamente cogí el picaporte, empujé la puerta y entré en la barbería: era una habitación entarimada, con dos sillones de rejilla colocados ante un espejo rectangular, y una pequeña piedra de mármol: dos niños jugaban en el suelo con una baraja; el mayorcito, al verme, levantó la cabeza.

—¿Está tu mamá?—pregunté.

No contestó y siguió jugando; tendría seis ó siete años y la cara y las manos muy sucias.

Repetí mi pregunta.

—¿Para qué quiere usted verla?—dijo.

—Para hablar con ella.

—Está ocupada, fregando...

—Anda, hijo—rogué desfallecida—, sé bueno, llámala...

—No quiero.

El juego le absorbía; luego, dulcificando el acento, agregó:

—Ya voy; aguarde usted...

Estaba tan débil, que me faltaban fuerzas para imponer mi voluntad, y permanecí en pie, pareciéndome que aquella casa también me despedía. De pronto, levantando una cortinilla de yute azul que tapaba una puertecilla lateral, apareció un individuo como de cuarenta años, despeinado y en mangas de camisa.

—¿Qué quiere uted?—preguntó, mirándome fríamente.

—¿Es usted el dueño?

—El mismo.

—Deseaba ver á su señora...

Me faltó el aliento; parecíame que iban á echarme á la calle sin oirme. Al fin, pude añadir:

—Vengo de Sevilla; la traigo recuerdos de su hermana Ramoncita Castillo...

Al oir este nombre el barbero desarrugó el entrecejo y dijo, levantando la cortina que ocultaba la puerta, y de modo que su voz retumbase bien por las profundidades de la tienda:

—¡Teodora, aquí te buscan...!

Transcurrieron dos ó tres minutos angustiosos de silencio. Después vi aparecer una mujer, joven aún pero horriblemente maltratada por la miseria: entre su rostro, no obstante, y el de mi condiscípula, advertí ciertas semejanzas. Avanzó hacia mí lenta-

mente, mortificándome con una tenaz mirada sondeadora.

—¿Es usted la hermana de Ramoncita Castillo?

—Sí, señora.

—Yo soy Isabel Ortego..., amiga y compañera suya de colegio...

—¡Ah...! ¿Y cómo está mi hermana... y mi madre...? Pero, antes de nada, siéntese usted...

Cogió una silla, que me ofreció; luego dijo, dirigiéndose á su marido y aludiéndome con uno de esos gestos cariñosos y de exquisita confianza que parecen patrimonio exclusivo de la mujer andaluza:

—Mira, la paisana: qué joven y qué bonita...

Aquellas palabras de bienvenida acabaron de enternecerme, desatando los suspiros que me rebosaban del pecho.

—¡Teodora!—exclamé arrojándome en sus brazos y deshecha en lágrimas—; ¡quiérame por cuanto haya para usted de más sagrado! ¡No me desampare usted! ¡Estoy solita en el mundo...!

*28 octubre.*

Debemos reconocer la existencia de un dios Azar encargado de dirigir hacia los seguros puertos de la salvación el frágil esquife sobre que van embarcadas las pobres vírgenes perdidas: porque es inverosímil que yo, viéndome abandonada, miserable y sin amistades en un pueblo grande y desconocido, supiese aprovechar tan hábilmente la protección de Teodora,

á quien sólo me llevó la ligera amistad que con su hermana Ramona tuve en el colegio. Yo había renunciado á todo por Eduardo Olmedo; á su amor sacrifiqué estimación, honor, cariño de padres; era, pues, natural que aquel hombre fuese mi vida, mi luz, mi aire respirable, y que muriese de desesperación al medir el espantoso aislamiento en que su ingratitud me colocaba: y, no obstante, con reflexión y voluntad impropias de mi edad, logré sobreponerme al malvado curso de las circunstancias, despreciando la villanía del traidor y cambiando los acontecimientos adversos en prosperidades y bienandanzas. Luego he sabido que los brazos de la mujer, como los cordones de seda, son suaves, pero fortísimos, y que difícilmente se escapa lo que una vez quedó entre ellos preso y bien enlazado; pero entonces yo era harto niña para entremeterme por tales honduras y vericuetos, y demasiado alcancé recabando durante algún tiempo la protección del hombre más canalla, frío y egoísta que he conocido.

El ofrecimiento que hice á Teodora y á su marido Joaquín Antón de irme á vivir con ellos, no bien Olmedo me asegurase medios decorosos de subsistencia, resolvió la cuestión en favor mío. Joaquín, que era interesado, hizo por afición al dinero lo que jamás hubiera hecho por filantropía y puro cariño al prójimo: buscar á Eduardo Olmedo, hallarle y arrancarle, casi por la fuerza, la promesa de mantenerme y vestirme mientras yo lo necesitase. La discusión entre los dos hombres fué larga y muy viva, y poco

faltó para que la concluyesen á bofetadas. Olmedo, que estaba casado y tenía tres hijos, quiso eludir toda responsabilidad diciendo que yo era una aventurera á quien había pagado el viaje de Sevilla á Madrid, y á la que no le ligaba lazo más fuerte ni otro recuerdo que el de una noche agradable. Pero Joaquín invocó mis derechos de niña inocente, rendida al brillo de imposibles ofrecimientos, mis lágrimas, mi abandono, mi espantosa miseria; Olmedo se encogía de hombros, asegurando que una mujer bonita no se muere de hambre en ninguna parte.

La experiencia me ha enseñado que la Humanidad es mala y que son insondables los abismos de su perversión: la Venus de Cleomenes y el Antinóo de Belvedere pusieron límites á la belleza; el heroísmo tiene un término: la muerte; del sacrificio desinteresado no pasará la virtud, ni del martirio la fe; pero, ¿quién pondrá puertas al pecado...? Y tan cierta estoy de esto, que cuando me presentan un canalla le recibo afectuosamente, segura de que no será el peor de los hombres. La maldad es infinita; para contenerla, el Destino necesitó la ilimitación del espacio; para su desarrollo, la eternidad del tiempo...

He deslizado las anteriores reflexiones para alivio de mi espíritu y en descargo de Olmedo, á quien aún ignoro si debo odio ó agradecimiento por la libertad en que me dejó luego de graduarme mujer de mundo. Pero volvamos á mi historia. Justamente exasperado Joaquín Antón por las negativas de mi amante, le amenazó con referirle á su mujer lo ocu-

rrido; lo que aterró á Olmedo, cuya esposa había llevado al matrimonio un respetable capital. No sabiendo cómo conjurar el peligro que se le echaba encima, prometió socorrerme con cuanto pudiese, ir á verme de cuando en cuando y consolarme hasta que el ciego ardor de mi enamoramiento declinase. Afortunadamente, el barbero, aleccionado por mí, resistióse á comulgar con necias promesas.

—La señorita Isabel – dijo – no quiere amor, sino dinero... Un tanto fijo que yo mismo, si ella me autoriza, vendré á recoger el día primero de cada mes.

Olmedo manifestó que no podía acceder á tales pretensiones: él era pobre, no disponía más que de un sueldo modestísimo...

—Si usted es pobre—repuso Antón implacable—, su mujer es rica; hablaré con ella.

Atajado por todas partes, Eduardo Olmedo transigió, entregando á su interlocutor cuarenta duros, de los cuales gasté más de la mitad en comprarme un vestido, calzado y la ropa blanca de que estaba absolutamente desprovista; el resto fué á parar á manos de mis nuevos amigos y protectores, quienes me habían cedido una habitación amueblada con una camita de hierro, un tocadorcillo con espejo y piedra de mármol y dos sillas de enea. Aquella noche cené perfectamente; mis entumecimientos de la víspera desaparecían, y al verme alojada y vestida y al amparo de aquel improvisado hogar, recordé que tanto bien era obra de mí misma, de mi bonitura y de mi

esfuerzo, y que quien tan pronto llegó hasta allí, era indudable que conseguiría ir mucho más allá. Fué una emoción rara: estaba á oscuras y acostada en mi pequeño lecho, que crujía; una de mis manos rozó mis caderas, que palpé suavemente, justipreciando con precoz saber su armoniosa escultura, experimentando hacia mi pobre carne, que á tan alto precio pagó los trapos que en tal momento la cubrían, un agradecimiento vago...

Desde aquel día mi vida quedó asegurada; todos los meses Joaquín Antón iba á casa de Olmedo, quien le entregaba cien pesetas, de las cuales noventa eran para el barbero; las diez restantes me bastaban para comprar polvos de arroz, horquillas y alguna que otra chuchería.

Declinaban las horas dulcemente, y pasaron tantas y tantas..., que se llevaron el invierno. Fué aquélla una de las épocas más tranquilas de mi vida. Aunque privada bruscamente de mis primeros afectos, era feliz; las grandes convulsiones morales habían trastornado mi espíritu, sumiéndolo en una modorra inaccesible al dolor; era el contento estúpido de esos cretinos que ríen inconscientes. Teodora parecía profesarme buena amistad, y algunas noches salía conmigo, llevándome siempre, como á señora, por el ándito de la acera; yo aceptaba gustosa su compañía, y hasta la quería, si bien con el amor distraído que inspiran los inferiores. Ni ella, ni su marido, hablaban jamás de mis padres, y Joaquín, siempre que me dirigía la palabra, me llamaba "señorita". El

pasado, entretanto, iba reculando, perdiéndose bajo las brumas de un horizonte remoto, sin que ni una carta, ni el encuentro con una persona conocida, ni la noticia más leve, viniera á recordarme mi antiguo vivir.

Los viajes me enseñaron que las ciudades, como los individuos, tienen un carácter, una fisonomía, un temperamento: en aquella época el espíritu movedizo y aventurero de Madrid fué apoderándose rápidamente del mío; el alma turbulenta de la gran ciudad era draga agitadora del légamo que en mi pensamiento dejaron copiosas y mal digeridas lecturas: me atraían la hermosura de sus calles, el fausto que indudablemente invadía el interior de aquellas mansiones aristocráticas, por cuyos espaciosos zaguanes Teodora y yo veíamos ir y venir á los porteros metidos en majestuosos gabanes azules y con largas patillas blancas; el lujo acumulado sobre las mujeres que adornaban los palcos en las solemnidades teatrales, y por cuyas manos y escotes cuajados de jovas mis ojos de provinciana ambiciosa paseaban, desde las altas galerías, miradas insaciables. Todo, hablando á mis oídos con el musiteo fascinante de la tentación, parecía repetirme: "Si tú quisieses...", cual si tantas superfluidades estuviesen al alcance de mi voluntad: y aquella voz que yo imaginaba haber escuchado entre sueños, cuando niña, electrizaba mis nervios, reanimándome como reanima todo lo que nació y creció con nosotros: al viejo héroe, el lejano fragor de una batalla; al artista, los vítores de

la muchedumbre; al marino, el clamoreo eternal de las olas.

Desde que empezaron las buenas noches primaverales, Teodora y yo paseábamos después de cenar, dirigiéndonos hacia la Puerta del Sol por las calles de San Bernardo y Preciados, y regresando inmediatamente á casa por las de Fuencarral, Desengaño y Luna: eran excursiones monótonas que realizábamos metódicamente, como quien cumple una obligación, y que no costaban dinero. Teodora se divertía narrándome minuciosamente su historia, que rellenaba de episodios y divagaciones interminables: la barbería fué comprada con dinero que ella había ganado; Joaquín, aunque bueno, era perezoso, y, con los años, iba aficionándose á la bebida...

Seguía hablando, irritándose contra los transeuntes que la empujaban, obligándola á callar: yo la oía distraída, como se oyen las conversaciones de los niños, mirando los escaparates de las joyerías, siguiendo con los ojos á las mujeres elegantes que iban en coche. Una noche pregunté á Teodora:

—¿En qué se distingue á las mujeres de vida alegre? Hablo de las ricas.

Contestó sencillamente:

—¿Qué sé yo...? En su tipo, en sus perfumes, en su modo de vestir...

—¿Conoces alguna?

—Personalmente, no; pero sí de vista; ya te avisaré.

¡Quién sabe si su instinto plebeyo, propenso á la

murmuración y á la desconfianza, calificó de hetera á más de una matrona impecable por el solo hecho de ir bien vestida...! Lo cierto es que conocí á las cortesanas entonces más en boga, y todas eran jóvenes, elegantes, llamativas: me impresionaban fuertemente sus cabelleras de oro ó de endrina, sus semblantes pálidos, sus ojos hermosos velados por la triple ponzoña de la tristeza, la ambición y el ensueño; pasaban en landós que huían veloces; un polvillo dorado parecía flotar sobre las plumas de sus grandes sombreros; los hombres volvían la cabeza para mirarlas, y su admiración y sus deseos las perseguían hasta muy lejos; cada una de ellas tenía una leyenda: por ésta se había suicidado un marqués; por amor á otra, un calavera arruinado estaba en presidio... Yo las contemplaba suspensa, examinando de refilón sus manos enguantadas, manos soboncitas y sabias, que parecían descansar de tantas caricias sobre los regazos de seda. Por las noches, cuando regresaba á mi cuarto, aquellas impresiones dormían conmigo, estimulando mi ambición, convirtiendo mi lecho en yacija de espinas. "¿Por qué no vencer como vencen otras mujeres menos bonitas...?", repetía la voz tentadora.

Una noche, después de cenar, salí sola: Teodora, que tenía un niño enfermo, no pudo acompañarme. Según costumbre, subí la cuesta de la calle de los Reyes, dirigiéndome por la de San Bernardo hacia la Puerta del Sol: al cruzar la plaza de Santo Domingo me detuve ante el escaparate de una cami-

sería; las luces eléctricas, reverberando sobre las blancas pecheras de las camisas, producían un resplandor crudo que iluminaba mi rostro fuertemente de abajo arriba, dándole una expresión de cansancio que entonces no tenía. De pronto comprendí que estaban observándome; fué algo magnético que corrió sobre mi piel, obligándome á volver la cabeza: era un hombre como de treinta y cinco á cuarenta años; estaba en pie, muy cerca de mí, escudriñándome atentamente; traspasando mi pobre trajecillo de verano llegaba á mi carne el calor de su cuerpo saludable y robusto: de una ojeada aprecié sus botas de charol, su gabán blanco, su sombrero de copa, la serenidad aristocrática de sus facciones. Continué mi paseo, sin saber cómo componérmelas para lograr que mi cortejador me abordase; él me seguía de cerca, pero sin atreverse á zurcir el diálogo, desorientado, sin duda, por mi apetecible aspecto provinciano; yo caminaba perpleja, deseando y temiendo simultáneamente el abordaje de lo desconocido: tenía la boca seca y frías las sienes; zumbidos extraños trastornaban mi cerebro; quizá mi verdadero porvenir empezaba allí. Al llegar al Postigo de San Martín torcí á la derecha, buscando la sombra, que enardece á los tímidos; allí me detuve mirando á todas partes, como desorientada: el caballero, siempre retraído, pasaba cerca de mí sin detenerse.

Su rara cobardía estropeaba mi plan: entonces pregunté:

—Señor, ¿sabe usted dónde está la calle de... de Fuencarral?

Se detuvo, sorprendido agradablemente por la turbada entonación de mis palabras.

—Va usted por mal camino—dijo.

—Si pudiera usted indicarme cuál debo seguir...

—Mejor es que la acompañe.

Vacilé; él insistió.

—No tengo nada que hacer; por otra parte, si la dejo á usted sola, volvería usted á perderse.

Cedí: aquella noche volví á la barbería llevando en el corsé un billete de cincuenta pesetas. Al día siguiente el regocijo que me causaba la inesperada posesión de aquel tesoro era tan grande, que se lo enseñé á Teodora, cuyos ojos brillaron codiciosos. Yo dije que aquellos diez duros me los había dado una señora amiga de mi madre que encontré en la Puerta del Sol, y que, lejos de reñirme, me colmó de buenos consejos, ofreciéndome su casa y prometiendo ayudarme con cuanto pudiese: mientras hilvanaba con visible torpeza este cuento inverosímil, Teodora me escuchaba dando muestras de credulidad y ufanía. Yo, queriendo hacerla participar completamente de mi contento, añadí riendo:

—Ya ves, ¿qué te parece...? Soy rica, con que, si algo necesitas, pide; la caja está abierta.

Ella miraba al suelo, perpleja; adivinando sus vacilaciones, repetí mi oferta, á lo que contestó con mentido embarazo:

—Si pudieras darme veinte pesetas... Ya te las

descontaremos del dinero que me entregues á primeros de mes.

—Cambia y quédate con ellas—repuse entregándole el billete.

—Me atrevo á pedírtelas porque estoy muy pobre: el verano todo lo paraliza, nadie se afeita...; anoche salí á empeñar la capa de Joaquín.

Estas explicaciones, humillando á mi amiga, me molestaban.

—Bien, bien—exclamé interrumpiéndola—; toma, y nada me debes; nada... Pues vivimos juntas, mi dinero es de todos.

Me abrazó, besándome las mejillas muchas veces: estoy cierta de que la taimada, á pesar de su aire encogido y gazmoño, tuvo menos empacho al aceptar aquel dinero que yo en ofrecérselo.

A la noche siguiente volví á ver á mi nuevo amante, cuyo nombre mi ingrata memoria no recuerda: estuvimos en el café del Siglo, luego subimos á un coche que nos llevó por Recoletos hasta el Hipódromo; él hablaba acariciándome las manos; me aseguró que era rico y que, si yo fuese juiciosa, no tendría inconveniente en vivir conmigo.

—Aunque eres muy joven—decía—, debes velar por tu porvenir; los años pasan pronto; escarmienta en mí; ayer era un niño y hoy tengo la barba llena de hilos blancos...

Yo le escuchaba distraída, pareciéndome que me hablaban de algo muy distante, casi inaccesible, remotísimo como el origen del Mundo. De pronto

me echaba á reir y le besaba porque sí, sin deseos; él reía también, llamándome loca. Como todo hombre muy vivido, era dulce y paciente, y creo que, á durar algo más nuestras relaciones, hubiera llegado á quererle, no obstante parecerme algo raro: siempre había en sus miradas y en sus silencios una gran tristeza; desengañado de todo, el pobre temía enamorarse de mí. Aquella noche me acompañó hasta la puerta de mi casa: al darme la mano me entregó un papel; parecióme que tenía los ojos húmedos: después me besó en la frente y se alejó rápido, volviendo la cabeza, como quien huye ó se despide. Cuando iba muy lejos, miré el papel que me dió: era un billete de cien pesetas: á un lado, en lugar muy visible, leí la palabra "adiós..."

¿Quién la había escrito? ¿Era mi amigo...? Yo no conocía su letra. Y si era él, ¿de quién se despedía? ¿Del billete ó de mí...? Lo primero, era bufo; lo segundo, triste y raro. Al día siguiente por la noche fuí á buscarle al sitio donde estábamos citados, y no acudió; al otro día, tampoco; no he vuelto á verle más...

## II

*31 octubre.*

Desde aquella fecha comenzó para mí una vida llena de altibajos, una especie de horizonte churrigueresco cuajado de pintorescos episodios, algunos alegres, otros muy tristes. La ingratitud de Eduardo Olmedo había resfriado y como encallecido mi espíritu, dándome ese durísimo temple de las almas aventureras y bohemias, apercibidas siempre al encanto ó al dolor de lo imprevisto. Al principio iba por la calle buscando á Olmedo con los ojos, y de hallarle, seguramente me hubiese abrazado á sus rodillas, pidiéndole algunas migajas de consuelo y de amor: aquella sensación duró poco; el fino hierro de nuestros mutuos juramentos quebrantábase en la distancia del tiempo y del espacio; las remembranzas de la aldea y la casa de mi tía, con la ventana por entre cuyos barrotes recibieron mis labios la agridulce sorpresa de los primeros besos, palidecían

en los mares sin playas del recuerdo como en la sombra de una noche sin luna; la voz cariciosa de Eduardo desfallecía bajo el prolongado trueno del tren; su semblante, á la luz nimbada del vagón, era pálido como una mancha exangüe sobre la que reían dos hileras de dientes muy blancos... Aquella emoción extinguióse pronto, y si deseaba tropezar con Olmedo era para humillarle pasando junto á él fríamente, sin saludarle, probándole así que las cien pesetas que seguía enviándome por mediación de Joaquín Antón los días primeros de cada mes no eran indispensables á mi vida. Más tarde, y éste es un fenómeno imaginativo que aún persiste en mí, he creído sorprender grandes semejanzas entre Eduardo Olmedo y todos los hombres ruines, malvados é hipócritas que mi corta suerte fué presentándome.

El escaso dinero que la casualidad me permitió ganar en aquellos ocho últimos días erigióme en dueña y tirana protectora y casi omnipotente de mi nueva familia. Teodora me obedecía ciegamente, aceptando sin discusión ni remilgos mis menores indicaciones; los niños, por consejo, sin duda, de su madre, adquirieron la servil costumbre de acudir todas las mañanas á besarme la mano humildemente; Joaquín Antón, aunque zafio y groserote, no se atrevía á hablarme con la gorra puesta, ni menos á presentarse borracho delante de mí. Entonces yo creía que todo ello era resultado de una buena amistad; pero luego he sabido que el interés fué el verdadero origen de tanta deferencia y sumisión, y me repre-

sento los diálogos repugnantes que aquellos dos miserables trabarían por las noches en voz baja, componiendo atrevidos cálculos sobre las ganancias probables que mi candor y mi belleza podía redituarles. Así, y no obstante ser la casa de Joaquín Antón y hallarme yo bajo su sombra y protección, aquel hombre era algo dependiente ó esclavo mío, sin más fuerza que la por mí irradiada, ni otra claridad que la que mi elegancia y discreción vertían sobre él. Me llamaba cuñada, con los ojos humedecidos por el agradecimiento y la codiciosa esperanza de mayores favores; para que yo no me desdeñase de salir á la calle con su mujer, la obligó á comprarse un vestido nuevo; y enseñó á sus hijos á llamarme "tita Isabel"; era, pues, como decía Rivarol de Champcenetz, "mi luz lunar", y yo la aceptaba bondadosamente, sin maliciar que tantos agasajos me costaban todos los meses más de treinta duros.

Acosada por la tediosa vacuidad de mis días y por Teodora, que me hablaba continuamente de su miseria y de las mudanzas y reformas que necesitaba introducir en la barbería, decidí correr nuevas y productivas aventuras.

Una mañana fuí á cierto famoso salón de peinado sito en la calle de Jacometrezo. El establecimiento era una tienda rectangular con un pequeño escaparate donde había botellas de aguas odorantes, tarritos con pomadas y otros objetos de perfumería; algunas pelucas, trenzas de todos colores y una cabeza femenina de cera, elegantemente peinada, que

giraba lentamente sobre sí misma, merced á un sencillo mecanismo de relojería. La dueña del salón se llamaba Faustina, y era una mujer cuarentona, gruesa y alta, y de guapeza imponente y varonil. Teodora, que me acompañaba en aquella primera visita, hizo mi presentación:

—Mi hermana Isabel...

Faustina tuvo un gesto errante de sorpresa. Teodora, comprendiéndolo, apresuróse á rectificar:

—Es decir..., no es hermana mía; pero como si lo fuese..., porque casi nos hemos criado juntas.

Nos sentamos junto á las cuatro ó cinco mujeres que esperaban vez para peinarse, y aguardamos. Faustina, su hija Madrona y otra oficiala trabajaban activamente alisando los cabellos de las parroquianas sentadas en los tres únicos sillones que había: yo las veía perfectamente por el espejo: una de ellas era vieja; las otras dos jóvenes y no mal parecidas; todas estaban disfrazadas con anchos peinadores blancos. Largo rato estuve absorta, observando á Madrona, inquieta y delgada, hundiendo sus dedos nerviosos, abrillantados y pulidos por el aceite, en una copiosa trenza de cabellos rubios. De cuando en cuando la puerta de la calle se abría haciendo vibrar un timbre y aparecían nuevas parroquianas.

—Buenos días nos dé Dios.

—Hola, buenos días.

—Y frescos.

—Así es...

Algunas eran criadas y llevaban al brazo grandes

cestas vacías; otras, por la elegancia y riqueza de sus trajes usados y el desmazalamiento de sus ademanes y actitudes, parecían mujerzuelas de mal vivir; todas se sentaban moviendo las caderas como para deshacer algún pliegue del vestido que las lastimase, exhalando un olor insano, persistente, de carnes mal lavadas. Las tres clientes que estaban peinándose cuando Teodora y yo llegamos se levantaron casi al mismo tiempo, pagaron y salieron mirándose de reojo en el espejo sus cabezas rizadas. Otras tres mujeres ocuparon los sillones que acababan de quedar vacíos, y Faustina, Madrona y la oficiala reanudaron su tarea; Faustina, alta, dominando y como imponiéndose al trabajo; Madrona, pequeña, levantando mucho los brazos para alcanzar á la cabeza de sus parroquianas, pálida, cual si aquella actitud y aquel repetido ponerse de puntillas la fatigase el pecho. Y los rostros continuaron desfilando de tres en tres por delante del espejo impasible. Yo los veía distraída; eran semblantes marchitos, ajados por el trabajo ó por el vicio, con párpados soñolientos, mejillas tristes, labios desengañados, que conservaban el sumario de los goces apurados la noche antes; todas iban ligeramente vestidas; en el aire del cerrado establecimiento flotaba el tenaz olor de aquellos cuerpos mal limpios y casi desnudos.

Creo que Teodora me llevó á casa de Faustina con deliberado propósito, pues en aquel centro de gentes socarronas y maleantes conocí una pluralidad de tipos que habían de influir fuertemente en los

rumbos ulteriores de mi vida, y que, lejos de apartarme del mal, ó cuando menos de enderezarme hacia las regiones aristocráticas y más altas del vicio, me empujaron por derroteros torcidos hacia los fondos peores. Allí me presentaron á Pilar Huerta, antigua lumia, que habiéndose aburguesado, puso con el dinero de su querido una taberna en la calle de Tudescos; á Severina Aguilas, vieja miserable, dueña, allá en sus mocedades, de una mancebía; á Elvira la gandula; á Gregorio, tipo repugnante, de dudosa sexualidad, y otros varios corredores y alcahuetas que comerciaban guiando desilusoriamente al dócil rebaño de la voluptuosidad hacia donde el vicio de los hombres lo reclamaba. Finalmente, conocí también por aquellos días á Leonarda Cadenas, rubia guapísima con quien, por rara casualidad, aun no he tenido motivos para reñir y que entonces andaba buscando un amante rico, poseída de una ambición insaciable, enfermiza, como un delirio de grandezas. Leonarda hablaba como los artistas ilustres que más tarde aquí, ó fuera de España he conocido.

—Imítame—decía—, y procura salir de este fango negro en que vivimos; tú y yo merecemos morir célebres y ricas.

Una noche, Leonarda Cadenas fué á la barbería á buscarme; yo estaba empezando á comer.

—¿Qué hay?—pregunté.

Ella guiñóme maliciosamente, sonriendo, dándome á comprender que el objeto de su visita no podía ser expuesto delante de Teodora y de Joa-

quín. Entonces me levanté conduciendo á mi amiga á una habitación próxima.

—¿Quieres cenar conmigo?

—¿Dónde?

—En las Ventas del Espíritu Santo.

Quedéme perpleja, considerando el estado, no muy lucido, de mi calzado y de mi falda negra. Leonarda procuró animarme, asegurando que iríamos en coche; habría baile y la comida y los vinos serían buenos.

—La fiesta—agregó—se ha improvisado hace un momento en casa de Severina Aguilas. Vendrán con nosotras Pepe Pérez, que es médico y antiguo amigo mío, y un tal Diego Ferrán... ó Ferrer..., no recuerdo el apellido... Un niño aristócrata muy borracho, pero muy simpático, á quien sólo conozco de vista.

Animada por un repentino anhelo de divertirme, cedí. Cuando llegamos á casa de Severina vi en el salón, un saloncito adornado con muebles y cortinajes viejos, dos hombres que, al oirnos, se levantaron cumplimentando á mi amiga por la excelente compañera que les procuraba, y arremetiendo luego contra mí, palpándome, pellizcándome, besándome sobre los labios, obligándome á respirar sus alientos infestados de olor á tabaco y á vino. Entonces, como ahora, estas caricias brutales me molestaban horriblemente, y para evitarlas volvía la cabeza á otra parte. Pepe Pérez era un tipo plebeyo, gordiflón y chiquitín: vestía americana negra y pantalón gris; al

caminar inclinaba un poco hacia dentro las puntas de los pies: tenía el cráneo calvo, los ojos groseros, el bigote negro y muy poblado; por los puños blancos de su camisa asomaban sus muñecas fuertes, cubiertas de espeso vello. Diego Ferrer, mi amante de aquella noche, era alto, simpático y de correcto porte; en sus mejillas el vicio había pintado algunas arrugas precoces; tenía ojos de vesánico, saltones y claros; su labio inferior, grueso y colgante, parecía hallarse propicio siempre á beber; sobre su frente pequeña, embrutecida por el alcohol, los cabellos byronianos, cortos, ensortijados y negros, se encrespaban.

Diego Ferrer me cobró afición, y yo, aun gustándome poco, le acepté sin sacrificios ni violencia, prefiriéndole á cualquier otro hombre desconocido. Diego era un anormal en quien ciertas facultades parecían haberse desarrollado extraordinariamente con menoscabo de las otras y á expensas de los jugos que de éstas tomaron. Así, pues, todo en él acusaba al verdadero artista, inconsciente y desordenado, cuyos fuertes nervios sólo trabajaban bajo el látigo de estimulantes poderosos: el hambre, la lujuria, la embriaguez, la ambición... Era fantaseador, voluntarioso, impulsivo, y mientras su imaginación y sus pasiones iban muy lejos, su sensibilidad era escasa, su entendimiento oscuro y angosto.

El día primero de cada mes Ferrer recibía de su padre tres mil pesetas, cantidad con la cual otro hombre cualquiera hubiese podido representar un

buen papel en cualquiera parte. Pero Diego ordenaba sus gastos disparatadamente. Una sencilla operación aritmética le había demostrado que tres mil pesetas, repartidas equitativamente entre treinta días, sólo consienten un gasto diario de veinte duros; cantidad exigua que no le permitía vivir con el fausto que él soñaba; y así, optaba por disipar su renta en una semana, gastando diariamente de doscientas cincuenta á trescientas pesetas. Una vez sin dinero, Ferrer se abstenía de recurrir á los prestamistas, y se refugiaba donde nadie supo nunca, y allí permanecía recluído hasta que, con la llegada del nuevo mes, recibía los seiscientos duros que habían de proporcionarle un nuevo período de esplendor: los que le trataban superficialmente y siempre le vieron bien vestido y en coche, creíanle rico; yo, que le conocí íntimamente, sabíale niño muy inexperto y muy desgraciado.

Entre otras debilidades y vicios menores, derivados de su mismo desequilibrio, Diego padecía el de la borrachera: se finaba por el vino, sea cual fuese; el solo recuerdo del coñac le producía una emoción voluptuosa tan intensa, que le obligaba á apretar los dientes. De sus borracheras conocíamos todos anécdotas chistosísimas. Verbigracia: la habitación donde él y yo dormíamos algunas noches en casa de Severina Aguilas era muy pequeña, y el lecho tan grande, que ocupaba casi todo el cuarto, cual si lo hubiesen fabricado á su capacidad y medida; la puerta, que era de cristales y tenía visillos, se abría

delante de la cama, y entre ésta y aquélla quedaba el espacio indispensable para que pudiera deslizarse una persona no muy gruesa. Yo estaba acostada y á oscuras cuando Diego llegó; iba borracho y sin cerillas; Severina había salido. Ferrer penetró en la alcoba, cerró la puerta y empezó á desnudarse, tirando al suelo el sombrero de copa, la levita, el chaleco, maldiciendo de la suerte, que le obligaba á acostarse entre tinieblas, atormentado por la preocupación de que había un hombre oculto en la habitación. Después, al quitarse la camisa, la elástica se le arrolló bajo los sobacos, y Diego pasó las de Caín para bajarla y remeterla dentro del calzoncillo; siendo lo gracioso que, como el espacio donde maniobraba era tan angosto, juntamente con la camiseta guardóse la punta de un visillo entre los calzones y la piel, por lo que luego, al querer subir á la cama, sintió que le retenían y sujetaban por detrás. Con esto sus terrores aumentaron, y volviéndose rápidamente y enarbolando el brazo, comenzó á gritar: —"¡Socorro, ladrones...!", descargando al mismo tiempo un puñetazo que redujo á menudos añicos los cristales de la puerta. Fué un incidente muy cómico que empezó asustándome y concluyó haciéndome reir á carcajadas.

Cuando Ferrer se embriagaba solo, le acometía el capricho de pasear por el campo, caminando en línea recta y sin tino durante varias horas, hasta que el cansancio físico y el aire le desaturdían, devolviéndole la razón en parajes distantes y á veces, para él,

completamente desconocidos. Más de una madrugada le sorprendió el sol en Chamartín ó en Vallecas; otras veces su embriaguez le empujaba hacia la vieja sacramental de San Justo, donde estaba su madre, y como iba deteniéndose á beber en todas las tabernas y ventorros del camino, llegaba al cementerio completamente beodo. Entonces sufría anhelos locos de llorar, é hincándose ante las tumbas, abría los brazos, levantaba al cielo sus ojos, enturbiados por las lágrimas y el alcohol, y lamentábase de su temprana orfandad amargamente: los sepultureros, entre compadecidos y burlones, solían levantarle y sacarle de allí: Ferrer salía dando traspiés, vacilando ridículamente ante las esculturas inmóviles y severas de los mausoleos, y luego, pensando en alguna pintarrajeada belleza de lupanar, compraba las flores que una vieja, antigua alcahueta quizá, vendía en la puerta del camposanto para los muertos... Pasaron de cuatro y de cinco... ¡y de ocho...! las veces que el desdichado volvió á Madrid, vestido de levita ó de frac, con un ramillete de aquellas flores funerarias en la mano, y acostado y profundamente dormido, sobre un carro cargado de paja ó de verduras.

Mis relaciones con Diego Ferrer duraron un año, y hubiesen persistido mucho más, pues era generoso y bueno, si una muerte violenta, un asesinato infame, no hubiera llegado á separarnos.

Estábamos una noche cenando en el comedor de Severina Aguilas, acompañados de otra mujer, cuyo

nombre no recuerdo, y de su querido: un muchacho como de veinte años, mala persona, que más tarde murió en presidio, y á quien llamaban Fernando el Cordobés. Por aquellos días, que eran los primeros de marzo, Diego me había regalado cuatrocientas pesetas. La comida pasó sin incidentes; á los postres todos estábamos enardecidos por el vino; Diego, que iba vestido de frac, quería marcharse á jugar al casino de donde era socio; yo me opuse, y él me insultó, tachándome de interesada, y concluyendo por arrojarme á la cabeza una copa, que me hirió levemente. Ante aquel desafuero, todos terciaron á favor mío, y Fernando dijo que en presencia suya nadie pegaba á una mujer.

—Es mi querida—repuso Diego.

—Lo sé—contestó el Cordobés—; pero no importa.

—Haré lo que guste.

—Pero no aquí.

—Aquí... y en todas partes... y siempre.

—¡A que no!

La cuestión, provocada por un exceso, tal vez, de caballerosidad y galantería, iba convirtiéndose en estúpida cuestión personal. Yo, para evitar daños mayores, intervine, poniéndome, como era prudente y de razón, de parte de Ferrer.

—Perdone usted, Fernando—dije—, pero Diego es mi amante, y tiene autoridad y derechos inequívocos sobre mí; en último caso, sólo á nosotros dos compete la discusión y el pacífico ó adverso desenlace de lo ocurrido.

La otra mujer también se acercó á su querido, poniéndole las manos sobre los hombros, conteniéndole; Severina Aguilas, con su destemplada voz de vieja lumia, hablaba á gritos, procurando tranquilizarnos, barajando en su torpe boca razones y denuestos. Pero aquellas intervenciones llegaban tarde; Ferrer se había levantado, mirando á su enemigo con los ojos grandes y claros, ahuevados por la embriaguez y la ira.

—A ese chulito—dijo—le mato yo esta noche.

Y cogió una botella; Fernando, al advertir este movimiento, echó mano prestamente al revólver que tenía en el pantalón, y antes de que nadie pudiera impedirlo, extendió el brazo y disparó; yo vi cómo la pechera de Diego se teñía de sangre; no obstante, mi amado, aunque tambaleándose, arrojó la botella hacia su rival; mas el proyectil partió sin brío, y fué á estrellarse contra el suelo. Fernando volvió á disparar, sin hacer blanco: desgraciadamente, aquel segundo tiro era inútil, porque Diego, que pudo sostenerse algunos segundos agarrándose á mí, caía moribundo sobre la alfombra.

La impresión que me causó aquella brusca y terrible tragedia fué tan intensa, que hube de guardar cama varios días. Lloré mucho á Ferrer, y aún, á pesar del turbio prisma de los años, me siento conmovida: su muerte inició para mí un período caótico, una especie de noche tenebrosa, en la cual los chispazos luminosos del contento fueron muy raros.

*8 noviembre.*

Más de dos años eran pasados desde que la fatalidad me trajo á Madrid, y aún entre mis padres y yo no se había cruzado ninguna carta; pero sabía de ellos indirectamente, merced á mi buena amiga Ramoncita Castillo.

Son muy amargos los estados por que fué atravesando mi alma en aquella época. A ratos, recordando "que la perla—como dijo Lope—no es estimada hasta después de dejar la concha", me holgaba de haber abandonado un pueblo donde ni mi cumplida belleza, ni mi educación, ni los ensueños nobles de mi deseo podían ser apreciados. No obstante, contra estas afirmaciones rotundas de la fe, oponía la reflexión sus dudas y distingos, probándome que la conquista de lo bueno no es fácil, mollar ni asequible á todos, sino que requiere capacidades excepcionales de tesón, ingenio y travesura. Entonces sufría congoja y desmayo inmensos. ¿Persistiría aquella situación dudosa? ¿Continuaría el Destino poniéndome sobre la nuca su pie de plomo? ¿No podría levantar jamás la cabeza como el gallo, que mira siempre al horizonte, cual enamorado de la distancia y del sol...? Odiaba mi pasado, el horrible pasado repleto con el recuerdo de los padres abandonados y de la aldea perdida; bajo las alas negras del primer desengaño desaparecían las dulces memorias, mis curioseos impacientes de niña estudiosa,

las sonrisas luminosas de mi inocencia: la pintada mariposilla del ensueño yacía entre el polvo del camino con las alitas rotas. Si las ideas, en vez de nociones esquemáticas, fuesen entidades materiales, capaces de ser tocadas y vistas, yo barrería de mi frente los malos recuerdos, cogiéndolos, rompiéndolos entre mis manos, arrojándolos después por una ventana para que el vendaval se llevase los pedazos muy lejos, bajo la noche. Yo no amaba; á los diez y ocho años todo era en mí triste y mustio; ningún hombre tuvo la fineza de escribirme una carta, ni de cortarse para mí un mechón de cabellos: la pasión ardiente quema, rebaja los nervios, enmollece los músculos; nunca volví al campo, como cuando niña, á coger margaritas y amapolas; sólo el vicio brutal me solicitaba; mi libro de oraciones no guardaba ninguna de esas flores secas que recuerdan un amor...

El verdadero cariño, según la experiencia me demostró más tarde, es reservón y tímido, y, como gastrónomo inteligente, apetece ir saboreando las impresiones lentamente; hoy pide una carta que conserve la huella húmeda de una lágrima ó un beso; mañana un rizo de cabellos; otro día la cinta que llevábamos al cuello cierta noche: amantes muy graves he conocido que guardaban en la cartera, pintado sobre un trozo de papel, el pie de su querida. De tales pormenores, sin embargo, no puede hablarse en el vil mercado de las pasiones mercenarias; el apetito brutal de los que pagan se encoge de hom-

bros ante estas sublimidades pueriles, y las atropella, hallándolas ridículas. Sin haber disfrutado aún el subidísimo espasmo del amor carnal, comencé á sentir hacia el hombre desvío inexplicable; los machos torpes pasaban junto á mí sin despertarme; saciaban su anhelo sin obtener del mío el menor bostezo ni rebullo, y se iban dejando en mi carne la impresión dolorosa de sus dedos groseros. El impulso adquirido me obligaba, no obstante, á vivir entre ellos; el hombre era mi preocupación ineluctable; vivía de su contento y para regocijo suyo; por él me peinaba cuidadosa, ensortijando lindamente los cabellos que luego desanudaría en el secreto de algún dormitorio; su recuerdo me acosaba en la calle, y caminaba inconsciente, como un autómata, recogiendo mi falda, observándome de reojo en los escaparates de los comercios, procurando atraer sobre mí las miradas masculinas: de noche, en el teatro, perdida entre los espectadores que invadían las butacas, la esperanza de que alguien pudiera comprarme á la salida me forzaba á mirar continuamente á todas partes, disuadiendo mi ánimo de la representación, presa de un torpe y único pensamiento. Cuando estos deseos no eran cumplidos, regresaba á mi hogar mohina, preguntando al espejo por mi belleza, creyéndome ya casi inútil para los torneos del amor.

Hacía tiempo que Teodora y Joaquín Antón, animados por el dinerillo que yo no les regateaba, pensaron trasladar su barbería á otro sitio mejor,

ensanchando el local, suprimiendo la sección, harto deslucida y plebeya, de cirugía dental, y aumentando el precio de los demás servicios. Teodora habló conmigo acerca de esto muchas veces.

—Tú ganas bastante—decía—; hay meses en que tus gastos no ascienden á menos de quinientas pesetas. Con este dinero Joaquín se atreve á montar una peluquería tan buena como cualquiera otra. Tú puedes reservar las pesetas que necesites para comer y vestir bien, y entregarnos el resto. Por cada una de las cantidades que nos prestases Joaquín te daría un recibo redactado y hasta legalizado en debida forma. Este negocio, bien considerado, es tan útil y provechoso para nosotros como para ti, pues á la vuelta de cuatro ó cinco años te hallarás con un capitalito que, de otro modo, disiparías neciamente.

Sin saber por qué, las cábalas de Teodora me repugnaban, pareciéndome inspiradas en el más sórdido y repugnante interés.

Teodora insistía suavemente, mirándome con sus ojuelos grises, humedecidos por un enternecimiento irritante: su marido iba, de día en día, cobrando á la bebida nueva afición; el porvenir de sus dos hijos, el mayor de los cuales ya estaba en sazón de aprender un oficio, comenzaba á inquietarla; para demostrarme cuán precaria y aflictiva era su situación, detallaba los inevitables gastos y tacaños ingresos de su industria: tanto de contribución, tanto de luz. tanto para jabón, pomada, agua de Colonia, polvos y otros menesteres de tocador: las cincuenta pesetas

que pagaba mensualmente por el alquiler de la tienda, tampoco eran costal de paja. Además, á la barbería, por ser de gente pobre, excepción hecha de los sábados y domingos, no iba nadie, lo que determinaba una ganancia semanal de veintiocho á treinta pesetas, que apenas bastaban á pagar los gastos apuntados y comer. Una peluquería de mayor fuste produciría ingresos mejores: la parroquia sería diferente: empleados, militares con graduación, estudiantes, personas, en fin, que pueden permitirse el dispendio, no muy grande, de afeitarse dos ó tres veces por semana. Amén de estas ventajas, cada servicio se cobraría á veinticinco céntimos...

Teodora no omitía ocasión ni medio de atormentarme, segura de lograr por cansancio lo que por razones no merecía. Muchas noches, al volver del teatro, la encontraba en el comedor esperándome, cosiendo pacientemente con los antebrazos apoyados sobre su vientre abultado y redondo. Aunque callada, su figura era elocuente para mí como una súplica, su rostro fofo y pálido parecía la voz de la tienda, el espíritu triste de las paredes enyesadas, de los suelos desnudos, de todo aquel cuarto con su ambiente inhospitalario de casa pobre. Yo, por decir algo, preguntaba:

—¿Y Joaquín?

—Durmiendo.

—¿Y los niños?

—También. Los pobrecitos se acostaron temprano: hoy sólo hemos cenado migas y chocolate.

Distraídamente, con aire de amistoso interés, abría mi bolsillo; un bolsillo de terciopelo donde yo misma bordé mis iniciales.

—Tienes veinticinco pesetas—decía—, sin contar los seis reales que llevabas cuando saliste de aquí.

—Así es.

—¡Vaya, mujer! ¡Qué suerte tienes!

Reía con risa innoble y avara de alcahueta: yo reía también. Teodora preguntaba:

—¿Qué hiciste de las veinte pesetas que trajiste anoche...?

Y así siempre. Concluí cediendo, vencida por aquel treno interminable, por aquel ruego sostenido que yo leía en el semblante de mis dos amigos, en los desgobernados zapatos y rotos baberillos de los niños, en la mirada compungida con que todos acogían la fuente del cocido, donde no pudo echarse un poco de carne.

—Podéis ir buscando casa—dije—; en lo que resta de semana, prometo daros quinientas pesetas para los primeros gastos.

En seguida entregué á Joaquín Antón los diez y ocho ó veinte únicos duros que tenía ahorrados y guardados en el fondo de mi baúl. Al día siguiente, inmediatamente después de desayunarme, salí á la calle y fuí á colocarme en cierto sitio por donde sabía que Eduardo Olmedo pasaba todas las mañanas. Desde que nos separamos en la calle de la Montera, sólo habíamos vuelto á hablar dos ó tres veces,

pero tranquilamente, sin alusiones á lo pretérito, lágrimas ni reproches, como personas ligadas únicamente por el molesto recuerdo de una deuda. Al verme, Eduardo Olmedo se inmutó; tras un breve preámbulo, encaminado á referirle mi situación y disculpar el atrevimiento de aquel abordaje, le pedí cuatrocientas pesetas que necesitaba para emprender un negocio honrado. Expliquéle sucintamente de qué se trataba, exornando la verdad con no pocos embustes, y apuntando, de refilón, la pobreza en que mis padres estaban; yo debía velar por ellos y corregir en lo posible el yerro imperdonable de mi ingratitud; por otra parte, el vicio me repugnaba, y de aquí mi anhelo de tener un comercio, un rincón modestísimo, ignorado y limpio, donde vivir honestamente. Olmedo, marrullero y traidor, aplaudió mi resolución, pero añadiendo que no podía favorecerme; en aquellos últimos meses sus negocios habían sufrido graves quebrantos; su mujer estaba enferma y el menor de sus hijos en cama; las cien pesetas que todos los meses me enviaba, eran para él un sacrificio casi insoportable. Animándose, prosiguió:

—Deseaba verte para decírtelo: no debo seguir regalándote ese dinero con que hasta aquí te he ayudado. ¡No puedo...! Y bajo la fuerza de esa imposibilidad, el escándalo no me intimida; ahora, haz lo que gustes.

Me enfurecí.

—Si no me das lo que necesito—exclamé—, hemos concluído para siempre; no quiero recibir de

manos tuyas nada: ni la salud. Bien sé que para ciertos degenerados no hay redención; los que, como tú, nacieron miserables, mueren en su ley.

Sin oir las explicaciones que, por urbanidad, quizá por miedo, Eduardo Olmedo quiso darme, le volví la espalda, subí á un tranvía que pasaba, y sin perder momento me dirigí á casa de Severina Aguilas, quien, por hallarse muy al tanto de mis ganancias y mi probidad, no dejaría de facilitarme, mediante un tanto por ciento prudencial, los ochenta duros que yo necesitaba.

En el comedor de Severina presencié una escena inolvidable. Pocos días antes, la vieja corredora de bellezas había sacado de un lupanar gaditano, y por cincuenta pesetas, á una mujer que ya tenía vendida, á otra casa de lenocinio de Madrid, en mil reales justos y al contado. Aquella infeliz se llamaba Martirio; pasaba de los treinta años y, aunque fea, tenía en su cuerpo delgado y alto cierta languidez ó abandono felinos, atrayentes por todo extremo. Los ojos eran grandes, negros, un poco cansados; sobre la frente, que ya empezaban á estropear las arrugas horizontales del sufrimiento, blanqueaban algunos cabellos, afeando el negro lustroso del pelo; bajo los labios pálidos insinuábanse á intervalos las encías, las horribles encías sembradas de dientes desiguales, ensuciados por la comida, renegridos por el mercurio. Con Martirio y Severina había otra mujer, pequeñita, enjuta, mal vestida con una faldilla de percal y un mantón negro, rugosa y siniestra como una

bruja triste. Por la ventana, á través de los visillos poco limpios, caía un resplandor quieto y gris. Severina Aguilas exclamó al verme:

—Acércate, Isabel: tú eres inteligente y debes examinar mi último negocio. ¿Qué te parece esta muchacha? Cincuenta pesetas me costó. Di si me han engañado.

Martirio se levantó; yo, dominando mi agitación, la saludé amablemente:

—Buenos días.

—Buenos días, señora.

Su acento andaluz era simpático, cariñoso, franco; sus mejillas, bajo la epidermis que endurecieron los afeites, se colorearon, probando que la coquetería, sentimiento inseparable de toda mujer, no había muerto en ella aún. Por decir algo agradable, repuse:

—Me gusta; es guapa.

La vieja bruja me interrumpió:

—No, eso no; guapa no es... Pero lo será tan pronto como hagamos lo que Severina y yo tenemos pensado. Una mujer es una casa..., una finca..., y las fincas ruinosas, y esta pobre lo está, necesitan ser reparadas de cuando en cuando.

Invitáronla á dar por la habitación algunos paseos, para que yo apreciase su andar y gallardía; caminaba lentamente, anadeando las caderas, quebrando el talle con onduleos lascivos de reptil.

—Hoy y mañana—dijo Severina—nos ocuparemos en pintarle de rubio los cabellos, y luego le pondremos una dentadura postiza.

—¡La dentadura!

—Sí.

—¡Pero la pobrecilla va á sufrir mucho!—exclamé conmovida.

Las dos mercaderes de carne blanca se encogieron de hombros.

—No importa—repuso Severina—; yo lo siento, porque la operación no ha de costarme menos de quince duros; pero es preciso..., y ya sabe ella que, sin esta condición, no la hubiese comprado.

La prostituta asintió, bajando la cabeza.

—Ven acá—prosiguió Severina, dirigiéndose á la esclava—; siéntate.

Martirio obedeció.

—Abre la boca..., ábrela bien, echa la cabeza hacia atrás..., así.

Me acerqué, lanzando una mirada escrutadora al fondo de aquella boca negra donde la falta de aseo, el abuso del tabaco y las medicinas mercuriales causaron estragos terribles; casi todas las muelas habían desaparecido, los dientes estaban divorciados unos de otros, sucios, rotos, mellados, como púas mohosas de un viejo cilindro.

—Como comprenderás—agregó Severina Aguilas—, no hay hombre capaz de besar á esta fiera en la boca. Sin embargo, prometo que, pasados ocho días, no la conoces; con la dentadura completa y limpia, el pelo rubio y un trajecillo nuevo, será otra mujer.

Terminada aquella conversación, Severina y yo

pasamos á un gabinete contiguo y hablamos en voz baja del asunto que allí me llevaba. Severina dijo que podía prestarme hasta treinta duros, y lamentó amargamente no tener más dinero; el resto, con un interés del treinta por ciento, y siempre que ella me saliese fiadora, lo facilitaría Faustina, la dueña del salón de peinado de la calle de Jacometrezo. El rédito me pareció exorbitante; pero la taimada alcahueta aseguróme que era imposible hallar dinero con menor interés y sin seguridades sólidas y valederas de cobro, y yo, deseando concluir aquel negocio que tan embarazada me traía, acepté la oferta. Por la tarde, Severina Aguilas me acompañó al salón de Faustina, y ésta me entregó cincuenta duros, obligándome yo, mediante recibo, á devolver á las dos mujeres quinientas veinte pesetas, que luego ellas cuidarían de repartirse equitativamente. Aquella noche, durante la cena, Teodora y Joaquín Antón, emocionados por la generosidad de mi sacrificio, me besaron las manos.

A fines de año nos trasladamos todos al nuevo local que Joaquín había alquilado en un principal de la calle de la Luna. Varios días anduve ocupadísima, ayudando á mis amigos á limpiar suelos y ventanas, y colocar muebles. La peluquería quedó instalada en el amplio local que formamos derribando el tabique que separaba el gabinete del salón, para lo cual fué necesario arreglar el suelo y el papel de las paredes y del techo. Joaquín compró á un compañero suyo cuatro ó cinco sillones, pagándolos al

contado, y buen golpe de tijeras, navajas, maquinillas para cortar el pelo, pulverizadores, frascos de esencia, peinadores, tenacillas, toallas y otros menudos cachivaches; los espejos, que, si mal no recuerdo, importaban mil cuatrocientas pesetas, los compró á plazos, teniendo por fiador suyo al dueño de una fábrica de corsés, de quien Teodora era algo parienta. Instalado el nuevo establecimiento, esperamos la llegada del primer parroquiano; aquel que, según nuestras supersticiosas imaginaciones, había de imprimir á los destinos de la peluquería adverso ó favorable impulso. Todos temíamos que fuese cura; las sotanas, según creencia vulgar, tienen mala sombra. Joaquín y sus dos oficiales paseaban á lo largo del salón gravemente, las manos cruzadas sobre los riñones y vestidos con largas blusas de dril, muy limpias y almidonadas; á los muchachos, que todo lo rompen y empuercan, se les había prohibido terminantemente entrar en la peluquería; Teodora y yo, los brazos al aire, planchábamos en la cocina las toallas y los peinadores, que luego habían de llenar los entrepaños de un estante. Por la tarde el timbre de la escalera vibró anunciando la llegada del primer parroquiano, quien, por distraído que fuese, seguramente advirtió el molesto choque de nuestras miradas preguntonas: Joaquín y sus dos oficiales interrumpieron sus paseos; Teodora, sus dos hijos y yo, desde la puerta del comedor, atisbamos al visitante; era muy jovenzuelo; un estudiante tal vez; todos reparamos en que llevaba corbata verde; aquello nos

pareció buen agüero; de verde se viste la esperanza. Por la noche, oficiales y patronos celebraron la inauguración del establecimiento cenando juntos; el vino nos puso á todos muy decidores y alegres; Joaquín Antón se emborrachó; uno de los oficiales se empeñó en besarme la mano con que yo acababa de servir el coñac.

—No me gustan las bocas bigotudas—exclamé, por decir algo.

—¿Quiere usted que me afeite?

—¿Por besarme la mano?

—Sí.

—¿Y sería usted capaz?

—¿Cómo no? ¡Ahora mismo!

Me eché á reir; él, uniendo la acción á la oferta, salió del comedor tambaleándose, y minutos después reapareció rapado como un seminarista, con lo que obtuvo de la concurrencia alegre y prolongada ovación. Claro es que hube de cumplir lo prometido, entregando con regia majestad mi mano á los cariñosos labios del peluquero; pero aquella concesión no envolvía malicia ni trajo mercedes mayores.

Por aquella época, época triste que mi memoria hilvana, zurce y recompone difícilmente, me ocurrió la aventura más original, y fuera de toda suposición ó cálculo, que creo le haya sucedido á ninguna mujer.

Severina me había presentado á una muchacha muy simpática, llamada Carmen Arellano, á la que luego perdí de vista y de quien no volví á saber hasta

mucho tiempo después; era de mediana estatura y algo coja; parecía francesa; su almita, inconsciente y bohemia, la hacía desgraciada y adorable; teniendo todos los vicios, hubiera sido capaz, por amor, de vivir como una santa; como las mujeres de Gavarni y de Guillaume, era, simultáneamente, irresistible y fea; tenía la nariz torcida, y su rostro largo y pecoso terminaba en punta; los ojos eran abultados y azules; sobre su frente blanca, los cabellos, indómitos y rojos, ponían un casco sangriento. Carmen había sido querida de Enrique Cova, vizconde del Mármol, quien, harto de perdonar y de ser engañado, la dejó; el recuerdo de aquel hombre rico y bondadoso constituía la única grandeza, el único timbre nobiliario de mi pobre amiga. No obstante, ella vivía feliz; ante el mañana incierto, rebozado en las negras hopalandas de la pobreza, Carmen reía; su imprevisión miraba á la miseria frente á frente, encogiéndose de hombros; jamás sus manecitas gráciles, aficionadas á todas las perversidades, regatearon una limosna.

Una noche cenábamos Carmen Arellano y yo en cierto cafetín solitario de la calle de las Infantas, acompañadas de un pelotari vascongado y de un *jockey*, á quienes mi amiga conoció aquella tarde no sé dónde. El jockey se llamaba Dagoberto, como el protagonista de una famosísima novela de Sué, y sin duda por esta circunstancia recuerdo su nombre; mi memoria, sin embargo, apenas recompone aquella figura, empujada muy lejos en la noche de los viejos tiempos; era pequeño, delgado, la nariz larga; creo

también que su cráneo, cubierto de pelo corto, terminaba en punta. El pelotari, alto, grueso, apoplético, parecía un coloso; la risa, retozándole por sus labios enormes, llenaba su cara; sus manazas velludas, abandonadas sobre el mármol del velador, ocupaban media mesa. Aquellos hombres, indudablemente, nos tenían á Carmen Arellano y á mí en poco. Desde la segunda mitad de la cena nos olvidaron completamente para abismarse en un diálogo insulso, ceñido á episodios y detalles de sus respectivas profesiones; el pelotari hablaba de saques, de rasantes, de boleas, moviendo en el espacio sus brazos hercúleos, indignándose contra el zaguero que le dejó perder un partido que ya tenía ganado; el jockey refería prolijamente sus últimas carreras: en la última montaba un magnífico potro castrado, castaño claro, tresalbo, lucero corrido hasta los ollares, y de pura sangre inglesa; había ganado por media cabeza... Hablaba entusiasmado, encogiéndose sobre la silla, cual si ya se sintiese lanzado hacia el horizonte, avanzando su mandíbula; mandíbula afilada de prógnata, que cortaba el viento; y su cráneo rojo parecía más puntiagudo. Carmen, con sus cabellos ensortijados y rubios, que recordaban la ridícula peluca que el actor Bouffé se puso para pedir la mano de su prometida Carlota Gilbert, escuchaba atentamente al jockey; el vizconde del Mármol, su antiguo amor, también hablaba de caballos, y por esto aquella conversación le parecía escogida y de buen tono. Yo, aburrida, pensaba que, para tratar con tales gentes,

de nada me aprovechaba saber francés ni tocar el piano.

A los postres, los hombres, hartos de discutir y animados por los vapores del café y del vino, pensaron bruscamente en nosotras: Dagoberto se acercó á mí; el pelotari puso una mano sobre Carmen, como tomando de ella dominio y posesión. En el café sólo había dos ó tres parroquianos absortos en la lectura de los periódicos de la noche; nuestras voces resonaban alegrando el pequeño local; la luz abrillantaba el mármol de los veladores; un mozo, con su delantal y su servilleta al hombro, en pie ante la puerta de los billares, parecía una mancha blanca. De pronto apareció un cochero, ya viejo, gordo y bajito, envuelto en su recio capote gris, rojo bajo su gorra de hule; dirigióse al mostrador; Dagoberto lo reconoció.

—Adiós, Eustiquio.

El interpelado volvió la cabeza sorprendido.

—Hola, señores.

El pelotari también le conocía de verle mucha tardes en el frontón. Eustiquio nos saludó, tocándose ligeramente la visera con una mano; después sus ojillos, cínicos y brillantes, repararon en mí.

—¿Dónde vas?—preguntó Dagoberto.

—Iba á pedir un café.

—Pues mira..., déjalo para más tarde, porque ahora esta mujer y yo te reclamamos.

Eustiquio procuraba aplazar aquel compromiso algunos minutos, jurando hallarse transido de frío; concluyó por sentarse á nuestra mesa y beber una copa

de coñac; entretanto no apartaba de mí sus ojos penetrantes, como buscando mi rostro entre sus recuerdos. Después todos salimos á la calle, despidiéndose Carmen Arellano y el pelotari de nosotros. Ya en la acera, ante la portezuela abierta del coche, Eustiquio dijo:

—¡De qué buenas mozas te acompañas, pillo!

Dagoberto reía, y al decir que me había conocido aquella noche, significaba no tener por mí interés ninguno.

—En tal caso—repuso Eustiquio—, ya me dirás mañana dónde puedo ver á esta joven.

Muchos días después Carmen Arellano y yo nos vimos en casa de Severina Aguilas; ella había reñido con el pelotari.

—Me dejó—dijo—porque yo no le convenía; le gustaba demasiado..., ¿comprendes...?, y desde que andaba conmigo perdía todos los partidos. Los buenos aficionados y los periódicos se quejaron...

Agregó:

—¿Y tú?

Yo me limité á decir que, pasada la noche en que conocí á Dagoberto, no había vuelto á verle, como era verdad. Pero me abstuve, contenida por un resto de pudor, de referirle la segunda parte, continuación ó apéndice de aquellas rapidísimas relaciones. El cochero Eustiquio Fernández fué á buscarme á mi propia casa sirviéndose de un muchachillo sobrino suyo. Sin sospechar de quién se trataba, acudí á la cita. Al ver á Eustiquio, regordete y pequeño, con

sus ojillos relucientes de fiera, su gorra impermeable de plato metida hasta las orejas, y sus manos cortas, terminadas por uñas corvas y negras, padecí un estremecimiento irrefrenable de repugnancia. Las primeras palabras de Eustiquio me tranquilizaron; él era un hombre práctico que sólo estimaba el dinero, agente capital, cuando no supremo y único de la vida, y, por tanto, no me llamaba para cortejarme; sí para proponerme seriamente un negocio lucrativo.

—En cuanto la vi á usted—dijo—tan señorita y tan discreta, pensé: "Esta es la mujer que necesito..."

Sus labios gruesos se distendían risueños sobre las sólidas mandíbulas, y los ojillos azules, de un azul claro, casi verde, brillaban.

—Si, rodando el tiempo—prosiguió—, mañana ó el año próximo, quiere usted tener relaciones amorosas conmigo, bueno; si no, es igual. Aquí sólo tratamos de ganar dinero.

Escuché, llena de curiosidad. Eustiquio Fernández vivía con su sobrina y una hermana ya vieja, en una cochera de la calle de Ceres; era viudo y tenía una hija que ya pasaba de los veinte años, dos caballos y dos coches. Si su hija le hubiese ayudado, él ya sería rico, pues la muchacha, limpia y bien vestida, podía competir ventajosamente con las más bonitas; pero era muy loca, y desde hacía algunos meses andaba con un pelagallos que no tenía ni jergón sobre donde caerse muerto. Por eso él, Eustiquio Fernández, al conocerme, pensó en mí. Continuó

explicándose. El oficio de cochero es malo y reditúa poco; hay muchos vehículos de alquiler; las carreras, por largas que sean, se pagan á peseta; los servicios por horas aspean el ganado y apenas producen un duro; además, las Empresas de tranvías dieron á la profesión de auriga, ya muy estropeada por la concurrencia, un golpe fatal. Eustiquio era hombre fecundo en iniciativas inmorales: su amistad con un repartidor de periódicos y novelas por entregas le inspiró la idea de editar libros prohibidos; luego cambió de opinión, y pensó instalar un cafetín económico servido por mujerzuelas; pero acabó rechazando ambos proyectos, temiendo aventurarse en empresas difíciles. La idea, sin embargo, de que el vicio es fuente segura de riquezas, robustecida por los ejemplos de la experiencia diaria, no dejaba de obsesionarle. Al fin creía haber hallado un negocio raro, excelente, enteramente nuevo, y la originalidad es madre del éxito.

—Las mujeres—prosiguió Eustiquio—que andan por la calle llamando á los hombres, por guapas que sean, ganan poco, pues las joyas parecen tanto peores cuanto más modesto sea el escaparate donde se exhiben. Para ganar mucho, no bastan buenos vestidos, sino que son necesarias también la protección de un banquero ó de un artista célebre, ó, lo que es igual, una leyenda, un nombre que haga volver la cabeza á las multitudes. Esto es muy difícil... Por eso, si usted quiere, y contando con su absoluta reserva, haremos un trato: usted buscará á los hombres

de noche y en la calle, pero no á pie, sino en coche. Cuando "operemos", yo llevaré el caballo al paso y siempre cerca de la acera; lo demás es cuenta de usted: si algún caballero quiere acercarse, usted me manda parar, y yo obedezco, fingiéndome inocente de todo; usted entonces me indica una dirección cualquiera, y ya es difícil que el galán, una vez dentro del vehículo, se resista á pujar la ventura hasta el fin. Ahora bien: yo cobro por cada servicio el cuádruple de su valor: por una carrera, cuatro pesetas; por una hora, ocho. Yo no soy exigente; todo lo demás para usted. Después, de lo que el caballero, al marcharse, me abone con arreglo á tarifa, cobrará usted un cincuenta por ciento. Medítelo usted bien: creo que mis proposiciones no pueden ser más ventajosas ni más claras.

Mientras Eustiquio Fernández hablaba, le observé atentamente, pareciéndome imposible que aquel cráneo deprimido, colocado entre dos orejas peludas y grandes, fuese capaz de tan rufianesco ingenio. Desde luego, agradóme el negocio: recordé aquellas noches crueles de invierno en que la necesidad me obligó á caminar muchas horas bajo la lluvia y sobre el barro, recogiéndome las faldas graciosamente y procurando que el cansancio no helase la sonrisa de la lasciva provocación en mis labios, ni restase gallardía á mis movimientos: siempre es agradable andar en coche; el calzado no se ensucia, los cabellos no se desrizan; repentinamente me entusiasmé imaginando la silueta de aquel coche, ro-

dando á través de Madrid convertido en alcoba ambulante; una alcobita acolchonada y muelle, con visillos azules, que el perfume de mis vestidos aromatizaría muy pronto.

El trato quedó hecho; Eustiquio y yo nos separamos, acordando reunirnos al día siguiente, á las cinco en punto de la tarde, frente al Ministerio de Hacienda, y conviniendo también en arreglar cuentas todas las noches, á fin de evitar errores perjudiciales á la armonía y bonancible curso de nuestra sociedad. A la cita los dos acudimos puntualmente: el coche de Eustiquio relucía como una bota de charol; yo llevaba una elegante capa de pieles, blusa roja de seda y un sombrero negro con plumas blancas que me había costado cien pesetas, si mal no recuerdo.

Las horas crepusculares favorecen las aventuras amorosas; son horas tristes que vierten sobre el ánimo intensa melancolía; los muebles naufragan en la penumbra de las habitaciones; los cortinajes afectan contornos antropomórficos imponentes; los divanes parecen ataúdes cerrados; sombras fantásticas danzan sobre el estuco de las paredes. Entonces los hombres huyen á la calle, buscando distracciones que les permitan entretener agradablemente el tiempo que aún falta para la hora de cenar; la luz del alumbrado, combinándose con la crepuscular, produce una claridad extraña y alegre; mujeres elegantes invaden los comercios; las misteriosas inquietudes de la noche estimulan las pasiones masculinas; la

necesidad de comer parece recordar la utilidad de la hembra; es la hora romántica de lo imprevisto y de lo raro. Luego me he persuadido de que también las calles, como los individuos y las horas, tienen su psicología; esto los mendigos y las lumias del arroyo lo saben: hay calles antipáticas donde jamás nos sucederá nada agradable.

Eustiquio conducía su coche pausadamente por la calle de Alcalá, procurando mantenerse cerca de la acera; yo miraba á los transeuntes, asomándome un poco á la ventana, y el aire tremolaba las largas plumas de mi sombrero. Al pasar por delante de Fornos, un caballero reparó en mí; yo le llamé sonriente, haciendo con la cabeza un signo afirmativo. Él preguntó, señalándose con un gesto:

—¿Es á mí?

Repuse, bajando la cabeza reiteradas veces:

—A usted.

Acercóse á la portezuela.

—Señorita...

—¿Quiere usted dar conmigo un paseo?

El caballero pareció muy sorprendido, y contestó:

—¿Dónde iremos?

—Donde usted quiera.

Consultó su reloj; eran las cinco y media; viendo á la mujer pensó, sin duda, en la cena, y todos sus apetitos se desperezaron. Sin hacerse rogar subió al vehículo, sentándose á mi lado. Yo le grité á Eustiquio:

—¡Al Hipódromo!

Mi desconocido galán me cogía las manos, acariciándomelas, llevándoselas á los labios.

—¿Me conoces?—preguntó.

—No.

—Entonces, ¿cómo me llamaste?

—¡Qué sé yo...! Porque me gustó usted...

De pronto el hombre pareció contrariado y remiso; sin duda recordaba algún quehacer importante; pero yo, para no darle tiempo á reflexionar, le eché los brazos al cuello; las mujeres, como los taberneros, administramos y repartimos la locura; un beso equivale á un buen vaso de vino, y el desgraciado que trasiega más de un vaso, se vuelve loco, No oostante, mi nuevo amante, cumplidos sus deseos, me dejó dos ó tres horas más tarde. Después de cenar, Eustiquio me llevó en corso á la salida del teatro Apolo: aquella vez también la suerte nos fué propicia; el pobre caballo trabajó hasta la madrugada. Cuando volví á mi casa había ganado veinte duros, de los cuales hube de entregar á Eustiquio Fernández más de treinta pesetas.

*13 noviembre.*

Tan extraordinario modo de vivir duró varias semanas; mis ganancias eran considerables; Joaquín Antón y Teodora, que no se hartaban de explotarme, obligándome con lágrimas en los ojos á pagar todas sus deudas, estaban satisfechísimos; Eustiquio,

que logró ver su coche siempre alquilado, se había comprado una librea nueva; como empezábamos á ser populares entre cierta clase de gente distinguida, el gran socarrón me trataba con ceremonioso respeto, llamándome "señorita" á boca llena y cuadrándose junto á la portezuela con la gorra de plato en la mano, cuando yo bajaba ó subía, recogiéndome las faldas y apoyando limpiamente sobre el estribo mi zapatito de bordado tafilete.

El amor acudió á romper aquellos lazos con que el interés nos unía. Una tarde de marzo pasaba yo en coche por la calle de San Bernardo á tiempo que salían de la Universidad varios estudiantes. Uno de ellos, alto, delgado, moreno, me impresionó; llevaba traje negro, botas de charol y sombrero cordobés; una sola mirada bastó á explicarme los detalles de su persona: los pantalones abotinados, la americana corta, la camisa con cuello bajo, adornado por una larga y fina corbatita roja; cruzaba el chaleco una gruesa cadena de oro con vistosos dijes del mismo metal; en el meñique de la mano izquierda brillaban dos sortijas; iba completamente afeitado; bajo el doble arco de las pobladas cejas, los ojos juveniles ardían, preguntándolo y deseándolo todo; la boca era grande y sensual; los negros cabellos, peinados hacia adelante, según vieja y plebeya usanza española, se abullonaban sobre las sienes; iba hablando con otros amigos, y su voz fuerte, algo brusca, de mozo criado al aire libre en la libertad selvática del cortijo, removió mi alma. Aun á

trueque de alarmar demasiado la atención de los transeuntes, llamé al simpático desconocido con la mano, al mismo tiempo que mis labios y mis ojos y toda yo le sonreían. Él se acercó titubeando; el coche se detuvo.

—Suba usted—le dije.

—¿Yo?—balbuceó—. Creo..., señora, que me confunde usted.

—No, no le confundo; es usted á quien busco. Entre usted...

Cuando le tuve á mi lado, grité á Eustiquio, imperativa:

—¡Al Hipódromo!

Buen rato permanecimos mi acompañante y yo callados y perplejos, sin saber qué decirnos: él, cohibido en su inocencia, me miraba atónito; yo, sintiéndole tan cerca, experimentaba emoción inexplicable, como si algo antiguo y honrado despertase dentro de mí. No olía á esencias, como los barbilindos que infestan los teatros las noches de moda, sino á limpieza y á salud; la salud fuerte de las carnes bien soleadas; sus actitudes eran candorosas sin afeminamiento; su aliento cálido atraía; había en él algo fresco y rústico que recordaba el pueblo, con sus bardales, sus casitas blancas, sus álamos balanceándose á impulsos de la brisa bajo el infinito azul...

—¿Por qué me ha llamado usted?—dijo.

—Por capricho.

—¿Cómo?

—Porque me gusta usted.

Enrojeció, á pesar de los esfuerzos que sobre sí mismo hacía por aparecer sereno y hombre de mundo.

—Señora—dijo—, usted se ha equivocado; yo no puedo acompañarla á usted; no llevo dinero...

Aquella ingenua nobleza infantil me conmovió, enardeciéndome, animándome á tutearle, empujándome hacia él y como arrojándome en sus brazos.

—¿Quién te pide nada?—repuse—. Esta noche, afortunadamente, tengo para cenar y donde dormir; me gustas..., ¿qué más quieres?

Volvió á ruborizarse, y, bien á despecho de su voluntad, bajó los ojos. Yo pregunté:

—¿Cómo te llamas?

—Pedro.

—¿De apellido?

—Francos.

—Pedro Francos... ¡Suena eso bien...!

Hubo una pausa.

—¿De dónde eres?

—De Extremadura.

—¿Estudiante?

—Sí.

Queriendo infundirle confianza, le dije mi nombre y el de mi pueblo, dándole á comprender que vivía con un viejo rico y nada celoso.

—Hace poco tiempo aún—dije—que llegué á Madrid. Tengo veinte años.

Él me miró alborozado.

—¡Yo también...!

Y me examinaba con ojos llenos de candorosa elocuencia, explicándome cómo aquella identidad de edades nos acercaba. Al día siguiente volvimos á vernos, y nuestras relaciones se afianzaron. Por las noches, después del teatro, Pedro me esperaba en la esquina de las calles de la Luna y Tudescos, para pasear en mi compañía dos ó tres horas.

Los años, los placeres, los viajes, no han podido desvanecer todavía la impresión de aquellas intimidades deliciosas: Perico era menos vicioso que Diego Ferrer y menos gastado de alma, más cariñoso, más dulce; pronto me reconocí locamente enamorada de él, pero con ese verdadero amor, fiel y casto, cuyo rasgo característico en la mujer es el sacrificio: arrullándole con mis juramentos, acariciándole con la templada nieve de mis dedos, prometiéndole dichas y abnegaciones innúmeras, mi ánimo gozaba la exquisita emoción de la maternidad, que es abnegación y desinterés: aunque muy joven, las batallas de la vida habían endurecido mi voluntad, infundiéndome temple acebucheno y varonil. "El hombre—dice Thulié—es la lucha; la mujer es el amor." Pero allí los términos estaban invertidos: Pedro era—ó yo, cuando menos, lo imaginaba así—el niño, la parte femenina y más débil; yo debía aconsejarle y defenderle de todo lo malo. Más de una noche, queriendo librarle de peligrosos tropiezos, le acompañé á su casa, permaneciendo en la calle después una buena pieza, hasta convencerme de que ya no volvería á salir. El, ¡pobre de mi

alma...!, también me quiso ciegamente. Repitiendo su nombre, mis ojos se arrasan en lágrimas: él es mi verdadero amor, y nadie creerá que fué entre sus brazos donde por primera vez conocí el deleite: el deleite físico, que produce en los músculos una sensación de calor húmedo; sensación recóndita, cual si á un tiempo se rompieran y derramasen todas las venas...

El amor en los espíritus gastados es impaciente, y camina derechamente hacia la posesión, que en una pluralidad desconsoladora de casos es abatimiento y olvido: los corazones juveniles, por el contrario, alargan gustosos el prólogo, rebuscando detalles, alejando la hora del dulce desenlace, enmascarando artísticamente su sensualidad con gasas románticas; hoy es él quien escribe una carta llena de promesas hiperbólicas; mañana es ella quien corresponde á esta fineza enviando á su amador un rizo de cabellos ó una cinta sobre la cual sus dedos temblorosos pusieron un nombre y una fecha; otro día se satisfacen paseando por el campo, paseo honrado, dado en pleno día, bajo el sol; caminan á la vista de todos cogiendo flores, jugando como niños; los labradores que trabajan inclinados sobre el surco se yerguen un momento para verles pasar. Pedro y yo, menospreciando la intimidad de nuestra pasión, hallábamos siempre complacencia en los platonismos del amor puro. He oído lamentarse á muchos hombres de haber desaprovechado sus primeros años; la voluntad de un padre cruel ó la miseria les lanzó al

trabajo demasiado pronto y sienten la nostalgia de la niñez que no vivieron. Algo semejante nos ocurría á nosotros; ni Pedro ni yo conocíamos los placeres del noviazgo; él llegó á mí como yo caí en sus brazos y en los de Eduardo Olmedo, sin transiciones graduales ni preparación; la posesión brutal, acometiéndonos bruscamente como fiera que brinca sobre una presa, dejó la novela de nuestros amores sin proemio, introducción ni primeros capítulos; era, pues, necesario resignarse á leer una sola página; la última. Esto era horrible; nadie podría consolarnos de habernos rendido mutuamente, sin lucha, y de aquí nuestro anhelo de trocar las impresiones, justificando *á posteriori* aquel cariño: cambiábamos mechones de cabellos, flores secas, pensamientos ó claveles generalmente, cuidadosamente prensados entre dos hojas de un libro; y pañuelos, cintas, cartas; y como de estas cartas las mías eran siempre las mejores, Pedro me admiraba.

Dominada por este amor, descuidé los negocios; Eustiquio Fernández se quejaba amargamente; una tarde fuí á buscarle á su cochera para decirle que aquella noche no podía acompañarle, y le encontré malhumorado, rezongando amenazas y sin levantar los ojos del suelo. Mi altivo carácter rebelóse contra aquel impolítico recibimiento, y abarrisco le echéno ramala, diciéndole que nuestra sociedad había concluído y pidiéndole como último favor que, si alguna vez nos tropezábamos por la calle, no me saludase. Así terminaron mis relaciones mercantiles con Eusti-

quio, de quien, desde entonces, no he vuelto á saber.

Aquel ligero contratiempo no tardó en proporcionarme otros mayores y más íntimos, pues vinieron á destruir la pequeña familia que la casualidad me había improvisado.

Los negocios de Joaquín Antón marchaban bien, pero eran insuficientes á sufragar los gastos que por todas partes se avecindaban como sombría y tupida falange de enemigos voraces: Antón malgastaba en la taberna la mitad del jornal y al día siguiente de una borrachera estaba embrutecido é inútil para el trabajo; los niños, además, iban al colegio y todo ocasionaba dispendios; los recibos de los espejos y demás muebles que compramos á plazos para la elegante instalación de la peluquería eran presentados el día primero de cada mes con exactitud aterradora. Al principio yo, inconsciente y generosa, imponiéndome la ilusión de que aquella familia era mía, pagué todas las cuentas; las ganancias exhorbitantes que la amistad de Eustiquio me proporcionó, sugirieron á Joaquín Antón la sabrosa esperanza de vivir, él y los suyos, sin trabajar y á espensas mías. Pero repentinamente la situación cambió; yo me mostraba arrepentida de mi pasado, tenía un novio noble y bueno, al que amaba desinteresadamente y por quien era capaz de las mayores virtudes; quería pertenecerle en cuerpo y alma, defender su hacienda, alimentarle, si preciso fuera, con mi trabajo honrado: aquel hombre era para mí la rege-

neración, el refugio ó asilo santo de mi espíritu; Teodora y Joaquín, lejos de alabar mi conducta, la censuraron agriamente; aquellos tardíos resquemores de arrepentimiento eran un novísimo y repugnante aspecto de mi egoísmo; yo me enfurecí; ellos insistieron levantando la voz, tirándome á la frente mi miseria pasada; cuando me vi en Madrid hambrienta y sola, recurrí á ellos; después, fingiéndome desinteresada, les saqué de la modesta casita donde vivían para luego abandonarles en un local cuatro veces más caro y lleno de muebles que no podrían pagar.

—¿Por qué reñiste con Olmedo?—preguntó Teodora.

Y Joaquín Antón añadió:

—Todo eso y más merecemos por fiarnos de ciertas mujeres...

Sus acusaciones sólo lograron excitarme y ponerme fuera de mí. Pisoteando mi buena educación y con los ojos inyectados en sangre por la ira, les recordé las ochocientas pesetas que con gran vergüenza y quebranto míos y para provecho suyo había yo buscado.

—¡Devolvedme ese dinero—grité—, y os perdono lo demás!

También les humillé sañudamente recordándoles que, al recibir dicha cantidad, llenos de agradecimiento me besaron las manos, y que el pan que comían y la mitad de los muebles de aquella casa eran también míos y fueron adquiridos con billetes de

Banco suciamente ganados. Hechas estas aclaraciones, que juzgué necesarias para deslindar los campos y dejar bien puestos los puntos sobre las íes, me despedí de mis innobles amigos, abominando de ellos y hasta de la hora, por sobradamente pagada, en que la fatalidad me los puso delante. Por la tarde Carmen Arellano, acompañada de un mozo, trasladó mi equipaje á casa de Severina Aguilas, donde Perico Francos y yo pasamos la noche; dos días después nos instalamos en una guardillita de la calle del Espíritu Santo; un zaquizamí pequeñín, con cocina, cuartito ropero y dos habitaciones muy claras.

Aquellos primeros tiempos fueron dulcísimos: el día tres ó cuatro de cada mes Pedro iba á cobrar ciento veinticinco pesetas á casa de un amigo de su padre, y con este dinero y la severa administración que yo ponía en todo, no pasábamos estrecheces ni privaciones. Aquello fué para mí una resurrección milagrosa. Al reñir con Joaquín Antón y Teodora, parecióme borrado todo mi ayer repugnante y hediondo; me sentía despertar á otra vida, vida laboriosa, repleta de honrados quehaceres; vida llena de aire puro, de sol y de higiénicos afanes. No sé cómo el cuadro de la niñez cobró en mi memoria realce y glacis nuevos: recordé mi casa, mi casita blanca, con su espacioso huerto sembrado de árboles frutales y de flores; y el pueblo, perezoso y callado, con sus anchas calles polvorientas bañadas en luz: vi á mi madre madrugando con la aurora, descorriendo

los cerrojos de la puerta, dando de comer á los conejos que la recibían levantando las orejas y frunciendo sus inteligentes hociquillos; contando los huevos que las gallinas pusieron el día antes, sacando agua del pozo, riñendo con los aparceros, echando un vistazo á la ropa que dejó en colada la víspera, zapeando á los gatos vagabundos que rondaban el palomar, preparando luego en la cocina el desayuno de todos nosotros. Mi padre se marchaba al trabajo con un cigarrillo entre los labios, el ancho sombrero sobre las cejas, la chaqueta al hombro y todo su aire imponente de perdonavidas: mi hermana Milagro y yo, entretando, corríamos por el jardín cogiendo mariposas. Tenía mi casa un carácter sui géneris, una psicología honrada que no he visto después en ningún hogar andaluz ni madrileño. Mi buen padre trabajaba siempre unas veces sobre el surco, otras comprando y vendiendo caballerías por los pueblos comarcanos, y sin que su pensamiento ni sus esfuerzos se apartasen un punto de nosotros: laboraba para alimentarnos y vestirnos y asegurarnos un mañana tranquilo; aunque grave y de pocas palabras, la casa era su ilusión; hoy sembraba un árbol, mañana retocaba una pared ó recorría el tejado tapando las goteras: para él, fuera de su mujer y de sus hijas, empezaba el vacío. Mi madre, dócil como una esclava, correspondía á esta abnegación con otra igual. La frase: "Cuando venga padre es necesario que esto ó aquello esté hecho", no caía nunca de sus labios; por él se esmeraba en el lavado de

las ropas, en la limpieza de los suelos, en el buen aderezo y pique de los guisos; todo era para ella asunto de cuidado y respeto; los objetos, aun los más pequeños, parecían derivación ó emanación del hombre amado, del dueño, que los adquirió y reunió bajo el mismo techo con su trabajo; dentro de nuestra intimidad, mi padre vivía aislado y como aparte: tenía su sillón, su toalla con la que nadie se secaba: desde que mi padre llegaba á casa todos éramos á cuidarle. Mi madre gritaba continuamente: —"¡Niñas, no molestéis á papá...!" Nuestros juegos, nuestras risas, todo estaba subornidado á la comodidad del cabeza de familia; hasta en nuestros actos menores había, con relación á él, cierta ordenación y dependencia.

Estos recuerdos determinaron en mí una especie de carácter ó naturaleza, y aun hoy mismo, á pesar del boato con que vivo, echo muy de menos aquellos tiempos: por eso creo que hay en toda cortesana que el vicio ó los desengaños no corrompieron demasiado, una mujer casera, susceptible de ser económica y fiel, y una excelente madre de familia.

Lejos de distraer á Pedro de sus estudios, yo le estimulaba al trabajo, sintiéndome, simultáneamente, querida y madre suya. Y que no vean en esto los maliciosos el más leve resquicio ó barrunto de egoísmo: jamás pensé que Pedro Francos llegara á casarse conmigo, ni aun que nuestros amores durasen indefinidamente: le quería desinteresadamente, porque sí, obedeciendo á la necesidad de llenar mi

corazón con un afecto grande, sin otro deseo que el de que mi amado tuviese más adelante, cuando entrase en plena posesión de sí mismo, que agradecérmelo todo á mí. Por las mañanas yo despertaba á Pedro, sirviéndole el desayuno en un santiamén, ayudándole á vestirse, empujándole hacia la Universidad: yo me quedaba sola, barriendo las habitaciones, repasando la ropa, preparando el almuerzo; imitando á mi madre mientras iba creyéndome salvada y digna, como ella, de tener un hogar. En una jaula delante de la ventana, cantaba un jilguerillo; el sol penetraba hasta el fogón, bruñía el metal de las cacerolas y tendía en el espacio una barra de oro. Por las tardes Pedro y yo paseábamos; yo vestía sencillamente, no queriendo atraer sobre mi moralidad ninguna sospecha injuriosa, y si veía algún hombre conocido, la vergüenza agolpaba á mis mejillas toda la sangre: sonrojábame por mí y por Pedro, á quien mis pasadas miserias afrentaban. De noche, mientras él estudiaba venciendo la pereza, yo cosía, mirándole de cuando en cuando, con un codo sobre sus rodillas.

Pasado el invierno, surgieron inopinadamente disgustos terribles: los padres de mi amante supieron que su hijo vivía con una mujer, y autorizaron al amigo ó administrador encargado de pagar á Pedro sus veinticinco duros mensuales para que con sereno pulso y mano firme nos separase. Mi buen Perico, transido de pena, acudió á casa de don Cayetano, que así se llamaba aquel pobre señor, y con lágrimas

y solemnes votos de arrepentimiento juró abandonarme no bien terminase el curso académico y siempre que él le prometiese no meterlo todo á barato y esperar algunos meses. Prometiólo así don Cayetano, y merced á esta condescendencia no sufrí por entonces el golpe que había de herirme después. A mediados de junio Pedro Francos se examinó, aprobando dos asignaturas y quedando suspenso en Metafísica: terminando este último ejercicio, era forzoso separarnos, y nos despedimos, llorando como niños, hasta fines del próximo mes de septiembre. El verano lo pasé muy triste y viviendo de mis empeños, ya que no podía hacerlo de mis ahorros. Pedro me escribía tres y hasta cuatro veces por semana; eran largas cartas inocentes, en las que los errores ortográficos abundaban: todo ello, sin embargo, me parecía delicioso, y por las mañanas, temiendo que el cartero, perezoso, no subiese hasta las remontadas alturas de mi guardilla, salía á esperarle al zagúan. El, no bien me veía, se echaba á reir.

—¡Aquí tiene usted—decía—: carta de don Pedro!

Me la ofrecía, levantando el brazo en alto, obligándome á ponerme de puntillas para cogerla. Estas cartas me forzaban, simultáneamente, á reir y á llorar; en ellas Pedro repetía que necesitaba escribirme á hurtadillas de su familia, que su padre le había amonestado, censurándole su mala conducta y haciéndome responsable única de todo: también hablaban de trasladar su matrícula á otra Universidad. Yo,

transida de dolor, le escribía recordándole nuestras horas de amor, excitándole á no olvidarme... A fines de septiembre, no obstante, Pedro Francos regresó á Madrid; fuí á la estación y le encontré delgado y pálido, con la palidez biliosa de los que sufren moralmente. Hablamos del porvenir. Pedro me dijo que su padre prohibía rotundamente nuestras relaciones; pero que él estaba dispuesto á seguir conmigo aunque á ello se opusiesen cielos y tierra.

—Mientras mi padre—dijo—no quiera sujetarme, aprovechando mi minoría de edad, estamos bien, porque ni la miseria ni el desamor de los míos me intimidan.

Recuerdo que acerca de esto le hice prudentísimas reflexiones, mas todas ellas cayeron en saco roto, que tales eran los deseos que ambos teníamos de vernos juntos otra vez. El mes de octubre lo pasamos tranquilamente: en noviembre comenzaron á empañar el añil de nuestro contento algunas nubes; á primeros de diciembre presentóse don Cayetano en nuestra casa, diciéndome que debía separarme inmediatamente de Pedro si no quería echar sobre mi conciencia la grave culpa de haber hecho la desgracia de una respetable familia. Yo rompí á llorar.

—¿Cómo dejarle?—exclamé—. Por él soy buena. ¡Oh...! ¡Le quiero tanto...!

Don Cayetano se encogió de hombros.

—¡Bah!—exclamó—. Todas decís lo mismo y después... nada. La pasión de usted es funesta para Perico; su padre no transige; usted será la causa de

que ese pobre muchacho renuncie á su carrera... ¡y acaso á la probabilidad de un matrimonio ventajoso!

Francos terció en la conversación, rematándola violentamente.

—Puede usted, don Cayetano—dijo—, protegernos con un discreto silencio ó referírselo todo á mi padre; me es igual. Sólo quiero dejar bien sentado que yo, ni hecho trizas me separo de Isabel.

Don Cayetano se marchó mostrándose pesaroso de tener que proceder enérgicamente en contra nuestra: las hostilidades quedaron rotas; las primeras escaramuzas nos fueron fatales; una carta que Pedro recibió de su padre poco después, nos convenció de que no habría cuartel ni caridad para el vencido. Desde luego nos negaban todo socorro pecuniario. Nosotros, sin embargo, no nos arredramos, sostenidos por la fe que la pujante mocedad tiene en el porvenir; y eso que no veíamos luz que nos guiara ni puerto amigo que nos diese amparo. Pedro era todavía demasiado niño para trabajar, y yo jamás me hubiese atrevido á insinuárselo; la juventud para luchar arremete contra la adversidad con la cabeza baja; pero los viejos y los niños, sabiéndose ineptos, se cruzan de brazos ante la miseria, esperando la muerte con el estoicismo heroico de los débiles. Empezamos á empeñar para vivir, y los dos, animados por el noble deseo de inmolarnos en aras del bien común, batallábamos por que nuestras ropas fuesen las primeras en ir al sacrificio: yo había ven-

dido mis dos sombreros y una sombrilla. Pedro se enfurecía y gritaba:

—¡Eso no está bien! Anteayer empeñaste tu traje negro; mañana me corresponde empeñar á mí. ¡No seas egoísta!

Lo decía sinceramente, disputándome el honrado placer del sacrificio. Yo alegaba, para tranquilizarle, buenas razones: él, que necesitaba ir á la Universidad, debía vestir decorosamente; todo menos faltar á clase; ¿qué dirían sus padres si perdía el año...? Yo, en cambio, de cualquier modo estaba bien. Pedro parecía convencido y me dejaba maniobrar; otras veces me ganaba por la mano, empeñando lo suyo sin que yo lo supiese, y entregándome luego alborozado todo el dinero: yo le reñía severamente; en más de una ocasión necesité realizar grandes esfuerzos de voluntad sobre mí misma para no pegarle: él reía, prometiéndome ser juicioso y trabajar mucho.

—Si puedo—decía—, estudiaré por enseñanza libre, y así, en menos de dos años, concluyo la carrera.

Después se entristecía, considerando la imposibilidad de vivir de la pignoración y del crédito tantos meses. Yo también callaba, hundiendo la mirada en la sima negra y sin fondo de todas las negociaciones. Las familias son como los barcos: de éstos, algunos navegan bien: otros, batidos por las enemigas olas de la desgracia, hacen agua. Los objetos empeñados son lastre arrojado al mar para retardar el

momento del naufragio; nuestros vestidos, nuestros pobres muebles desfilaban casi diariamente, en siniestra caravana, desde nuestra casa á la de préstamos; el lastre se agotaba; el momento, pues, del naufragio total no podía estar lejos...

Entre los pobres, el espíritu de asociación es más fuerte que en la gente rica ó medianamente acomodada. Digo esto porque la angustiosa situación que mi buen Perico y yo atravesábamos nos captó las simpatías y protección incondicional de la portera, viuda y anciana, con una hija, también viuda y enferma, y cuatro nietos pequeños. Gregoria, así se llamaba aquella infeliz, se batía desesperadamente con la vida, aprovechando lo mejor posible su miserable sueldo de quince pesetas y recogiendo por las noches la comida que algunos vecinos bondadosos la guardaban. Muchas mañanas, yo, asomándome por una ventanita de mi cocina, veía á Gregoria trajinando en el fondo del patio, una especie de pozo frío y hediondo, donde la pobre mujer había improvisado con algunos ladrillos y al aire libre un pequeño fogón; allí recalentaba los guisos que recogió de limosna la víspera, ó aderezaba unas sopas de pan: sus nietos formaban alrededor de ella, dominados por el hambre, y permanecían silenciosos, como alumnos que escuchasen una conferencia interesante: un agradable olor á ajos invadía el patio, subiendo, como un incienso de pobreza, hacia los pisos superiores.

Algunas tardes, cuando yo volvía de la calle car-

gada con los pertrechos de la cena, encontraba á Gregoria sentada en el primer peldaño de la escalera, los codos sobre las rodillas, la mirada fija en el zaguán como esperándome. Entonces cambiábamos impresiones y penas: ella estaba al corriente de mis cuitas; sabía que el señorito Pedro no tenía gabán, y que el día antes yo empeñé por cuatro pesetas un corsé nuevecito. Yo, sin embargo, debía no maldecir de la suerte y ser juiciosa; después de los tiempos malos vienen otros mejores; la juventud puede mucho... Pero ella, ¿qué adelantaba siendo buena? Las tres virtudes teologales eran para su corazón letra muerta. ¿De quién tendría ella, vieja y miserable, caridad, cuando nadie la compadeció nunca? ¿Y en qué pondría fe, cuando todo era embuste y humo?

—¿Y la esperanza, señorita?—agregaba sonriendo amargamente—; ¿qué esperanza quiere usted que tenga á mis años...? ¡Como no sea la de echarme pronto á dormir en el hoyo grande!

Otras veces parecía más contenta.

—Esta mañana—decía—, pensé pedirla á usted un poco de aceite. ¿Tenía usted?

—Sí. ¿Y por qué no subió usted?

—No me atreví.

—Hizo usted mal.

Gregoria era buena, y fraternizaba conmigo en su odio al casero, que por diversos caminos nos explotaba; yo puse mi pobreza á su disposición; ella también me ofreció lo suyo: lo malo era la distancia

que nos separaba; entre la portería y mi cuarto había ciento treinta escalones. Para obviar este inconveniente, Gregoria apeló á un medio ingenioso: ella tenía varias campanillas que fueron á sus manos nadie sabe cuándo ni cómo: dos campanillas unidas por un bramante era el sencillo procedimiento que establecería fácil comunicación entre nosotras: una campanilla sujeta al muro del patio, cerca del fogón; la otra en el marco de mi ventana; si yo necesitaba algo tiraba del bramante agitando la campanilla inferior, cuyas vibraciones llenaban la portería: Gregoria hacía lo mismo; un cestito bastaba para bajar ó subir lo indispensable; aceite, perejil, un diente de ajo...; aquellas campanillas, que sólo vibraban en caso de necesidad, parecían la voz de la miseria, extendiendo la mano.

Llegó momento en que Pedro no pudo salir á la calle: lo teníamos empeñado todo, absolutamente todo, hasta su traje: en cuanto á mí, hacía cuatro días que andaba en enaguas por la casa y con una toquilla alrededor del cuello. Muchas mañanas yo madrugaba para lavar en un barreño las ropas interiores de mi amado, y luego, si el tiempo era hermoso, las tendía á secar delante de la ventana, bajo el sol: Pedro, desde los colchones donde dormíamos, me animaba al trabajo bromeando, invitándome á no dejarle solo mucho tiempo. Aquellos días, aunque rebozados en la picante salsa de un gran amor, fueron muy tristes: los baules estaban vacíos, las paredes limpias de cuadros; el espejo, con marco dorado,

adquirido en una almoneda, también desapareció; la cama, con su colchón de muelle, como asimismo nuestra media docena de sillas, siguieron rumbos oscuros y distintos. Por las noches, especialmente, nuestra pesadumbre crecía; estábamos casi desnudos y entre tinieblas: fuera, allá lejos, resonaba tentador el murmullo de los coches; el día fué malo y el mañana sólo alambicamientos y sinsabores podía acarrearnos; la miseria hablaba con las lenguas incontables y horriblemente persuasivas del silencio, anunciándonos una bancarrota inminente. No obstante, yo era feliz, entregándome confiadamente á lo imprevisto, prefiriendo el cariño de Pedro y aquel honrado no tener á mis bienandanzas de otros tiempos.

Así, batallando entre la vida y la muerte y como de milagro, subsistimos otras dos semanas. Recordando aquellas desafortunadas aventuras, tropeles de incidentes se agolpan á mi memoria y no me canso de escribir, pues todo me parece digno de consignación y cuidado; que tal es el hechizo derramado por amor sobre cuantos objetos mira y toca.

Como la falta de trajes nos obligaba á hacer del colchón cama, mesa ó silla, según las circunstancias, no nos fué difícil consolarnos de los muebles enajenados. Lo único que echábamos de menos era el reloj; las horas de la miseria son inacabables; aquella guardilla sin almanaque ni reloj y á oscuras, recordaba la nada de que habla el Génesis candoroso, antes de la creación del sol. Poco á poco, sin em-

bargo, y asociando impresiones, pudimos establecer conexión cronométrica exacta entre ciertos ruidos: así, verbigracia, á las nueve de la mañana subía la portera un jarro de leche á los vecinos del piso tercero izquierda; á las once llegaba el panadero; á las dos de la tarde pasaba por la calle un individuo vendiendo décimos de lotería; el barquillero pasaba á las cuatro, y un afilador á las cinco... Y aun entre estos ruidos máximos, sorprendimos otros menores ó secundarios, con los cuales logramos determinar las medias y aun los cuartos de las horas completas.

Nuestra situación, al fin, fué insostenible; no teníamos qué comer; debíamos en la tienda de géneros ultramarinos y en la carbonería; el carnicero y el panadero acudían á reclamarnos casi diariamente lo suyo; el casero, á quien adeudábamos tres meses de alquiler, nos lanzaba á la calle... Llena de maternal cariño hacia mi Pedro, á quien veía sufriendo tantos males por mi culpa, le aconsejé que escribiese á su padre, impetrando su perdón y comprometiéndose formalmente á separarse de mí. Pedro, irritado, protestó llamándome ingrata: según él, yo estaba cansada ya de tantos apuros; lejos de arredrarme ante sus reproches, insistí, sabiendo que sólo así podría conseguirle paz y quietud.

—Debes reconciliarte con tu padre y vivir á su lado cuatro ó cinco meses; más tarde podremos reunirnos, pero de cierto modo, adoptando precauciones que ya estudiaremos, á fin de que nuestra reconciliación quede en la sombra.

Pedro protestaba furioso tapándose los oídos para no oirme, maldiciendo de los ingratos y de los cobardes que le abandonaban: aquella noche inolvidable los dos lloramos mucho. Al día siguiente, cediendo á mis instigaciones, Perico escribió á su padre una larga y bien razonada carta, arrepintiéndose de lo pasado y haciendo fervorosos propósitos de enmienda; pero á última hora no pudimos distraer quince céntimos en un sello, y la carta no fué al correo; al otro día ocurrió lo mismo: más de una semana recuerdo haberla visto en un vasar de la cocina, apoyada contra la pared, detrás de un vaso roto; bajo el polvo, el sobre amarilleaba; de pronto desapareció sin que nadie supiese cómo.

Dios es un clown, un espíritu atrabiliario á veces, á ratos incongruente, socaliñero ó irónico, que se complace en ponerlo todo, cosas y personas, trastocadas y del revés: por esto, repasando la literatura de todos los pueblos, creo que Aristófanes, Rabelais, Quevedo y Voltaire son los genios que vivieron más cerca de Dios. Pensando en aquella carta perdida descubro una nueva prueba demostrativa de la íntima y sólida concatenación que existe entre todas las fuerzas y entidades morales y físicas de la vida; nada hay que subsista aislado y por sí; todo gira; la nube se convierte en agua y ésta, filtrándose por las hendiduras de dos peñas, gotea, transformándose en piedra: la muerte es vida, el reposo es origen ó motivo de nuevos impulsos; á veces lo mayor emana de lo más pequeño. En los vulgares asun-

tos de la actividad social ocurre otro tanto; acaso el triunfo de un artista lo retrase ó impida para siempre una corbata ridícula, un traje mal cortado, una bota que oprimiéndole un pie, le impidió llegar oportunamente á cierto sitio... Así fué aquella carta que, á no perderse, tal vez me hubiese ligado á Pedro Francos con lazo indisoluble de amor. ¿Qué queréis? En la Naturaleza, como obra del buen Dios, todo es así, y neciamente batallamos por levantar el corazón y dar eternidad á nuestros afectos; la vida, renovándose perpetuamente, es una carcajada inacabable. Cuando el sol se apague, ¿qué será de la gloria de Homero...? Y así de lo demás; todo, aun lo metafísico, lo suprasensible, lo más alto, es cieno y basura: Artemisa, bebiéndose las cenizas de Mausoleo, no pensó en que había de digerirlas después...

*23 noviembre.*

Una enfermedad puso fin á este combate sin esperanzas; Pedro, lastimado por el frío simultáneamente en los riñones y en el pecho, pedía ser trasladado al hospital; yo volví á rogarle escribiese dos líneas á su padre, explicándole concisamente su situación extrema; él, ¡pobre de mi alma!, por no abandonarme, rehusaba siempre. La noticia de nuestro infortunio propalóse bien pronto por la casa, y algunos vecinos compasivos subieron á vernos y otros nos remitieron, por mediación de la portera, ropas

viejas y algunos comestibles: pero nada bastaba; aquel guardillón yerto y vacío, era inhabitable y el corazón se me partía de ver tanta miseria. Las noches, especialmente, fueron horribles. Pedro, vestido y con los pies envueltos en una toalla, tiritaba de frío; yo, para reanimarle, me cosía y estrechaba contra él, echándole los brazos al cuello, abrigándole las espaldas con mis manos, juntando mi rostro al suyo, á fin de no desaprovechar tampoco el calor de mi aliento. Jamás rayó mi pasión tan alta. Hubiese querido meterme dentro de aquel cuerpo moribundo, infundirle mi sangre, mi soplo vital, transportar á sus huesos toda mi salud, aunque luego yo quedara reducida á pavesas. La lluvia cantaba sobre las tejas; de cuando en cuando una ráfaga de aire penetraba gimiendo por el cañón de la chimenea; según la madrugada iba avecinándose, los ruidos de la calle se extinguían; en el suelo, dentro de un vasito con aceite, ardía una lamparilla; la luz temblequeaba chisporroteando, arrojando reflejos amarillentos sobre las paredes desnudas, salpicadas de clavos inútiles. La luz tiritaba y Pedro también, apretando los dientes; yo preguntaba:

—¿Tienes frío?

El contestaba invariablemente:

—No...

Pero su frente y sus manos estaban yertas. Además, la falta de reloj eternizaba las horas; á ratos me acometía un vértigo extraño; parecíame que el mortecino resplandor de aquella lamparilla era la

única claridad posible, que el tiempo nos había olvidado y que el sol no volvería á lucir para nosotros. Aquello era trágico, de una intensidad trágica, delirante y soñada, horrible, con horror mortal, como el ruido de la tierra cayendo sobre la tapa del ataúd donde fué encerrado un cuerpo vivo...

Comprendiendo la inutilidad suicida de aquella resistencia, escribí á don Cayetano, explicándole la situación en que Pedro Francos estaba. El buen señor nos visitó inmediatamente, elogió mi heroísmo y lamentóse de que no le hubiésemos llamado antes. Por la tarde, mi pobre amante fué trasladado á casa de don Cayetano en una camilla.

Describiendo esta parte de mi historia desearía echar el paso largo, resbalando sobre los episodios para concluir pronto: mas no puedo; mi pluma se detiene en estas páginas, negándose á correr; los recuerdos se agolpan, obligándome á una labor analítica, pausada y dolorosa.

La primera noche que dormí sola en aquel guardillón maldito, fué tan mala ó peor que las anteriores; la lluvia canturreaba somnífera sobre las tejas, la luz de la lamparilla amarilleaba las paredes, alargando las sombras de los clavos: no pude dormir; Pedro ya no tiritaba entre mis brazos; pero el frío de su cuerpo quedaba allí, traspasándome los huesos. A la mañana siguiente, muy temprano, fuí á casa de don Cayetano, á informarme de cómo seguía el enfermo. A pesar de lo intempestivo de la hora, el mismo don Cayetano salió á recibirme, invitándome á descansar

en su despacho; yo rehusé avergonzándome de mi faldita de percal y del viejo mantón que Gregoria me había prestado; á pesar de mi juventud y de mi belleza pecadora, aquel pobrísimo traje me daba apariencias consoladoras de mujer decente. Supe que Pedro estaba mejor; el médico le había recomendado mucho abrigo y mucha quietud; su vida, por tanto, parecía hallarse fuera de peligro.

—Hoy mismo—agregó don Cayetano—telegrafiaré á su padre y él resolverá lo que ha de hacerse.

Me despedí de aquel señor, quedando en volver por la tarde para convencerme de que el enfermo seguía mejor. El resto del día lo pasé en mi guardilla sin probar bocado ni ver á nadie, y por la noche volvió mi cuerpo á la casa de donde ni mi pensamiento ni mi corazón pudieron separarse un momento. Don Cayetano ratificó sus aseveraciones de por la mañana; Pedro mejoraba y había preguntado por mí; los buenos alimentos realizaban en su excelente naturaleza verdaderos milagros; la alegría arrasó mis ojos en lágrimas; sobre mi pecho las manos inconscientes se cruzaron, dando gracias á lo Invisible por tan subido bien. Don Cayetano, con naturalidad y condescendencia paternales, sacó de su chaleco diez pesetas en dos monedas.

—Supongo—dijo—que necesitará usted dinero: acepte usted esto.

Yo rehusé avergonzada, bajando los ojos. El insistió, y para obligarme apeló á esta razón definitiva:

—No son míos; me los ha dado Pedro para usted.

Con aquellas diez pesetas viví nueve días, casi dichosa, cierta de que Pedro, aunque separado tal vez para siempre de mí, estaba salvado. Todas las tardes, eligiendo la hora más oscura para no poner de realce la miseria de mi vestido, volvía á casa de don Cayetano: las noticias siempre eran halagüeñas: Pedro no se levantaba, pero continuaba bien y nada movía á suponer complicaciones insanas ulteriores. El padre de Pedro llegó á Madrid al día siguiente de recibir el telegrama de don Cayetano, permaneciendo allí tres ó cuatro días y regresando al pueblo, donde negocios urgentes le reclamaban, no bien vió á su hijo libre de todo peligro. No era preciso ser Zadig para adivinar en las palabras de don Cayetano la desventajosa opinión que el padre de Perico tenía de mí: yo era una miserable que había explotado al muchacho hasta dejarle en la miseria y sin salud, y se indignaba de que crímenes como el mío no cayesen bajo la competencia ó jurisdicción de los tribunales ordinarios: alardeando de generoso, sin duda, por no estrangularme, no quiso ir á verme. De esta opinión participaban algunos vecinos, que apenas se dignaban saludarme cuando me encontraban por la escalera: para aquellos hipócritas, corrompidos quizá de alma y de cuerpo, yo era también una infame que con malas artes arruiné y perdí á un hijo de familia. Ahora, como entonces, me indigno y protesto de tal acusación. ¡Arruinar yo á

Pedro, cuando para bien suyo, por proporcionarle un buen porvenir y la satisfacción de todos los goces, hubiera querido ser millonaria! ¡Enfermarle, cuando le daría mi sangre por verle fuerte y saludable...! Nos conocimos, nos adoramos; ¿quién tuvo la culpa de esto? ¿Fué él por encontrarme hermosa? ¿Fuí yo porque su imagen y su voz se me entrometiesen sentidos adentro? Si Pedro me amaba y el corazón brincaba y se me rompía dentro del pecho por irse tras él, ¿qué moral puede exigir que yo, siendo mujer, no hiciese lo que Pedro, hombre y robusto, no pudo hacer...?

Amén de tantas escaseces y privaciones, comencé á sufrir un nuevo tormento: el del hambre.

Deploro hallarme investida de cierta autoridad para hablar de este asunto. A mi juicio, hay dos clases de hambre: una, más que hambre verdadera y legítima, es apetito, ligereza de estómago: el apetito de la bohemia artística, la necesidad que se pasea por las calles de las grandes capitales, que se divierte en los teatros ó se entretiene con un café y una conversación agradable, y produce en las facultades espirituales hiperestesia creadora y fecunda y de gallardo oriente; la otra hambre es peor; es el hambre tétrica, silenciosa, horriblemente reconcentrada, de los marinos que desfallecen de inanición en alta mar. De esta laya fué la terrible necesidad que entonces padecí. Privada de todo recurso, pasaba los días con dos panecillos y quince céntimos de queso, dándome continuamente trazas nuevas

para que los reales que aun restaban de las diez pesetas que don Cayetano me dió durasen indefinidamente; algunas veces, y este era mi único lujo, Gregoria, que tenía largo crédito en una taberna próxima, me procuraba un vaso de vino. Por las tardes, mientras volvía de casa de don Cayetano, donde siempre cosechaba noticias agradables, me sentía fortalecida y contenta. Con tal de que mi amante se restableciese pronto, daba todas las pesadumbres por bien sufridas. Al fin me he convencido de que los hombres, á quienes el combate por la vida fortalece, no son capaces de tanta abnegación; las mujeres, en cambio, cuya capacidad superior es la piedad, son almas superiores, semejantes á los ángeles. Al volver de la calle, como no tenía luz y el tiempo era bueno, pasaba algunos momentos asomada al ventanuco de la cocina, en cuyo marco la campanilla que mi absoluta miseria paralizó, iba enmoheciéndose sin sonar. Desde allí mis ojos abarcaban un paisaje vasto y confuso; allá lejos tejados irregulares acribillados de chimeneas, de redes telefónicas, torres de iglesia, altivas cúpulas, todo hacinado en la distancia, reposando bajo las sombras invasoras del crepúsculo; y en primer término y á la izquierda un antiguo solar cubierto de hierba, rodeado por viejas paredes que descubrían entre sus líneas incontables de ladrillos superpuestos el maderamen que presidió la erección de los muros; en lo alto, como colocado allí para alegrar la tristeza del solar solitario, brillaba un lucero. Ignoro por qué

aquel rinconcito, que parecía un capricho de pintor impresionista, me conmovió intensamente. Yo miraba al lucero y él parpadeaba, diciéndome cosas recónditas que yo no comprendía. ¿Por qué estaba todas las tardes allí? Y mi imaginación echábase á componer leyendas disparatadas y románticas; acaso aquel lucero velase el sueño de algún cuerpo dormido, desde tiempo inmemorial, bajo los herbazales del solar callado y oscuro.

Por las noches, con objeto de retardar el espantoso momento de hallarme sola, dejaba mi observatorio y bajaba á la portería, donde Gregoria y yo, luego de acostar á los niños, nos divertíamos jugando á las cartas.

Extraño que todos estos detalles, aun los nimios, se agarren á mi memoria con ahinco tenacísimo. Yo, jugando distraída, perdía casi siempre; cualquier accidente preocupaba mi cerebro, empujándome hacia laberínticos embrollos de cábalas innúmeras: aquellos naipes, procedentes de un casino, parecían resecados por las miradas ardientes de los jugadores; sus espadas parecían manchadas de rojo; las sotas tenían rostros burlones; los reyes, bajo sus coronas doradas, abrían ojos picarescos que insinuaban conocer muchas historias; aquella baraja era como viejo puente por donde pasaron de una mano á otra muchas fortunas. Por la noche, en la oscuridad del dormitorio, el redolor que la vacuidad de estómago me produjo durante el día aumentaba: era frío, malestar, inquietud recóndita, cual si las paredes del

estómago se juntasen; los borborignos de los intestinos parecían clavarme alfileres en el vientre: aquel dolorcillo persistía sea cual fuere la posición del cuerpo; las entrañas vacías oscilaban obedeciendo á la gravedad; en actitud decúbito lateral todo parecía ladearse dentro de mí, y sentía pesadeces extrañas en ciertos sitios y desgarros internos, cual si los tejidos se rompiesen sobre las ásperas crestas de los huesos; boca abajo mis riñones flotaban, pesando horriblemente; la posición supina era aún peor: después este desasosiego crecía, atravesando el diafragma inerte y subía á lo largo del esófago, hasta la garganta, donde causaba la necesidad insólita de vomitar algo. Esta sensación era compañera de otras igualmente penosas. Algo hormigueaba por las palmas de mis manos y de mis pies, enfriándomelos; los dedos, inertes, se separaban unos de otros, disgregándose en la suprema negación de toda voluntad y de todo movimiento; las piernas y los brazos se entumecían con languidez y parálisis internas, cual si la sangre dejase de recorrer las venas. Dominada por aquel flujo mortal, permanecía inmóvil sobre aquel jergón frío, bajo el cobertor que agujereó la miseria; no podía moverme; en vano la conciencia comprendía que la quietud me era funesta; la voluntad formulaba sus mandatos inútilmente, sin sacudir el marasmo de los nervios centrífugos ó activos, como perneando en el vacío; y si por casualidad la ordenación voluntaria se producía, la atonía general, precursora de la muerte, reaccionaba en

seguida, acorralándola. Entretanto mi espíritu divagaba por oscuras regiones; extinguida la luz pensante, algo negro, ilógico, rodaba por mi cerebro dando tumbos como un moscardón ciego; en la noche, de mi conciencia todo desaparecía: razón, voluntad, recuerdos; bajo mi cuerpo el suelo oscilaba, tinieblas extrañas bailaban á mi alrededor vagoroso y mareante aquelarre: era una emoción depresiva semejante á la que padecí la mañana en que traspasada de frío, de dolor y de miedo conocí á Teodora. Sólo de cuando en cuando, algunos momentos lúcidos interrumpían aquel incongruente razonar; entonces pensaba en Pedro, quien, tan pronto estuviese restablecido, vendría á verme. Parecíame entonces que iba en tren hacia él, y mi pobre discurso enderezaba al cuitado corazón largas reflexiones. "Cálmate—decía—, pues pronto has de verle. Ahora vamos en tren..., ¿comprendes...?, un tren muy raro..., el tren de la vida, que siempre va adelante..." Para ver á Pedro era necesario vivir, envejecer..., ¡bueno...! Yo apretaba los ojos, queriendo vivir aprisa, bendiciendo á la muerte, que me devolvía mi amor...

Una tarde, al salir de casa de don Cayetano con la excelente noticia de que Pedro se había levantado por primera vez, encontré á Teodora. Al verme, se detuvo, extendiéndome la mano displicente, detallando mi pobre traje con mirada buída y cruel.

—Adiós, Isabel...; ¿cómo estás?

—Bien. ¿Y Joaquín?

—Bueno. ¡Vaya, mujer...! ¿Quién iba á decirlo...? ¡Tanto tiempo sin cambiar un saludo...!

—¿Qué quieres...? Somos como las hojas caídas: nos reunimos un momento; dos años..., tres..., y luego, nada... ¡Adiós...! ¡Hasta el valle de Josafat!

Recordando aquello no sé cómo ahora, viéndome rica, tengo la estupidez ó la sublime generosidad de recibirla en mi casa y hasta de dispensarla favores pecuniarios. Teodora me habló fríamente, inquiriendo ladina mi situación: yo, dorando mi derrota, cuidé de mostrarme satisfecha de la vida; más satisfecha que nunca.

Llegó por fin un día en que mi debilidad y los dolores de mis entrañas hambrientas fueron tan grandes, que apenas pude levantarme: era imposible continuar así; yo adivinaba á la muerte flotando á mi lado, cubriéndome bajo un aire frío. Estaba cierta de que, reanudando mi amistad con Severina Aguilas, me sería fácil ganar dinero; pero quería ser buena, y la idea de conocer más hombres me horrorizaba. Mi extremada debilidad y desnudez también me prohibían buscar una familia honrada á quien servir. Entonces, por no prostituirme, robé; robé alevosamente, cobardemente, sin exponerme. Quizá haya puritanos á quienes repugnen estos incidentes poco limpios de mi vida; no importa; yo satisfago mi conciencia narrando la verdad: ¿acaso no leemos en las *Confesiones* de Rousseau, modelo de ingenuidad y sencillez, páginas bastante más sucias?

Resuelta á ello volví á casa de Severina Aguilas, que me recibió con alardes de alegría vivísima y con un desilusionado:

—¡Estaba segura de que vendrías á buscarme...!

Que me lastimó bastante. Yo repuse, disimulando mis sentimientos:

—Tiene usted razón: aquello debía concluir..., y ha concluído.

Endurecida por cuarenta años de vida canallesca, acostumbrada á ver cómo nacen y mueren las pasiones, no preguntó más, encogiéndose de hombros, con indiferencia de sepulturero, ante las pavesas de los amores extintos. Su distracción me ahorró disgustos.

—Estoy medio desnuda—dije—; necesito, por tanto, unos zapatos, una falda y un mantón mejores que estos que llevo. ¿Puede usted facilitármelos...?

Mientras Severina, deseando complacerme, registraba un viejo armario donde guardaba ropas de diferentes mujeres, yo ocupé un sillón; recuerdo que éste era de mimbres; todo voltigeaba á mi alrededor: cuadros, muebles; un rayo de sol refulgía sobre la botella de agua colocada en la mesa de comer, deslumbrándome; cerré los ojos y apoyé la cabeza contra la pared, recordando de pronto la silueta de aquella infeliz que meses antes, en el mismo comedor, estuvo mostrándome sus dientes podridos por el aliento fétido de las malas digestiones. El suelo trepitaba bajo mis pies fríos...

A Severina hubo de chocarla, sin duda, mi largo mutismo.

—¿Qué te sucede?—preguntó.

—Nada.

—¿Estás enferma?

—No, señora.

Continuó escudriñando los entrepaños del armario, maldiciendo de las criadas que todo lo revuelven. Sin volver la cabeza siguió interrogándome:

—¿Y ése?

—¿Quién?

—Ese... ¿cómo se llama...? Ese, con quien vivías.

—¿Pedro...?

Mi corazón se oprimía y abrí la boca, temiendo no poder respirar.

—No sé su nombre—repuso Severina—; hablo de aquel estudiantillo... medio torero...

—Bueno, sí; ese... Pedro...

—¿Qué ha sido de él?

No quise meterme en explicaciones, pues todo ello me interesaba demasiado para dejar que nadie le menospreciase convirtiéndolo en conversación de camino.

—No sé—dije.

—¿No le ves?

—Desde hace tiempo.

—Mejor; no tenía una peseta y..., ¡qué narices...!, para morirte de hambre siempre tendrás ocasión.

Después, mientras, haciendo heroicos esfuerzos sobre mí misma, me desnudaba cambiando mi traje

miserable por el que Severina Aguilas me buscó, pregunté á la vieja por varios antiguos amigos míos.

—¿Y Dagoberto, el jockey?

—No le veo. Creo que fué á Inglaterra.

—¿Y Emilio Monje?

—Tan perdido. ¡Puf, qué asco de hombre...! Borracho, mujeriego, jugador, embustero... El diablo no quiere cogerle ni aun con pinzas.

—¿Viene por aquí?

—Casi diariamente, y mejor sería que no viniese. ¿Sabes lo que hizo una noche en casa de Faustina la peinadora? ¡Pues... casi nada! Romperla un espejo, por gusto.

—¿Y Pepe Lorca?

—¡Pobrecito! También viene por aquí; pero más de tarde en tarde. Está tísico. Esa marquesa que, como sabes, le viste hace tiempo, le matará. Acuérdate de lo que te digo.

Pregunté por otros individuos, amigos míos, cuyos nombres no recordaba.

—Si no tienes prisa y aguardas media horita—repuso Severina—, saludarás á alguno de ellos. Aquí nunca falta gente...

De pronto las fuerzas me abandonaron y, sin tiempo de sentarme, tuve que apoyarme contra la pared para no caer. Severina acudió á sostenerme entre sus brazos, conduciéndome á una habitación inmediata donde había una cama. Aquello no era nada; un leve vahído, flato, tal vez; llena de buena voluntad ofrecióme café y pastas; no tenía otra cosa.

Yo acepté, y aquel ligero piscolabis me salvó. Después, ya más reanimada, volví al comedor, donde quedé esperando algo imprevisto, providencial, que no llegaba á definirse en mi nublada razón. No pensaba en nada, ni en nadie; ni siquiera en Pedro...

Ya tarde, cuando comenzaban á disiparse los bienhechores efectos del café, la campanilla anunció una visita; la criada salió á abrir: ere un hombre, un amigo de la casa, que preguntaba por no sé quién.

—No está—repuso Severina—; pero no importa, quédate y te presentaré á una conocida tuya.

Estas palabras me inspiraron deseos de huir, de alebrarme en el rincón más apartado y oscuro; tan grande era el asco que los hombres me causaban. Pero la necesidad es implacable, y como tenía hambre, mucha hambre, esperé...

Precediendo á Severina Aguilas penetró en el comedor un individuo joven aún y decentemente vestido, cuyo nombre no recuerdo. Con el desparpajo insolente de los aventureros avezados al trato de malas mujeres, llegóse á mí, acariciándome la cara.

—¡Hola, linda pieza!—exclamó—. Nosotros somos amigos viejos.

—Es posible...

Contesté humildemente, y sonreía por obra y gracia de la costumbre maquinal que las cortesanas adquirimos de sonreir á todo el mundo, aunque de buena gana le hubiese mordido.

—No hemos dormido juntos—prosiguió—; no obstante, nos conocemos.

—Yo también le conozco á usted.

Y así era; le había visto en alguna parte que mi flaca memoria no concretaba. Él vino á sacarme de dudas sentándose á mi lado, explicando nuestro primer encuentro; habíamos estado una noche cenando en los ventorros de Amaniel; yo acompañaba á un amigo suyo.

—Y por respetos á él—agregó—, no te eché cuatro requiebros.

Entorné los párpados.

—¿Le gusto á usted?

—Mucho.

La víctima que yo necesitaba estaba allí; la ocasión era llegada, y hubiese sido tonto desaprovecharla; yo sonreía inconscientemente. El me cogió las manos.

—Estás fría—dijo.

—Sí.

—Y pálida...

—También.

—¿Acaso estás enferma?

—¡Oh, no!—repuse con displicencia estudiada—. Es que no he almorzado.

—¿Cómo?

—Salí muy temprano de casa y no tuve tiempo aún de probar cosa caliente.

Consultó su reloj: eran las siete.

—Te invito á cenar—dijo—; ¿aceptas?

Hubo una corta pausa que yo entretuve moviendo la cabeza á un lado y á otro con gesto de indecisión y perplejidad. Al fin, repuse:

—Bueno.

Me levanté, y arrebujándome en mi mantón despedíme de Severina hasta más tarde, fingiéndome segura y erguida sobre mis piernas temblorosas. Mi improvisado amigo y yo, cogidos del brazo, avanzamos á lo largo de un pasillo mal alumbrado; al llegar al recibimiento, él quiso cobrarme por anticipado algunas de las caricias que más tarde pensaba obtener; después, ya con el apetito alborozado y retozón, me empujó hacia un dormitorio próximo, cuya puerta aparecía entornada.

—Aun es pronto—repuse domeñando con el duro freno de la necesidad mi indignación—; luego...

Salimos á la calle; llovía; una llovizna leve que, abrillantando el asfalto de las aceras, daba al cuadro claridad poderosa.

Pasaba un coche y subimos á él; mi acompañante dió al cochero las señas del café Habanero.

—¿Qué tienes? repetía solícito.

—Nada.

—Estás triste...

Negué débilmente; él rodeó con su brazo derecho mi cintura, al mismo tiempo que alargaba el cuello para besarme los labios.

—Déjeme usted... por ahora—dije—; me duele el estómago.

Como hombre bien educado y de mundo, se reprimió compadeciendo mi dolor. Yo cerré los ojos, sintiéndome morir bajo los pliegues de mi mantón, y mi barbilla osciló casi inerte sobre el pecho: la debilidad volvía á enseñorearse de mí: algo letal escarabajeaba la planta de mis pies, trepando por las piernas yertas; mis manos languidecían, abriendo sus dedos, como dejando escapar la vida; en mis intestinos vacíos el aire zumbaba con ronco, insólito y desapacible trompeteo; una sombra negra asaltaba mi cerebro, rebotándome de sien á sien, como perdida en la inmensidad gris del mareo; los porfiados traqueteos del coche corroboraban aquella horrible sensación. El único propósito que persistía en mí era el de comer, comer mucho y á todo trance, aunque sin traicionar á Pedro... Antes que burlarle, preferiría morir.

Llegamos al café Habanero y por una angosta escalerilla subimos á un comedorcito, donde nos sirvieron una cena opípara, con langostinos, ostras y vinos de Jerez y Burdeos. Al principio devoré con apetito rabioso, que entretenía de un plato á otro comiendo pan y entremeses: á los chistes y preguntas de mi compañero respondía con monosílabos que apenas interrumpían aquel deglutir incesante; luego, temiendo los efectos de tan inconsiderada asimilación, mastiqué más despacio; mi estómago ardía. Grandes oleadas de sangre hirviente incendiaban mis mejillas. Cerca de la mesa había un diván, muelle, ancho y peligroso como un lecho, que mi acompañante

miraba mientras sus manos se aferraban á mis muñecas. Después de servidos los postres trajeron el café. Hay en la agonía del desmayo ó del dolor indiferencia inmensa hacia todo, desprecio de lo más excelso, del honor y de la vida; y claro es que si antes, cuando me hallaba en tan extrema situación, hubiese preferido morir á burlar á Pedro Francos, ¿cómo traicionarle entonces, luego de comer, sintiéndome fuerte y recobrada? El galán empezaba á impacientarse de mi retraimiento.

—Aquí no debemos estar—dije buscando una tregua—; pueden sorprendernos.

—¿Quién?

—Cualquiera..., el mozo... Y además, al salir, ¡qué vergüenza!

La impaciencia de mi amigo iba trocándose en justo y razonable malhumor. Yo añadí excusándome:

—Este comedor tiene para mí recuerdos muy tristes: una noche cenamos en él Pedro y yo; Pedro era mi novio... El ocupaba la silla que ocupa usted hoy... ¡Hasta esa coincidencia...! Temiendo disgustarle á usted, no quise decir nada; pero estas memorias tristes oprimen la garganta; no se respira bien bajo ellas... Por eso deseo marcharme..., pero, pronto, á cualquier parte... Comprenda usted que aquí la imaginación me impediría ser completamente dichosa.

Lejos de enfadarse, sonrió, acariciado por aquella explicación sentimental y delicada, y llamó

á un mozo apoyando un timbre. Entretanto yo pensaba:

—"¿Cómo arreglármelas para separarme de este hombre?"

Discurría rápidamente, amontonando cábalas imposibles; de pronto creí hallar un medio.

Al salir del café subimos en uno de los coches estacionados en la calle del Desengaño. Mi amigo daba al cochero las señas del domicilio de Severina Aguilas, cuando yo le interrumpí, preguntando:

—¿Qué hora es?

—Las once.

—Ahora recuerdo que una amiga me espera; ¿quieres acompañarme? Es para un asunto de interés; no tardaré en despacharlo ni dos minutos.

Mi confiado galán asintió: entonces, para evitar sospechas peligrosas, grité al cochero:

—¡Arre...! Café de San Sebastián, plaza del Angel.

Durante el trayecto deslicé hábilmente la conveniencia de entrar sola en el café: mi amiga mantenía relaciones con un caballero casado y respetable, y no quería ser presentada á nadie, temiendo complicaciones futuras. Mi acompañante, cada vez más expansivo y alegre, pasó por todo; sus manos me palpaban con comezón voluptuosa insaciable; en la penumbra del coche sus ojos brillaban como brasas. El vehículo se detuvo; habíamos llegado.

—Espera—dije, abriendo la portezuela y saltando á la acera,

El exclamó:

—¡No tardes!

Hice con la cabeza un signo negativo y penetré en el café; luego, sin detenerme á mirar hacia atrás, casi corriendo, atravesé el local, huyendo felizmente por la otra puerta que aquel café tiene á la calle de Atocha. No pasó más. A mi generoso compañero de aquella noche le he visto después varias veces, y aunque no me saluda, sonríe bondadosamente, como hombre experto, convencido de cuán tonto es tomar á pecho estos fútiles enredijos de la vida.

Al día siguiente por la tarde recibí nuevas y satisfactorias noticias de Pedro: estaba muy aliviado; pronto saldría á la calle. Aquella noche sólo pude comer un plato de sopas que me dió Gregoria, y la debilidad apenas me dejó dormir. A la mañana siguiente empeñé por ocho pesetas el mantón que Severina, á quien tuve la previsión de no ir á ver, me había prestado. Transcurrió otra semana, alargada por la ansiedad de una ilusión inapresable; el noveno día lo pasé sin probar bocado: por la noche, contemplando desde el ventanuco de mi cocina aquel lucero suspendido sobre el vacío del abandonado solar, los dolores de mis entrañas, atenaceadas por el hambre, aumentaron y resolví comer afrontando toda suerte de peligrosas probabilidades, incluso la de ir á la cárcel. Fué un lance interesante, no tanto por los motivos que á él me lanzaron cuanto por el conmovedor y novelesco desenlace que la casualidad le puso después.

Sola, sin más impulso ni otro apoyo que la desesperación de mi miseria, salí á la calle dirigiéndome resueltamente al vecino café de San Mateo, donde pedí una buena cena; tortilla de jamón, bisteck con patatas, pescado, entremeses, postres, vinos de dos marcas... Nadie puede suponer qué esfuerzos de voluntad hube de realizar para comer; no tenía apetito, pero seguí deglutiendo segura de que el hambre volvería á inquietarme no bien pasase la emoción del peligro; varias veces estuve á punto de ahogarme: los bocados más apetitosos se detenían en mi garganta... Un dúo de piano y violín ejecutaba un vals alegre y vibrante que no he olvidado. Procurando aminorar el escándalo lo más posible, esperé, para llamar al mozo, á que fuese muy tarde. El camarero se acercó: era un hombre cincuentón, grueso y bajito, con patillas y cabellos blancos.

—¿Qué deseaba usted?

—Decirle —repuse — que he cenado perfectamente y... que no puedo pagar.

El semblante de mi interlocutor no reveló emoción: yo, sabiéndome lanzada en medio del peligro, acababa de recobrar todo mi aplomo.

—El hambre—añadí—, un hambre inaguantable de varios días, me obligó á esto. Cuando vine aquí estaba loca y apenas podía andar. Ahora me siento bien, y mi agradecimiento hacia usted es inmenso: le debo á usted la vida. Si quiere usted vengarse de mí enviándome á la cárcel, puede hacerlo sin peligro ni empacho, pues no tengo quien me defienda;

pero si me perdona, acaso no está lejano el día en que se ufane y congratule usted de haberme socorrido...

Hubo un corto silencio; yo esperaba que el mozo respondiese á mi noble confesión con una grosería; mas no fué así, pues el excelente hombre, visiblemente emocionado, repuso:

—No sólo olvido y perdono á usted el gasto hecho, sino que la invito á tomar café. Y no hablemos más de esto, pues la fortuna trae grandes mudanzas y es locura mofarse hoy de los débiles y caídos que quizá lleguen mañana á ser poderosos y temibles. Yo, señora, tengo hijas mozas que también trabajan para comer: agradézcaselo usted todo á ellas...

Tanto me conmovieron aquellas palabras, que en poco estuvo que me echase á llorar. Luego, sin atreverme á levantar los ojos del suelo, salí del café murmurando un "hasta la vuelta..." en el cual mi filantrópico interlocutor seguramente no reparó.

Y aquí viene el desenlace precipitado. Mucho después, siendo yo casi rica, volví en coche al café de San Mateo, instalándome en la mesa donde años atrás estuve cenando medio desnuda y hambrienta. El mozo era el mismo, pero le hallé delgado y mucho más viejo, sin que hubiese proporción entre el tiempo transcurrido y la debilidad trémula de aquella lastimosa ancianidad. Me preguntó:

—¿Qué quiere usted tomar?

—Café.

Le interrogué por sus hijas.

—Una de ellas—repuso—, casó; las otras dos siguen solteras.

—¿Viven con usted?

—Sí, señora.

Me miraba sorprendido, queriendo inútilmente reconocerme bajo mi ostentoso sombrero de pecadora y mi larga capa de piel. Yo permanecí silenciosa, escuchando la música simpática del violín y del piano, hundiendo con emoción sentimental y dulce mi pensamiento en lo pasado. Cuando llegó el momento de pagar saqué un billete de cien pesetas.

—La vuelta—dije— para usted...,para sus hijas...

—¡Para mí..., para mis hijas...!—repitió, creyendo habérselas, tal vez, con una loca.

—Sí.

—¿Cómo?

—¿Usted no me conoce?

—No.

—¿Recuerda usted de una joven enlutada que hace años estuvo cenando aquí y á quien, sobre no pagar el gasto hecho, convidó usted generosamente á café?

—Sí..., sí... ¡Justo!

—Pues yo soy aquella desgraciada. Y vea usted cómo las almas nobles no echan en saco roto las acciones buenas.

*4 diciembre.*

Dos ó tres días después recibí la visita de Pedro Francos; al verle, como no le esperaba, mi emoción

fué tan inmensa, tan inmensa, que aflojó mi contento. Como siempre, vestía de negro; su rostro era más pálido y largo que otras veces. No pudiendo hablar, nos abrazamos, llorando cada cual sobre el hombro del otro.

—¡Pedro...! ¡Pedro mío...! ¡Perico mío...!

—¡Isabel de mi alma...!

Me palpaba, reconociéndome todo el cuerpo, castamente, como pudiera acariciar un padre á su hija enferma.

—Estás muy delgada..., mucho...

—Tú tampoco estás bien...

Examinóme las manos, los ojos, la cabeza, los cabellos, doliéndose de ver en todo la huella de la miseria sufrida.

—Tienes ojeras, tus encías no tienen sangre y tus manos están frías... ¡Manos de mi corazón...! Y tus cabellos parecen más blancos...

Luego, descalzándome, comenzó á besarme los pies.

—¿Habéis sido buenos?—preguntaba.

Dijo que quería cenar conmigo; aunque á regañadientes, don Cayetano le había autorizado á ello. Echó mano al bolsillo, con aquel su gesto inolvidable y generoso de gran señor, arrojándome sobre la falda un copioso puñado de monedas de plata. Yo, llena de alegría, deseando complacerle, corrí hacia la escalera en busca de lo necesario; él me detuvo.

—No, tú no—dijo—; tú no sales; que vaya Gregoria.

No quería separarse de mí; su júbilo, contagioso como todos los sentimientos fuertes, iba apoderándose de mi ánimo; su idea parecióme excelente, y abriendo el ventanuco de la cocina llamé á Gregoria: fué aquella la primera vez, después de tantas semanas angustiosas, que la campanilla de la miseria volvía á sonar.

Comimos bien: Pedro, debilitado por su larga enfermedad y emocionado vivamente por el contento de hallarse conmigo y la amenaza de un porvenir equívoco, era presa de terrible excitación: al día siguiente salía para su pueblo, Talavera la Real, donde sus padres le esperaban impacientes; yo podía acompañarle hasta Montijo...

—¿Quieres?—insistió.

La novedad de aquel viaje suavizó en mí el amargor de la noticia, y asentí sin demostrar gran contrariedad. Mi indiferencia irritó á Pedro: acusóme de ingratitud; dijo que ya no le quería, que deseaba perderle de vista... Procuré inútilmente calmarle; tenía las manos trémulas; sus ojos y su frente ardían.

—Yo preso en casa de don Cayetano—decía—, acordándome de ti, muriendo por ti..., sabiendo que no tendrías qué comer..., y tú corriendo por las calles, consolada, pensando, tal vez: "Ese ya no se levanta, eso acabó..."

Tan absurdas me parecían sus afirmaciones, que no supe defenderme. Él, ciego, continuó denostándome, y según hablaba iba apoderándose de mí, como reflejo de la suya, otra excitación horrible, que

llenaba mis ojos de lágrimas y cristalizaba en mis labios la risa. Él gritó:

—¿Por qué ríes?

Y después:

—¿Por qué lloras?

Levantóse violentamente, dando un empujón á la mesita, que cayó al suelo; la botella del vino y los platos saltaron en añicos; su estrépito contribuyó á exaltar nuestros nervios, sobradamente sublevados. Pedro estaba celoso; yo, poseída de extraño regocijo, sentía necesidad apremiante de sacrificarme más, de continuar sufriendo por él; y sin que mi carne interviniese en ello para nada, experimenté el deseo morboso, pero inconfundible y concreto, de ser golpeada. Para lograrlo permanecí muda, como confesando con mi silencio mi delito. Mi impasibilidad, mi sonrisa fría, exasperaban á Pedro; sus brazos se agitaron amenazadores sobre mi cabeza; yo, esperando el castigo, temblaba de miedo y de júbilo. En vano intento reconstituir ahora la psicología de aquella escena; en lógica, dos afirmaciones juntas, niegan; en amor, la fortaleza excesiva de una pasión suele traducirse en odio. Pedro y yo nos queríamos, y, no obstante, sentíamos anhelos de acometernos mutuamente, tiñendo nuestras manos en la sangre del otro. Se aborrece la muerte; ¿será que, como aseguran ciertos autores, el amor es la muerte...? Viéndome, ¿qué pensaba Pedro de mí...? ¿Qué ideas monstruosas le sugerían la proximidad de mi carne, carne suya, dócil siempre á su capricho y á

su placer...? Y yo, hallándome exenta de toda culpa, ¿por qué tenía complacencia en ser castigada, cuando hubiese podido rechazar tan cruel atropello con el brío ó la realidad inconfundibles de la virtud? Era un capricho insano, análogo al de esos enfermos que mascan unas sustancias amargas ó polvos de ladrillo, ó al de los neuróticos que reciben emoción agradable arañando una pared con las uñas. No sabría referir lo que allí pasó; todo ello fué una escena de locura, y pesadilla. Acaso en el mundo subconsciente que todos llevamos, tenía Pedro Francos un odio secreto hacia mí por haberle arrastrado á situación tan triste, obligándole indirectamente á salir de Madrid, donde todas sus ilusiones de mozo provinciano se cifraban; quizá tuviese necesidad yo de recibir por mano del hombre adorado el condigno castigo de pasadas culpas. No sé...; en los organismos debilitados por las enfermedades ó el ayuno, la digestión produce mareo análogo al de la borrachera, y este vértigo impulsaba á Pedro contra mí; yo esperé su agresión impávida, cierta de que sólo podría sosegarme llorando mucho. Perico Francos me cogió por las muñecas.

—¿Cómo se llamaba?—murmuró.

—¿Quién?

—Ese hombre...

—No comprendo.

—¡Ese hombre...! Demasiado sabes á quién me refiero. ¡Ese..., tu amante..., ese, á quien regalaste mis noches, mis noches de agonía...!

Fué empujándome hasta la pared, contra un ángulo, donde me acorraló. Yo repetí:

—¿Quién...? No sé... ¿De quién hablas? Te quiero..., te idolatro..., no te falté con nadie...

—¡Mientes, mientes!

Levantó el brazo, y su puño cerrado golpeó mis sienes. Después, fuera de sí, continuó maltratándome, maltratando mi cuerpo contra las paredes.

—¿Cómo es ese hombre?—repetía.

—¿Quién?

—¡Ese..., habla...! Tú no le quieres, ¿verdad? No le quieres, y..., sin embargo, fuiste suya.

Sin darme tiempo á responder, siguió preguntando:

—¿Cuál es su nombre? Dilo, dilo... No le defiendas callando. ¿Es más bajo que tú...? ¿Más alto...? Habla..., habla, Isabel... ¿Cómo fué? ¿Dónde?

Me empujaba hacia el muro, reconstituyendo, quizá, en la pesadilla de su discurso, los innobles detalles de una violación repugnante. Seguidamente, sin transiciones, me abrazó convulso, perdonándome, bañando en lágrimas mi rostro; yo también lloré, besándole; concluímos durmiendo juntos, y fué aquélla una de las noches más voluptuosas y románticas de mi vida.

Al otra día, á las siete y cuarenta de la noche, acompañé á mi amante á la estación del Mediodía, donde el correo de Extremadura ya estaba formado. La falta de dinero nos había hecho modificar el primitivo plan: era inútil y peligroso que yo acompañara

á Pedro hasta Montijo, donde tal vez su familia saliera á recibirle. Debíamos, pues, ser cautos, demostrando á cuantas personas se interesaban en separarnos que nuestras relaciones, efectivamente, habían concluído: haciéndolo así, pasadas las vacaciones veraniegas, volveríamos probablemente á reunirnos. A pesar de lo mucho que he viajado después, aun no puedo recordar sin emoción aquella despedida. Pedro me entregó un billete de cincuenta pesetas; no tenía más.

—Toma—dijo—, y sé buena, Isabel...; Isabel..., Isabel mía..., quiéreme...

Repitió mi nombre muchísimas veces; apenas si podía hablar; mi pobre cuerpo, enflaquecido por el ayuno, también temblaba bajo sus andrajos.

—Adiós, Isabel.

—Adios, Periquillo, adiós...; te quiero mucho.

Contamos los meses que duraría nuestra separación: eran cinco ó seis; Pedro prometió escribirme dos veces por semana; las cartas endulzan la ausencia. ¡Cómo revivo ahora aquellos incidentes! Un empleado se acercaba cerrando las portezuelas de los vagones, avisando á los viajeros que el tren iba á partir: la locomotora silbó, y al grito sibilante del vapor contestó una campana. Era preciso separarnos.

—Adiós, alma.

—Adiós.

—Sí, adiós...; hasta muy pronto.

Nos besamos en los labios largamente; las manos de Pedro se crispaban sobre mi cintura; sobre su

cuello se crispaban las mías: no podíamos desunirnos; dijérase que una atracción puramente física, como la que dirige y mantiene la arquitectura de los astros, nos impulsaba al uno contra el otro. Nos separamos, y bajo los vagones las ruedas rodaron lentamente. Aun recuerdo la mirada que un individuo alto, con largas patillas rojas, uno de esos ingleses excéntricos acostumbrados á despedirse de todas las cosas, lanzó sobre mí...

A la mañana siguiente salí á la calle temprano para comprar algunos objetos indispensables; después volví á casa, donde estuve sola el resto de la tarde, ideando nuevos planes de vida. Al anochecer llamaron á la puerta de mi guardilla; abrí: era un telegrama: por mis venas corrió el frío de la muerte. El telegrama decía sencillamente:

"Ven."

El papel azul donde fué escrito quedó arrugado sobre mi mesita de costura, bajo el círculo luminoso del quinqué, junto á un viejo portamonedas vacío, cuya boca entreabierta parecía una mueca, triste como el bostezo del hambre: sobre las paredes enyesadas, los pucheros y algunas sillas que Gregoria me había prestado proyectaban sombras oblicuas: permanecí sentada, el rostro entre las manos, la frente cavilosa, los ojos clavados en un rincón oscuro...

Pedro me llamaba. ¿Por qué...? Estos telegramas imperativos, que ordenan sin explicar las razones de su mandato, tienen algo del pavoroso misterio de las muertes repentinas.

Aquel parte fué fechado en Montijo.

Desde luego, supuse que Pedro estaba agonizante: le vi echado sobre un jergón, el pensamiento puesto en mí y los ojos en las vigas de algún sombrío desván, esperando á que yo fuese á cerrarle los párpados. La concisión del telegrama descubría una soledad absoluta y un peligro inminente: "Ven..." Era necesario obedecer la orden marchando inmediatamente al tropiezo de la muerte en el primer tren. Pero, ¿dónde hallar las cincuenta ó sesenta pesetas indispensables para el viaje...? Además convenía también llevar á prevención otros diez ó doce duros, por lo que pudiese ocurrir. Miré en torno mío: el jergón, único mueble de algún valor, estaba roto; los baúles sin ropa; mis estuches sin joyas; el portamonedas vacío... Un momento pensé en don Cayetano; pero en seguida cambié de opinión: yo deseaba ver á Pedro, y don Cayetano me lo hubiese impedido: además, pues Pedro sólo en mí había pensado, yo debía bastarme á socorrerle. Dudé; mis dedos crispados mesaron mis cabellos; por mi rostro debió pasar la máscara feroz de la tragedia.

Un gato, acurrucado sobre un ángulo del fogón, presenciaba la escena con sus ojos fosforescentes y redondos... El telegrama seguía llamándome desde la mesa con su palabra enigmática: "Ven." No era posible dudar; iría á todo trance, á cualquier precio..., y pronto; ¡todo menos llegar cuando Pedro hubiese muerto! Me estremecí: por mi espíritu había cruzado un pensamiento negro, borroso, multiforme,

como un reguero de tinta; aquella idea huyó y tornó varias veces, y siempre más definida y terminante. Mi juventud, aunque mal vestida, atraía, y la belleza de las mujeres suele pagarse bien. Por mí no me hubiese vendido jamás; por Pedro, sí; la muerte, pues, venía á darme la solución de todo.

Según transcurrían las horas lentas de aquella noche horrible, un caótico amasijo de entortijados razonamientos fué anublando mi ánimo. ¿Cómo volver al pecado? Pedro Francos me había recogido del arroyo, y con su cariño me dignificó y encumbró, dándome un pequeño hogar, casi una posición, y yo, adorándole, le ayudé en su empresa de regeneración, complaciéndome en serle fiel. Pero aquello pasó: bruscamente la miseria y la muerte tergiversaban el curso de las cosas: había llegado el momento de romper el ensueño santo; la realidad triunfaba; el telegrama yacía arrugado sobre la mesa, bajo el círculo luminoso del quinqué, sugestionándome con su imperativo enigmático. Si Pedro Francos moría, ¿para qué la virtud? Y si curaba, ¿no me sería fácil ocultarle mi nuevo desliz eternamente? Prodújose un largo silencio en mi cerebro; mi virtud resistía inútilmente, porque el telegrama continuaba llamándome con fuerza irresistible: "Ven..., ven..., ven..." Necesitaba dinero, dinero que podría ganar, sí, con horrible quebranto de mi alma, rápidamente y sin esfuerzo físico.

La hora negra había llegado: me levanté bruscamente, puse sobre mi cabeza un pañuelo de seda,

requerí el mantón, y ágilmente, como en otros tiempos, acudí á la puerta. El quinqué quedaba encendido; el gato permaneció inmóvil sobre un ángulo del fogón, contemplando el cuarto vacío con sus ojos inmóviles...

Y llega aquí uno de los episodios más raros y conmovedores de mi vida. Madrid ofrecía el aspecto de un mercado inmenso de carnes palpitantes; á lo largo de las calles, humedecidas por la niebla, bajo el resplandor rojizo de los faroles, siluetas femeninas vagaban silenciosas, tristemente, como perdidas en el misterio de la noche y de los muros. Era muy tarde: la gente había salido de los teatros; las tabernas y cafés estaban cerrados; algunos trasnochadores se detenían á hablar con las busconas que les cerraban el paso, ofreciéndoseles, y luego se marchaban solos ó con ellas, pero sin ruido, cual si el cansancio y el frío mermasen fuerzas á su contento. Aquello, para los hombres, era una obsesión lasciva que se prolongaba de unas calles en otras, convidándoles con el mismo placer.

Yo paseé como las *otras,* esperando...

Desfiló un transeunte, después otro, luego dos más..., que me miraron atentamente, sorprendiendo, tal vez, bajo mi mantón raído, un perfil de mujer elegante. Yo, avergonzada de verme tan baja, volvía la cabeza á otro lado. Tenía conciencia de mi mala acción, acción que, sin duda, la santidad del fin no disculpaba. Pedro, mi redentor, hubiera preferido, indudablemente, morir sin verme, á verme á precio

tan alto, y aunque era cierto que aquello él no lo averiguaría nunca, ¿acaso yo misma no lo sabía...? Y ante los hombres que desfilaban, mi carne sentía frío y miedo: el miedo nervioso de los adolescentes que corren su primera aventura. Dieron las dos de la madrugada; las tres... Era indispensable decidirse pronto.

En tal momento pasó un caballero con botas de charol, gabán de pieles y sombrero de copa; no tendría cincuenta años; su barba canosa y sus ojos empañados por la satisfacción cotidiana de todos los placeres daban á su rostro singular expresión de bondad. Como animada por un presentimiento súbito, le miré atentamente con mis ojos locuaces que saben penetrar tan hondo: el elegante desconocido se detuvo: bajo su bigote, los labios amables sonreían; yo me acerqué á él, hablamos un momento, y le cogí del brazo. Un coche pasaba...

—¿Subimos?—preguntó el caballero.

—Como usted guste.

Ya en el vehículo, me refugié en un ángulo, huyendo medrosa el contacto del hombre: mi acompañante, sin advertir la virtuosa circunspección de mi actitud, hablaba ligeramente, con volubilidad de buen tono. Yo escuchaba como en sueños, pareciéndome que aquella voz venía de muy lejos: mi imaginación, corriendo más que el tiempo, componía las escenas de sucia pasión que iban á ocurrir, y dolor infinito oprimía mi alma: en un instante la honrada labor de tantos meses iba á quedar rota, con golpe irreparable. ¡Oh, si Pedro supiese...!

El coche se detuvo; el caballero abrió la portezuela, y echó pie á tierra; yo, al bajar, me apoyé ligeramente en la mano que mi acompañante me ofrecía. Penetramos en un portal y subimos á un cuarto entresuelo alumbrado con luz eléctrica: la puerta, que tenía cerradura inglesa, cedió fácilmente: nadie salió á recibirnos. Él dijo:

—Este es un precioso nido que conservo desde mis alegres años de soltero, y del cual no pienso deshacerme mientras me dure el buen humor.

No respondí, y haciendo con la cabeza un signo tímido de asentimiento, seguí á mi compañero. Atravesamos el recibimiento, llegando á un gabinete japonés: en el espacio, suspendidos del techo por hilos sutiles, había varios pájaros de entretrópicos, mostrando su rico plumaje y sus enjutas pechugas disecadas. De pronto el caballero, extrañando mi silencio, se volvió á mí.

—¿Estás triste?—preguntó.

—No, señor.

—¿Cómo no hablas?

Me encogí de hombros, sonrojándome.

—¿En qué piensas?

—¡No sé...! En todo ésto, que es muy bonito.

—¿Eres de Madrid?

—Andaluza.

—¿Sevillana, tal vez?

—Sí, señor.

—¡Oh...! Aquélla es una tierra preciosa, donde he pasado ratos muy dulces...

Sonreía, evocando añejos recuerdos, con la subida satisfacción del hombre rico que pudo complacer todos sus gustos. Yo, entretanto, me llevaba un pañuelo á los labios para toser, procurando ahogar mi pena creciente. ¡Si Pedro llegase á saber que yo estaba allí...! Aquel remordimiento quemaba como un tósigo. Me había dejado caer sobre un diván con el abandono de los moribundos; el caballero desconocido se había quitado el frac, y, sin dejar de hablar, cogió un pulverizador y empezó á perfumarse delante del espejo. Se acercó á mí.

—¿Qué tienes?

—Nada.

Hacía esfuerzos terribles sobre mí para aparecer contenta; él me observaba curioso; indudablemente, no recordaba haber visto pasar por aquel gabinete otra mujer más sosona ni más triste que yo.

—Yo—dijo—te he visto no sé dónde.

—Tal vez... sí, señor; tal vez...., es muy posible...

No sabía qué responder; él fué á sentarse al borde del lecho, cerca de mí, acariciándome con los ojos.

—Vamos—dijo—, ¿no te desnudas?

Entonces, sin poder contenerme, rompí á llorar, pero á cántaros, como se llora por los muertos; él, vivamente emocionado, quiso saber el secreto de tan duro quebranto; yo, bebiéndome las lágrimas, lo referí todo. Saqué del seno el telegrama de Pedro Francos; yo era buena, estaba arrepentida de mi

ayer; aquello lo hacía por miseria, por no morir sin despedirme del único hombre á quien había amado...

—Necesitaba cincuenta pesetas—agregué—, y á buscarlas salí. Los hombres me asustaban...; pero, ¿qué remedio...? Usted sabrá perdonar la indiscreción que he cometido de echarme á llorar.

El caballero, sin responder, me devolvió el telegrama; luego sacó de la mesilla de noche una cartera, y de ésta un billete de cien pesetas.

—Tome usted—dijo, bajando los ojos, avergonzándose de su generosidad.

Estaba intensamente pálido; me trataba de usted; su voz y sus manos temblaban.

—Gracias—murmuré—, muchas gracias...

Cogí el billete y lo guardé en mi faltriquera; después, ya más repuesta, me levanté, acercándome al caballero desconocido, ofreciéndome...

Me detuvo suavemente.

—No, hija mía. Usted nada me debe.

Mis ojos volvieron á llenarse de lágrimas.

—¿Quiere usted—exclamé—hacerme un nuevo favor?

—¿Cuál?

—Decirme su nombre.

—¿Para qué?

—Para rezar por usted..., para bendecirle siempre... Mi gratitud hacia usted es inmensa...

—¡Bah, no hablemos de ello! Yo soy un hombre, uno cualquiera, uno del montón...

Él mismo me ayudó á ponerme el mantón, acompañándome después hasta el zaguán. Allí, muy conmovido, sin besarme, me dió la mano.

—Puesto que es usted buena—dijo—, no pierda la esperanza de ser feliz. Adiós.

Cuando veinticuatro horas después llegué á Montijo, un empleado de la estación me dió la dirección de la posada ó parador donde un muchacho, cuyas señas personales coincidían con las de Pedro Francos, se hospedaba. Allí, en efecto, estaba Pedro: le vi acostado, presa de gran debilidad y aquejado de fiebre; mi corazón se ensanchó gozoso; realmente no creía hallarle tan bien. Al penetrar en su cuarto le hallé sentado sobre la cama, tendiéndome los brazos; me había reconocido por la voz. Mientras nos besábamos, nuestras lágrimas corrieron juntas; luego de cerrar la puerta, y vestida como estaba, me acosté á su lado.

—Anoche—dijo Pedro—, cuando te telegrafié, me sentía muy enfermo; me asusté..., pensé morir. Esta mañana también telegrafié á mi padre, y estoy aguardándole de un momento á otro.

Esta noticia vino á nublar, en parte, mi júbilo.

—Por tanto—agregó Pedro—, debes de alquilar otra habitación; como mi padre no te conoce, nada sospechará de ti, y á mí no han de faltarme pretextos para pedirle los quince ó veinte duros que necesitas para regresar á Madrid.

Yo enseñé mi portamonedas, dando á comprender que no necesitaba aquel auxilio.

—No importa—repuso Pedro—; guarda eso; cuanto más dinero tengas, más tiempo durará tu virtud.

A media tarde llegó á la posada el padre de Perico; era muy jarifo y moreno, y se parecía mucho á su hijo. Al verle, y á pesar de mis penas, tuve alegría y grandes deseos de abrazarle; pero supe contenerme y disimular mi personalidad muy bien. "Cuando Periquillo tenga cincuenta años—pensé—será así." El día transcurrió sin incidentes. Al anochecer la criada del mesón vino á decirme que el señorito Pedro me esperaba. Acudí inmediatamente, segura de encontrarle solo. Al verme se incorporó en el lecho, sacando de debajo de la almohada trescientas pesetas en billetes.

—Toma—dijo.

—Pero...

—Toma y..., adiós..., adiós..., ya te escribiré.

Hablaba bajando mucho la voz, y esto me hizo sospechar que podían oirnos. Luego añadió:

—Son las ocho y veinte; á las nueve menos minutos pasa por aquí el tren que va á Madrid. Aún puedes alcanzarle...

Mientras hablaba, un gesto elocuente de su mano derecha señaló la puerta de una habitación contigua: allí estaba su padre, y aquellos billetes el anciano se los había dado para mí, como recompensa á las abnegaciones de mi cariño. Apenas tuvimos Pedro y yo tiempo de despedirnos en un abrazo rapidísimo, y aquella separación brusca nos ahorró el enojo de muchas lágrimas.

De vuelta á Madrid resolví defenderme contra la prostitución lo más posible, para no ser indigna del sitial donde el amor me había colocado. Los dos primeros meses, Pedro me escribió bastantes cartas: en ellas recordaba nuestros amores y describía su vida actual; su padre le agasajaba mucho y quería casarle con una linda y rica moza; mas ya podía yo vivir tranquila, pues él por nadie me dejaba. El tercer mes aquellas cartas consoladoras empezaron á escasear; Pedro escribía menos; después, menos aún..., ¡siempre menos...! Era su voz como la del náufrago que va hundiéndose poco á poco bajo las olas que le cubren.

Entonces, aleccionada por aquel ejemplo, cambié repentinamente de rumbo, imponiéndome un camino nuevo, con ese vigor de voluntad que me ha sacado triunfante de las situaciones peores. Era forzoso renunciar al pasado y ser rica, aun cuando para ello necesitase rodar los últimos peldaños del encanallamiento. Con este pensamiento, y gracias á la excelente amistad de Carmen Arellano que me facilitó algunos recursos, fuí cierta mañana á una tienda de modas de la calle de Fuencarral, donde encargué y dejé pagado un elegante vestido; desde allí á una tienda de sombreros, y luego á casa de Severina, quien, como siempre, celebró mi regreso abrazándome contra su interesado corazón. Por mi guardillita de la calle del Espíritu Santo no volví, ni creo haber tornado á pasar ante aquella casa que tantos recuerdos, buenos y malos, tiene para mí.

El vicio de cuantas personas frecuentaban la mancebía de Severina Aguilas, las conversaciones obscenas, repetidas siempre, y los feos recuerdos de mi pasado, no tardaron en mancharme nuevamente, apoderándose de mi ánimo, empujando muy lejos las honradas impresiones de los últimos tiempos; la novela de aquellos amores juveniles me parecía cosa lejana y borrosa, y hablaba de Pedro Francos tranquilamente, como de algo muerto, con dolor apagado y recóndito. Por mí, y por lo que en otras compañeras de desgracia he visto, comprendo que las mujeres públicas, sea cual fuere su posición y rango, concluyen siendo autómatas, sin pasiones ni deseos; el vicio las insensibiliza, su carne duerme, sus sentidos también, en su cerebro impera una actividad anormal, estéril, como la producida por los abusos del alcohol; ríen porque deben reir, porque su oficio las exige locuacidad y alegría inagotables; deben reir con éste y con el otro... Y siempre igual, aunque su ruidoso contento las desgarre el estómago, pues nada disgusta y aburre tanto á los hombres como una cortesana triste; su cuerpo estará propicio á bailar y á desnudarse, sin temor al cansancio y al frío; debe también aceptarlo todo, y así tendrá derecho á exigirlo todo; sus labios, si pueden negar un beso, no rechazarán jamás una copa de vino; la vida de las heteras es suicidio, despilfarro, anhelo destructor insaciable; la cortesana que no pide, está muerta. Yo me lancé á esta existencia vertiginosa, mi cuerpo de acero resistió todos los excesos, la orgía fué mi des-

canso, del vino y de la ajena alegría sacaba mi voluntad esfuerzo inagotable; en pocos meses pasó por mis manos, cariñosas y pedigüeñas, un río de plata.

De todos los hombres que entonces conocí sólo puedo citar á Antonio Regenta, de quien estuve enamorada algunas semanas. La razón de aquel amor la ignoro. Antonio era tahur, y quizá esto influyese en mí, pues he oído decir á muchas mujeres expertas que los jugadores de profesión tienen en su trato íntimo cualidades que no poseen los demás hombres.

Antonio Regenta era de regular estatura, blanco de rostro y muy robusto; llevaba los negros cabellos peinados artísticamente; la frente y los ojos eran grandes, las miradas de sus pupilas, algo echadas hacia arriba como las del Cid, miraban con expresión triste, cual heridas por la melancolía de las fortunas que pasaron ante ellas; sobre un bigotito semirubio de adolescente, la nariz avanzaba, retorciéndose, y aquella nariz wagneriana, cuya punta descendía hacia abajo derechamente, parecía un signo afirmativo, testimonio plástico, indudable, de firmeza moral; sus actitudes tenían cierto matonismo y desembarazo que enmendaban la atildada y señoril pulcritud del traje.

Antonio era generoso, y si jugando por cuenta propia ganaba, me metía por los ojos los billetes de Banco. Nadie como él para gastar dinero; en esto, si no aventajaba, tampoco cedía á Diego Ferrer; una noche de jarana pagó, en cierto colmado de la calle

de la Visitación, quinientas pesetas de vino. Con Regenta reñí por calumnias y malas artes de mi amiga Clarita Tello, quien, según creo, estaba enamorada de él. De Clara me vengué recortando su cabeza de un retrato que ella me había dedicado, y pegándola cuidadosamente sobre una fotografía obscena, para que un fotógrafo amigo mío sacase copia fiel y correcta, del todo; después envié este retrato á Julián Sota, vizconde de Rúa, quien, justamente indignado, me vengó de Clarita Tello riñendo con ella.

Transcurrieron varios meses. Una noche, hallándome con Carmen Arellano en un palco de la Zarzuela, me presentaron á don Pablo Ardémiz, uno de los hombres que, por su larga experiencia y bondad, han dejado en mi memoria mejor y más duradera impresión.

Don Pablo llegaba entonces á los cuarenta años, si bien representaba algunos más; era un verdadero elegante, grueso y alto, cuyos cabellos blancos parecían conservar el polvo de todos los bailes donde estuvo; su talle, á pesar de la obesidad que afea el talle de los galanes antiguos, conservaba el desembarazo y la flexibilidad de movimientos que sólo enseña la vida de los grandes salones; tenía su voz, aunque defendiera ó afirmase algo rotundamente, una dulzura insinuante como concesión perenne hecha á su interlocutor; sus ojos grandes y claros, un poco saltones, acariciaban siempre; no puedo recordar á don Pablo sin recordar sus ojos; no conozco

otros tan cariñosos y penetrantes; al despedirnos de Ardémiz, llevamos la impresión de que su última mirada es, para nosotras, su última bondad; su bigote canoso se retorcía ufano sobre las pálidas mejillas; su media calva era triste y elocuente, como una página del libro de la vida. Don Pablo, que conocía y trataba de cerca á mucha gente, no permitía que nadie violase su intimidad; no tenía amigos predilectos, sus medios de vida eran oscuros, entre las cortesanas de alto rango disfrutaba de reales y muy valederas simpatías, aunque todas estábamos ciertas de que no tenía relaciones con ninguna de nosotras. Después he creído descubrir la naturaleza de aquel sentimiento, algo frío, sin duda; cuando el hombre se desencanta del amor y de la amistad, recurre otra vez á la mujer, si bien castamente: la amistad de las mujeres es la única fe de los desengañados.

El cariño, casi paternal, de don Pablo Ardémiz, me fué utilísimo; él me relacionó con muchos hombres adinerados y elegantes, y con buen número de pintores, escultores y periodistas.

—Está usted derrochando su juventud neciamente—me decía Ardémiz—; usted, siguiendo mis consejos, puede ir muy lejos; su juventud, su buena ilustración y la alegre actividad de su espíritu, son tesoros que merecen conquistar una gran fortuna.

Por consejo de don Pablo aprendí á bailar, con lo cual pude cambiar mi título de cortesana por el de bailarina; poco después la amistad de un empresario me permitió *debutar* en un teatrillo de cuarto or-

den; varios periódicos hablaron de mí y, al leer mi nombre en letras de molde, disfruté un mareo jubiloso y fortísimo, análogo al que deben de experimentar los escritores noveles viendo en los escaparates de las librerías su primera obra; sentíame regenerada y como trocada en otra mujer; el escultor Benjamín Llao y el pintor Sandonis me reprodujeron en dos obras artísticas que, por aquella época, obtuvieron alguna notoriedad; á propósito de esto, una revista ilustrada publicó mi retrato; parecíame que en la calle todos volvían la cabeza, admirándome; desde entonces el baile fué para mí un pretexto de lucimiento, medro y exhibición: un medio nuevo de conquista. La noche de mi beneficio, la generosidad de mis admiradores me regaló en billetes, joyas y flores más de dos mil pesetas; el excelente don Pablo, que nada podía regalarme, se contentaba aplaudiéndome desde un palco; la emoción humedecía sus ojos paternales, mi triunfo era suyo. Yo estaba satisfechísima; jamás pude soñar éxito pecuniario semejante, ni profesión que mejor se aviniese á mi temperamento desordenado y vagabundo.

Gavarní lo dijo:

"¿No sirves para nada? Hazte artista."

## III

*14 diciembre.*

Con los amores de Pedro Francos terminó lo que yo llamo preámbulo ó proemio de mi historia.

Hace un momento, queriendo poner nexo lógico entre varias ideas mal halladas, repasé atentamente lo escrito, poniendo guiones entre lo roto ó deshilvanado, borrando suturas y estableciendo en todo acordada proporción y armonía.

Repasando un montón de viejas cartas, hallo una firmada por cierto Eugenio Villat, de quien no recuerdo, que empieza así:

"Perdona mi insistencia, pero estos renglones y requiebros no pueden disgustarte, como no disgustan las orquestas ambulantes que en las horas crepusculares pasan bajo nuestros balcones llamando al ensueño. Eso, Isabel, son mis cartas, con sus jura-

mentos y sus promesas: música dulce, muy dulce y muy triste, que pasa..."

Como las cartas de aquel adorador olvidado, es la vida; todo en ésta, examinado á cierta distancia, es gris y borroso; que los recuerdos forman densa nube ó tupida niebla, semejante al polvo que flota sobre los campos de batalla, y el polvo todo lo deslustra, entolda y oscurece. No extraño, pues, que en mis *Memorias* las figuras y las escenas estén abocetadas; la historia de cada individuo es un manojo ó sucesión de bocetos; bocetos inseguros de cuadros y de tipos; todo allí aparece atraillado, cuando no enmarañado y confuso; á veces lo máximo engendra lo ridículamente pequeño; á ratos, también, los menores detalles traen al espíritu la imagen de acontecimientos terribles; hay días que compendian una época, amores que apenas dejaron la huella de un nombre, semblantes de los que sólo recuerdo una sonrisa ó un bigote blanco... La fosa común, donde todos los desheredados duermen juntos, es imagen fiel de la vida. La Humanidad es agua corriente, acaso sus hondas puedan detenerse breves momentos en los remansos, pero luego siguen su curso fatal, derivando irremisiblemente hacia el callado mar negro del eterno reposo; en este ir continuo, los humanos nacen, crecen, se aproximan, se divorcian, quieren, odian, y siguen adelante, separados ya para siempre, unas veces por la muerte, otras por la distancia.

Corroborando lo que acerca de esto la experiencia me enseñó, sé por autorizados conductos que las

cortesanas suelen dejar imperecedera impresión en los marinos y en los niños; y lo comprendo, pues la soledad de los unos, y la impericia y virginidad moral de los otros, aseguran la persistencia de la imagen; pero en nosotras, pobres hojas caídas, lanzadas á todos los vientos del desenfreno y del capricho, ¿qué podrá resistir el flujo devastador de una existencia devorada demasiado aprisa? Por esto, aunque leí bastante y conozco los rumbos de la novela moderna, prescindo de todo ropaje literario y consigno mis recuerdos llanamente, evitando las descripciones difusas y los buceos psicológicos excesivamente detenidos y minuciosos en que, por olvidados, no sabría entretenerme; con lo cual imagino dar la impresión gris, un poco fatigosa, que en mí misma va dejando la vida.

Catorce ó quince años ha que ruedo por el mundo, miro hacia atrás y casi me atrevería á compendiar lo hecho en un millar de renglones. ¿Qué resta de todo aquello? Nada... ó casi nada: tres ó cuatro escenas y media docena de nombres; en la frase: "Fué una noche feliz", van condensadas las risas, los donaires, las ilusiones, los excesos, el vértigo loco de una orgía que acaso me hirió el corazón. Decir: "Lloré mucho", basta á epilogar un enredo amoroso de varios años; en una página, ¡oh pequeñez humana!, caben las incontables ingratitudes, ambiciones, grandezas, desesperanzas y desplomes de toda una vida. ¿Y cómo no, cuando la Historia Universal, la que refiere la historia de todos los pueblos, de todas las

civilizaciones, de todos los cultos, cabe en los diez tomos que escribió Cantú...? Allá, pues, van mis recuerdos, sin literarios exornos ni calculados atavíos retóricos, completamente desnudos y mondos, como esqueletos; esqueletos secos, sin la carnaza ampulosa de la actualidad palpitante: artistas, banqueros, busconas, alcahuetas, aventureros, hombres sesudos, unos cavilosos, otros irreflexivos..., todos pasaron, borrándose en la distancia; la clamorosa balumba de sus gritos expiró bajo el silencio; sus esperanzas dieron en la muerte; sus juramentos agonizaron en la suprema negación; cerráronse sus ojos á la luz, todo cesó; noche impenetrable oculta á los que duermen.

Examinándome atentamente reconozco que mi carácter cambió mucho; antes era una bestezuela irritable y altiva; hogaño por nada me exaspero ni apasiono desmedidamente; y es que en nosotras, las *muñecas*, como nos llama el benévolo Ibsen, la costumbre de fingir y los golpes reiterados de la ingratitud ó del desprecio anulan todo impulso voluntario; somos esclavas del momento; para nuestras pobres cabecitas histéricas, siempre el último consejo es el mejor. Las mujeres recogidas y honestas hacen mal envidiándonos; sin duda es aburrido tener hijos y hacienda y esposo que cuidar; pero más triste es vivir sola, defendiendo sin treguas la posición conquistada, ambicionando otras mejores, luchando contra todos, vendidas siempre á la felonía ó al egoísmo de los demás. Nuestra vida es como el agua sucia y perfumada de nuestros tocadores: todo en ella es

malo; todo, no obstante, huele bien. Es cierto que vivimos del vicio y para el vicio, mas no por afición ó capricho, como muchos suponen, sino porque á ello nos arrastra la fatal necesidad. Buena prueba de ello es la aversión que los hombres nos inspiran. El hombre es un animal fatuo, endiosado, huero de entendimiento, vacío de corazón, que cree merecérselo todo; si la mujer á quien corteja no cede, es una imbécil que no supo comprenderle; si cae, una liviana cuya historia de ilusiones y de lágrimas va rodando después de tertulia en tertulia. ¡Y poco importa que la heroína del lance sea una hetera ó una virtud! Los hombres cuentan todo: cómo fué, sus palabras, sus juramentos, sus actitudes, el color de sus ropas interiores...; y el que no añade un chiste, dice un insulto. ¡Ah! Las mujeres honestas no debían olvidar que los besos que sus amantes ó sus novios las roban en la sombra y con el mayor misterio, á la noche siguiente repercuten en todas partes...

En el paquete de viejos y queridos papeles de que antes hablé, hay también varias cartas de Pedro Francos, que ya empiezan á amarillear por los bordes; otras de mi madre, escritas con inseguros y gruesos caracteres rústicos, y muchas de mi excelente amiguita Gabriela Izquierdo, con quien una feliz casualidad me permitió establecer una correspondencia que dura todavía. En casa de Carmen Arellano conocí una moza trianera que regresaba con su marido á Sevilla; la presencia de aquella coterránea me sugirió antiguas y muy amadas añoran-

zas: como teníamos aproximadamente la misma edad y ella habitó casi siempre los barrios que yo frecuentaba, nuestras impresiones eran análogas: habíamos estudiado en el mismo colegio, ella recordaba, aunque vagamente, haber oído hablar de mí y conocía mucho á Gabriela Izquierdo; me dió las señas de su casa; Gabriela había heredado de un tío suyo y frecuentaba la buena sociedad sevillana; su novio era rico; probablemente se casarían pronto...

Aquella misma noche, segura de no recibir el desaire de un silencio desdeñoso, escribí á Gabriela una larga y cariñosa carta, recordando nuestra amistad y pidiéndola detalles minuciosos acerca de su vida actual. Como esperaba, Gabriela contestó en seguida, satisfaciendo mis curiosidades y preguntándome si yo era aquella Isabel Ortego de quien los periódicos hablaban de cuando en cuando. Antes de responder afirmativamente dudé, temiendo decir algo que lastimase el candor de mi amiguita condiscípula: pero como su carta descubría un espíritu culto, elevado y tolerante, preferí decir verdad, si bien ocultando ó disimulando hábilmente ciertos pormenores: yo, en efecto, era bailarina; la fatalidad me impidió legitimar mi pasión por el hombre que me robó de Sevilla; pero vivía con él tranquila y feliz, y todos nos creían casados. Hablando así describía el tipo y carácter de Antonio Regenta, mi último amante, á quien achacaba cuanto con otros hombres me había sucedido. Desde entonces cruzáronse entre Gabriela Izquierdo y yo numerosas cartas, en las cuales cam-

biábamos impresiones, preguntas y consejos, interrogándome ella respecto á cómo debía componérselas para cautivar y rendir á su novio completamente, y respondiendo yo aquello que mi experiencia estimaba mejor. Gabriela no estaba enamorada, y la falta de un ideal poderoso infringía á su voluntad vaivenes extraños: á ratos quería casarse para aislarse, poniendo entre ella y el mundo el fantasma respetable de un marido; á ratos soñaba con las zozobras, las agitadas pasiones y los combates de un más allá...; creo que con sus cartas y las mías podría formarse un volumen de psicología amorosa muy notable, pues yo también razonaba obedeciendo á mis impresiones del momento.

Una de mis últimas cartas, escrita, seguramente, en una crisis de voluptuosa laxitud, decía así:

"Me preguntas con aplomo candoroso que mueve á risa:

"¿Cómo he de componérmelas para conocer á los hombres?

"Y, más adelante:

"¿Debo casarme...?

"Y á estas dos preguntas, cuya solución ha encanecido la frente de los filósofos más célebres, pretendes que yo, inexperta catecúmena de la jamás comprendida religión de la vida, responda en algunos renglones...

"Yo no sé conocer á los hombres, ni puedo darte, acerca de tan difícil estudio, ningún consejo. El único hombre que he estudiado es Antonio: á éste

le observo día por día, hora tras hora, y en esa dulce intimidad del hogar donde los polichinelas humanos deponen sus ridículas actitudes de seres circunspectos y vuelcan sus recuerdos. Nadie, por tanto, en mejores condiciones que yo para conocerle; y, sin embargo, á cada momento descubro en él gestos y palabras que no son suyos, ó de los cuales yo, por lo menos, no me había apercibido.

"Y si esto sucede en esta vida serena, en que el matrimonio despoja á los cónyuges de todo fingimiento y superchería, ¿cuánto más no habrá de sucederte á ti, colocada como te hallas en sociedad, frecuentando salones y viéndote cercada por un cortejo de aduladores que procurarán mostrarse á tus ojos enguirnaldados con todas las seducciones y excelencias...? Entre ellos habrá algunos, muy pocos, que te ofrezcan su mano de buena fe; pero otros habrá que lleguen á ti luego de informarse de tu dote...

"Nada, por ende, debo aconsejarte acerca de las condiciones morales de tu esposo: es empresa en la que nadie puede ayudarte y que depende exclusivamente de ti: tú, observa, compara, aguza la imaginación, no te contentes de apariencias vanas y asotila el entendimiento de modo que descubras la íntima entraña de los caracteres; y plegue al Destino otorgarte un compañero como el mío; que si no es de los excelentes, tampoco merece figurar en el catálogo interminable de los peores.

"Ahora caigo en que estas disquisiciones resultan

poco menos que estériles, pues á la segunda de tus preguntas, mi franqueza y buena amistad no pueden responder de modo categórico y definitivo. Yo bien sé que la mujer nació para cuidar de su hogar, su marido y sus hijos; que el matrimonio es uno de los grandes cimientos ó puntos de apoyo del orden social, y que los pueblos donde el amancebamiento y la poligamia imperan, yacen envilecidos en la charca de todas las voluptuosidades. Esto es lo que estimo bueno y justo, y creo que las sociedades futuras no pueden buscar á su felicidad cimiento más firme.

"Pero tú, querida Gabriela, ¿por qué has de inmolarte á la sociedad? Ella necesita de mujeres que se casen y formen hogares y amamanten á chiquillos, y estas vírgenes que sacrifican su juventud lozana y su libertad en aras del matrimonio, son las víctimas que la costumbre lleva al altar vestidas de blanco y cubiertas de flores, para mantener un concierto social.

"¿Por qué habías de ser tú una de tantas? ¿Por qué sufrir en provecho de la colmena humana si nadie ha de agradecer la inmensidad de tu sufrimiento? ¿A qué aceptar los enojosos quehaceres materiales y vivir sometida, como la mayor parte de las mujeres, á la odiosa tiranía masculina...?

"La ética que aplico á la colectividad no debo hacerla extensiva á ti; te quiero demasiado. Tú representas en el Mundo lo que una diminuta piedrecilla en un vasto arenal, lo que un bólido en el con-

cierto eterno de los astros. ¿Qué puede significar, por tanto, tu vida ó tu muerte, tu matrimonio ó tu soltería en la máquina social...? Nada; y, pues así es, aprovecha esa misma insignificancia para ser feliz.

"Si guardas este consejo mío habrás de procurarte amores fáciles, ligeros, que no dejen en tu corazón ninguna sombra melancólica. Huye de los hombres apasionados, que, reclamándolo todo para sí, estrujarían con sus impertinencias tus ilusiones y tu hermosura; huye de los celos que conturban y fatigan el ánimo y marchitan los ojos; huye también de las pasiones duraderas que suelen afianzarse al ánimo con hondas y fortísimas raíces.

"Nada tan triste, tan desesperante como esos amores que se cuentan por años; amores plagados de aniversarios, y cuyas víctimas no pueden hablar sin repetir á cada momento el melancólico "¿te acuerdas...?"

"Ningún cariño debe durar más ni menos de un año, y así los amantes habrán podido saborear juntos todos los placeres de las diversas estaciones. Es hermoso amarse en otoño, bajo las alamedas solitarias, sobre el colchón de hojas secas que derribaron las primeras escarchas; como es dulce amarse en invierno, en el fondo de los gabinetes perfumados, junto á la chimenea, sentados sobre un diván entre pieles de marta y oyendo la soporífera cantinela que el granizo redobla sobre los cristales. Como es dulce, también, amarse en primavera y verano, reco-

rriendo los feraces campos bañados por el sol, ó en algún retiro nemoroso abierto entre el boscaje, junto á un hilillo de agua que murmura...

"Todo esto es hermoso y digno de ser vivido. Pero si quieres ser feliz y conservar de tus amoríos grata memoria, borra de ellos los aniversarios. El pasado tiene sobre lo presente el hechizo inexplicable de lo muerto. Huye de las fechas; las fechas son las carcomas seguras de la dicha; el amor que se entretiene mirando hacia atrás está herido de muerte. Procura, Gabriela mía, que tu amador nunca pueda decirte:

"—¿Te acuerdas, el año pasado, tal como hoy...?"

Por Gabriela Izquierdo tuve noticias de mi familia: mi pobre padre había fallecido dos años antes, y mi hermana Milagro continuaba habitando en el pueblo la misma casa donde yo nací. Después de siete años de silencio me resolví á escribirlas, y mi espíritu, endurecido y como resecado hasta entonces por la ambición, las pasiones volanderas y la miseria, pareció rejuvenecerse despertando al soplo frescachón de la niñez; ellas, que no habían escrito por ignorar mi paradero, no bien recibieron mi carta, se apresuraron á contestarme; comprendí que sobre el papel, atravesado por inseguros y torcidos renglones, mi madre y Milagro habían llorado; y yo también lloré, mojando aquel pliego que me traía como un perfume de flores de la infancia. Mi hermana me enviaba su retrato: era una moza de diez y ocho años, con los cabellos peinados sobre la cara

y ojos claros y grandes, un poco admirados; en vano procuré descubrir en ella el aire de familia; no se parecía á mí, y aquello, sin saber por qué, me contristó. Respondí á su carta inmediatamente, enviándoles dinero para que comprasen á perpetuidad la tumba de mi padre, y prometiendo visitarlas no bien solucionase varios negocios que traía pendientes. La contestación apasionada, cariñosísima, que dió mi madre á aquel sencillo rasgo mío de amor filial, me conmovió, y aun no puedo leer sin emoción aquella carta, entre cuyos desiguales y groseros renglones corren flujos de lágrimas.

Ocupaba yo entonces en el Postigo de San Martín un cuartito segundo que me costaba sesenta pesetas mensuales; allí viví medio año sola, sin otra compañía que la de Dolores, una santanderina bizca y feucha, pero afable, simpática y muy inteligente. Por las tardes solían visitarme tres amigas que aun conservo: Carmen Arellano, pelirroja y excéntrica, que no sabía hablar sin un cigarro entre los labios; Consuelo Vera, almita errante que malgastaba su actividad persiguiendo un anhelo sin nombre, y Augusta Cáceres, querida del senador don Hermenegildo Suárez, que más tarde moría en la estación de Irún bajo las ruedas de un tren correo. Por las noches, después del teatro, recibía á mis amigos íntimos.

Guardo de aquella época dos ó tres recuerdos por todo extremo originales, y que referiré á vuela pluma antes de citar el nombre del primer amante que, con sus dispendiosas locuras y trágico fin, dió

á mi vida impulso fuerte y orientación segura.

Augusta me había presentado á cierto prestidigitador francés que aquel invierno trabajaba en la Compañía ecuestre y acrobática del Circo Price. La Prensa le tributaba elogios entusiastas; sus ejercicios, por lo incomprensible y maravilloso de su mecanismo, parecían cosa sobrenatural y de hechicería. Se llamaba monsieur Robert: era un hombre alto, moreno y extraordinariamente delgado, dotado en los movimientos y en la mirada de prodigiosa vivacidad: su rostro tenía la inquietud nerviosa que descubre el espíritu burlón de los grandes prestidigitadores: yo le conocía de verle retratado por las esquinas metido en un sombrero de copa, sobre largos carteles de agudos colorines. Desde luego, monsieur Robert me pareció muy simpático y muy original, con su español chapurreado y su elegante frac rojo.

—Me gusta usted mucho, señorita..., y desearía obtener el honor de figurar entre sus amigos mejores.

—Y yo celebro verle solicitar ese honor que, seguramente, será para mí.

—¿Vive usted sola?

—Sí.

—¿Puede usted recibirme en su casa?

—Sí, señor.

—Perfectamente: entonces, esta misma noche, no bien yo termine mi segundo ejercicio; ¿le parece á usted...?

—Muy bien.

Augusta Cáceres y yo ocupábamos uno de los palcos inmediatos al callejón por donde entran y salen los artistas. Monsieur Robert trabajó maravillosamente, y de cuando en cuando, siempre que el público le aplaudía, miraba hacia donde yo estaba, poniendo sus triunfos á mis pies. Cuando salíamos del teatro, me dijo:

—Estoy á su disposición; lléveme usted adonde quiera, en la certidumbre de que disfrutaremos una buena noche: á mi lado ninguna mujer, aunque sea inglesa, se aburre.

El marcadísimo acento francés de su conversación, sus tartamudeos y el modo de arrastrar las vocales de las últimas sílabas me descalzaban de risa. Llegamos monsieur Robert y yo á mi casa, y allí, tras un ligero piscolabis que Dolores nos sirvió sobre un veladorcito del gabinete, me acosté. Fué aquélla, en verdad, una noche muy rara. Monsieur Robert, á quien dejé arreglándose el bigote ante el espejo de un armario, penetró en la alcoba lentamente, sonriendo, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, imprimiendo á los faldones de su frac negro un vaivén elegante y pausado: sobre la pechera de la camisa lucían tres brillantes.

—Señorita...—dijo—, señorita... ¿Cómo se llama usted?

—Isabel.

—¡Ah... Isabel...! ¡Isabel...! ¡Bonito nombre! Nombre de reinas... Pues bien, señorita Isabel: yo creo que esta habitación es muy húmeda.

—¿Húmeda?

—Sí.

—¡Bah, no lo crea usted...!

Miré á todas partes, indicando con un gesto de mis labios la alfombra, los cortinajes, los cuadros que cubrían de arriba abajo las paredes.

—No importa—repuso monsieur Robert—; esta alcoba es húmeda; si así no fuese, ¿cómo explicaría usted la presencia de ese pequeño anfibio?

—¡Un anfibio! —repetí—; ¿cuál?

—Ese, ahí lo tiene usted...

Me incorporé temblando, intimidada por el presentimiento de algo muy raro. El ilusionista se acercó, señalando con el índice de su mano derecha hacia un punto. Volví la cabeza: en una arruga de la sobrecama, junto al edredón, había una rana, un enorme sapo de color verde oscuro, mirándome con ojos horribles que parecían escapársele del cráneo. Lancé un grito y me agazapé bajo las mantas, tapándome la cabeza: en poco estuvo que me desmayase. Monsieur Robert, sin reirse, cogió el inmundo bicharraco y lo arrojó á la calle por un balcón.

—La culpa de esto—dijo flemático—la tienen las criadas por no querer molestarse en cerrar bien las puertas.

Llena de miedo saqué la cabeza de mi escondite; el ilusionista permanecía en la habitación contigua.

—Monsieur Robert—exclamé—, ¿qué hace usted?

No contestó; aquel silencio era alarmante; repetí mi pregunta. Monsieur Robert callaba; alargué el cue-

llo procurando ver; en el mutismo de la noche, aquel hombre misterioso, gigantesco y seco, metido en su largo frac de nigromante moderno, me recordaba á los personajes de Hoffmann, favoritos del Diablo. Mis nervios, excitados por la visión repugnante del sapo, vibraban dándome la sensación del terror más intenso.

—Si piensa usted divertirse á costa mía—grité—, se equivoca; yo no soy juguete de nadie.

Salté del lecho, según estaba, para ir al gabinete; pero el valor me abandonó y retrocedí, extendiendo los brazos hacia adelante con movimiento instintivo. Los ojos y la boca de monsieur Robert, que indudablemente llevaba consigo algún aparato eléctrico, brillaban como rubíes encendidos; del fondo tenebroso de la habitación surgían la pechera de la camisa y el semblante como dos manchas blanquecinas, bañadas en un débil resplandor sangriento.

—Vaya, monsieur Robert—exclamé—, bromitas á un lado y tengamos la fiesta en paz.

Él me complació, apagando las luces; después volvió al dormitorio, siempre serio y correcto.

—No se enfade usted conmigo—dijo—; perdería usted siempre. El Diablo, señorita, pese á la ciencia, vive y vivirá triunfalmente tanto como dure el mundo. Yo, aunque indigno, merezco todas sus simpatías: soy su primer ayudante...

No supe enfadarme, y me limité á decir:

—Bien; ¿y qué se propone usted con todo esto...? ¡No será divertirme!

—No, señorita.

—¿Entonces?

—Quiero algo más; quiero atraerla, ganarla para mi causa, que es la del mal; enamorarla de mí... ¡No lo dude usted! Con el tiempo nuestras almas se perderán juntas.

—El camino que eligió usted no pudo ser más desdichado.

—Al contrario; lo raro subyuga, y yo soy raro; cuando usted me admire, usted me querrá...

Seguimos hablando; yo había vuelto á ensabanarme; él permanecía de pie ante la mesilla de noche, quieto y enjuto como una momia, con la mirada puesta en el techo y el sobrecejo arrugado por un esfuerzo de atención, como recordando cosas extravagantes. Después habló de su vida en términos despectivos: tenía cuarenta años y estaba cansado de rodar por el mundo, sin tiempo ni ocasión de formar una familia.

—Cualquier día—dijo—sabrá usted por los periódicos que me he suicidado.

Empezó á desnudarse poco á poco y colocando ordenadamente sus ropas sobre una silla; después se quitó la camisa y, bajo la elástica, apareció la raquítica complexión del cuerpo: de la espalda al tórax apenas habría siete pulgadas; el busto de aquel hombre parecía una tabla. Había sacado de un estuche una navaja de afeitar que probaba deslizándola suavemente sobre una uña; el acero brillaba á la luz del quinqué, colocado sobre la mesilla de noche; yo,

azorada por el presentimiento constante de lo nuevo, miraba á mi interlocutor sin poder apartar de él los ojos. Monsieur Robert se había sentado para descalzarse sus elegantes zapatos de charol; después permaneció absorto, mirándose los pies, abismado en sí mismo. De pronto exclamó:

—Antes hablé de suicidarme, ¿no es cierto...? Bien... Y ¿por qué no había de ser esta misma noche?

Alargó un brazo, uno de aquellos brazos diabólicos que parecían capaces de alcanzar á todas partes, y cogió una toalla.

—¡No haga usted más tonterías—exclamé—, ó llamo á mi criada...!

Él repuso, galante y flemático:

—Mi suicidio, lejos de perjudicarla á usted, servirá á su nombre de poderoso reclamo. Por lo demás, no se asuste usted; soy hombre delicado; sabré matarme sin ensuciar la alfombra.

Levantó la mano, dándose con la navaja un tremendo tajo en la garganta; yo pensé que se había cortado el cuello á cercén; un copioso chorro de sangre empapaba la toalla. Fuera de mí salté del lecho y quise correr hacia el balcón pidiendo socorro. Pero monsieur Robert me lo impidió levantándose ágilmente y sujetándome por los hombros.

—No se asuste usted—dijo—; todo fué broma...

Le miré; estaba ileso; únicamente en su camiseta quedaban algunas gotitas de aquella sangre que el maldito ilusionista sacó no sé de dónde. Entonces

monsieur Robert comenzó á besarme apasionadamente, empujándome hacia el lecho, jurando que sus burlas habían concluído. Cedí, aunque muy reacia y sin lograr sobreponerme enteramente al miedo que me poseía de cabeza á pies. Ya acostados, monsieur Robert me descubrió varios pormenores y rasgos íntimos de su extravagante psicología de ilusionista. Yo, que conozco tantos hombres, he visto almas muy extrañas, enfermas tal vez ó dislocadas por el uso perenne de ciertas facultades ó aptitudes, y que difieren de la vulgaridad de las almas. Todos sabemos que ciertas profesiones dejan sobre la frente de sus esclavos sello indeleble; la supresión continua de todas las pasiones, el hábito de ser indulgentes y de entornar ante el pecado los vergonzosos ojos, y las pláticas místicas donde todo placer terrenal es desdeñado, pone en los ademanes del sacerdote sello inconfundible; el ritmo del gesto, el hablar duro y breve y cierta rigidez del busto, delatan al militar bajo la levita ó frac mejor cortados; el anhelo de riquezas seca el carácter de los especuladores, incapacitándoles para toda emoción puramente artística ó desinteresada, y aun creo que llega á modificar el color de sus ojos, dándoles esa tonalidad glauca de los avaros, que, atormentados por la obsesión del oro, creen verlo en todas partes. La costumbre de fingir, interpretando tipos de edades y temperamentos diversos, siendo mollar y solapado con los hipócritas, tímido con los débiles, heroico y ardiente con los celosos, destruye el verdadero carácter de los viejos actores;

¿qué interés sincero, real, pueden inspirarnos sus risas ni sus lágrimas, cuando todas las noches les vemos desfallecer de amor á los pies de una mujer distinta...?

Otro tanto sucede con todas aquellas profesiones en que el espíritu interviene principalmente, y por esto no extraño la curiosidad de ciertas damas aristócratas, prendadas de lo anormal, de conocer la intimidad de los grandes artistas. Sería divertido alambicar la psicología de cuantos espíritus viven de lo raro: de los domadores de fieras, cuyos ojos, impávidos ante la muerte, ejercen sobre las mismas panteras sobrenatural fascinación; de los payasos, infantiles y bufones; de los caricaturistas, que no saben copiar la realidad sin exagerarla, dislocándola graciosamente, sorprendiendo lo que hay de ridículo en cada tipo, copiando el espíritu cómico de cada situación; de los ilusionistas, discípulos del Diablo, rebuscadores de lo ilógico, apologistas de lo imprevisto y descoyuntado.

Sea como fuere, la noche que pasé con monsieur Robert figura dignamente en el exiguo número de aquellas que, por razones distintas, me son inolvidables.

Sé de una mujer, rica y principal, que á raíz de un célebre proceso que llevó cuatro hombres al patíbulo escribió una carta al verdugo de Madrid invitándole á cenar; el verdugo acudió á la cita, durmiendo luego en un lecho cuyas sábanas adornaba una corona de barón; y la caprichosa gozó entre los

brazos de su siniestro poseedor horas de enfermizo placer, sintiendo por su cuerpo el contacto de aquellas manos duras, sin otro mérito que el de haber paralizado la vida en muchas gargantas. Algo análogo conocí yo junto á monsieur Robert; la excitación malsana de mis nervios engrandecía los méritos del taumaturgo, degradando al mismo tiempo mi propio valimiento; las mujeres adoramos la fuerza muscular y el valor, que es fuerza del espíritu; por esto, sin duda, el ilusionista aquél me dominaba; la prestidigitación también es una fuerza; el poderío avasallante de la sorpresa, de lo inexplicable, de lo inesperado y recóndito. Monsieur Robert, como hombre de mundo, antes de llegar á mí quiso acercar mi espíritu al suyo por el seguro camino del temor, y lo consiguió; bajo su mirada penetrante me sentía inútil; su fascinación recordaba la sobrehumana de los antiguos hechiceros; le creía capaz de todo: de partirse en pedazos sin morir; de revolver el fondo de mis baúles mejor cerrados sin forzar sus cerraduras, de robarme por los aires haciéndome, en virtud de infernales sahumerios, invisible á las muchedumbres. De cuando en cuando, monsieur Robert, temiendo que mi respetuosa adhesión hacia él declinase, realizaba nuevos ejercicios de prestidigitación. Mis párpados comenzaban á cerrarse.

—Es muy tarde—dije—; tengo sueño; durmamos.

—Esta noche—repuso—no es, para nosotros, noche de dormir. ¿Qué hora será?

Calculé ligeramente.

—De cinco... á cinco y media.

—Será—contestó gravemente—la hora que usted quiera. ¿Dónde hay un reloj?

—En el gabinete.

—Pues, oiga usted.

—¿Qué?

—Lo que el reloj del gabinete dice.

En un timbre, de voz desconocida para mí, sonaron, efectivamente, cinco campanadas. Miré á monsieur Robert, pidiéndole con los ojos la explicación familiar de tantas maravillas. Él repuso.

—Es inútil; no me comprendería usted; todo ello es incomprensible.

Y añadió:

—La voluntad de usted es omnipotente. Quiera usted algo. ¡Veamos! Tengo guardada en el rubí de esta sortija la llave del porvenir. ¿Quiere usted ser rica?

—Sí.

—¿Quiere usted oro?

—Sí.

—¿Mucho oro?

—Mucho oro.

—Tome usted un *luis,* cuatro duros, veinte francos...

Me los sacó de la garganta en una monedita de oro. Siguió registrándome; yo estaba repleta de *luises;* los tenía entre los cabellos, en los sobacos, detrás de las orejas; en un momento conté quinientos francos.

—Son de usted—dijo—; pero ha de tomarse usted el trabajo de ir á buscarlos.

Sin darme tiempo á impedirlo, con un certero movimiento, los lanzó por la puerta á las tinieblas de la habitación contigua; los sentí caer al suelo, chocar contra los cristales del balcón, rebotar alegres sobre el mármol de la chimenea. Segura de no equivocarme aquella vez, cogí el quinqué y pasé al gabinete, donde, tras minuciosa rebusca, sólo pude hallar cuatro ó cinco monedas de cobre. Cuando volví al dormitorio, admirada y mohina, monsieur Robert reía silencioso.

—El Diablo—dijo—se los ha llevado. ¡No tenemos suerte!

Las caricias de aquel hombre extraordinario me causaron impresión agridulce y duradera; el prestidigitador había obtenido la aproximación y subordinación más completa de mi espíritu al suyo; mi alma, como mis brazos, se abrieron á él; era una laxitud íntima que distendía y emperezaba los resortes psíquicos uno tras otro, hasta obtener el anulamiento total de la personalidad consciente; lo inexplicable desmontó mi razón; lo inesperado y repentino fatigó la atención; mi voluntad rindióse bajo el imperio del hechicero que todo lo revolvía y trocaba. La esperanza, por cierto frustrada, de una voluptuosidad enteramente nueva, no me desamparó en toda la noche.

A la mañana siguiente, luego de desayunarnos, monsieur Robert se levantó justificando su actividad

por la urgencia de hacer algunas visitas antes de ir al ensayo; entre sueños le oí andar por la habitación, lavarse, toser... Luego me llamó la atención tocándome en un hombro. Abrí los párpados; el gabinete naufragaba en un resplandor incierto; la claridad gris de las lluviosas mañanas de invierno. Monsieur Robert ya estaba vestido.

—¿Qué quieres?—pregunté.

—Aquí—repuso—te dejo ésto, un pequeño obsequio: trescientas pesetas...

—Gracias; eres muy amable.

Le vi contar hasta seis billetes de á diez duros.

—Los dejo—agregó mi amigo—bajo este pisapapeles.

Vi también cómo los colocaba sobre un velador; después se inclinó hacia el lecho para besarme; nos despedimos hasta la noche.

—Hasta luego, ¿eh?

—Sí—repuso—; espero en el Circo; no faltes; te regalaré un palco para la noche de mi beneficio.

Satisfecha de su generosidad y afable trato, me levanté acompañándole hasta el recibimiento, apoyando sobre su hombro mi cabeza despeinada; él me acariciaba el talle con sus manos enguantadas.

—Adiós, querida...; me gustas mucho...; no te olvidaré.

—Adiós, adiós...

—Inmediatamente regresé al dormitorio; una idea súbita y punzante, la idea de comprarme aquella misma tarde un abrigo de pieles, acababa de asal-

tarme. Pero los billetes de monsieur Robert no estaban allí; el pisapapeles, que era de plata, también había desaparecido. Por la noche fuí al Circo de Price; allí supe que monsieur Robert, terminados sus compromisos con la Empresa, debía haber salido ya en el expreso de Burdeos. No he vuelto á verle.

Otro chasco semejante acaecióme poco después con cierto individuo, que, por raro y gracioso, llegó a interesarme vivamente. Era un muchacho aristócrata de veinticinco años, con la mandíbula inferior y la frente anchas, los ojos muy separados, chata la nariz, la boca grande y de finos labios y el rostro amarillo; parecía uno de esos macacos que sueñan en las esterillas y abanicos japoneses. La mañana del día que puedo llamar de tornaboda, aquel simpático truhán, cuyo nombre siento no recordar, fué madrugador. Desde la puerta del gabinete me enseñó ochenta duros en cuatro billetes de á cien pesetas.

—Toma—dijo—, para que compres caramelos.

Dejó el dinero sobre una silla y se fué. Al levantarme sólo hallé cuarenta duros en dos billetes de cien pesetas; pero los billetes habían sido rotos por la mitad y parecían cuatro. Como la ocurrencia tenía gracia, no supe enfadarme. Por la noche le vi en el teatro Eslava; sus ojos, al mirarme, no traicionaron la menor emoción.

—¿Dónde vas?—exclamé.

—¿Es á mí?

—¡Naturalmente!

—Se equivoca usted, señorita; yo no soy quien usted cree.

—¿Cómo no?

Eran su voz, su ademán; no obstante, le miré, dudando de mis propios sentidos, vencida por tanto cinismo; él repuso sonriendo:

—Es la segunda vez que hoy me confunden con Fulano de Tal—y dió su nombre—; ¿no se llama así el caballero á quien usted conoce?

—Sí.

Continuaba mirándole atónita, no sabiendo si formalizarme ó echarlo todo á broma, y sintiendo en las mejillas el calor del ridículo.

—Lo que esta tarde me ha sucedido—prosiguió mi interlocutor—raya en lo inverosímil. Pasaba yo por la Puerta del Sol, cuando un individuo que salía del café Oriental corrió hacia mí echándome los brazos al cuello y dando voces jubilosas que llamaron la atención de los transeuntes—. "¿Cómo estás, querido Fulano? ¡Caramba, hombre, tanto tiempo sin verte...!"—"Caballero—repuse yo—, yo no soy ese don Fulano amigo de usted." El desconocido palideció—. "¿Es posible? ¿No se llama usted Fulano de Tal?"—"No, señor"—. "¡Qué vergüenza...! Usted perdone; me había equivocado; beso á usted la mano."—"Beso la suya"—contesté, reanudando mi camino alrededor de la Puerta del Sol, mirando á las mujeres bonitas que pasaban, y tardando en volver al café Oriental unos veinte ó veinticinco minutos. De pronto vi acercarse al mismo individuo que mo-

mentos antes me detuvo—. "Adiós, Fulano—exclama—; ¿cómo sigues...? ¿Y tu mujer... y tus hijos...? Hace un instante he sufrido la vergüenza mayor de mi vida; he abrazado á un caballero desconocido creyendo que eras tú. Parece hermano gemelo tuyo; tiene tu estatura, tu gesto..., hasta la voz..." Examiné á mi interlocutor de hito en hito; podía ser un burlón descarado ó un ingenuo; pero la franqueza alegre de su mirada me atestiguó que hablaba de buena fe—. "Ha vuelto usted á equivocarse—repuse secamente—; yo soy el mismo caballero de antes." El impertinente abrió los ojos y la boca y huyó avergonzado.

Necesitaba ser de granito para no premiar riendo tan peregrina invención.

—¡Bien!—exclamé—; perdono la rotura de los billetes; tienes la simpatía de la poca vergüenza.

Y le llevé á mi casa á condición de que había de referirme muchas mentiras.

*3 enero.*

Nada he dicho de mi reaparición como bailarina en un salón afrancesado de la calle de Carretas, donde había cantarinas extranjeras y moras apócrifas, reclutadas en los cafés cantantes de Marsella y Nápoles, que bailaban moviendo el lascivo vientre bajo holgachones calzones orientales. La primera noche, el peligro de presentarme ante un público que podía serme hostil, me atormentó mucho; hasta

mi cuarto, un pequeño cuartito de tabla dividido en dos departamentos por una cortinilla de percal, llegaba el rumor de la multitud que invadía lá sala; y aquel rumor era uniforme, sostenido, medroso, como el vagido del oleaje; yo, completamente vestida, daba vueltas impacientes ante el espejo del lavabo, esperando á que el avisador me llamara á escena; mi inquietud era inmensa, el corazón me rebrincaba dentro del pecho, mis pulmones se ahogaban bajo la cinta de encajes que apenas cubrían el nacimiento de los senos: al llegar al teatro había visto mi nombre y apellido escritos con llamativas letras rojas sobre los carteles de la puerta, y aquel renglón excitando la curiosidad pública me aterraba. Conmigo estaban mi costurera y dos muchachos periodistas: todos eran á fortalecerme, alabando mi cumplida hermosura y la riqueza y superior gusto de mi traje, y asegurando que el público me quería bien. Llamaron á la puerta; era el avisador: había llegado el momento supremo: salí del cuarto llevando, para lo que llaman *el paseo*, una vistosa capa torera, azul y oro, terciada bajo el brazo, y la montera muy echada sobre los ojos; otras bailarinas me animaban, semblantes amigos y desconocidos me sonreían, hallándome elegante y guapísima; la orquesta atacó un pasodoble brioso, el telón subió lentamente, las luces de la batería incendiaron el escenario: ante la amenaza de lo inevitable, avancé resuelta, contoneando las caderas, pisando corto, mirando á los espectadores por encima de mis hombros desnudos; un aplauso cerrado premió mi apa-

rición; yo continué recorriendo la escena al compás de la música, mirando sin ver, sonriendo al espacio, sabiendo que á la luz de un foco eléctrico que, por orden del empresario, dirigían sobre mí desde un palco, mis dientes parecerían muy blancos; concluyó el paseo, y llegándome á la segunda caja, dejé en manos de no sé quién mi capote y la montera; después caminé hacia el proscenio; en el patio de butacas distinguí confusamente centenares de rostros que sonreían con expresión benévola. Un espectador gritó desde la galería:

—¡Viva la Otero!

Y la multitud, candorosa, respondió:

—¡Viva...!

La música comenzó á tocar soleares de Arcas, y levanté los brazos y las castañuelas vibraron bajo mis dedos; otras castañuelas repicaban entre las primeras cajas de bastidores, reforzando la voz de las mías: poco á poco fuí recobrando el dominio de mí misma; estaba cierta de bailar muy bien; algunas exclamaciones prematuras de aprobación corroboraron tan grata convicción, enardeciéndome: aquello fué un vértigo; á cada nueva dificultad vencida, a cada nuevo retemblío de caderas y de brazos, mi entusiasmo acrecía, reflejándose en la sala. Terminado el baile, corrí á bastidores, donde mi costurera, que me quería mucho, me felicitó, llorando. El telón volvió á levantarse dos veces; el público me ovacionaba, pidiéndome bailase tangos; yo, desde las candilejas, me inclinaba hacia los espectadores,

sonriéndoles, enviándoles besos con mis manos cargadas de sortijas; desde los palcos proscenios, ocupados por amigos míos, cayó sobre mí una lluvia de flores. Muchas voces pedían:

—¡Tanto, tango...!

Lo bailé, y con este baile lascivo aseguré mi éxito. Comprendo que el entusiasmo y la emulación empuje á los toreros, con desprecio de su vida, sobre la cabeza del toro, y que los soldados pierdan toda prudencia en el ardor de la pelea, porque á mí el triunfo me cegaba, y hubiera sido capaz de descoyuntarme y de partir mis miembros en pedazos por afirmar mi triunfo. Reaparecí marcando con los pies el picante contratiempo del tango y llevando, muy sobre la cara, un sombrero cordobés. En pie delante de la concha, y obedeciendo siempre al mismo ritmo, di varias palmadas, azotándome después los muslos, tocando luego con los dedos lo que vulgarmente llaman "pitos", encogiéndome algo para en seguida terminar con un gigantón que mereció aplausos. Y allí fué donde comenzaron los lujuriantes aditamentos y primorosos exornos del baile, sin que faltasen los trenzados ni el exquisito repique de punta y tacón que los maestros recomiendan; y ora dándome un papirotazo en el ala del sombrero, avanzaba mostrando la garganta provocativa y moviendo las caderas entre mis brazos echados hacia atrás; ora me retrepaba luciendo la gallardía toda del busto, juntando las piernas, dando paz un segundo á los desasosegados pies, y simulando á un

lado y otro con gracioso vaivén la actitud que los toreros adoptan para banderillear al quiebro; ora, con la falda metida entre los muslos, balanceaba el cuerpo, poniendo los brazos en alto, repicando los dedos sobre la negra cimera de mis despeinados cabellos, y luego tornaba á moverme de un lado á otro, adoptando perversas actitudes diferentes con agachadillos que inflaban las caderas y retrepos que abultaban el seno, frunciendo el sobrecejo con expresión suplicante y carnal, entornando los ojos, titubeando la cabeza de modo que las orejas rozasen mis hombros, como si algo me cosquillease la nuca: pues en el tango todo es ritmo intencionado, y la frase musical que comienza la orquesta se convierte en movimiento en el cuerpo de la bailarina.

Volví á mi cuarto, que encontré lleno de admiradores y de amigos: mi éxito fué completo; al día siguiente muchos periódicos hablaron de mí. Las noches sucesivas consolidaron aquel triunfo, familiarizándome con el público, dando mayor firmeza á mis actitudes, acostumbrando mi cabeza al incienso mareante del aplauso. Cuando salía del escenario abrigándome con una capa de pieles, me sentaba en mi cuarto á descansar antes de desnudarme: allí me esperaba siempre un amable cortejo de aduladores, que celebraban sonriendo todas mis miradas, escudriñando mis pies y la blancura de mis brazos, recogiendo las lentejuelas de mi traje, adorándome servilmente, convirtiéndome en una especie de animado fetiche. No podría recordar los tipos que des-

filaron por aquel modesto escenario: pisaverdes adinerados, viejos alegres, señores provincianos que deseaban conocer lo más notable del mundo cortesano, fotógrafos, militares, periodistas, vividores... De todo hubo allí; cualquiera que hubiese hablado conmigo dos ó tres veces, se creía autorizado á presentarme nuevos admiradores: á ratos, aquel testimonio de incesante adoración me hacía bostezar.

La noche de mi beneficio recibí la visita del escultor Zósimo Trina, premiado en la última Exposición de Viena con medalla de oro. Trina me expuso su deseo de utilizarme para modelo de la figura capital de un complicado grupo destinado al frontispicio del palacio de no recuerdo qué millonario inglés; mi cabeza, según dijo, encarnaba á maravilla su pensamiento; prometió darme veinticinco pesetas por poner en su estudio tres horas cada tarde: esto, agregó, lejos de perjudicarme, me favorecería; su nueva obra llamaría la atención de la crítica y del público; los periódicos citarían mi nombre...

Como el precio ofrecido á mi fácil trabajo no era despreciable, acepté, y desde el día siguiente concurrí al estudio de Zósimo, poniéndome desnuda, en pie y con los brazos en alto, como náyade que quisiera romper la cresta de una ola. Aquellas tardes fueron muy dulces: al taller, rodeado de largos divanes de terciopelo negro, acudían el poeta Manolo Elías y tres ó cuatro actores cómicos amigos íntimos de Zósimo, todos hombres mundanos y de buen humor, que sólo hablaban de asuntos agradables: el

sol, atravesando francamente el techo de cristales, tibiaba el ambiente; una chimenea colocada cerca de mí vertía sobre mis desnudos miembros calor vivificante; Trina, metido en una larga blusa blanca, giraba alrededor de su obra, mirándome á cada momento, persiguiendo sobre la flexible arcilla la línea fugitiva de mi cuerpo: sus pies, calzados con zapatillas de alfombra, herían nerviosamente el suelo entarimado; en los ángulos del estudio, cabezas y dorsos vigorosos, piernas jayanescas, brazos membrudos de gladiador, bajorrelieves delicados, evocaban, inmovilizados por el yeso, momentos varios de la inspiración del artista.

Allí, una tarde de febrero, conocí al desdichado Paco Narbona, marqués de Lágaro, que tan poderosamente había de influir, primero con su pasión y con su muerte más tarde, en todos mis asuntos.

Tenía Narbona, á la sazón, veintiocho años; era hombre de robusta complexión, moreno y muy sanguíneo; el pelo byroniano, ensortijado y brillante; el bigote á la borgoñona, la nariz corva y fina, y blancos y apretados los dientes: el temple del espíritu armonizaba con la expresión expansiva de aquel enérgico tipo meridional; su alegría era más bulliciosa y varonil que la de aquel Diego Ferrer, cuyo recuerdo pasa por los horizontes primeros de mi larga historia como una sombra exangüe; su voz, aunque simpática, era breve y dura.

Al penetrar en el estudio, el marqués de Lágaro paseó sobre la nieve de mi cuerpo una mirada ar-

diente: á su saludo, yo, sin moverme de la especie de columna truncada donde Zósimo me tenía, respondí con un ligero movimiento afirmativo de cabeza.

—Isabel Ortego—dijo Trina galantemente—pone para mí; es un modelo que me envidiarían los mejores escultores de Europa.

Sonreí, agradeciendo su atención. Narbona preguntó:

—¿Usted es la bailarina?

—Sí, señor.

—La he visto bailar muchas noches. Baila usted muy bien.

Sentóse sobre un diván, cruzando las piernas con amistosa indolencia, y encendió un cigarro puro. Yo le miraba de reojo: vestía chaleco y pantalón negros, botas de charol y americana de color café: algo muy limpio y saludable emanaba de su persona. Después pregunté:

—¿Cómo no ha ido usted nunca á mi cuarto del teatro?

—No quise.

—¿Por qué?

—Me disgustan los tontos que cortejan á las bailarinas entre bastidores.

Valido de su estrecha amistad con Zósimo Trina, acercóse á mí sin hablar y giró á mi alrededor lentamente, para examinarme bien por todas partes.

—¡Qué hermosa es—!exclamó.

Aquella tarde el marqués de Lágaro me acompañó hasta mi pisito del Postigo de San Martín;

después del teatro nos fuimos á cenar juntos. Narbona, despreocupado y enemigo de los vulgares respetos sociales, me cortejaba y pellizcaba delante de cuantos individuos iban por las noches á mi cuarto del teatro; mostrábase enamoradísimo de mí y celoso de todos, y quince días después hízome vender todos mis muebles, trasladándome á su casa de la calle de San Marcos. Acababa yo entonces de cumplir veintidós años.

Comenzó para mí, con aquellos nuevos amores, una vida fastuosa que apenas conocía. Paco Narbona, violento, intransigente y celoso, obligóme á dejar el teatro, diciendo, además, que había de serle completamente fiel si en algo apreciaba su libertad y la salud de mis huesos. Aquella pasión me distraía halagándome: Narbona, que no tenía familia, se consagraba á mí; en pocos meses me compró vestidos y joyas costosísimos; me abonó á los toros; tuve coche; gastábamos mensualmente más de dos mil pesetas. Aquel verano lo pasamos viajando por Niza y Monte-Carlo, y en el casino de esta última seductora ciudad experimenté por primera vez la emoción de perder á la ruleta, en una sola noche, cinco mil duros. Pasado el otoño, regresamos á Madrid.

Debo consignar aquí la especie de nueva etapa ó segundo capítulo que determinaron en mi carácter los tres años que duraron mis relaciones con el marqués de Lágaro.

En la batalla por la vida las almas fuertes se endurecen, siendo tanto más independientes, tenaces

y voluntariosas, cuanto más arrecian y se multiplican los obstáculos de la pelea; y esos mismos espíritus, que sólo para el combate parecen formados, se afeminan, inquietan y enmollecen, según el éxito les sonríe. Sin duda por esto, acaso también por el cansancio que ocho ó nueve años de bohemia fueron dejando sobre mis hombros, ó porque Francisco Narbona, en su severo carácter, fuese gran desbravador de voluntades, ello es que mi antigua acometividad provinciana decreció en términos que no la hallaba dentro de mí por ninguna parte. La riqueza suele producir en los espíritus delicados estas saludables depresiones, que yo me explico fácilmente por las continuas relaciones de los elementos físico y moral; una profesión sedentaria, sin altibajos ni mudanzas, afloja los músculos, y así la vida muelle, el pan ganado sin esfuerzo, los placeres metódicos, que no requieren gastos imprevistos de voluntad, las sedas que acarician la carne, los pies que se reblandecen sobre las alfombras, debilitan el espíritu, robándole el estímulo de la ambición y el acicate de la ira, permitiendo que el deseo, origen ó raíz de todo impulso, huya de él como el aroma de los esencieros destapados. Así estaba yo: rara vez el corazón ponía en mis ojos su color ceniza; mis pupilas verdeaban siempre serenamente, risueñas y aquietadas, con la expresión feliz de la esperanza; todo me parecía bien, todo lo hallaba disculpable y pequeño, acercándome así á lo que Víctor Hugo llamó la suprema sabiduría, todo perdón y tolerancia.

Mi casa de la calle de San Marcos era un hermoso cuarto principal con cinco balcones. La sala ocupaba el centro del piso; el dormitorio, según usanza británica, lo instalamos en uno de los gabinetes laterales, destinando la alcoba á cuarto de baño; en el otro gabinete, que era muy grande y con chimenea, pusimos el piano. El mismo marqués de Lágaro dirigió el decorado de aquella habitación, que, desde el primer momento, fué mi refugio favorito: la alfombra, de color carmesí, prestaba elegante severidad á los muebles, todos blandos y cómodos; sobre la chimenea había un gran espejo, y diseminados por las paredes retratos y acuarelas; varias plantas de invernadero, hábilmente distribuídas, daban á la estancia aspecto plácido; á un lado había un diván de terciopelo negro donde hubiesen podido dormir cómodamente cuatro personas; vestían las puertas largos cortinajes, de un buen tono y una majestad casi conscientes. Allí, sobre aquel diván, bajo el ancho follaje melancólico de dos palmeras enanas, que languidecían, como aburriéndose, en una jardinera en forma de sarcófago, pasamos Paco Narbona y yo muchas siestas: unas veces charlando, á ratos leyendo los periódicos que cogíamos de un velador cercano sin necesidad de movernos, con sólo extender un brazo, y que luego quedaban arrugados y revueltos, convirtiendo al diván en una mesa de redacción.

Tanto como la experiencia y el suave cansancio á ella inherente, coadyuvó á dulcificar y emperezar

mi espíritu la penumbra crepuscular de aquella habitación donde los muebles y los retratos y hasta las plantas parecían imponer silencio y hasta cohibir la voluntad llevándose un índice á los labios; y allí fué donde se desarrolló el amor fetichista que siempre, desde muy pequeña, he sentido por mis pies. Cuando pequeña me los limpiaba todas las mañanas en los canalitos por donde corría el agua destinada al riego de la huerta; después me los lavaba con Colonia, y mi mayor empeño consistía en tener las uñas muy sonrosadas, pulidas y brillantes: mi madre, guardando por cariño idolátrico hacia mí mis primeros calzados, fortificó esta innata y no razonada propensión ó coquetería. Distraída de todo durante los años calamitosos de mi primera juventud, la holganza, que es pacificación y quietismo moral, despertó en mí aficiones nuevas y olvidados recuerdos. El cuidado de mi persona llenó mis horas: todas las mañanas me bañaba, no sin antes vaciar en el baño un frasco de esencia, y luego iba á enjugarme ante la chimenea encendida, bajo un buen peinador: estudié mis miradas para que hubiese entre ellas y mi pensamiento perfecta concordia, ensayé sonrisas, procurando que la alegría exagerada de mis labios no me arrugase el rostro prematuramente, adopté actitudes de fácil y provocativa languidez, compuse para la belleza de mi semblante ovalado un peinado especial.

Es necesario haber vivido sola para comprender cuán poderoso aliado halla en el silencio la coque-

tería femenina. Estamos en nuestro gabinete solas, con una pierna cruzada sobre otra, esperando al hombre dueño, por su dinero ó por amor, de nosotras: de pronto los ojos reparan en la punta del pie que asoma bajo el volante de la falda, ó en la mano que inmovilizó la pereza, sobre el regazo, ó en nuestra imagen reflejada en el claroscuro de un espejo, y pensamos: "¿Estoy bien? ¿Le gustaría verme así...?" Inconscientemente, como artistas espontáneas que por la belleza y para culto y exaltación de la misma belleza vivimos, enmendamos lo que nos pareció desagradable ó fuera de lugar; un rizo descomedidamente enhiesto y retorcido, un pliegue mal puesto; y advertimos también, con complacencia ó disgusto, que nuestros brazos son torneados y mórbidos, ó que nuestras manos no son bastante blancas. Formamos entonces propósito de corregir en el tocador ó con ayuda de la modista lo que la Naturaleza dejó inconcluído ó mal alineado; y, caso de que tales enmiendas no fuesen posibles, adoptar aptitudes que enmascaren y oculten lo defectuoso.

A esto y alguna razón, quizá, de más alta psicología, achaco la adoración que mis pies me inspiraban: ellos servían al deseo llevándome y trayéndome, y parecían inteligentes y como dotados de particular albedrío, impacientándose cuando yo me aburría, emperezándose si mi alma se entregaba á la quietud del bienestar: eran pequeños y blancos como azucenas, surcados en el empeine por una ve-

nilla azul, y de sonrosados talones y diminutos dedos: todas las noches, antes de acostarme, me los lavaba con leche, y Paco, que había aprendido de mí aquel extraño amor, no hubiera podido dormirse sin besármelos.

A propósito de esto, recuerdo un incidente ó, mejor dicho, una contestación, que bien merece ser relatada.

Paco Narbona tenía un amigo coronel, que, á las tres ó cuatro veces de hablar conmigo, quedóse enamorado de mí. Se llamaba Rafael Gil-Prieto; era un hombre seductor y rico, para quien todas las mujeres bonitas siempre tienen razón.

—Venga usted á mi casa—me decía—, y hablaremos de muchas cosas, y pues es usted aficionada á leer, se llevará usted de mi biblioteca los libros que guste.

—¿Y después?—pregunté riendo.

—Después... será lo que usted quiera; usted manda en mí.

Repuse:

—Dejémonos de aventuras, don Rafael; nosotros no podemos acercarnos; llega usted tarde; mi corazón es de otro hombre.

—En tal caso—dijo el taimado sin desconcertarse—, si no puede usted amarme, no me ame usted. Yo, nada solicito: sólo deseo que venga usted á verme.

—Tampoco acudiré á esa cita, señor coronel—contesté—, porque mis pies, estos pies que habían

de llevarme á los brazos de usted..., ¡los ha besado mi pobre Paco tantas veces...!

Gil-Prieto luchó inútilmente por convencerme; no fuí. El cariño idolátrico á mis pies alcanzaba también á mi calzado. Guardaba las viejas botas que traje cuando llegué á Madrid, y mis primeros zapatos de baile, y otros muy bonitos de tafilete que deseché casi nuevos y para recuerdo de mi sociedad con el cochero Eustiquio Fernández: más adelante traje de Sevilla unos zuecos, que fueron á mi casa no sé cómo, y que mi madre me obligaba á poner, rellenos de paja, para andar por la huerta; todo esto lo guardaba yo en un rincón del armario donde tenía mis trajes y sombreros más apreciados, y lo exhibía orgullosamente á mis amigos, como otros muestran sus colecciones de ranas de cristal, de sellos, monedas ó tarjetas postales. La suela de aquellos zapatos compendiaba la historia de mis pasos por el mundo: ellos conservan el polvo honrado del templo lugareño, el barro que recogí en las calles, la novela triste de mi niñez y de mis caídas.

Aquel gabinete fué también el rincón predilecto del marqués de Lágaro. Muchas tardes, en las tediosas horas crepusculares, Paco Narbona me obligaba á interpretar en el piano algún trozo de ópera, mientras él, echado sobre el diván con los brazos cruzados bajo la cabeza, abismaba su pensamiento en el limbo gris de las meditaciones innominadas; meditaciones vagas como ensueños, inquietantes como esperanzas, nostálgicas, á ratos, como recuer-

dos... Siempre recordaré aquella cabeza broncínea, de negros y crespos cabellos, abocetándose á la tímida luz del balcón con un reposo que evoca el de su muerte: su frente ancha, sobre la cual el entrecejo se fruncía instintivamente, con movimiento irreflexivo de cólera; su nariz aguileña, su bigote de retorcidas guías caballerescas, sus ojos ardientes de impulsivo, sus labios, que jugaban nerviosamente trasladando de un extremo á otro de la boca el cigarro puro. Narbona, aunque muy alegre y calavera, siempre fué hombre de pocas palabras: no obstante, era simpático, especialmente á las mujeres: su cuerpo atlético conservaba en el muslo izquierdo, cerca de la ingle, la cicatriz de una cuchillada que recibió riñendo con un baratero; y como lo trágico ejerce sobre las mujeres públicas, avezadas á las pasiones fuertes, atracción extraña, todas mis amigas adoraban aquel pormenor novelesco.

Como yo, Paco Narbona tenía sus actitudes favoritas. La psicología de los gestos es sencilla y curiosa, pues no solamente hay indubitable conexión entre el carácter y los miembros á ese carácter ó voluntad sujetos, sino que aquéllos, por su posición, influyen, siquiera sea pasajeramente, en la idiosincrasia moral del individuo.

Así, verbigracia, hay desemejanza entre las ideas, sentimientos y voliciones de la misma persona, según esté echado ó de pie. Dice Tarde que la acción de sentarse produce, amén del natural descanso físico, un reposo moral que acicatea la conciencia y

determina nociones más fuertes y rotundas de la personalidad: en cambio los hombres, cuando están de pie, se hallan más propicios al ataque inconsciente, á la acción, á la réplica. Andar con los brazos cruzados atrás, indica en ciertos casos aburrimiento, en otros acusa un carácter débil, irresoluto, expuesto á todos los vaivenes y perplejidades de la duda. Paco Narbona, como Napoleón, sonreía muy rara vez y su nariz se encorvaba sobre la boca, produciendo en los músculos frontales una contracción colérica: siempre estaba cruzado de brazos: es la actitud favorita de los hombres reflexivos y de acción; para escuchar, nos cruzamos de brazos; para defendernos, también; es un gesto que favorece la reconcentración de las ideas y protege el pecho.

El espíritu del marqués de Lágaro era fuerte y brusco. Aunque joven, los viajes y la costumbre de vivir solo y entre gentes de diversa condición á la suya robustecieron su ánimo, asotilaron su entendimiento y dieron á su voluntad decisión dura y rápida; en esto le reconozco capacidades superiores á las de los demás hombres: nunca le vi dudar, ni formar juicio erróneo acerca del valimiento ó demérito de la persona con quien hubiese hablado dos veces. Familiarizado con el vicio desde niño y dotado para la orgía de robusta complexión, no había querido casarse.

—Las honradas burguesitas—decía—, son egoístas, rezongonas, hipócritas, sucias: tienen, pues, todos los inconvenientes, todos: hasta el de quedarse embarazadas en seguida.

Estaba mejor así, soltero, sin otros lazos que los de esos amores pegadizos que se rompen con sólo volver la espalda: únicamente adoraba lo imprevisto, lo inesperado en la pasión y en el ambiente; y su juventud saludable le conquistaba todos los placeres, y su dinero le abría del mundo todos los caminos.

Paco Narbona tenía tres amigos á cual más disipado y mujeriego; Gerardo Torres, que ya ha muerto, Angel Vinarey, primogénito de los marqueses de Lori, y Dámaso Carrillo, á quien siempre conocí estudiando quinto año de Derecho: el menor de ellos tendría veintiocho años, el mayor no pasaba de los treinta y cinco, y eran, como vulgarmente se dice, tres pies para un banco. La juventud es loca y debe rendir culto á la locura: estudiantes conozco que se avergonzarían de confesar: "Ayer trabajé toda la noche." Prefieren decir: "Me emborraché, dormí en la Prevención con una prostituta, perdí veinte duros"...

Así eran los amigos de Paco, aunque en nada se pareciesen á los bohemios alegres y sentimentales de Murger: aquéllos no hablaban jamás de literatura ni de arte; sus amores, desnudos de poéticos atavíos, duraban una noche, lo más una semana: su bohemia era la bohemia elegante que todos los días se baña en agua perfumada; sus necesidades las contaban por billetes de Banco, no por monedas de cobre: aquellos niños mimados de la suerte se desesperaban por haber perdido cinco mil pesetas en las carreras

ó por no poder comprar un tronco de caballos, no porque tuvieran que procurarse el desayuno del día siguiente: sus actos tenían la audacia impudente del dinero; la respetabilidad de sus apellidos ponían sus personas á cubierto de todo atropello judicial.

Cuando Paco Narbona me dejaba en casa para marcharse de rumba con sus amigos, yo no podía dormir; la convicción de que si se disparaba algún tiro era él quien lo recibiría, me obsesionaba. La borrachera de cualquiera de ellos era temible. Una noche fueron los cuatro acompañados de Pepe Luis, un torero á quien llamaban *Bonito* y que poco después murió en la plaza de Alicante, á casa de Inés, la *Tristona*, dueña de una mancebía de la calle del León. Inés, según supe luego, estaba jugando á las cartas con su querido, Jerónimo Vélez, y dos mujeres más: las otras pupilas habían salido. Primero llegaron Paco, Pepe Luis y el marquesito de Lori. La criada, al reconocerles por la mirilla de la puerta, no se atrevió á recibirles sin antes consultar con su ama.

—Ahí están—dijo—don Paco, don Angel Vinarey y Pepe Luis...

Inés miró á Jerónimo, pidiéndole consejo. Vélez repuso:

—Que entren.

Al abrir la puerta, la criada quedó sorprendida viendo que con los tres visitantes que ella anunció iban también Dámaso y Gerardo Torres.

—No pueden ustedes entrar—exclamó la sirviente.

—¿Cómo?

—No hay mujeres.

—¿Qué importa?

—Sí, sí importa. Además, vienen ustedes borrachos; aquí no queremos escándalos...

Al ruido de la trifulca acudieron Inés y Jerónimo; pero su resistencia fué inútil y tardía, pues los cinco importunos, que iban medio embriagados, se entraron de rondón en el comedor.

—El dueño de este lupanar—gritaba el marqués de Lori—, soy yo: ¡á ver, ama, esposa mía, vente conmigo!

Inés, que era mujer de armas tomar, buscó una botella que romper sobre la frente del marquesito; Jerónimo, temiendo una riña, la contuvo, apelando después á todos sus ardides diplomáticos para refrenar los ánimos y dar á la general embriaguez rumbo amistoso y bonancible.

Prevalidos de su posición y de la fuerza del número, Paco y sus amigos comenzaron á hacer de las suyas. Angel Vinarey pidió aguardiente; otro, manzanilla; Pepe Luis propuso cenar allí. Todo lo decían dando grandes voces, removiendo las sillas, yendo de una habitación á otra y abriendo las puertas á puntapiés, como soldadesca soez, que entró por asalto en un pueblo: los cristales de un montante saltaron en añicos. Era indudable que buscaban pendencia. Jerónimo ya no pudo contenerse.

—Aquí—exclamó—, no se come ni se bebe; esto no es un mesón.

Dámaso Carrillo, que era hombre de fuerzas hercúleas, se apresuró á responder:

—¿Quién eres tú para ordenar ni disponer nada?

—Soy el amo de esta casa.

—Tú eres el chulo, el alcahuete..., ¡el último mono...!

—¡Don Dámaso... cállese usted...; no me busque usted... que no quiero reñir..., que no me conviene reñir...!

Carrillo le cogió por el cuello, atrayéndole hacia sí violentamente, metiéndole luego una rodilla por el vientre, con lo que le derribó, empujándole después á puntapiés debajo de la mesa. Vinarey, entretanto, representaba la farsa de violar á Inés la *Tristona* sobre un diván. Paco, fuera de sí, cogió una silla con la que rompió varios cuadros y el espejo de un armario: Gerardo Torres y Pepe Luis, no satisfechos con forzar á las dos mujeres que allí había, comenzaron á golpearlas, arrastrándolas por el pelo hasta la calle, donde una de ellas quedó inmóvil y sin conocimiento. El escándalo que tamaño exceso originó fué mayúsculo; varios transeuntes, justamente indignados, defendieron á las mujeres maltratadas; al ruido de la trifulca, un sereno y varios guardias acudieron: estos últimos, comprendiendo de qué gentes se trataba, escurrieron el bulto prudentemente.

—Soy Vinarey—exclamó el marqués de Lori—; ¿no me conoces?

El sereno saludó.

—Pero, don Angel, ¿es posible que siempre ande usted así?

Después, reconociendo á Narbona, volvió á descubrirse.

—Adiós, don Paco.

Y dirigiéndose al grupo de curiosos que presenciaban la escena, gritó severo:

—¡Vaya, despejar...! ¡Fuera de aquí todos...! ¡No ha pasado nada...!

El pobre hombre sabía que á cualquiera de aquellos señoritos le era tan fácil dejarle cesante como cerrar la mancebía. Las dos mnjeres heridas fueron curadas en la Casa de Socorro del distrito; Jerónimo desechó toda idea de venganza; Inés la *Tristona* se satisfizo con que aquel lance no la hubiese costado más de seiscientas ó setecientas pesetas.

La casualidad me permitió ser testigo ocular de otra orgía semejante. Una tarde pasábamos Paco Narbona y yo por delante del Congreso en dirección á la Puerta del Sol; enfrente de la calle de Cedaceros tropezamos con Gerardo Torres, que salía de un colmado de la calle de Arlabán donde estuvo bebiendo con otros amigos, y poco después vino á saludarnos Carmen Arellano, á quien Narbona conocía por mí. Viéndonos tan bien aparejados, nos asaltó la idea de cenar juntos.

—¿Dónde?

—En las ventas del Espíritu Santo.

—¡Ea—contestamos todos—, pues á las Ventas...!

Para confirmar y dar autoridad y sólido valimiento á lo pactado, y poseídos también de esa especie de aura retozona con que la orgía aturde desde lejos, penetramos en una taberna, de la que salimos media hora después muy decidores y animosos. Poco después saludamos á Dámaso Carrillo, que iba completamente beodo.

—Me voy con ustedes—dijo.

Rehusamos su compañía sin ambages, diciéndole que, pues no había mujer para él, su presencia sólo de molestia podía servirnos.

—La mujer que falta—repuso—la busco yo en seguida.

Caminó delante de nosotros, muy orondo y erguido, renegando de su *jockey,* que había perdido dos carreras consecutivas. Carmen y yo nos miramos, y el nombre de Dagoberto cruzó nuestra memoria; ella, sin duda, evocó también la figura maciza de su pelotari: aquel pelotari á quien las caricias debilitantes de la pecadora contribuyeron á dejarle derrotado en varios partidos. Indudablemente, ambas nos sentimos orgullosas de nuestra posición; antes cenábamos con los criados, ahora con los señores; y aquel ascenso, aunque en la balanza de la moralidad no signifique gran cosa, en el rumbo ó derrotero de nuestro bienestar no era grano de alpiste. Pasaron dos mujeres, y Carrillo aproximóse á la más bonita;

nosotros reíamos inconscientes; la perseguida, apreciando el estado de su corsario y temiendo algún desafuero, quiso huir en un coche de alquiler; Dámaso se lo impidió, insultando al cochero; ellas, entonces, penetraron en una camisería, quizá sin necesidad, buscando sólo un pretexto para evadirse. Carrillo, picado en su amor propio por aquel desaire, entró tras ellas. Nosotros continuábamos riendo y atisbando á través del cristal del escaparate lo que dentro de la tienda sucedía. Carrillo gesticulaba como disputando con uno de los dependientes, que le contestaba briosamente levantando los brazos en alto y apretando los puños. De pronto vimos que el dependiente, apoderándose de una vara de medir, saltaba el mostrador y arremetía á Dámaso: inmediatamente nos precipitamos dentro del establecimiento, queriendo evitar daños mayores y á tiempo que Carrillo, cogiendo á su enemigo por los cabezones, le derribaba violentamente sobre un espejo, que saltó en pedazos. Y menos mal que todo pudo arreglarse pagándole al dueño del comercio doscientas pesetas: el espejo roto no valdría mucho menos.

Terminado este incidente, los cinco nos dirigimos á las Ventas, donde pasamos algunas horas muy agradables. Ya de madrugada, y mientras Paco Narbona y yo nos adormilábamos sobre un diván, reaparecieron Dámaso y Gerardo Torres cargados con el calzado, el sombrero y las ropas de Carmen Arellano, á quien dejaban borracha y desnuda en un comedor próximo.

—Vámonos—dijeron—; esa queda ahí; la hemos encerrado bajo llave. Mañana sabremos cómo se las compuso para regresar á Madrid decorosamente.

Yo, que siempre fuí buena amiga de Carmen, protesté de aquella infamia.

—Sois unos miserables—dije—; es un chiste de rufianes, sin ingenio y sin gracia.

Ellos, amoscados, me respondieron agriamente, negándome el derecho de aconsejarles. Paco Narbona terció oportunamente en la disputa, obligándome á callar, probándome que en tales orgías las mujeres deben limitarse á cumplir su deliciosa misión de animales hermosos y pasivos. Me dejé convencer; la crueldad, como la risa, es contagiosa, y acabamos por marcharnos todos cogidos del brazo, respondiendo con grandes risotadas á los gritos angustiosos de la pobre presa, cuyos pantalones, sujetos al extremo de un bastón, nos servían de enseña ó bandera.

Por aquella época tuve tres amigas que, no obstante ocupar en la escala de mis afectos lugares distintos, me eran igualmente simpáticas. Una de ellas, la preferida, era Carmen Arellano, de quien ya he hablado: me atraían su pelo rojo de muñeca alemana, la inquietud aniñada de sus ojos claros, su boca, triste y burlona como un humorismo, y su espíritu incoherente y frívolo, que cruzaba la vida preguntando siempre por lo inhallable, por lo distante... El alma de Carmen era mía: yo me sabía capaz de desesperarla, hasta llorar, con un gesto, y de conso-

larla con un chiste. Aquella movilidad de afectos salvaba su salud; todo lo sentía intensamente; pero la impresión pasaba pronto, pellizcando sus nervios sin desgarrarlos; á veces, después de oirla emitir una opinión disparatada, yo examinaba con ojos asombrados su cabeza; aquella cabeza pequeña, redonda y dura, con la dureza de la inconsciencia, sobre la cual los dolores y las alegrías resbalaban.

Augusta Cáceres difería mucho de Carmen: tenía el rostro pálido y los cabellos y los ojos negros y brillantes como la endrina; había en sus actitudes la parsimonia majestuosa de las mujeres altas; la costumbre de tratar hombres ricos y de no sufrir necesidades, aquietó sus facciones; jamás el pajarraco negro de la inquietud aleteó sobre la nieve de su frente; su nariz recta de estatua no respiraba; su semblante evocaba el perfil de las esfinges inalterables. Aunque no padeció miserias, su espíritu pusilánime temblaba ante el porvenir; como no tenía confianza en sí misma, no concebía que nadie caminase sin el apoyo de un brazo amigo. Augusta quería morir rica; para lograrlo la he visto cometer con su amante, el senador don Hermenegildo Suárez, bajezas inverosímiles, impropias de su carácter orgulloso y seco; en cuestiones de amor, jamás tuvo caprichos; todos los hombres le eran indiferentes, pues no apreciaba en ellos ni la apostura física ni el moral valimiento: huía de las pasiones por no estropear su belleza, para conservarse hermosa hasta muy tarde y ganar mucho. Augusta vivía y vestía modestamen-

te: no estaba abonada á ningún teatro; no tenía coche; del dinero que de sus amigos recibía, nadie, ni aun sus parientes más allegados, disfrutaba.

Carmen Arellano era la juventud imprevisora y generosa, Augusta el egoísmo, Consuelo Vera la ignorancia del propio valer. He conocido muy pocas almas como la suya: son almas infelices que, atesorando méritos positivos, se empeñan en parecer insignificantes; este desequilibrio es su maldición: creyéndose pequeñas, protestan contra la justicia de quien intente colocarlas sobre el nivel de vergonzosa inferioridad en que imaginan hallarse colocadas; todo las parece bien; sin asustarlas el lujo, prefieren un interior modesto, un traje sencillo: dudan de su belleza, aseguran que su voluntad es débil, que su entendimiento y su imaginación son de alcances pobrísimos; avergonzadas de sus buenas cualidades por no sé qué falsa noción de modestia, rehuyen todo legítimo motivo de ostentación y lucimiento; un sentimiento inconfeso de vanidad las impide fraternizar con los fuertes, y simpatizan con los inferiores, hasta los cuales se degradan gustosas, aunque sabiéndose admiradas por ellos secretamente. Es el desequilibrio absurdo de lo pequeño, la voluptuosidad ridícula del segundo término. En todo esto siempre he creído sorprender un resabio malsano de cristianismo.

¿Por qué esta propensión á bajar, cuando el vigor juvenil de todas las facultades debía determinar ese impulso que es brillo, gloria, perfección y mejoramiento...?

Tal anomalía, indudablemente, es muy española: á los españoles nos divertía hablar mal de nuestro país. Recuerdo acerca de esto una caricatura deliciosa. Un individuo trepaba por la cucaña de la popularidad: el pueblo inglés, representado por una multitud muda y flemática, le veía subir impasible, cruzado de brazos, significando que la raza sajona, si no favorece, tampoco estorba al medro ajeno. La segunda viñeta representaba al pueblo francés aplaudiendo entusiasmado y empujando á sus artistas hacia las cumbres de la victoria. En el último grupo, los españoles dificultaban, por obra de ese capricho antinacional de que antes hablé, el avance y próspero encumbramiento de sus artistas, murmurando de ellos, poniendo de vergonzoso relieve sus defectos, tirándoles de los pies para impedirles subir á la cucaña...

En muchos individuos suele observarse anomalía semejante. Consuelo, verbigracia, padecía el prurito de anularse: sin tener valor para querer lo imprevisto, gustaba de la vida bohemia, ofreciéndose espontáneamente como vagabunda sin rumbo ni otras ilusiones que las del momento: hablaba, sin necesidad, de sus deudas, de la inconsiderada dureza con que le trataba su amante, el embajador del Brasil: un americano muy dulce, generoso y amable, que seguramente no tenía nada de dictador romano; y cuando alguien se permitía aconsejarla acerca de su porvenir, ella, feliz de que la creyesen inconsciente y desgraciada, como buena artista, se encogía de

hombros. La antigua psicología escolástica que clasificaba las potencias de su espíritu distribuyendo sus funciones como quien ordena sobre un tablero las piezas del juego de ajedrez ó de damas, es simplicísima: en cambio, desafío al psicólogo más sutil y perspicuo á que descubra, no ya al primer golpe de vista, sino tras dilatadas y retorcidas cavilaciones, por qué ciertas almas se degradan, maltratan y pisotean á sí mismas, hallando placer doloroso en el sacrificio de la humildad, fingiéndose desgraciadas, cuando realmente son felices; aparentando, sin motivo, una pobreza que no sufren; ofreciéndose como caracteres voltarios, olvidadizos y duros, cuando su corazón es bueno y jugoso. Son éstos, á mi juicio, espíritus bohemios fracasados, pues la libertad, como el arte, también tiene sus vencidos; espíritus errantes, enamorados de la aventura y del misterio, á quienes la educación severa de los primeros tiempos dejó medio encarrilados, y que luego siguieron por el mundo arrastrando la cadena, fatalmente rota, de una educación mal aprendida.

Los sábados, que no eran día de moda para ningún teatro, acudían á mi casa Carmen Arellano, Augusta y Consuelito Vera, simpatizando, á pesar del antagonismo ó disparidad de sus caracteres; yo era la fuerza plasmadora que modificaba aquellas tres voluntades, poniendo cohesión ó poder centrípeto entre ellas, erigiéndome así en el Gustavo Flaubert de lo que nosotras, aludiendo á la estrecha amistad que ligó á los cuatro grandes apóstoles de

la moderna novela naturalista, llamábamos "el cuadrilátero de la madrileña galantería". En el gabinete del piano pasamos muchas tardes felices. Consuelo y Carmen acercaban sus sillones á la chimenea, calentándose los pies sobre los morrillos; Augusta Cáceres y yo ocupábamos el diván: el ruido de nuestras faldas de seda adormecía; el aroma de nuestros vestidos impregnaba el ambiente: allí no había hombres; las almas se abandonaban al encalmado hechizo de no ser deseadas. Augusta me enseñó á fumar, y aquel vicio inocente me divertía mucho. "Dejad volar vuestro pensamiento—dijo Sócrates—como si fuese un insecto al cual tuviéseis sujeto con un hilo." Las espirales azulinas del humo servían de maroma ó bramante por donde la memoria rebuscadora de viejas impresiones trepaba. Hablábamos perezosamente del mañana y del ayer: Carmen exponía proyectos múltiples que luego, en el curso de la misma conversación, desechaba inconsciente; Augusta Cáceres hablaba del porvenir reposadamente, como quien sabe de antemano los pasos que ha de dar en la vida, y sus palabras y sus gestos tenían el poder insolente de las locomotoras en marcha: Consuelo Vera, aunque pareciéndose á Augusta por la rigidez y fortaleza de su alma, simpatizaba con Carmen, irreflexiva y antojadiza. Yo, escuchándolas, evocaba lo pretérito, recordando nombres, fechas y pormenores, reviviéndolo todo con intensidad prodigiosa, cual si acabase de sacudir sobre aquel diván el último sueño de mi niñez.

Don Pablo Ardémiz reanimaba, de cuando en cuando, con su conversación paternal, aquellas escenas íntimas.

No puedo olvidar á don Pablo; su figura benévola llena mi cerebro: siempre le veo, siempre... con sus blancos cabellos peinados sobre la espaciosa frente, su boca bondadosa abierta invariablemente para el perdón, sus ojos azules, de un azul oscuro que el cansancio de mirar entristecieron: y también escucho su voz, dulce, insinuante, persuasiva, cariciosa, como la de ningún otro hombre. La primera vez que hablé de don Pablo, me admiró que mis tres amigas le conocieran; yo referí cómo fué él quien me inspiró la resolución de ser bailarina: mi agradecimiento tuvo frases enérgicas; Ardémiz, aun siendo pobre, era mi mejor protector; él me guió con su experiencia cuando yo andaba desorientada y pobre; por él hallé teatro donde bailar; en aquel teatro conocí á Narbona; á don Pablo, por tanto, debía mi bienestar presente. Mis amigas también dijeron de él mucho bueno: á Augusta le había enseñado á tocar el piano...

—A mí—interrumpió Carmen—me enseñó á escribir.

—Gracias á don Pablo—agregó Consuelo—el embajador del Brasil, que es muy amigo suyo, no me ha dejado ya. Ardémiz me defiende; dice que soy buena...

Sorprendidas de tanta bondad, nos interrogamos unas á otras acerca de la índole de relaciones que

teníamos con Ardémiz, concluyendo que su amistad era perfectamente caballeresca y desinteresada, pues que jamás puso precio á sus servicios. Hablando de don Pablo los ojos de Carmen Arellano se enternecían, arrasándose en lágrimas; era increíble el tesón con que el excelente anciano la enseñó á escribir, empezando por los palotes, continuando luego por las letras minúsculas y mayúsculas, adiestrándola más tarde en la formación de sílabas y de palabras: merced á él, por tanto, podía transmitir á su madre sus alegrías y sus cuitas directamente, sin que nadie hubiera de ser testigo de sus lágrimas ó de sus risas. Augusta Cáceres, grave, con la gravedad sacerdotal de las estatuas, se emocionaba recordando las tardes otoñales que, merced á la paternal solicitud de don Pablo Ardémiz, pudo distraer su aburrimiento ejecutando al piano nocturnos de Chopin y de Mendelssohn.

Un sábado llegó don Pablo á mi casa á tiempo que Consuelo Vera se disponía á escribirle una carta á su padre.

—¿Dónde le tiene usted?—preguntó Ardémiz.

—En mi pueblo.

—¡Ah...! ¿Provincia de Salamanca?

—No, señor; de Asturias.

Y añadió:

—Bien podía usted ahorrarme este trabajo, don Pablo; ¡tengo tan mala letra...!

Esta escena se repitió varias veces. Aquellas cartas nos divertían á todas. Secundada por Ardémiz,

Consuelo explicaba á su hermanita menor lo qué debía hacer para casarse bien y pronto: *ante omnia* debía arreglar sus cuentas y las de su novio, puntualizando, según es costumbre en aquella región, lo que cada cual aportaba al matrimonio: yo tengo seis vacas, tú veinte cabritos y una burra... De este modo, se ahorrarían en lo porvenir muchos disgustos.

Explicado suficientemente el asunto principal de la carta, llegaba el último párrafo con abrazos y besos para los padres, y las postdatas repletas de saludos á los amigos y deudos; y como siempre hay un hilo de poéticas memorias entre las cortesanas y los pobres amantes que abandonamos en el pueblo para correr tras la fortuna, todas, involuntariamente, volvíamos la cabeza hacia aquel ayer bueno y honrado que dejamos perdido allá lejos. Otras veces, nuestro bondadoso secretario escribía cartas pidiendo frutas ó encomendando misas para el descanso de los parientes muertos...

A pesar de tanta amistad, la existencia de don Pablo Ardémiz era un misterio para nosotras, y aunque muy allegadas suyas, siempre entre su intimidad y nuestro descortés curioseo subsistió el valladar impenetrable de su discreción y recelosa experiencia. Ardémiz no tenía familia, ni bienes de fortuna, ni empleo: no obstante, vestía limpiamente, cambiaba de corbata con frecuencia, su calzado siempre estaba en buen uso, frecuentaba los círculos aristocráticos, sus amigos eran gentes ricas y nobles,

y todos le querían y elogiaban; jamás pidió dinero, ni prestó servicios innobles á nadie; por su edad y respetabilidad, tampoco parecía verosímil que viviese de las mujeres: era, pues, uno de esos tipos interesantes y simpáticos, rodeados de sombras, que forman la inmensa masa irregular de las ciudades populosas.

Por aquella época recibí una carta de Teodora, donde, á vuelta de circunloquios prolijos, me decía que Joaquín Antón estaba enfermo gravemente, describiéndome después la bochornosa miseria en que todos estaban, y rogándome que hiciese algo en provecho de ella y de sus hijos. Inmediatamente, con ese desprecio que siempre me inspiró el dinero, y mi consideración hacia los ajenos dolores, respondí á Teodora enviándola un billete de veinticinco pesetas. Al día siguiente vino á verme y lloramos juntas; aunque la sabía solapada y dura de corazón, sus penas me emocionaron y olvidé cuanto entre nosotras había sucedido; yo también sufrí hambres; el verdadero altruismo sólo pueden sentirlo los que lucharon mucho por la vida; la piedad es hija gloriosa del sufrimiento. Desde entonces Teodora y Joaquín recurrieron á mí desenfadadamente, explotándome cuanto podían, secando las lágrimas, á veces fingidas, de su mentiroso dolor en el papel de mis billetes de Banco.

Entre los amigos de Narbona que más frecuentaban mi casa, recuerdo también á Pepe Lorca, verdadero chulo de frac, dando á este calificativo su

acepción más despectiva y rufianesca; era un andaluz de veintisiete á treinta años, extraordinariamente simpático y gran conversador, muy conocido en las casas de juego y salas de armas de la corte, y que explotaba despiadadamente á la anciana duquesa de Raúl, á expensas de la cual realizaba frecuentes excursiones al Extranjero; y Fernando Lángara, conde del Charco, á quien sus distracciones seniles iban popularizando, tanto como famoso le hicieron sus temerarias aventuras donjuanescas de mozo.

Entre varias distracciones y chifladuras que podría citar de él, referiré la siguiente que, frívola en apariencia, implica acerca de la vida una enseñanza de ingratitud bien triste.

Oscilaba la edad del veterano conde del Charco entre los cincuenta y cinco y sesenta años, y hacía pocos meses que, desoyendo á Schopenhauer, que halla la vida corta para meditar acerca del matrimonio y decidirse á él, casó con una prima carnal de Paco Narbona.

Un anochecer Fernando Lángara llegó á cierta elegante tienda de sombreros donde su mujer le había citado. Este comercio ocupaba un cuarto principal de la calle de Espoz y Mina, y su dueña, según aseguraban, era mujer de holgado criterio que solía ceder las habitaciones de su casa para entrevistas poco decorosas. El conde del Charco fué recibido por una joven vestida de blanco, cuya imagen parecía flotar en la penumbra del recibimiento como un brochazo gris. Lángara preguntó por la dueña.

—¿Doña Claudia, está?

—No, señor.

—¿Ha salido?

—Sí

—Y... ¿no hay nadie...?

—Nadie; las oficialas se han marchado también. No obstante, si quiere usted pasar...

Lángara, disgustado por aquel contratiempo que desordenaba todos sus planes, no sabía qué responder. De pronto la joven dió un paso hacia él, balbuceando con insegura y tímida voz:

—Fernando...

—Sí, soy yo, Fernando..., Fernando Lángara..., es decir, don Fernando—rectificó el conde mohino—; mi esposa me había citado aquí...

—¡Su esposa!—repitió la sombra cruzando sobre el pecho sus manos delgadas y blancas.

—Sí.

—¡Luego... era usted casado...!

Y, tras una breve pausa que llenó dejando correr por sus mejillas dos lágrimas, añadió:

—¿No se acuerda usted de mí?

—No...

—Míreme usted bien...

Él, que es muy alto, se inclinó para aproximar su rostro al de la joven, examinándola detenidamente á través de los lentes de oro que temblaban sobre su nariz.

—Pues, en este momento—balbuceó—, francamente..., no recuerdo.

—Magdalena...

—¡Magdalena!

—Sí.

Lángara se desesperaba, maldiciendo su falta de memoria. Ella continuó:

—Magdalena Rodríguez.

—¡Magdalena Rodríguez...!

La voz del conde del Charco resonaba en la sombra como un eco lamentable y tardío. Ella, fuera de sí, le cogió por una mano, arrastrándole hacia un saloncito donde aún había bastante luz.

—¿No me conoces?—exclamó.

—No.

—¡Fernando...! ¿Es posible que no recuerdes de mí?

La desesperación daba á sus palabras acento imperativo. Lángara, que era muy galante y hallaba ofensiva y descortés su falta de memoria, sentía bañarse su frente en copiosísimo sudor.

—Usted, señorita—murmuró—, me confunde, sin duda...

—No, no me equivoco—repuso ella—; no puedo equivocarme... Fuiste mi primera esperanza..., mi amor único... ¡La ilusión de toda mi vida!

Hubo de ser aquélla una escena inenarrable, cómica y desgarradora á la vez, como los humorismos de Heine. Magdalena prosiguió:

—¿Tú no has estado en Segovia?

—Sí

—Hace diez y seis años.

—¡Oh, tanto tiempo...! No puedo precisar...

—Sí, fíjate, recuerda... Fué allá por el mes de septiembre.

Hubo otra pausa solemne, rebosante de interés trágico, como los segundos que separan el trueno del rayo.

—¡Hace diez y seis años!—repitió Lángara—; sí..., efectivamente.

—Estuviste de huésped en una casa inmediata al viaducto.

—Sigue...

—Allí me conociste.

—Allí...

—Sí.

—¿Y qué?

—Y me enamoraste...

—¡Yo...!

—Sí, tú..., tú mismo. Me enamoraste..., me volviste loca... y fuí tuya... Entonces tenía yo catorce años.

Lángara retrocedía aterrado, llevándose ambas manos á la cabeza, denegando con un gesto vago y ridículo. Magdalena prosiguió hablando; él fué su primer cariño, el "iniciador", y aunque sus relaciones apenas duraron tres días, nunca pudo olvidarle; muy al contrario, la imagen adorada del ingrato vivía en su memoria; recordaba todas sus palabras, el timbre de su voz, el color de sus trajes, cual si tantos detalles queridos hubiesen existido fuera del tiempo; le había dedicado sus menores pensamien-

tos; todos sus actos fueron enderezados siempre á buscarle, á reconquistarle, y si determinó salir de Segovia, donde tenía familia, fué con la única esperanza de verle.

—Me he pasado la juventud—agregó—, toda mi juventud, pensando en ti.

Mientras Magdalena Rodríguez hablaba, el conde del Charco permanecía inmóvil, las manos en los bolsillos del pantalón, las cejas levantadas, mirando al suelo; el *remember* de Magdalena era para él la voz de lo pequeño, de lo inapreciable, de lo que se aplasta bajo el pie; la diferencia de edades permitió que en aquella conjunción, la caída de la mujer fuese un episodio nimio, un átomo perdido en la dilatada historia del seductor; cuando ella abrió los ojos al deseo, él ya estaba harto de mentir pasiones y ser querido; la rendición, por tanto, de la virgen, era para Fernando Lángara la repetición de una escena innúmeras veces ensayada; la cortejó por costumbre, no porque su corazón le indujese á ello, y la abandonó porque su ánimo tenía el prurito ingrato de lo nuevo; ¿cómo, pues, recordarla, si su cuerpo pasó por entre sus brazos como una sombra? ¿Cómo conservar el perfume de aquel cariño volandero, cuando sus besos y sus abrazos y sus juramentos caían en el pantano inmenso de lo vulgar, revueltos con las caricias y las promesas y las lágrimas de muchas mujeres? ¿Acaso inventó la pasión un vocabulario nuevo para cada amante...? Magdalena no podía referir nada extraordinario; dormir juntos, ir al teatro, á los

toros ó al baile, cenar en un cómodo reservado... ¿Y no había él hecho otro tanto con todas sus queridas?

Sucedíale, pues, á Lángara, lo que al autor ilustre á quien presentan un desconocido: éste se acuerda siempre del hombre ilustre; aquél le olvida. Magdalena lloraba juntando las manos, viéndose alejada irremisiblemente del amante á quien siempre creyó hallarse ligada por el recuerdo de algunas noches felices. El romanticismo, confiado de su juventud, había llegado á los divinos límites del supremo perdón.

—Yo creí—murmuró—que, aunque separado de mí por los placeres, mi figura y mi nombre presidían tu memoria... y que, de cuando en cuando, recordando mi abandono, te entristecías. ¡Me engañé..., ya lo veo...! Tú llenas mi historia; yo, por el contrario, apenas ocupo en la novela de tu vida medio renglón.

Fernando Lángara, aburrido de tantas y tan inútiles quejas, acabó por encogerse de hombros impaciente, consultando su reloj.

—Lo siento—dijo—; pero... ¿qué quiere usted...? Los viejos somos así... ¡No me acuerdo...!

Las distracciones del conde del Charco no tenían enmienda y solían ponerle en calzas prietas terribles. Una noche llegó don Fernando á mi casa acompañado de un jorobadito, casi un niño, llamado Cristóbal Soto. Después le vi con él muchas veces. Los murmuradores decían, aludiendo á la coquete-

ría incurable y á la falta de memoria del anciano conde:

—Lángara se acompaña tanto de Soto para pensar en que puede jorobarse con los años, y evitarlo...

*29 enero.*

Conozco cuantos motivos pueden hacer liviana á una mujer; yo me he entregado por amor, por capricho, por interés, por vengarme de una enemiga arrebatándola el amante, que aprecié ventajoso para ella. A Cristóbal Soto, el jorobado lacayuelo del conde del Charco, me rendí por conmiseración.

Cristóbal Soto era mucho más joven que yo; apenas tendría veinte años; su cráneo puntiagudo, cubierto de cabellos negros cortados al rape, y su semblante largo, anguloso y de térreo y enfermizo color, formaban un todo grande que parecía pesar excesivamente sobre la armazón caricaturesca de sus omoplatos desgobernados; en medio de su espalda, sobre la cresta de su columna vertebral partida, el paño de la americana relucía abrillantado por el roce continuo de los respaldos; su nariz se afilaba sobre una boca exangüe y triste; sus ojos pardos, de quieto y complaciente mirar, expresaban melancolía dolorosa; era la expresión de Leopardi, renunciando al amor, cohibido eternamente por su miedo al ridículo. Vestía de negro; sus largos pies, calzados con elegantes zapatos de charol, caminaban pausadamente y

sin ruido, cual si huyesen; la conciencia, sin duda, de su desgracia, quiso que el instinto de fuga fuese innato en ellos. Aunque pobre, siempre iba muy limpio y cepillado; su gesto, como el de los ancianos, era acariciador; sabía escuchar y reía silenciosamente; su voz opaca parecía venir de muy lejos, de las márgenes calladas adonde las turbulentas alegrías de la vida no llegan.

Soto me fué presentado por don Fernando Lángara, y desde entonces volvió á visitarme muchas veces. Inmediatamente adiviné que el pobrecillo estaba enamorado de mí; cuando llegaba, sus ojos relucían de emoción y de júbilo; pero muy luego, la dificultad de no saber qué decirme amortiguaba su contento, el recelo de parecer desagradable empañaba su voz, su pequeño cuerpo se encogía sobre el sillón donde estuviese sentado, y sus piernas y sus brazos se doblaban como las patas de un cangrejo muerto; tras el lazo de su corbata negra, el rostro palidecía hasta la lividez; viéndole así delante de mí, saludable y hermosa, con hermosura que imagino ha de ser eterna, me acordaba de Heine moribundo, saliendo de su casa para ver á la Venus de Milo.

Cristóbal Soto me habla de sus estudios y de su madre; dentro de tres ó cuatro años esperaba graduarse de licenciado en farmacia, y entonces regresaría á su pueblo para establecer una botica; allí tendría un perro y una escopeta, y un jardín con flores; aquel porvenir inocente, sereno como la vida de los árboles, le alegraba con júbilo triste de enfermo;

su imaginación generosa renunciaba prudente á los triunfos de fortuna y de amor que su endeble esqueleto no podría conquistar jamás; una vez que tuve la crueldad de preguntarle por su novia, le vi enrojecer.

Paco Narbona, que, tratándose de mí, tenía celos de todos sus amigos, despreciaba á Soto.

—Ese jorobeta—decía—ha tenido la osadía de prendarse de ti.

Cristóbal Soto, á quien la sociedad y picantes conversaciones de mis amigas asustaban, no venía á verme los sábados por la tarde, sino que prefería otro día cualquiera, aun á riesgo de no hallarme. Yo, cediendo al sentimiento de piedad que me inspiran los débiles, salía á recibirle al pasillo, como á un muy respetable y buen amigo, y luego pasábamos al gabinete del piano; puestos los dos en pie, la cabeza del jorobadito apenas me llegaba al pecho; después, sentados al lado de la chimenea, hablábamos pacíficamente de sus estudios, de sus proyectos, siempre los mismos; otras veces Soto, que tocaba el piano bastante bien, interpretaba algún nocturno de Chopin ó de Schubert, mientras yo, reclinada sobre el diván, fumaba cerrando los párpados, adormeciéndome en la exquisita voluptuosidad de la inacción. Sólo á ratos abría los ojos para ver á Cristóbal, cuyos dedos ágiles herían las teclas nerviosamente, arrancando de ellas juramentos y lágrimas, como queriendo decirme así cuanto sus labios tímidos callaban; estaba de espaldas á mí; su cuerpo negro apa-

recía en la penumbra sobre la alta banqueta, balanceando los miembros lentamente, como una araña que moviese las patas tejiendo los hilos de su red; sobre su joroba, el pelado paño del traje relucía. Yo meditaba que acaso aquel infeliz tuviese alma juvenil, lozana y jugosa, pues individuos hay como esos botijos baratos que, aun siendo muy feos por fuera, suelen dar agua cristalina, limpia y excelente; con todo lo cual no niego que mi voluntad fuera rindiéndose paulatinamente al reconcentrado fervor y respetuosa solicitud del jorobado.

Examinando la lenta germinación de este afecto, comprendo que en ella influyó, más que las habilidades seductoras de Cristóbal, el estado de mi alma.

Atravesaba yo á la sazón una crisis sentimental muy triste; aun queriendo al marqués de Lágaro, pues era bueno y caballeresco para mí, no podía dedicarle una de esas pasiones grandes, arrobadoras, orígenes únicos de todo supremo contento. Narbona, aunque más viejo que yo, parecía más joven. Me explicaré: su alma, al desenvolverse, fué agraciada con una dosis enorme de fuerza impulsiva; todo era en él acción, deseo motriz, acometividad; para su razón no existía la duda; su voluntad no conoció las exquisiteces de la indecisión, y el dolor resbalaba sobre sus hombros despreocupados de macho fuerte... Mi espíritu, en cambio, parecía acobardado por la desgracia; todos los días, al levantarme ó antes de acometer una aventura, meditaba ó leía queriendo fortificar mi ánimo, como Stendhal, que, para escri-

bir una página de su libro *El Amor,* procuraba serenarse repasando los artículos del Código; los actos míos más nimios eran, por tanto, fruto de la reflexión; pero no de esa reflexión enérgica peculiar de los caracteres vigorosos, sino de aquella otra meditación borrosa, cobarde y movediza de los irresolutos, en cuyos actos, más que el propio albedrío, influyen el ejemplo ó ajeno consejo. En aquel estado depresivo de mi alma, las intemperancias de Paco Narbona me intimidaban y encogían; yo hubiese necesitado un hombre menos turbulento, más aquietado, que no hubiese hecho un vértigo de la vida, sí un paisaje sereno que pasa lentamente; sus celos me herían, sus brusquedades de palabra y de acción me acobardaban; como mi cuerpo, mi espíritu aborrecía las caricias demasiado fuertes.

Para aclaración de mi pensamiento, citaré el siguiente episodio:

Paco Narbona no sabía besarme los labios sin mordérmelos después. Aquel capricho, común á todos los hombres, jamás me había impresionado desagradablemente; pero una vez los dientes voraces del amante me lastimaron, y mi sensibilidad enfermiza rebelóse contra los pellizcos y los sobajeos brutales. Cuando Narbona me cogía entre sus brazos, yo suplicaba:

—Haz de mí lo que quieras, todo... menos morderme los labios...

Como mi carne, mi alma dolorida protestaba de los halagos fuertes, de las pasiones egoístas, celosas

y crueles, con que los espíritus se muerden unos á otros; pues las caricias son como las duchas, que, por sobradamente eficaces y vigorosas, no pueden administrarse á los enfermos demasiado débiles. Consecuencia de todo esto fué mi vehementísimo deseo de tener un hijo; un ser débil, pequeño, que me quisiera sin lastimarme. Desesperada al ver que mis entrañas no satisfacían este deseo, compré una muñeca; luego he visto que la mayor parte de las cortesanas estériles, quizá por esta misma razón, adoran las muñecas. La mía era pelinegra, carirredonda y chatilla, y movía los ojos; algunas tardes, mientras Cristóbal Soto tocaba el piano, yo, perdida la mente en borrosas imaginaciones, la acunaba sobre mis rodillas. Una noche, Paco Narbona me halló dormida y con mi juguete sobre la almohada; el marqués comenzó á reir; sus risas me despertaron; era la carcajada insolente de la orgía, enemiga de los hijos.

—Tú quieres un rorro, ¿verdad?—dijo.

Yo, avergonzada, rompí á llorar.

Llego con esto á la caída, tal vez, más inexplicable y peor razonada, de cuantas registra mi memoria. Fuí de Cristóbal Soto una vez, ¡sólo una vez...! Pero, ¿cómo pudo ocurrir aquello...?

Inútilmente perseguimos los guiones ó corchetes que ligan, en la inabarcable cadena de la vida, unas cosas á otras. La materia y la fuerza, en su eterno torneo, engendran ese caos donde todo, sin embargo, funciona maravillosamente. ¿Cómo lo máximo

procede de lo mínimo, y cómo, á ratos, parece que los mayores impulsos no tienen consecuencia? ¿Quién podría hallar la razón de tantas aparentes anomalías, ni quién sabría perseguir las mutaciones incontables de aquella fuerza que vemos adoptar las formas más varias? Así, verbigracia, la nafta, convertida en petróleo, trepa por las torcidas de los quinqués transformándose en luz; luz que, á su vez, se trueca en sutilísima inspiración dentro del cerebro del artista que la utiliza para escribir, ó en deshonor para el esposo que, merced á ella, ve sobre el cristal de un espejo cómo su mujer abraza á otro hombre... Y si esto acontece en el mundo objetivo, ¿qué será dentro del tenebroso microcosmos humano...?

Fuí de Soto y todo coadyuvó á rendirme; la uniformidad tediosa de aquellos días, la huella de varios libros melancólicos que la casualidad deslizó entre mis manos, los últimos excesos de Narbona, a quien un delirio de goces arrastraba entonces por los lupanares y chirlatas peores, y hasta la absurda pasión que me inspiraba aquella muñeca con sus ojos y sus rosados mofletes de porcelana, hija impresentable, tristemente simpática, como aquel Cristóbal, con su rostro melancólico, su cráneo puntiagudo y su joroba de amante de pesadilla. Ahora, examinando este peregrino estado anímico, comprendo las dislocaciones imaginativas de esos artistas enfermizos, cantores del otoño, apologistas de la noche y del silencio, enamorados sempiternos de la nostalgia, el dolor y la muerte, que sólo saben pintar vírgenes

cavilosas y pálidas, sobre un horizonte de color violeta.

A estas diversas impresiones podría añadir como factor importante en el génesis de lo que voy refiriendo un hecho concreto.

Una de las últimas noches de octubre, y á hora avanzada, íbamos el marqués de Lágaro y yo en coche por la calle del Príncipe; yo soñaba con los ojos abiertos; Paco, bien me acuerdo, callaba también, la mirada fija en la blanca ceniza de su cigarro puro; el caballo caminaba al paso. De repente, la silueta de una mujer, una pobre buscona parada en la esquina de la calle de la Visitación, atrajo mi curiosidad y, creyendo reconocerla, volví la cabeza. Ella, sabiéndose observada, miró á otra parte. Iba vestida miserablemente; sobre el mantón negro, en la penumbra de un pañuelo muy echado á la cara, aparecía su semblante empalidecido por el sueño y el hambre. Llamé la atención de Narbona, dándole un codazo.

—¿Conoces á esa mujer? —pregunté.

Él miró distraído.

—No...

—¿No es Felipa...? Felipa, la mujer de Tiburcio, el sastre...

De pronto recordé; Felipa era conocida de Teodora y de Joaquín Antón; estuvo casada con un libertino, jugador y borracho, que la maltrataba; Tiburcio había muerto; ella, tal vez, viéndose en la miseria y con los ojos secos de tanto llorar, se prosti-

tuyó para dar á sus hijos casa y pan. Por mi memoria pasaron, formando negro cortejo, mis días de miseria; la generosidad del mozo del café de San Mateo, mis desventurados amores con Perico Francos... Sin pedirle permiso á Narbona ordené al cochero que detuviese el vehículo, y llamé á Felipa con la mano. La pobre mujer, asombrada, interrogóme con un gesto si era á ella á quien mi indicación iba dirigida, y como mi respuesta fuese afirmativa, se acercó. Era joven aún.

—¿Qué desea usted?—dijo.

—¿No es usted—repuse—la esposa ó la viuda de Tiburcio, el sastre?

Las mejillas de Felipa se colorearon con el carmín de la vergüenza ó de la sorpresa.

—Sí, señora. ¿Quién es usted?

—Yo..., una..., otra desgraciada como usted..., una cualquiera..., que la conoció á usted cuando no estaba usted tan caída...

Eché mano al manguito, donde llevaba un bolsillo de plata, y saqué de él quince pesetas.

—Tome usted—dije.

—¿Por qué, señora...?

Y extendía hacia mi obsequio sus dedos flacos.

—Porque..., porque sí—repuse—; porque fué usted buena..., y deseo que esta noche se acueste usted temprano.

Mi coche prosiguió su camino, el caballo avanzaba al trote largo, yo cerraba los párpados bañando mi alma en el subidísimo júbilo de mi buena acción...

Al siguiente día por la tarde, Cristóbal Soto fué á verme; yo estaba sola y le guié al gabinete del piano; á la claridad cobarde de aquel crepúsculo otoñal, su semblante me pareció más triste; la expresión de sus grandes ojos pardos era dolorosa como una súplica.

—¿Está usted enfermo?—pregunté.

—No, señora.

—¡Bah...! ¿Por qué me llama usted así...? "Señora..." Quiero que me llame usted Isabel... Isabel nada más, como todo el mundo. No permito que, á mi lado, sea usted menos que nadie.

El jorobadito mudó de color y miró al suelo. Seguí hablándole cariñosamente, sintiendo desbordar de mi alma hacia él piedad infinita. Le referí mi limosna de la víspera; Soto, que sabía escuchar muy bien, oyó mi relación con recogimiento místico.

—Esa acción—dijo—es muy hermosa.

Y añadió tras un rato de silencio:

—Es usted muy buena.

—¿Lo cree usted sinceramente?

—Sí, señora.

Rectifiqué:

—Sí, Isabel...; llámeme usted así: es lo convenido.

—Tiene usted razón; bien... Es usted muy buena..., ¡buenísima!

Iba á decir algo más, pero se contuvo; yo, presumiéndolo, añadí:

—¿Nada más que buena?

—Buena, sí..., buena y guapa.

Era la primera vez que, forzado más por la galantería que por el amor, se propasaba á elogiar mi belleza. Y continué gozando esa refinada voluptuosidad que los viejos gastados disfrutan violando el candor de las almas tempranas.

—Nunca había celebrado usted mi hermosura. ¿Por qué?

Soto callaba.

—¿Acaso no había usted reparado en ella?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Muchas veces.

—¿A qué debo achacar, pues, tanto comedimiento y reserva?

En el cenit ó pináculo de la confusión se encogió de hombros, sin sospechar que aquel movimiento aumentaba la ridiculez de su triste figura.

—Jamás me atreví—balbuceó—; temía ofenderla... Es raro..., pero lo confesaré: me da usted miedo...

Lejos de reir dí á mi semblante expresión firme de severidad y nobleza, indicando comprender todo el apasionado interés de aquella revelación.

—Cualquiera diría—exclamé luego de reflexionar—que estaba usted enamorado de mí.

Me levanté saliendo del gabinete para volver un momento después con mi muñeca; mi falda de seda y la cola de mi elegante bata de encajes barrían la alfombra con un *frú-frú* que llenaba la amplitud silenciosa del gabinete.

—Aquí tiene usted á mi hija—murmuré pensativa—; es de cartón, y, no obstante, creo quererla con toda mi alma.

Estreché á la muñeca contra mi pecho y besé apasionadamente su cabecita de cabellos rizados; un leve temblorcillo doliente empañaba el timbre de mi voz.

—Tiene usted razón—dije—; soy buena; únicamente necesito el cariño de un hijo... ó un amor cualquiera, pero grande..., para ser santa. Además..., yo creo que sólo en las mujeres de mi temple pueden engendrarse hombres de talento.

En estos juegos de seducción y conquista, las mujeres somos verdaderas actrices: el hombre es nuestro público; para rendirle apelamos á todas las coqueterías de la mirada, á todas las inflexiones insinuantes de la voz, á todas las languideces voluptuosas de la actitud. Si yo fuese novelista, tendría derecho á decir que, en momentos tales, Cristóbal Soto sentía esto ó lo otro, y los recuerdos ó deseos que por su conturbado ánimo rebrincaban; mas como no he de entremeterme descaradamente en tan difícil profesión, me limitaré á describir todos los sujetos y paisajes á través de mi temperamento, sin realizar esos cambios de punto de vista ó de escenario que tanto reaniman ó embellecen la narración. Por tanto, sólo diré que el jorobadito estaba pendiente de mis labios, á merced mía, bañando su alma en la caricia exquisita de mi ademán y de mis palabras, y que yo misma era arrastrada hacia él por el prurito,

algo romántico tal vez, de probarle por modo inconcuso y vario mi inagotable misericordia.

—Cristóbal—dije—; estoy triste; ¿quiere usted distraerme tocando el piano?

Se levantó con movimientos de autómata, deslizando silenciosamente sobre la alfombra carmesí sus largos pies, y fué á sentarse ante el teclado, volviéndome su pobre espalda reluciente y jibosa. Permanecí sobre el diván, estrechando la muñeca entre mis brazos, alargando las piernas en un movimiento expansivo de perezosa laxitud.

Las penumbras del atardecer invadían el gabinete, y aquella oscuridad aflojaba mis músculos; la imaginación se entregaba á una serie de interrogaciones sin término. Yo era buena; lo fuí para cuantos llegaron á mí; unas veces por capricho, otras por interesado cálculo, de todos mis amadores fué la belleza satinada de mi cuerpo, de mis amigas las heroicas abnegaciones de mi alma; desde hacía mucho tiempo Soto me amaba, ¿por qué no ser buena también para él...? Los acordes del piano llegaban acariciándome la carne como patas de insecto, pellizcando mis recuerdos, remembranzas alegres ó tristes que se desperezaban en la noche de mi conciencia como viejos muertos que levantasen hacia el cielo sus brazos ateridos; Soto, con su cráneo anguloso y su cuerpo deshecho, encaramado sobre la banqueta del piano, parecía un gnomo, uno de esos espíritus quiméricos que oprimen nuestro corazón en las pesadillas y lloran por las noches en los muros que se agrie-

tan. Cristóbal era feo...; ¿y qué...? ¿Acaso la fealdad y la belleza no son igualmente deleznables bajo la muerte? En compensación su alma respetuosa me amaba, y era noble y sana, porque aún no había vivido. La atracción de lo raro, que me poseyó con el ilusionista monsieur Robert, tornaba á apoderarse de mí; sería curioso, con emoción rebuscadora, dulce y triste, asistir al despertar de aquel espíritu que jamás amó ni fué amado; para mí, ídolo primero de su fe, serían sus primeros juramentos, las oraciones mejores de su pasión; sobre mi cuerpo aprenderían sus dedos inocentes á conocer las proporciones de la belleza femenina, sus oídos conservarían siempre el timbre amadísimo de mi voz, mi recuerdo llenaría su historia, el calor de mi carne penetraría en sus huesos, conservándose allí, como un latido de juventud, hasta la muerte; y luego, cuando yo fuese vieja, él, hijo maldito de la felicidad, continuaría acordándose de mí, que le hice tan dichoso.

Las manos largas y pálidas de Cristóbal se crispaban sobre el teclado, transmitiendo á las cuerdas las vibraciones de su amor; la música era triste, muy triste... Yo pensé: las creaciones más excelsas del arte las inspiró el dolor; esta música agrada por las exquisiteces sentimentales de su melancolía; está enferma, gime y llora y nos habla de muerte, su pesadumbre va arrastrándose con jadeos agónicos de un compás á otro; ¿por qué la línea enferma y grotesca no había de producirnos emoción semejante? El estado de laxitud que yo misma sufría, ¿no asesoraba

que para los espíritus fatigados el placer estético más intenso no está en la emoción robusta, pujante, genuinamente sana? El triste bosteza en el sainete, tiembla ante la amenaza de seguir con los pies el ritmo de una marcha militar, cierra sus párpados en el campo bajo la claridad vigorosa del sol; la elegía, en cambio, el paisaje crepuscular de tonalidades oscuras, la música religiosa de lentos y apesarados acordes, donde todo movimiento y cadencia parecen extinguirse en el quietismo de un dolor reflexivo, llegarán á él sin lastimarle.

En estas razones, menos sutiles de lo que parecen, hallo yo la explicación de cómo mi alma no sabía enajenarse completamente, en la pasión del marqués de Lágaro; su alma, por sobradamente vigorosa, no fraternizaría jamás conmigo; me fatigaban su sed de goces, su anhelo de impresiones fuertes y nuevas; sus celos me herían; yo no podría nunca apoyarme en él sin ser arrastrada; su empuje era demasiado grande; nuestra comunión, por tanto, absurda y monstruosa; un gigante no sabría caminar llevando un niño de la mano. Narbona era el pasodoble marcial, el brindis valiente de la orgía, el brochazo rojo que deslumbra y aturde, el lingote de oro brillando como ascua al sol; yo necesitaba un amante más dulce, menos brusco; adorador obediente y lánguido, que no supiera llegar á mí sin una súplica. Cristóbal Soto, llorando sobre el piano, respondía á mi pensamiento; mi alma herida sólo hallaría quietud en la posesión de su cuerpo pisoteado por la desgracia;

sólo él, que estaba muy bajo, sabría acariciarme respetuosamente, sin dolor de mi carne; él tenía la seducción morbosa de la poesía elegíaca, el misterio romántico de la mediatinta, la nostalgia evocadora de recuerdos, de las melodías en tono menor...

Cuando el jorobado concluyó de tocar, giró sobre su banqueta, volviéndose hacia mí; yo permanecía reclinada en el diván, con mi muñeca entre los brazos; los muebles se abocetaban borrosamente en la sombra.

—¿Enciendo el quinqué?—preguntó Cristóbal.

Sin abrir los párpados, repuse:

—No.

Transcurridos unos minutos, Soto murmuró, levantándose:

—Me voy; está usted cansada, y el marqués no tardará.

—Paco—dije—no vendrá está noche...; y si viene..., será muy tarde.

Tras una pausa, sabiamente calculada, añadí:

—¿Está usted triste?

—¿Por qué, señora?

Y rectificó, temiendo disgustarme:

—¿Por qué esa pregunta, Isabel?

—Usted responda.

—Sí, es cierto..., soy un desgraciado; siempre estoy triste.

—¿Muy triste?

—Mucho, sí... ¡Mucho!

Se interrumpió para suspirar.

—¡Yo también!—exclamé.

Y proseguí:

—La melancolía ha improvisado más amantes que la verdadera pasión. Acérquese usted..., consolémonos. Usted es desgraciado porque no amó nunca; yo lo soy porque mi único cariño murió á manos del olvido que trae la distancia ingrata.

Se aproximó, alargando sus pies silenciosos y tímidos, con aquel andar pausado de hombre cohibido por la obsesión de parecer ridículo, y permaneció delante de mí, los brazos colgantes á lo largo del cuerpo, sin saber dónde colocar sus manos.

—Siéntese usted—dije.

Fué á coger una silla.

—No—exclamé, interrumpiéndole aquel delicado ademán—; aquí, en el diván, muy cerca...

Y cuando lo tuve á mi lado, puse mis manos sobre sus hombros, sobre aquellos pobres hombros jamás acariciados.

—Me quieres—dije—, me quieres..., lo sé...; yo también te quiero...

Y su cuerpo grotesco y mi alma extraña se fusionaron, completándose en una conjunción caricaturesca.

Por la noche el marqués de Lágaro me halló poseída de un disgusto inexplicable para él. Hay días estúpidos que no merecían amanecer, así como los venturosos no debían de tener ocaso. Aquél fué para mí de los primeros: mi benevolencia para con Cristóbal Soto me horripilaba; yo, pagana por tempera-

mento, amante idólatra de lo bello, ¿cómo pude entregarme gustosa á un adefesio? Fué un capricho monstruoso, un nerviosismo repugnante, más incomprensible que el que lanzaba á las hermosas ninfas de la leyenda entre los brazos peludos de los sátiros, con pezuñas de cabra. Al día siguiente el jorobado volvió á verme, y no le recibí, teniendo después la crueldad de asomarme al balcón para contemplarle en toda su fealdad bochornosa, deslizándose por las aceras como un bicho negro. En tardes sucesivas ocurrió lo mismo; á sus preguntas reiteradas, mi camarera respondía invariablemente:

—La señorita ha salido..., y, probablemente, no vendrá á cenar.

Yo escuchaba la conversación oculta tras un cortinaje del recibimiento; aquél era mi desagravio, mi venganza: la venganza de los poderosos, que gozan despeñando á sus protegidos desde muy alto. Luego oía á Soto bajar la escalera lentamente, resoplando, sofocado por la pasión que le rugía dentro del pecho. Ni volví á recibirle ni respondí á sus cartas; así terminaron aquellos amores. Una vez que Cristóbal Soto y yo nos vimos en la calle frente á frente, el pobrecillo apenas se atrevió á saludarme; su buen juicio le había explicado que estaba mucho más separado de mí que antes. Esta discreción resignada me conmovió, y sólo entonces pude perdonarle.

Si alguien llegase á leer estas *Memorias,* seguramente me tildaría de mujer egoísta y calculadora: sus páginas, en efecto, van escritas fríamente, con

tranquilidad irónica, á ratos punzante y descortés. Pero, ¿acaso soy culpable de tanta sequedad...? No. Culpables serán los hombres, que, burlándome por ciertos modos, endurecieron mi corazón; el mundo mismo, que, alimentándose de la mudanza y renovación eternas, siembra la ingratitud, acostumbrándonos desde muy temprano á despedirnos sin lágrimas de todas las cosas. Y así me explico que, según envejecemos, hablamos menos de nuestro pasado, pues la indiferencia es una especie de torre, á la que vamos subiendo de año en año, y los individuos y los acontecimientos parecen tanto más pequeños y vulgares cuanto más alto sea el punto de vista elegido por el observador. Muchas veces, viendo correr un chorro de agua sobre un trozo de mármol, admiré la dureza impenetrable de la piedra, por cuyas moléculas brillantes todo resbala; las celdillas, en cambio, de los cuerpos porosos siempre guardan algún resquicio de humedad; los corazones viejos son de mármol; exprimiéndoles entre el doble juego de cilindros de la misericordia y de la pasión, nos convenceremos de que no conservan jugo ninguno.

No hablo á humo de pajas ni por referencias, sí basándome en lo que la aheleada experiencia personal fué enseñándome. Soy joven, y, sin embargo, á ratos tiemblo recordando la longevidad de mi historia: los hechos que integran la vida son como los pies de una copiosa muchedumbre. A través de un campo tapizado de hierba, camina un ejército; los

pelotones avanzan unos tras otros; el daño causado por la primera bota lo continúa la segunda y lo aseguran y ratifican cuantas van detrás, llevándose todas en la suela un poco de verdor; y luego, cuando los batallones pasaron, el campo queda polvoriento y mondo, formando una especie de camino que sigue al ejército hacia el horizonte: así pasan las pesadumbres sobre el jardín donde las almas juveniles crían los verdes herbazales de la esperanza, las flores rojas de la ilusión y del contento; tras la Humanidad en marcha, como bajo los cascos del caballo de Atila, los jugos de la vida no vuelven á correr. Este desfile incesante lo atropella todo, lo borra todo...

Mis recuerdos huyen: muchas veces, mirando desde mis balcones la multitud dominguera que va á los toros, ó visitando los portales de las fotografías, donde la luz inmovilizó sobre el papel rostros varios de individuos que parecen observar al visitante, me pregunto: "¿Cuántos de estos hombres habrán sido amantes míos el corto espacio de una noche?"

La fatiga de estas menudas decepciones pusieron en mi voluntad el propósito de volver á mi pueblo para descansar entre los míos una corta temporada. De ello hablé con el marqués de Lágaro; Paco Narbona accedió á mis deseos, y al día siguiente, por la tarde, me acompañó á la estación, donde me entregó setecientas pesetas. Yo, emocionada por su generosidad y el cariño respetuoso con que me

habló de mi madre, le abracé conmovida, prometiéndole regresar á Madrid antes de quince días.

Mi hermana Milagro y mi madre, avisadas oportunamente de mi viaje, habían salido á esperarme junto al mesón donde paran las diligencias que van de Sevilla.

¿Cómo narrar las exquisitas emociones de aquella jornada?

Una hora antes de llegar á la eternamente poética capital andaluza, me asomé á una ventanilla del vagón para abismarme en la contemplación de la Giralda, cuya silueta inolvidable no veía desde hacía doce ó trece años; y según el tren avanzaba hasta la vieja estación que llaman de Córdoba, los queridos recuerdos de mi niñez despertaban ante el cielo siempre azul de la andaluza región, y bajo las caricias de la brisa, que me traía perfumes de flores cogidas en la infancia: á un lado y otro de la vía pasaban las chumberas, con sus hojas carnosas y planas, los eucaliptus bienhechores, los álamos cimbreantes, gallardos como los mástiles de un bergantín en alta mar, las palmeras tristes evocando la jarifa silueta de los árabes nómadas, y las robustas pitas montanas, dominando la cresta de los repechos, dirigiendo hacia el horizonte el acerado aguijón de sus ojos inmóviles. Algunos toros que pastaban en las hondonadas del terreno, azotándose los flancos con la cola, miraban al tren levantando sus cabezas tranquilas; sobre el valle, y á gran altura,

volaban los gavilanes, sosteniéndose en el paracaídas de sus alas abiertas, mostrando sus pechugas plateadas por el sol del amanecer.

No bien llegué á Sevilla, corrí hacia el parador de donde me dijeron salían las diligencias para mi pueblo: todo mi equipaje reducíase á un saquito de mano; iba vestida sencillamente, con una falda lisa de paño gris y un sombrerito muy francés; los macarenos me examinaban atentamente, curiosos y burlones, creyéndome extranjera. Después, mientras la diligencia rodaba por un camino polvoriento que serpeaba siguiendo los cimbreos del Guadalquivir, yo, desoyendo la conversación pintoresca de mis compañeros de viaje, abría la boca y los ojos á la frescura y á los colores del cuadro, queriendo revivir de golpe todas las buenas impresiones, ya casi olvidadas, de los viejos días. A uno y otro lado del camino se ensanchaban los trigales salpicados de amapolas, y grupos de copudos árboles pintaban sobre el añil del espacio vigorosos brochazos verdes; aquí y allá blanqueaban algunas casitas con sus huertecitos circuídos por bardales de hostiles chumberas; aquel flujo de impresiones semiconocidas aturdía mi ánimo sin provocar el fenómeno de la verdadera evocación; no obstante, la memoria iba despertando: una chimenea, no sé por qué, me causó la impresión agradable de un rostro conocido; una noria, alrededor de la cual caminaba un borriquillo vendado con un pañuelo blanco, me trajo al magín el recuerdo de la mañana en que, siendo todavía

muy niña, rompí un vestidito nuevo por coger un nido de gorriones.

Los cuartagos de la diligencia trotaron vigorosamente durante dos horas, agitando sus cabezas sudorosas con un alegre repique de cascabeles. Mis compañeros de viaje cantaban y vaciaban sus botas de vino; yo permanecía inmóvil, contemplando las primeras casas del pueblo, que aparecía á la derecha, entre el camino y el río: mis remembranzas no se precisaban aún; aquello era un hacinamiento de tejados y de paredes blancas semejante al de otros villorrios andaluces ó castellanos que yo conocía: únicamente la iglesia, con su vieja techumbre puntiaguda, bajo cuyo alero las abejas, desde tiempo inmemorial, establecieron una colmena, salió al encuentro de mi alma, formulando el "¿te acuerdas...?" dulce y melancólico con que los viejos amigos, reunidos de improviso, se saludan.

A un lado del camino, junto al parador donde las diligencias se detienen para cambiar de ganado, estaban mi madre y mi hermana, mirándome atónitas, boquiabiertas y pálidas, sin decidirse á reconocerme bajo mi sombrerito exótico. Yo salté del vehículo y corrí hacia ellas lanzando un grito jubiloso.

—¡Hija mía!

—¡Isabel...!

—¡Madre; madre...! ¡Hermana de mi alma...!

Nos abrazamos fuertemente: ellas me estrechaban por la cintura; yo, que era mucho más alta, las

oprimía contra mi seno, como queriendo meter dentro de mi corazón aquellas dos cabezas, una blanca, otra morena, que tanto habían pensado en mí. Permanecimos así largo rato, sin hablar, separándonos un poco de cuando en cuando, para volver inmediatamente á abrazarnos mejor; al principio, los ojos, cohibidos por su misma emoción, estuvieron secos; después lloraron á cántaros, y nuestros pechos, convulsionados por la alegría presente y el dolor del recuerdo, hiparon superpuestos y cosidos. Hubo momentos en que todo, mesón, árboles, campo, cielo, desapareció para nosotros; cuando volvimos en nuestro acuerdo, la diligencia que me dejó allí había reanudado su camino, y rodaba muy lejos.

Mi madre preguntó:

—¿Y tu maleta?

Mostré mi saquillo de viaje.

—¿No traes más que eso?

—Nada más.

—¿Luego piensas estar entre nosotros pocos días?

Rompió á llorar. Milagro se acercó.

—Vamos, madre, menos lágrimas. ¡Caramba, no sea usted así! Si Isabel necesita mudarse de ropa interior, camisas, aunque malas, no han de faltarnos.

Milagro hablaba con voz firme y breve; era hermosa y más robusta que yo; bajo los cabellos, brillantes y crespos, aparecía su semblante grueso, tostado por el sol, donde sonreía la boca, de labios sangrientos y carnosos. Volví á besarla, y luego arremetí á mi madre, restregando mi rostro sobre su

cabeza encanecida y triste. Un hombre se acercaba lentamente, balanceándose, con el andar desconfiado y cazurro de los campesinos, sobre sus piernas, defendidas por zahones de cuero. Mi hermana le llamó:

—¡Justino!

—¿Tu marido?—pregunté.

—Sí.

—¡Ah...; nada sabía...!

Al llegar á nosotras, Justino quitóse su ancho sombrero rural; yo le abracé, extrañando la impresión de aquel corpachón cuadrado, tan diferente de los talles, vestidos de frac, que mis brazos conocían. Luego me retiré para examinarle mejor: era alto, la color cobriza, los ojos negros y grandes, la nariz se encorvaba sobre una boca de labios finos, renegridos por el humo del cigarro; vestía blusa corta, faja azul y un pañuelo rojo anudado al cuello. Yo exclamé:

—Se parece á padre, ¿verdad?

Mi madre repuso:

—Sí, se parece..., y nos quiere mucho. Es muy bueno.

Los cuatro nos dirigimos al pueblo, cruzando calles solitarias, cubiertas á trechos por extensos retales de hierba; desde las ventanas algunos ojos curiosos me atisbaban. Al ver mi casa, la casa donde nací, con su pobre fachada de un solo piso y su puerta, un portalón enorme que llegaba hasta cerca del alero, sentí ganas de llorar, recordándome niña: sobre aquel poyo se sentaba mi padre; por la reja

de aquella ventana trepábamos mi hermana y yo cual bomberos que corriesen á apagar un incendio: miré á la izquierda; en el fondo de la calle, descollando sobre una tapia vestida de hiedra, asomaba el viejo pino contra el cual yo, por coger piñones, había arrojado tantas piedras...

Dentro de la casa, todo estaba según yo lo dejé la última vez que salí de allí para Sevilla, con mi cartera, repleta de papeles de música, debajo del brazo; la mesa de comer, los cuadros místicos palideciendo entre sus marcos dorados; el antiguo armario de caoba, con sus entrepaños cargados de vieja vajilla pintarrajeada de amarillo y azul. Las habitaciones me parecieron, desde luego, bastante más pequeñas, y trabajillo me costó no creer que el techo fuese más bajo; después corrí á sentarme en la cocina, cerca del pozo, gozando esa inenarrable impresión de frescura y de paz que experimentan los niños al regresar á su casa tras un largo paseo por el sol. Eran las once de la mañana; Milagro y mi madre me dieron de almorzar: el almuerzo fué servido en la misma cocina, ante una ventana desde donde divisábamos gran parte de la huerta: el viento mecía los almendros; en el corral, las gallinas, huyendo del calor, reposaban al pie de un frondoso castaño; las flores, sobre las cuales revoleaban algunas abejas, doblaban tristemente sus tallos mustios bajo el sol; la luz incendiaba el espacio. Mi madre comía sin levantar los ojos de su plato; Milagro y Justino se miraban, riendo y besándose con los ojos;

yo, de cuando en cuando, rompía el hilo de mis meditaciones para preguntar por personas que ya habían muerto...

Terminado el almuerzo, mi madre, creyéndome fatigada, me llevó á mi dormitorio: era la misma habitación donde yo había dormido siendo niña; á la cabecera del lecho continuaba agonizando el Cristo que yo besaba todas las noches antes de acostarme. A cada momento Milagro me interrogaba:

—¿Te acuerdas?

Yo asentía, mirándolo todo sin poder hablar.

Después, mi madre, para demostrarme que allí nadie me había olvidado, abrió el arcón que guardaba los buenos recuerdos de otros tiempos: su traje de boda, un devocionario de su abuelo, un sombrero y una faja de mi padre, y mis camisitas, la cartilla donde aprendí á leer, mis dos primeras muñecas, mi primer par de zapatos; luego aparecieron mis zuecos: aquellos zuecos inolvidables, rellenos de paja, que yo me calzaba para correr detrás de las gallinas...

—¡Alto allá!—exclamé—; esto último es mío.

—¿Cómo?

Expliqué mi manía, porque de tal podía calificarse la adoración idolátrica que tributaba á mis pies: ellos parecían vivir una vida consciente, distinta de la mía; á ratos, como su deseo coincidiese con mi voluntad, me llevaban fácilmente adonde yo anhelaba ir; otras veces, en cambio, su capricho era

más fuerte que mis propósitos y me arrastraban por inseguros y torcidos caminos: había, pues, en sus movimientos, algo fatal, invencible, preestablecido como la muerte: yo, convencida de su poder, procuraba halagarles, lavándolos con leche, calzándolos elegantemente, procurándoles el mayor descanso posible: ellos, llevándome y trayéndome, eran, en último caso, los únicos responsables de todo lo malo ó bueno que yo hiciese en la vida...

—Creo—añadí—que la historia de mis zapatos compendia toda mi historia.

Justino, su mujer y mi madre me miraban atónitos, asombrados de oirme emitir seriamente afirmaciones tan absurdas.

El resto de la tarde lo pasé durmiendo; poco antes de cenar, mi madre y Milagro fueron á buscarme para pasear por el pueblo, y presentarme á varias familias que me vieron niña ó que sólo me conocían de nombre. Queriendo justificar la elegancia cortesana de mi traje, mi madre había inventado una leyenda candorosa y poco verosímil: yo era viuda de un comerciante; al verme sola, sin hijos y con poquísimas rentas, me dediqué al baile, y de él vivía honradamente: de este modo daba viso honesto á la noticia, que algunos periódicos sevillanos divulgaron, de que yo andaba dando piruetas por ciertos escenarios de la corte. Al salir de casa oí una voz que cantaba el *Spirto gentile* inolvidable de *La Favorita*.

Aquel inesperado rasgo de erudición musical y de buen gusto me interesó.

—¿Quién canta?—pregunté.

—Don Juan—repuso Milagro—; un vecino que está loco. El pobrecillo ya es viejo: en sus mocedades estuvo casado con una tiple de ópera, que huyó con el tenor de su Compañía. Don Juan, que la adoraba y era rico, se dedicó á seguirla, limitándose á verla desde el patio de butacas, y persiguiéndola de ciudad en ciudad, ha recorrido todo el mundo.

Aquella historia que mi hermana refería sin emoción, me impresionó poderosamente y continué escuchando, obligando á mi familia á escuchar también. Don Juan cantaba con voz robusta y serena que llenaba el silencio de la tarde, y á ratos, en virtud de inexplicables humorismos que tal vez adquirió con la costumbre de ocultar sus dolores, interpolaba en el curso de la melodía doliente toques de corneta ó bufonescos redobles de tambor. Milagro me refirió otros varios pormenores relativos á la historia y costumbres de aquel extraño personaje. Su mujer había muerto en una ciudad italiana, y don Juan, para despedirse de ella y besar su cadáver, hubo de solicitar este favor del hombre con quien su mujer vivía entonces. Aquella catástrofe coincidió con su ruina y determinó su locura: un tío suyo, único pariente que le quedaba, por no meterle en un manicomio, le volvió á su pueblo natal, y allí vivía solo sin otra compañía que la de una anciana sirviente, con fueros y prerrogativas de ama de llaves. Por lo demás, don Juan era hombre campechano y muy corriente, que simpatizaba con todo el mundo y

tomaba activa parte en las diversiones que algunos vecinos organizaban al aire libre en las noches de verano.

Don Juan habitaba delante de nosotros una casita con un largo balcón que una excentricidad suya convirtió en conejera. Cuando salimos á la calle vimos al pobre loco que iba y venía por la acera cantando aires de ópera y las manos cruzadas atrás: era un hombre de razonable estatura, de bigote y ojos grises y una calva vulgar bronceada por el sol; aunque vestido pobremente, sus ademanes tenían desembarazo y distinción; representaba cincuenta años. Al vernos se detuvo, dando á su busto actitud respetuosa y galante. Milagro me presentó á él.

—Mi hermana Isabel.

—Señorita...

Inclinóse más aún, con apresuramiento exagerado, poniendo su mondo cráneo á la altura de mi cintura.

—Aquí tienes á don Juan, el mejor barítono... ¿no se llama así...? de treinta leguas á la redonda: ha viajado por todo el mundo y conoce á los mejores artistas europeos. ¿No es cierto, don Juan...? Isabel también es artista, de esas que andan por los teatros..., ¡pero de las buenas...!

El acento de mi hermana era zumbón; don Juan, siempre cuadrado militarmente delante de mí, volvió á inclinarse, sin sonreir; sus ojos adquirieron una leve expresión de tristeza: parecía avergonzado de hallarse allí, tan caído, en medio de aquellos patanes que se burlaban de él.

Después, colocada entre mi hermana y mi madre, que no cesaban de hablarme, hice varias visitas; al pasar por delante de algunas tabernas, los mozos allí reunidos dejaban de hablar para examinarme: yo sonreía distraída, mirando al espacio, holgándome de despertar tanta curiosidad. En todas las casas adonde fuimos, nos recibieron muy bien; algunas muchachas, más jóvenes que yo, tocaron la guitarra en honor mío; después me invitaron á vino y á frutas y me enseñaron sus huertas, explicándome el nombre de los árboles y cogiendo hermosas flores con que adornaron mi pecho y mis cabellos: caminábamos cogidas del talle y yo reía con ellas, pero sin participar de su ingenua alegría, poseída de una nostalgia muy dulce. Todas preguntaban:

—¿Estará usted mucho tiempo aquí?

Mi madre me miraba con sus ojos húmedos, ensombrecidos por la costumbre del llanto, pidiéndome una respuesta consoladora: yo volvía á reir tristemente, comprendiendo que aquella realidad venturosa y serena no vencería los hábitos aventureros de un pasado demasiado largo. En la virtud perfecta, como en el libertinaje desenfrenado, las almas desequilibradas se ahogan, y aquel círculo de rostros ingenuos llegó á oprimirme la garganta.

—No sé—repuse evasivamente—; no sé... De todos modos, cuando me vaya, será para volver muy pronto...

En el cielo, de un fuerte color azul oscuro, comenzaban á brillar algunas estrellas; mirándolas,

suspiré: recordaba mis amores con Perico Francos y el aspecto de aquel solar sobre el cual el crepúsculo de la tarde concedía un lucero.

—¿Qué hará Pedro?—murmuré.

Regresamos á casa ya de noche; Justino, que había salido á buscarnos, nos acompañó; él y mi hermana caminaban delante; yo pensaba que, á no haber salido de allí, ya estaría casada y con hijos, acaso feliz: algunos perros ladraban en la lejanía silenciosa del campo, la brisa murmuraba en las hojas inquietas de los álamos plateados por la luna; sobre la paz augusta del pueblo dormido se alzaba la voz del loco, cantando trozos de ópera interrumpidos con toques de corneta y redobles grotescos de tambor: oración ridícula, profana y mística á la vez, rezada sobre los recuerdos, tristes como cenizas, de su gran pasión muerta.

Por la noche me acosté temprano y dormí tranquilamente; á la mañana siguiente mi madre y yo fuimos á la iglesia; en el trayecto encontré varias condiscípulas de colegio que, habiéndome reconocido, corrieron á saludarme con efusión conmovedora.

El templo era un edificio vetusto, con suelos de ladrillo, paredes enjalbegadas y techo de madera renegrido por los años, el polvo y el humo de los incensarios; entre los intercolumnios hábilmente simulados en la línea general de los muros, había algunos cuadros cuyas figuras parecían brochazos amarillentos sobre el hollín de los viejos lienzos; al fondo, enfrente del coro, el altar elevaba su mole sencilla;

una lámpara de plata, suspendida en el comedio de la nave inmensa, contradecía á Galileo, trayéndonos con su inmovilidad la impresión de que el mundo está quieto; los confesionarios pintaban sobre el blanco de la pared manchas negras; los Reyes Magos adoraban á Jesús en un hermoso rosetón de cristales multicolores...

Mi madre rezaba, puesta de hinojos sobre el primer peldaño del altar; yo, en pie, como sobre una torre, abarcaba de una mirada toda mi historia: lo que era, lo que fuí, lo que había de ser. ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy...? En aquella iglesia me bautizaron; la pila bautismal estaba allí, á la izquierda, guardando en su panza de mármol el agua con que la fe lava las culpas; allí celebré la primera comunión y escuché, vestida de blanco, mi primera misa. ¿Y luego, más adelante, dentro de algunos años, cuando mis ojos se hubiesen cerrado á la luz...? Me aterraba la idea de cruzar por el mundo sin dejar rastro de mí, como resbalan las ficciones de la luz por el cristal de los espejos. Yo moriría, y la iglesia quedaría allí, con su nave bajo la cual las volutas soñadoras del incienso se aplastan, y su suelo de ladrillo sobre el cual el temor de la suprema justicia ha doblado tantas generaciones de rodillas pecadoras... ¿Qué camino lleva más derechamente á la virtud? ¿El de la castidad y el ascetismo que buscan la paz moral en la ignorancia, ó el del vicio, que es dolor, guiando al arrepentimiento por el declive rápido de la desilusión y del cansancio...?

Un leve ruido de pasos me hizo volver la cabeza; era don Joaquín, el cura; mi madre se levantó también, santiguándose.

—Buenos días, don Joaquín... Vea usted á mi niña, á mi Isabel... ¿No se acuerda usted de ella?

El cura, luego de contemplarme unos instantes, repuso:

—¿Cómo no?

Y me alargó la mano; una mano de cera, blanca y fría, que yo estreché turbada. Era un viejecillo sesentón, menudo de cuerpo y delgado; sus cabellos blancos tenían la melancolía de las nevadas; él me vió nacer; sus ojos azules, de un azul claro, parecían sondearme, preguntándome por la pureza que sus manos me dieron sobre la pila bautismal...

Hablamos de todo y hablamos mucho; él lamentó su pobreza extrema y el mal estado de aquella iglesia donde celebró misa durante cuarenta años; la nave estaba plagada de goteras, la torre en ruinas, una de las campanas rota y sin badajo.

—Esto—añadió—, no tiene remedio; el Ayuntamiento nunca tiene dinero y mis fieles, degraciadamente, son tan pobres como yo...

Según hablaba, la depresión que implica toda súplica iba dulzurando su voz y dando á sus ojos, antes acusadores y curiosos, expresión dócil y jeremíaca. Diríase que, adivinándome rica, solicitaba algo de mí. Súbitamente me asaltó una inspiración que más tarde me ha proporcionado muchos ratos buenos: hacer una iglesia...

El cura movió á un lado y otro su cabeza blanca, en señal de duda.

—Eso—dijo—cuesta mucho.

—¿Cuánto?

—¡Oh, no sé! Así, á bulto, no puedo calcularlo... Una iglesia, por pequeña que sea, es inmensamente mayor que una casa: lo mejor, por tanto, sería pensar en ir restaurando la que tenemos.

Después cambiamos de conversación, procurando don Joaquín penetrar en mi pasado con hábiles preguntas. Bajo su exterior suave, adiviné al fanático; yo, aunque sin propósito de molestarle, encomié el buen curso de mis negocios; la afición al baile aumentaba y los empresarios de teatros ofrecían de año en año contratas mejores. Preguntóme don Joaquín si de mi matrimonio me habían quedado hijos, y como mi contestación fuese negativa, pareció entristecerse, recordando quizá su vejez solitaria arrastrándose bajo la techumbre del templo en ruinas. Su pena logró emocionarme; los curas viejos y virtuosos me inspiran gran compasión. Los sacerdotes son como ramas cortadas, caídas en el polvo, á quienes la sombra irritada de su padre pregunta: ¿Qué fué de mi apellido? ¿Cómo dejaste que mi sangre se esterilizase en tu cuerpo inútil? ¿Qué hiciste de los nietos á quienes debiste enseñar mi nombre...? Y don Joaquín debía de escuchar aquella voz acusadora cuando sus manos misericordiosas se abrían sobre la cabeza de los recién nacidos.

Permanecí en mi pueblo ocho días más, renovan-

do amistades de la infancia y reviviendo escenas olvidadas: todos, hombres y mujeres me trataban con solicitud y respeto conmovedores; las más virtuosas, vencidas por la autoridad del dinero ó por la leyenda con que mi madre había disfrazado mi historia, solicitaron mi saludo; organizáronse en honor mío dos jiras campestres.

Una noche fuí presentada por don Joaquín á don Toribio, el alcalde, que ya no recordaba de mí, pero que fué gran amigo de mi padre, y yo expuse mis deseos de regalar al pueblo una iglesia nueva: para levantarla no repararía en gastos; de todos modos, calculaba que con sesenta ó setenta mil duros habría bastante: don Joaquín y don Toribio quedaron encargados de buscar sitio idóneo para la erección del edificio, y ellos cuidarían de administrar prudentemente el dinero que yo fuese remitiéndoles y de vigilar las obras. Al día siguiente, domingo, don Joaquín habló á sus fieles desde el púlpito de mí, recomendando mi mucha devoción y virtud, presentándome como espejo de damas devotas, é invitando á las muchachas que distraen su mocedad con noviazgos y diversiones de poco momento á imitar mi conducta. Oyendo á don Joaquín, Milagro y mi madre lloraban.

Por la noche anuncié á mi familia mi próximo viaje: aquella tarde había recibido carta del marqués de Lágaro; una carta muy cariñosa, rogándome no le dejase solo mucho tiempo. En pocas palabras y para templar el dolor de la separación, demostré á los

míos la conveniencia de no reñir con aquel hombre, de cuyas generosidades y buen afecto tenía recibidas pruebas innúmeras; y pues todos viviríamos de él, todos debían ayudarme á conservarle. Mis visitas á Gabriela y á mi tía Rosario, que se mudó nadie sabía dónde, las aplacé para mejor ocasión. Al día siguiente, después de almorzar, Justino, Milagro y mi madre me acompañaron al mesón donde había de subir á la diligencia que pasaba, camino de Sevilla, á las cuatro y media: de todos me despedí llorando; al subir al vehículo, deslicé entre las manos trémulas de mi madre un billete de cien pesetas: don Toribio, el alcalde, y otras varias personas que tuvieron la bondad de salir á despedirme, me saludaron agitando sus pañuelos: don Joaquín, conmovido, balancéaba sobre su cabeza blanca su sombrero de teja.

—Adiós, hija mía..., adiós, Isabel...

—Buen viaje.

—¡Adiós todos...! Hasta la vuelta...

Yo saludaba moviendo las dos manos, y aun guardo la impresión de aquella escena: á un lado el parador, con su techo puntiagudo y sus paredes encaladas, y cerca de él, en medio del polvoriento camino que la diligencia iba dejando atrás, un grupo de mujeres y de hombres que agitaban los brazos; la negra sotana del cura, el chaquetón gris del alcalde y el percal de los trajes femeninos, faldas azules, pañuelos amarillos y rojos, todo apiñado, como las flores en un ramillete. Yo me alejaba llevándome

la dulce seguridad de que todos me creían buena. Por la noche, en el tren, recordando á mi madre, pensaba como muchos años antes: "Ahora, la pobre de mi alma estará durmiendo; ahora no sufre..."

Y luego rendía el ánimo á la generosa ilusión de mi nuevo proyecto: veía el pueblo reposando entre sus bosquecillos de álamos, y la iglesia, aquella iglesia obra mía, cuyas campanas don Joaquín echaría á vuelo siempre que yo volviese allí, perpetuando mi nombre al levantar bajo el azul inmenso su torre de ladrillo...

## IV

*16 febrero.*

Paco Narbona satirizó lindamente el proyecto de regalar á mi pueblo una iglesia nueva. ¡Su Isabel devota...! Gracioso descubrimiento. Él comprendía que yo desease comprar una finca ó levantar un palacio almenado, con torreones, fosos y puentes levadizos; pero, ¡una iglesia! ¿Eso, para qué sirve...? Comprendiendo que sus bromas me lastimaban, habló seriamente: él hubiese querido satisfacer todos mis caprichos, que tales eran su gusto y su obligación, ya que renuncié por su amor á todos los hombres; pero sus negocios iban muy mal; la fortuna, en el juego, le era adversa; concluyó insinuándome tímidamente la necesidad de suprimir el coche ó de mudarnos á un cuarto más pequeño. Aquellas confesiones, cuya noble sinceridad comprendí después, me lastimaron; de pronto me sentí vendida y como en el aire, expuesta

otra vez á las tormentas de lo imprevisto, cual si el piso que hasta entonces juzgué resistente se trocase en una de esas inseguras techumbres de hiedra que cubren la boca de los abismos.

—¡Yo pensaba—dije—que, coadyuvando á mi proyecto, me regalases quince ó veinte mil pesetas para los primeros gastos...!

Narbona sonrió tristemente:

—¡Pobrecilla!—repuso—. Desde hace algunos meses procuro ocultarte mi situación real, pues creo que las mujeres, como los niños, son seres delicados para quienes los graves problemas de la vida no deben existir. Te confesaré, no obstante, pues mi negativa, para no ser descortés, necesita explicación, que mis dos mejores fincas están hipotecadas, y que debo actualmente más de trescientas mil pesetas.

—Es una de esas situaciones—añadió sombrío—que incitan á ver el porvenir, todo el porvenir, metido en el cañón de una pistola.

Otra tarde comuniqué á mis amigas Carmen Arellano, Augusta y Consuelito Vera las impresiones de mi viaje y el propósito de fundar una iglesia; todas celebraron este deseo piadoso, y don Pablo Ardémiz, que estaba presente, me animó á realizarlo, con razones muy discretas; nadie sabe lo que el mañana reserva; más adelante, pasados quince ó veinte años, quizá sintiese yo deseos de reposar, buscando en el campo la paz que las ciudades populosas niegan á los viejos licenciados de la vida, y para entonces bueno era ir preparando un rinconcito donde dormir

tranquila y, á ser posible, algo santo y grande que nos abra las puertas de los hogares honrados y ponga nuestro nombre y el de nuestros padres á cubierto de injuriosos recuerdos. Obedeciendo á una indicación mía, don Pablo tornó á verme al día siguiente, pues deseaba referirle minuciosamente y sin testigos mi conversación con el marqués de Lágaro, y rogarle se informase de cuanto hubiese de cierto en la apurada situación financiera de Narbona. Ardémiz, á quien aquellas noticias no sorprendieron, pues de ello le habían hablado diferentes personas, prometió averiguarlo todo, y pocos días después volvió trayéndome nuevos y aflictivos pormenores: Paco estaba arruinado; la noche antes había perdido en el Círculo seis ó siete mil pesetas...

—Narbona es bueno y te quiere—añadió don Pablo—, y no le creo, por tanto, capaz de abandonarte; su hacienda es tuya... Sin embargo, yo, como estoy más cerca de ti que de él, te debo un consejo: Paco, aunque noblote, es atropellado y vehemente, tiene carne suicida y no sería extraño que terminase su historia trágicamente. Procúrate, pues, un refugio, un sólido punto de apoyo, antes de que la enemiga fortuna te cierre repentinamente todos los caminos.

Los consejos de don Pablo no cayeron en saco roto y, contra mi costumbre, pues siempre fuí imprevisora y sin juicio, resolví hacer lo que la mucha experiencia y fino tacto de aquel buen amigo me indicaban. El marqués de Lágaro, además, no me agradaba completamente; mi alma tímida hallaba en su

carácter embravecido y aventurero algo muy fuerte, abrasador, asfixiante, como el aliento de los hornos.

Entre los individuos que más frecuentaban la casa de Consuelito Vera había un señor magistrado, pariente lejano ó amigo íntimo del embajador del Brasil, de cuyo apellido no recuerdo, pero á quien todas llamábamos don Alberto. Era un hombre que ya pasaba de los cincuenta años, muy elegantón y peripuesto, con la barba y los cabellos canosos, los ojos lascivos y una sonrisita azorante inalterable; la sonrisa de quien sabe de su interlocutor algún secreto íntimo y picaresco. Las heteras más ruinosas de Madrid habían sido queridas suyas; Cleopatra Morales le debía toda su fortuna; y *la Pellizcos,* que tanto brillaba á la sazón en los escenarios parisinos, era rica por él. No obstante sus asiduidades para conmigo, don Alberto me repugnaba, no ya por su expresión de innoble concupiscencia, sino por lo que Consuelo y otras compañeras que tenían razones para conocerle íntimamente me habían referido. Don Alberto, siempre que me tropezaba en el teatro ó en casa de alguna amiga, batallaba por sentarse á mi lado, y luego procuraba atraerme despertando mi curiosidad con proposiciones obscenas.

—Si tú quisieses—decía—, te enseñaría placeres nuevos.

Yo, disgustada, miraba á otra parte.

—Los conozco todos, don Alberto.

—¿Estos de que hablo también?

—También.

—Imposible; no los sabe nadie; no se los he dicho á nadie y los inventé yo mismo anoche...

Por aquellos días mi madre me escribió, diciéndome que Justino había estado enfermo y que tal contratiempo turbó gravemente el curso de sus negocios. Al final de la carta leí una postdata de don Joaquín, que me enviaba afectuosos recuerdos, recordándome así, por modo indirecto y cortés, mis ofrecimientos. Dos meses más tarde recibí otra carta de mi cuñado, notificándome nuevas desgracias: la falta de lluvia retrasó la siega y, finalmente, apareció la langosta, llevándose lo poquito que había. Terminaba pidiéndome dinero, pues su mujer se hallaba en meses mayores y la comadrona esperaba el parto de un momento á otro. Haciendo un gran esfuerzo, pues mi situación pecuniaria no era boyante en tales momentos, remití á Justino cien pesetas en sobre certificado, añadiendo cándidamente que sentía no ser más espléndida, pero que recurriesen, sin empacho, á mí siempre que fuese menester. Otro día me enderezó el cura una carta muy pulida, que á tiro de cañón se adivinaba fué escrita con borrador y falsilla; y luego el mismo don Joaquín y don Toribio, el alcalde, me anunciaron haber hallado lugar á propósito para la nueva iglesia en cierto paraje que llaman "Los Cipreses", situado ocho ó diez metros, lo menos, sobre el nivel general del pueblo. Finalmente, mi madre volvió á escribirme rogándome dijese categóricamente qué resolvía en la cuestión de la iglesia nueva, pues tanto el cura como el alcalde no ce-

saban de preguntárselo, y todo el pueblo, enterado de mis promesas, tenía los ojos puestos en mí.

Viéndome sin recursos y rodeada de pedigüeños, acudí á don Pablo Ardémiz, en busca de consejo. Luego de escucharme atentamente, mi anciano amigo repuso:

—¿Tú tienes verdaderos deseos de levantar esa iglesia?

—Yo, sí.

—¿Y si no pudieses lograr tu propósito sufrirías mucho?

—Muchísimo; no ya en mi amor propio, pues hay en el pueblo un partido, el de los Alvarez, que me es contrario, sino también en mi fe y en el cariño apasionado que dedico á todos los míos.

—En tal caso—replicó don Pablo—, acomete la empresa de cualquier modo, atropellando todos los obstáculos; lo importante es dar el primer paso, colocar la primera piedra, aunque sea sacrificándonos; una vez puestos en movimiento, el impulso adquirido nos lleva hacia adelante: la inercia tiene fuerza enorme.

Seguí los consejos de Ardémiz, y sin otras vacilaciones pedí á Narbona dinero para comprar ropa, y vendiendo algunas alhajas y empeñando otras, reuní hasta diez y seis ó diez y ocho mil pesetas, de las cuales dos mil fueron para mi madre y hermanos, cuyas cortas necesidades no habían menester de mayor cantidad para remediarse, y las restantes fueron á manos de don Joaquín y del alcalde, á quienes in-

teresaba comprasen inmediatamente el terreno que el proyectado templo ocuparía. Realizado este esfuerzo, gocé la alegría íntima y tranquila que produce la conciencia de las obras buenas. Ocho días después recibí una carta que firmaba el cura, don Toribio y cuantas personas de algún viso había en el Ayuntamiento, notificándome cómo aquel cabildo, lleno de admiración y agradecimiento hacia mí, había acordado en sesión magna, y por unanimidad, poner mi nombre á la calle principal del pueblo; la carta de mi familia era también muy cariñosa, y las gotas de agua que salpicaron el pliego, emborronando no pocas palabras, me probaron que todos habían llorado escribiéndola. El impulso del primer paso entusiasmaba á los más tibios, y yo misma me sentía arrastrada por él; varios vecinos me escribieron felicitándome, llevando hasta mí el entusiasmo admirativo de los analfabetos que ya repetían mi nombre en la plaza, ante la puerta de la iglesia antigua, echando sus sombreros al aire. Paco Narbona, que no leía mi correspondencia, se admiraba de que mi corto viaje al pueblo me hubiese granjeado tantos y tan buenos amigos; yo disimulaba, para no alarmarle. Raros eran los días en que el correo no me traía noticias nuevas; don Joaquín, quizá por malicia, acaso por noble y paternal interés hacia mí, puso en campaña todas sus relaciones para dar á mis generosos donativos la mayor popularidad; un diario sevillano dijo que la bella bailarina andaluza Isabel Ortego había prometido espontáneamente costear las

obras de una iglesia que, por iniciativa suya, comenzaba á levantarse en un pueblo inmediato á aquella capital; finalmente supe que el Casino, una especie de café, cuyo salón solía habilitarse en tiempo de feria para representaciones teatrales, había trocado su nombre, un tantico pomposo y difícil para lenguas lugareñas, de "Casino Hispalense", por el de "Círculo Isabel". Entretanto los Alvarez, enemigos de mi familia, rabiaban.

Confesaré ingenuamente que aquella apoteosis, aunque modesta, era deslumbrante para la muchacha que, como yo, jamás pensó seriamente en ser famosa. Además, y ésta no fué mi satisfacción menor, me sentía envidiada; mis amigas admiraban mi esfuerzo y generosos sacrificios, y la habilidad diplomática con que iba preparando á mi vejez un refugio honrado.

—Esta tuna—decía Carmen Arellano moviendo su cabecita roja de muñeca francesa—sabrá llevar á su entierro más gente que todas nosotras juntas.

Yo pasaba las tardes despachando mi correspondencia, contestando interrogaciones, resolviendo dificultades, dando mi opinión acerca de todo ó pidiendo explicaciones terminantes acerca de lo que apreciaba oscuro ó confuso, pues ni don Joaquín ni el alcalde querían hacer nada sin mi consentimiento y aprobación. Todos eran á preguntar: ¿qué hacemos de los cipreses cortados? ¿Se los vendemos á don Fulano, que los necesita y paga á buen precio, ó los reservamos para utilizarlos en las obras de la igle-

sia...? El cura, fundándose tal vez en razones místicas, votaba por esto último; don Toribio, en cambio, se oponía á ello, asegurando que la madera de ciprés es porosa y de menguada duración. Otras veces era don Cándido Dimas, el arquitecto, quien sometía á mi consideración las condiciones en que los contratistas de la piedra suministraban los materiales para la obra. Todo esto parecía tirar de mí hacia atrás, ligándome al pueblo con una especie de cadena formada por las cartas que los correos llevaban y traían diariamente. Por las noches la frente me dolía de tanto trabajar. Al mes siguiente enajené otras varias alhajas, y pude remitir á don Joaquín dos mil pesetas más.

Siempre he admirado á las personas que, por innato ó razonado impulso, llevan clavado sobre los hombros el demonio de una obsesión; no las obsesiones debilitantes del recuerdo malsano, sino aquellas impulsivas que mueven á la conquista. En mi perezosa complexión meridional, la voluntad necesita reñir peleas cotidianas contra la pasividad de los músculos; la pereza es muy dulce; no obstante, en la inacción las horas son interminables, los días tienen longevidad abrumadora, la imaginación y la memoria nos entristecen poniéndonos ante los ojos el horizonte vacío, cada vez más grande, del recuerdo; la vida deja de ser causa para convertirse en efecto; perdemos la seguridad en nosotros mismos, diríase que estamos huecos y que nada podrá reaccionar en nuestro interior contra el apagado flujo de los años

que llevan á la muerte; la nada se acerca, la adivinamos llegar lentamente, con su negación horrible de sensaciones, y la esperamos cruzados de brazos, llenando con un bostezo toda la vida.

Por eso admiro á los luchadores, en quienes el presentimiento del eterno reposo parece desarrollar una necesidad insaciable de acción. Antes, en mis horas de languidez, yo envidiaba á los jugadores absortos en la visión de un medro rapidísimo; á los lujuriosos que van de mujer en mujer, tropezando con la belleza en todas partes; á los borrachos inconscientes que viven sin recuerdos, riendo con risa estúpida y feliz, ante el dolor; á los millonarios vagabundos, poseídos de ansia de conocer tierras nuevas; á los astrónomos, perdidos en la conquista interminable de los cielos; á los artistas, á los grandes artistas, sordos á todos los placeres, valientes como héroes, virtuosos como ascetas, almas de oro purísimo que caminan tras su ideal insensibles á la miseria y al cansancio y á las espinas con que la envidia y el egoísmo hieren sus pies... Yo, como estos felices ilusos del vicio, de la belleza ó de la ambición, quise tener también mi obsesión, mi manía, la locura que había de llevarse, como en un soplo, todos mis años; un amor grande, un deseo insaciable, algo... Este anhelo de un más allá, en el sentimiento ó en la distancia, presidió mi vida; por esto tal vez amé desde niña á los pies que me llevaban. Eduardo Olmedo fué el pretexto á que mi imaginación novelera se agarró para lanzarme hacia lo ignorado; y más

adelante, ya metida en el torbellino del mundo, aquel deseo subsistió, animándose siempre, pero sin concretarse. Diego Ferrer, Perico Francos, fueron sombras simpáticas á las que mi sed de ideal me aferraron, permitiéndome llegar, por afición noble a todo lo grande, á los límites del sacrificio; pero eran fantasmas, espíritus enfermos, heridos por el vicio ó indiferentes, y que, desvaneciéndose entre mis brazos, no pudieron salvarme.

Dudé de mí misma; si los hombres no me gustan, ni el brillo del oro me ciega, ¿qué rumbo llevan mis pasos ó qué nota da esta vibración incesante de mi alma? Yo era como pintor sin pinceles, como escultor sin buril con que trabajar ni mármol donde esculpir sus creaciones; todos los gérmenes triunfantes del heroísmo y de la verdadera pasión flotaban en mí, esperando el soplo milagroso que los permitiera despertar á la vida y producir frutos de bondad; ¿cómo sacudir aquel marasmo...? Yo era como violín sin arco, como orador sin público; pensando en mi soledad y en la ruina lenta de mis ensueños no comprendidos, recordaba á Demóstenes, abriendo los brazos y moviendo ante el mar sus labios elocuentes. "Acaso—me dije—pertenezco al número de esas almas infelices, ineptas para la producción artística, y separadas, no obstante, del vulgo, por la elevación y refinada exquisitez de sus sentimientos..." Aquello, tranquilizándome, me permitió vivir algunos años casi tranquila, pensando con Epicuro que la sabiduría suprema está en el goce. Sólo de cuan-

do en cuando echaba de menos la realidad de un gran amor, y el deseo de tener un hijo cruzaba mi frente; así fuí modificando mi criterio; yo había nacido para ser madre, que no para artista; la voz de la especie, que es hogar y reproducción, hablaba en mí.

El viaje á mi pueblo vino á interrumpir bruscamente el amansado curso de estos pensamientos. Viendo á mi madre y á mi hermana Milagro casada y en vísperas de tener hijos, mi dormida conciencia volvió al pasado: me emocionó la sombra blanca de don Joaquín, alargándome la mano, aquella misma mano que me bautizó, y acogiéndome con un gesto melancólico de bienvenida que parecía decirme: "Tú, ambiciosa, vas y vuelves; yo espero á la puerta del cementerio lugareño, donde, al fin, los dos reposaremos juntos." "¿Dónde estoy—pensé—; ¿y para esto, para volver aquí, he corrido tanto...?" Mis amiguitas de colegio, con su salud robusta y su aire tranquilo de mujeres casadas, paseando bajo los árboles á cuya sombra jugaban sus hijos, también recordaban la fuga de los años; el loco don Juan, regresando arruinado y sin juicio al punto donde nació, era como mueca grotesca de una generación ya enterrada. Todo pasa; yo pasaría también completamente, si no cuidaba de dejar de mi peregrinación por el mundo algún rastro. Entonces imaginé levantar una iglesia; la popularidad y los aplausos que aquello me valieron, acabaron de embriagarme: sería famosa; mi recuerdo duraría más que yo; acaso más de un extranjero, visitando mi obra, volviese á

su país llevando el nombre de Isabel Ortego escrito en su librito de memorias. Al fin hallé el objeto ó motivo para que mi espíritu fué creado; en lo sucesivo, el propósito de levantar aquel templo sería mi obsesión, mi anhelo único, el timón director de todos mis esfuerzos, y me sacrificaría por ella como las madres se sacrifican y prostituyen por sus hijos: intenso y purísimo júbilo inundó mi alma.

Sobre mis hombros, ya muy quebrantados por tantos dispendios, la mala suerte vino á echar nuevos gastos.

Joaquín Antón fué á pedirme dinero; iba casi llorando, y su voz y sus miradas eran humildes y rastreras como serpientes. Como me hallase mal de recursos, le rogué cariñosamente volver otro día; entonces su acento y su ademán cambiaron; el miserable se engallaba: sin duda creía que nuestras relaciones iban á quedar rotas, y apreciaba bueno y airoso marcharse hiriéndome con su desprecio: como en aquella ocasión yo era la más fuerte, aun tuve paciencia para escucharle sin cólera ostensible, pues no quería que luego fuese secreteando al oído de unos y otros cómo la protección del marqués de Lágaro me había entontecido, inflándome la vanidad y borrándome del magín los recuerdos de mi miseria. Joaquín continuó insolentándose, y llegó á recordar la intervención que tuvo en mis relaciones con Eduardo Olmedo, como si el dinero de éste no hubiese sido para él. Yo le atajé en su desfavorable discurso diciendo:

—Toma estas veinticinco pesetas y no vuelvas

jamás á verme; cuando necesites algo, explícaselo á Teodora, y ella y yo nos entenderemos.

Aceptó mi obsequio, á fuer de villano, y salió de mi casa á reculones, balbuceando frases incoherentes en disculpa y alivio de su descortesía, aplastado por mi generosidad, que le sofocaba poniéndole un pie sobre la nuca.

Aquella tarde Carmen Arellano y yo paseábamos por los alrededores del Hipódromo; á corta distancia, los caballos de mi landó caminaban al paso; nosotras íbamos á pie por hacer ejercicio, desentumeciendo los músculos bajo el sol, fortaleciendo nuestra vida artificiosa y febril de noctámbulas con aquel baño saludable, ardiente y luminoso. Sentado al pie de un árbol, con el busto apoyado sobre el tronco y las piernas extendidas y abiertas, vimos á un joven pobremente vestido, que, al acercarnos, bajó la cabeza, recatando el rostro bajo el ala grasienta del sombrero hongo: su traje negro estaba descosido y sucio; la corbata era un guiñapo; una suela rota descubría el pie desnudo. Yo, creyendo reconocerle, me llegué á él, indicando á Carmen con un gesto que me dejase sola: un flujo repentino de dulces recuerdos llenó mi alma.

—Ernesto—murmuré.

El interpelado se incorporó inmediatamente y dió un paso hacia mí.

—¿Cómo está usted, Isabel...? La reconocí desde lejos; pero como va usted con una amiga y yo estoy así..., así..., tan derrotado...

Le vi enrojecer: la vergüenza agolpaba á sus mejillas pálidas toda la sangre de su cuerpo miserable.

—El traje—repuse—es lo de menos; yo siempre soy la misma. ¿Y Pedro?

—Hace mucho tiempo, más de un año, que no recibo noticias suyas.

—¿Concluyó la carrera?

—Probablemente; su última carta estaba fechada en Badajoz... ó en Córdoba...; no recuerdo...

Permanecimos callados, mirándonos á los ojos.

—Se habrá casado... —murmuré.

Él se encogió de hombros, y por sus labios tristes resbaló una sonrisa. Ernesto Cebrián fué condiscípulo de Perico Franco: se querían mucho, y juntos anduvimos los tres de rumba varias veces; luego le perdí de vista, y copiosas y muy duras pesadumbres hubieron de llover sobre él para dejarle tan avejentado y maltrecho. Ernesto me refirió sus cuitas: su padre había muerto, dejando á su familia en la miseria: sus dos hermanos mayores emigraron al Brasil; su hermana había casado con un pobre empleado que le dió siete hijos en cinco años, y apenas tenía para comer; él dejó la carrera, y andaba de zoco en colodro solicitando un destinillo cualquiera, y aunque todos eran á brindarle ayuda, nadie le colocaba. Habló sencillamente, derramando sobre tantos dolores una leve ironía. Yo dije:

—¿Te acuerdas de cuando nos tuteábamos...? ¡Qué tiempos aquéllos...! ¡Pobre Perico...!

Él volvió á sonreir, con su sonrisa triste de desterrado. Yo entonces saqué de mi carterita diez pesetas.

—Toma—dije—, no llevo más. Ve á verme. Te quiero bien, como á un hermano, y me holgaría mucho de poder serte útil. A pesar de rozarme con el vicio á todas horas, soy una romántica que rinde pleitesía idolátrica al recuerdo, y todo lo que á Pedro Francos se refiere, es santo para mí.

Ernesto Cebrián, efectivamente, fué á visitarme, y aunque rebasó en sus exigencias los límites marcados á la necesidad por la delicadeza, me guardé mucho de reprochárselo: su primera visita me costó veinticinco pesetas; la segunda también me importó dinero y un traje, casi nuevo, del marqués; además le regalé un sombrero y dos pares de botas; otro día me envió á una mujer, flaca y anémica, con una carta rogándome le mandase cincuenta pesetas, pues estaba enfermo y no podía comprar las medicinas que el médico le recomendó. Yo misma fuí á llevarle los diez duros, y le hallé acostado, quejándose de dolores reumáticos en las piernas: después supe que todo aquel cuadro siniestro fué una farsa repugnante representada por él y su coima para explotarme. Al fin pude quitármele de encima consiguiendo que Paco Narbona le colocase en las minas de Linares con un sueldo mensual de doscientas pesetas. No he vuelto á saber de él; nunca me ha escrito.

Por aquellos días recibí también el asalto de un matrimonio con dos hijos, todos paisanos míos, que

venían á conocer Madrid: mi madre me los presentaba en una carta. Tuve que acompañarles á varios sitios; visitamos juntos las Caballerizas Reales y el Museo, estuvimos en Aranjuez; en teatros, coches y un trajecito para el menor de los niños, gasté setenta duros.

Entretanto, Augusta Cáceres y Carmen, que sabían mis apuros, me aconsejaban aceptase el amor de don Alberto, que andaba apasionado locamente de mí. Las cartas de don Joaquín y del alcalde pidiéndome dinero continuamente, y la mala situación económica de Paco Narbona, también me empujaban hacia los brazos de aquel viejo odioso, que, á todo propósito, estimulaba mi codicia con ofertas tentadoras: mis negativas aumentaban el amoroso capricho del anciano, que llegó á darme, á cuenta de mis favores, cinco mil y pico de pesetas. Al cabo fuí suya, y nuestras relaciones duraron medio año.

No resisto á la tentación de trazar aquí, aunque sea someramente y á vuela pluma, los retratos físico y moral de don Alberto: era grueso y de pequeña estatura: la cabeza cuadrada, el cerviguillo grasiento y rollizo, el busto hinchado por la grasa y demasiado largo y voluminoso para la poquedad excesiva de las extremidades inferiores: sobre un bigote blanco, en el centro de un semblante carrilludo y pálido, la nariz, carnosa, roja y flotante, parecía una trompa, alegre y cínica; sus manos cortas, terminadas por uñas puntiagudas muy limpias, apenas podían cru-

zarse sobre el vientre, prensado siempre bajo elegantes chalecos de terciopelo; don Alberto, y éste constituía el rasgo culminante y más visible de su persona, tenía las piernas desiguales, lo que le obligaba á cojear ligeramente, dando á su cuerpo, con aquel repetido esguince de la cadera izquierda, un contoneo inmoral y ridículo. Sentado en un salón, y á despecho de estas miserias y desgobiernos físicos, don Alberto brillaba tanto como otro hombre cualquiera de su edad, pues era ocurrente, amable y gran narrador de chascarrillos. Hablando, el buen señor se transfiguraba: bajo el doble arco de sus cejas canosas, los ojos saltones y azules relucían; el contento hinchaba su nariz, la sangre afluía al rostro, congestionando las orejas y el cuello; sobre sus muslos rollizos y cortos, el abdomen voluminoso se agitaba convulsionado por la risa; parecía una creación rabelesca; á ratos, su alegría irritaba: era la alegría insolente y procaz de los hombres eternamente felices, que no lucharon por la vida ni tuvieron grandes amores.

Cuando yo le conocí, don Alberto era un masoquista aquejado de las ridiculeces y caprichos peores. El viejo magistrado, según Carmen me dijo, sostenía relaciones íntimas con dos hermanas, pertenecientes, como todas sus queridas, á la clase más ruin, deslenguada y soez del bajo pueblo. Don Alberto gustaba ser insultado y golpeado por las mujeres; ellas, sabiéndolo, le complacían, dándose para ello excelentes trazas, tanto porque su complexión ro-

busta amaba la pelea, cuanto porque los afeminados nerviosismos del anciano las irritaba. Empero á don Alberto hubieron de parecerle suaves, frívolos y de corta enjundia tales insultos, que él sabía fingidos, y para exaltar la cólera de sus queridas apelaba á chistosas invenciones.

Verbigracia:

—Mañana, domingo—dijo—, iremos á los toros. ¿Queréis que os compre á cada una un mantón de Manila? Los hay preciosos en la calle de...

Ellas se entusiasmaron, alegrándose como locas.

—Yo lo quiero amarillo y rojo.

—Yo rojo y blanco.

—Mejor—apuntó don Alberto—es blanco y verde. Sobre todo, pensadlo bien, porque son mantones filipinos auténticos: el precio del más modesto no bajará de mil pesetas.

Ellas, entonces, quisieron ver los mantones; él rehusó el compromiso alegando un pretexto cualquiera, convenciéndolas: luego discutieron apasionadamente la longitud de los flecos, el colorido, la composición del dibujo: una quería flores, otra torres y macacos reflexivos.

—Todo será á gusto vuestro—decía don Alberto—; conque, niñas, hasta mañana: vendré á las dos de la tarde; esperadme vestidas y bien peinadas: tú ponte el traje blanco; tú el azul. Vaya, tomad quince pesetas para flores...

Al día siguiente el anciano llegaba á casa de sus amigas con las manos en los bolsillos, la cabeza

inclinada sobre el pecho, la mirada humilde; ellas corrieron á recibirle alborozadas, las cabezas sembradas de claveles, arrastrando por la alfombra sus faldas de seda crujiente. Al ver á don Alberto, el furor desconcertó la bella ecuanimidad y armonía de sus facciones, haciéndolas pasar desde la lividez hipocrática al rojo violado de la congestión.

—¿Y los mantones?

—No los traigo.

—¿Cómo?

Sus voces iban exaltándose: él respondía entornando los párpados, rindiéndose con sensual arrobo al tormento.

—Todo fué broma: os prometí ese regalo por burlarme de vosotras. Además, no iremos á los toros; podéis desnudaros, no tengo ganas de salir.

¡Y allí fué Troya! La cólera y la mala educación dispararon sobre el anciano sus insultos más soeces.

—¡Miserable, cochino!

—¡Canalla...!

Carmen Arellano, refiriéndome este incidente, aseguraba que el escándalo de tal escena llegó á lo monstruoso. Las dos mujeres comenzaron á mesarse los cabellos, gritando, gesticulando como locas, mordiéndose las manos y arrancándose los vestidos á puñados, hasta hacerlos trizas; después rompieron varias sillas arrojándolas contra los espejos, que saltaban en añicos: una lámpara y varias figuras de Sévres también quedaron destrozadas: la ira brutal,

inconsciente, de la plebe, retozaba en ellas, arrastrándolas á los extremos del furor más absurdo: las dos eran altas, forzudas y ágiles como hombres. De pronto arremetieron á don Alberto, quien, lejos de huir hacia la puerta, corrió á refugiarse al centro de la casa, cortándose de este modo voluntariamente toda retirada. Sus queridas le alcanzaron allí, empujándole sobre los muebles, pellizcándole, abofeteándole, hasta dar con él en el suelo, donde le pisotearon, desgarrándole la carne y los vestidos con las uñas.

—¡Toma, indecente!

—¡Toma, para que otra vez te diviertas con tu madre!

Comprendo y aun disculpo la salvaje cólera de aquellas dos mujeres, no sólo por la mortificación que para su amor propio suponía la burla de que fueron víctimas, sino por el odio y desprecio íntimos que todas las cortesanas profesamos á los hombres que, prevalidos de su dinero, usan de nosotras. Aquel castigo envolvía, por tanto, la venganza de otras ignominias impuestas y aceptadas por la necesidad.

El supliciado murmuraba:

—¡Piedad..., piedad...! Ya me habéis castigado bastante...

Su actitud innoble excitaba á los verdugos: le escupieron, le arrastraron hasta la cocina asiéndole de los cabellos; las criadas, animadas por el ejemplo de sus amas y la impunidad que sospechaban en

el fondo de todo aquello, también acometieron al magistrado, que lloraba, más de lujuria que de dolor, pellizcándole cruelmente y dándole buena mano de pescozones y puntapiés. Antes que don Alberto pudiera levantarse, una de sus queridas le golpeó la cabeza con el tacón de una bota; la otra concluyó orinándose encima de él... Tan gran insulto trocó en risa el general disgusto: á los improperios sucedieron las pullas, y como el anciano no podía rebullirse de puro deshecho y molido, ellas mismas le condujeron al lecho, donde aun le tuvieron desnudo largo rato, complaciéndose en pincharle con alfileres y darle sonoros azotes. Después, á instancias de don Alberto, cuya sensualidad se enardecía con el dolor, las dos hermanas se acostaron con él. Allí permaneció el viejo fauno tres ó cuatro días; tan grande fué la paliza recibida; y durante ellos, según él mismo aseguraba, el molimiento y quebranto de todos sus huesos le proporcionó las voluptuosidades más excelsas.

Esta anécdota y otras semejantes sugiriéronme el deseo de analizar la psicología de aquel hombre. Aunque mi historia no es muy larga, conozco bastantes tipos aquejados de nervosismos diversos: individuos hay que buscan en el dolor un excitante carnal; otros, los sadistas, hallan placer voluptuoso flagelando ó hiriendo á la mujer ofrecida á su apetito; algunos viejos inofensivos tienen queridas sin poseerlas, con el único y cándido propósito de parecer jóvenes, por la misma vanidad ó prurito juvenil que

les mueve á teñirse los cabellos y que, según Mantegazza, impide á ciertas mujeres reir demasiado para no arrugarse el cutis prematuramente. A mi juicio, el sadismo, aun dentro de la degeneración que toda neurosis implica, es un desequilibrio eminentemente masculino, una exacerbación del instinto genéxico que tiende á recordar las luchas de los hombres primitivos persiguiendo á las mujeres por los bosques, sujetándolas de los cabellos y rindiéndolas á viva fuerza; es la locura erótica del emperador Procopio, á quien el dolor, más que la belleza de las vírgenes sacrificadas á su capricho, enardecía. El sadista es el macho agresivo, un poco cruel, que impone su fuerza: Breno, en el hermoso cuadro de Gerome, donde aparece en pie, con los brazos apoyados sobre la empuñadura de su largo espadón de dos filos, mientras sus miradas acarician gozosas el grupo de vestales semi-desnudas que lloran sobre las gradas del altar, es un sádico sublime, como sublimidad trágica. Vinci y César Borgia también fueron sádicos. Pero el masoquismo es una degeneración afeminada, pues estriba en la humanidad, la postración, la negación de todo impulso levantado y brioso.

Algo femenil había yo vislumbrado en don Alberto, amén de sus ojos alegres y tímidos, y de sus largos cabellos, completamente rizados y abullonados sobre las sienes y alrededor de la nuca; y era la sumisión voluptuosa del ademán, y cierta propensión á no mirar á sus interlocutores frente á frente. Si mal no recuerdo, en los lados laterales del cráneo, cerca

de las sienes, coloca Gall los órganos de la simpatía: á las mujeres nos place ser acariciadas alrededor de las orejas, y el estremecimiento que los dedos del amante nos produce jugando con nuestros cabellos, nos recorre la espalda: en los momentos de voluptuosidad, ladeamos el rostro, presentando aquellos nervios más sensibles al beso: ni los escultores, ni los pintores, olvidaron ese interesantísimo y fugaz instante ó faceta de la psicología femenina: es la actitud, por no citar otros modelos menos conocidos, de la Venus de Milo, ladeando un poco la divina cabeza, cautivando con aquel supremo gesto de acatamiento y bienvenida á los admirados que van á visitarla á su capilla de Louvre; la actitud de la Psiquis de Bouguereau, abandonándose entre los brazos del Amor; la de Andrómeda, en el cuadro de Rubens, ofreciendo su garganta y su cuerpo desnudos al amor de Perseo, que acude á librarla del dragón. Pues aquél era el gesto de don Alberto, y bastaba conversar una vez con él, para advertirlo: hablaba volviendo la cabeza y acercándose á su interlocutora, como esperando de ella una caricia sobre las sienes, vibrantes de pasión viciosa bajo la cortina perfumada de sus cabellos.

Estoy cierta de que la aristocracia se halla infinitamente más corrompida que el pueblo, pues á éste la pobreza y el trabajo le apartan del amor, que es lujo y recreo de los sentidos. Por don Alberto conocí una región de ilustres degenerados: sadistas, morfimanos, afeminados, místicos; legión siniestra que

ahora discurre por mi memoria lentamente, como procesión de espectros pálidos vestidos de negro. El mismo don Alberto, que pasaba á mi lado cuantas horas las aventuras de Paco Narbona le dejaban libre, creyéndome contagiada de sus manías intentó revelarme prácticamente las intimidades monstruosas de la voluptuosidad: yo lo tomé á risa, él insistió y una tarde, hallándonos solos en su casa, extremó sus pretensiones; estaba repugnante como los personajes de Petronio, babosos y cínicos; aquello me irritó, y viendo que mis razones no le apartaban de su intento, le golpeé duramente con su mismo bastón; después le rompí la frente con un vaso: acobardado ante mi cólera hincóse de rodillas, pidiendo perdón con las manos cruzadas; la lujuria abrillantaba sus ojos de escuerzo; su pasión crecía con la rudeza del castigo.

—Soy tu esclavo—balbuceaba—, tu esclavito humilde. Cuanto más me pegues, más he de quererte...

Al separarnos me dió quinientas pesetas; sin duda el miserable había sido muy feliz conmigo aquella tarde.

Estas relaciones terminaron con un viaje que don Alberto hizo á las provincias de Levante, donde tenía fincas. Entonces torné á normalizar mi vida y á entregarme tranquilamente á la lectura de las cartas en que mi madre, el alcalde y el cura don Joaquín me daban cuenta minuciosa de cómo iban elevándose los muros de la iglesia: seis meses antes apenas

levantaban medio metro del suelo; más tarde Justino y Milagro me escribieron diciéndome que desde el palomar de casa se divisaban las paredes de la torre: finalmente supe que las obras, colocadas como estaban sobre el altozano de "Los Cipreses", aunque pequeñas aún, eran visibles desde todo el pueblo: ocho obreros á las órdenes de un capataz, trabajaban en ellas. A estas cartas yo respondía con otras no menos largas, diciendo cuanto apreciaba discreto y útil á la pequeña obra en que todos andábamos ya enredados, y prometiendo enviar cuanto dinero pudiese.

De esto hablaba á menudo con Carmen Arellano, Augusta y otras amigas, pues Paco Narbona continuaba ignorante de todo, y aquellas conversaciones proporcionaban á mi espíritu esparcimiento ameno, en tanto robustecían mi ambición y mi fe. También, de cuando en cuando, unas veces en el paseo, otras en el teatro, cambiaba un saludo ó un apretón de manos con don Pablo, ó con Pepe Lorca, el insaciable explotador de la ajamonada duquesa de Raúl. Una noche vi á Cristóbal Soto paseando su joroba y su rostro enjuto y pálido de Greco bajo los arcos voltaicos del teatro Apolo; caminaba lentamente, alargando sus piernas negras y largas como tentáculos; llevaba un niño, sobrino suyo, de la mano: aquel grupo, reverdeciendo mis deseos mal apagados de tener un hijo, un ser débil que me besara, sin lastimarme, me entristeció.

Mi último capricho por aquella época fué el del

novelista Mariano Cortés, de quien había leído algunos libros y buen golpe de cuentos; en uno de ellos describía el desaliento mortal de una mujer que, ya vieja y con nietos, seca su alma ardiente por cuarenta años monótonos de virtud, se arrepentía llorando de no haber pecado nunca; en otro, reverso del anterior, presentaba á una anciana pecadora, bostezando hastiada sobre su libro de memorias. Al través de aquellas páginas, escritas indudablemente al correr de la pluma, adiviné un espíritu delicado, agudo, quizá sobradamente pesimista, metido acaso bajo la seductora escultura de un buen mozo. Visité varias librerías, hallando en ellas otros libros de quien, durante algunos meses, iba á ser mi autor favorito. Aquellas lecturas corroboraron mi primera impresión: Cortés era un artista romántico, creyente á ratos, á veces escéptico y travieso, deliciosamente ilógico, orlado con el indefinible hechizo que la tristeza, madre de la poesía, vierte suavemente sobre todas las cosas: su verbo tenía la melancolía de la tarde, el encanto de la luna, musa del ensueño, plateando las ruinas calladas...

Repentinamente quise conocerle y pregunté por él á mis amigas, que ridiculizaron mi capricho, hallando absurdo que ninguna mujer llegase á prendarse del espíritu de un hombre desconocido.

Unicamente Carmen Arellano, bohemia y artista bajo su cabellera roja como una mujer de Musset, aplaudió mi capricho. Ella había tenido relaciones con varios actores, de quienes fué enamorándose pau-

latinamente, en noches de fastidio y ensueño, desde su platea, y á los que escribió llamándoles á su casa. Sus amores con el tenor Octavio Bergomar, cuando ella vivía con el vizconde del Mármol, tuvieron ridículo y chistosísimo desenlace. Era la cuarta ó quinta vez que Octavio iba á visitarla: ya tarde, al filo de la media noche, Carmen acompañó á su amigo hasta la puerta, caminando los dos de puntillas para que las criadas no se percatasen de nada. Bergomar salió al rellano de la escalera; Carmen estaba á su lado, bajo el marco de la puerta. De pronto los dos amantes se miraron aterrados: alguien avanzaba por el zaguán, y en aquellos pasos mi amiga reconoció los terribles zapatones, con punta cuadrada, del vizconde.

Fueron aquellos momentos de horrible indecisión.

—Vete—exclamó ella.

—No, jamás; me conoce..., y si topa conmigo en la escalera, me revienta.

—Peor es que te sorprenda aquí; huye.

Y le empujaba hacia afuera; Octavio resistía: su razón, nublada por el miedo, no le sugería ningún pensamiento y sólo deseaba anularse, deslizarse bajo algún mueble, desaparecer...

—Vete—repitió Carmen—, y sube á la guardilla; es lo mejor.

Aquello era la solución fácil y prodigiosa del temible conflicto. Bergomar dió una rapidísima media vuelta, mientras Carmen cerraba la puerta de golpe, apresando contra el marco uno de los faldones del

chaquet del galán. Nada peor pudo ocurrir; un chaquet no se deja con la prontitud con que el casto José dejó su capa; además, aquel faldón preso entre el quicio y la puerta, acreditaba que ésta estuvo abierta. Octavio se desmayó; creo que los bastonazos descargados sobre sus flacas costillas por el vizconde se oían desde lejos...

Carmen, recordando aquella aventura, reía hasta convulsionarse.

—Los artistas—decía—, no tienen dinero nunca, ó si lo tienen, no gustan de gastarlo con nosotras; sin embargo, me fino por ellos: son amantes deliciosos, todo espíritu, locura y conversación, que saben hacernos pasar ratos muy dulces.

Los consejos de Carmen mi animaban á componer aquel nuevo enredo; sólo me conteñía el temor de mostrarme á la penetración de Mariano Cortés como una romántica necia, ó como una neurótica rebuscadora de emociones raras. Al fin, atropellando miramientos, le escribí, felicitándole por su último cuento publicado en la revista *Claro-Oscuro*, y ofreciéndole para vernos la casa de una amiga mía. Mariano Cortés, según era de presumir, no faltó á la cita, y confieso que su aspecto produjo desilusión y hondo quebranto en mi deseo. Era de mediana estatura, con el morrillo y el semblante carnosos; el cuello de la camisa desaparecía bajo la sotabarba fofa y colgante; su barba y sus cabellos ya blanqueaban; los párpados, hinchados por el trabajo, quitaban á la mirada brillantez y alegría; la bilis

que las emociones y los disgustos extravasan, amarilleó su frente. Cortés hablaba reposadamente y su ademán era sobrio, de una sobriedad fría y elegante. Se hallaba sentado cerca de mí, con las manos apoyadas sobre los brazos del sillón, las piernas en flexión gimnástica y el busto rígido, separado del respaldo, cual si su excesiva gordura, asfixiándole, le obligara á permanecer así; sus hombros anchos resbalaban hacia abajo, como hundiéndose en la grasa; el abdomen invadía el tórax: era una especie de monstruo grasiento, gelatinoso, que me daba la impresión de no tener esqueleto.

Mis relaciones con Mariano, como nacidas de la curiosidad, sentimiento ingrato, no fueron largas. Cortés era un espíritu reflexivo, calculador, y al que nada ajeno á su arte conmovía. Adueñado de mi cuerpo dedicóse á conocer mi alma, pues, para los artistas gastados, un corazón nuevo es lo que para los médicos un cuerpo aquejado de una enfermedad desconocida; no les preocupa el paciente, sino la novedad de sus dolores. Así, nuestro lecho fué para Mariano mesa de disección: allí me interrogaba, escrutando mi pasado, planteándome problemas de intrincada psicología femenina, refutándome para exaltarme y sugerirme con la exaltación nuevos argumentos, obligándome hábilmente á revolver los mil pequeños recuerdos de mi historia; y elogiaba mucho el temple de mi carácter y la originalidad y fecundia de mi inventiva. A veces mis observaciones le arrancaban una sonrisa vaga, que sin duda res-

pondía á íntimos pensamientos suyos; otras, anotaba en su cartera ideas y detalles que, por lo incoherentes y concisos, yo no comprendía.

—Esto—solía decirme—es precioso y ha de servirme para una novela que estoy escribiendo.

Mariano Cortés no exageraba; después vi en varios cuentos suyos páginas de mi vida maravillosamente copiadas: en el fondo, aquella colaboración anónima me envanecía, no sé por qué; cuando mis amigas elogiaban sus obras, yo las examinaba y releía atentamente, buscando en ellas una huella de mi recuerdo; realmente, si todos los escritores, músicos y pintores hacen con sus queridas lo que Mariano Cortés, bien puede decirse que los artistas viven de las mujeres.

El marqués de Lágaro llegó á sospechar algo, por cuanto una noche me dijo:

—He leído un cuento donde, si no hablan de nosotros, refieren aventuras nuestras; hasta creo que hay en él una frase tuya... ó mía... Como mis recelos sean fundados, á ese Mariano Cortés le parto el corazón.

Sabiéndome en peligro de ser descubierta, tuve miedo. Así terminaron mis relaciones con el novelista.

FIN DEL TOMO PRIMERO

152426
LS.
Z232

Author Zamacois, Eduardo
Title Obras completas. Vol.5.- Memorias de una

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU